

UNA AUTORA BESTSELLER
LESLIE WOLFE

UNA PAREJA PERFECTA

SU MARIDO HA
MATADO A ALGUIEN.

ELLA ES LA ÚNICA
TESTIGO.



JENTAS

UNA PAREJA PERFECTA

Leslie Wolfe

Una pareja perfecta

Título original: A Beautiful Couple

Copyright © Leslie Wolfe, 2024

Copyright © Jentas A/S, 2026

Traducción: María José Vázquez Paz © Jentas A/S.

Cubierta: Jentas A/S

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1466-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Published by agreement with Italics Publishing and Trident Media Group LLC.

1

AMANDA DAVIS

«He matado a un hombre».

Estas palabras surrealistas me llenan la mente, resonando en un temblor que me debilita el cuerpo. Con los ojos como platos, observo el cuerpo que yace inmóvil al pie de las escaleras, con la incredulidad aferrándose a mí en pensamientos dispersos y respiraciones ansiosas. Cuando empiezo a asumir la realidad, jadeo en silencio y me tapo la boca para sofocar un sollozo.

«No puede ser verdad. No puede estar muerto».

Pero veo que es del todo real. Lo veo en su cuello, torcido y doblado hacia un lado en una postura imposible. En el repugnante crujido de huesos rotos que se ha oído justo cuando ha caído sobre el suelo de madera después de rebotar por la empinada escalera. En el charco que se está formando con la sangre que brota poco a poco de su cabeza y que brilla con un color burdeos bajo la luz amarillenta que proviene de la lámpara de pie junto a la puerta.

Un ruido fuera me sobresalta. Viene alguien. Me quedo paralizada en lo alto de las escaleras, agarrada al pasamanos y con los nudillos blancos mientras los pasos se acercan. Entonces, en el marco oscuro de la ventana del salón, aparece el perfil de una mujer, con el rostro tenuemente iluminado al pasar. No gira la cabeza para mirar dentro.

Respiro.

Pero también me doy cuenta de que alguien podría haber visto lo que ha ocurrido. Un transeúnte. Un vecino. Cualquiera.

Me obligo a llenar los pulmones de aire para calmar los nervios. Aún agarrada al pasamanos para apoyarme, bajo las escaleras con cuidado de no resbalar, como si su caída pudiera repetirse de alguna manera y sellar mi destino en una simetría vengativa, mi cuerpo junto al suyo. Aguanto la respiración mientras me acerco, con la absurda esperanza de que aún esté vivo y, a la vez, que temiendo que

así sea. Cuando vuelvo a respirar, el olor metálico de la sangre me invade las fosas nasales, llenándome de pavor.

Corro hacia la ventana y bajo la persiana, luego atisbo hacia fuera entre dos lamas. La calle está inquietantemente desierta y silenciosa. Por ahora.

Me agacho a su lado y le busco el pulso con los dedos entumecidos. Tocar su piel me quema, me produce un cosquilleo en la nuca, como si pudiera despertar de la muerte y agarrarme por la temblorosa muñeca.

No hay pulso.

Su polo de golf está empapado de sangre en el cuello y tiene un ligero olor a *aftershave*, aunque su rostro muestra una barba de dos días. Tiene el cráneo fracturado por donde ha debido golpearse contra el borde de un escalón; la hendidura es visible a través de su pelo rapado, a pesar de la laceración sangrante. Con disgusto, deslizo los dedos hacia un lado y le palpo el cuello, haciendo una mueca de dolor al encontrar la vértebra protuberante, señal de una fractura en la columna cervical que le ha provocado una lesión medular mortal.

Ha muerto en el momento en el que ha chocado contra el suelo.

Estoy más que cualificada para llegar a esa conclusión. Sin embargo, eso no cambia cómo me siento. Insegura. Asustada. Inestable. El corazón me late con fuerza y mi pecho se oprime, como si las paredes de la habitación se acercaran cada vez más, a punto de arrebatarle la vida.

El sonido de un coche que se acerca me hace correr hacia la ventana. No reduce la velocidad hasta que llega a la esquina y gira, tiñendo la oscuridad de la pequeña calle de las afueras con los brillantes tonos rojos de las luces traseras.

Me doy la vuelta y miro el cuerpo, sin saber qué hacer.

Sus ojos siguen abiertos, como si me atravesaran con su mirada hipnótica y sus pupilas dilatadas. Me hiela la sangre en las venas. Me agacho y le cierro los párpados deprisa, rozándolo apenas con las yemas de mis dedos temblorosos, ansiosa por poner distancia entre él y yo. Me levanto con rapidez y doy un paso atrás, incapaz de apartar la mirada de él. Una parte de mí todavía espera que se levante y me agarre, que me empuje contra la pared y luego ponga las manos alrededor de mi garganta y apriete hasta que mi mundo se oscurezca. Tal como está el suyo ahora.

Pero no se mueve. Está muerto.

Lo he matado *yo*.

Me siento abrumada por la enormidad de lo que he hecho. ¿Cómo he permitido que sucediera esto?

Parece que no tenía otra opción, pero la verdad es que sí la tenía, y me equivoqué al elegir. Esa decisión que me ha cambiado la vida no ocurrió hace unos momentos, cuando lo he empujado por las escaleras.

No.

Ocurrió antes. Mucho antes.

Y ahora tengo que afrontar las consecuencias de lo que he hecho.

Mi primer pensamiento es huir, alejarme todo lo posible del cuerpo que yace en el suelo encharcado de sangre. Pero no tengo escapatoria. No ahora. No sin un plan.

Al caminar hacia atrás, mi talón choca contra el último peldaño de la escalera y casi tropiezo. Me deslizo hasta quedar sentada. Para tener un momento de tregua, apoyo los codos en mis temblorosas rodillas y escondo la cara entre las manos, evitando así la espantosa escena.

Quizá pueda retrasarlo todo unos días antes de que vengan a por mí, porque sé que vendrán. Aferrándome a ese atisbo de esperanza, mi mente empieza a funcionar. Levanto la cabeza, cansada, y miro a mi alrededor, buscando cualquier cosa que me sirva para ganar tiempo, pero no tengo demasiado a lo que agarrarme.

Una cosa está clara: tengo que deshacerme del cadáver.

Necesito ayuda.

Es enorme, mide al menos un metro noventa y es corpulento, pesará unos ciento diez kilos. Eso era lo que me gustaba de él..., la fuerza, la agilidad, la aparente vitalidad y la confianza en sí mismo. Yo, en cambio, no soy tan alta y peso sesenta y cinco kilos como mucho, eso en un mal día en el que esté hinchada. Intento agarrarle la pierna para comprobar mi fuerza, pero me detengo antes de tocarle el tobillo. Es inútil siquiera intentarlo. En el trabajo, se necesitan seis personas para transferir a un paciente de su tamaño de una camilla a una cama.

Saco mi teléfono y lo enciendo. La manzana mordida se ilumina en blanco en la pantalla negra y luego desaparece, dejando espacio para una foto de mi hijo. Tristan acaba de cumplir nueve años; tomamos esta foto el verano pasado en el muelle de Santa Mónica.

Ver sus penetrantes ojos azules tocados por su encantadora sonrisa hace que me cueste reprimir las lágrimas.

¿Y si lo pierdo? ¿Y si me encierran y no vuelvo a verlo nunca más?

No soporto esa idea. Un dolor hueco y ardiente se me abre en el pecho, tragándose todo. No... No puedo perder a mi hijo. Eso no va a pasar. Cueste lo que cueste.

Alejo los pensamientos sombríos y respiro hondo mientras tecleo el código de acceso de mi teléfono. La cara de Tristan desaparece de la pantalla.

«Todo irá bien». Pero las palabras que me digo a mí misma no logran tranquilizarme.

A medida que la pantalla se llena de aplicaciones, me doy cuenta de que solo hay una persona a la que puedo llamar para pedirle la ayuda que necesito. La única persona a la que preferiría no volver a llamar ni ver nunca más. Mis dedos titubean mientras busco el nombre en la lista de contactos.

Dudando, vuelvo a mirar el cuerpo caído, preguntándome desesperadamente si hay otra manera.

No la hay.

Me preparo para las preguntas que están a punto de llover sobre mí como balas de ametralladora, despiadadas y frías, atravesándome en una rápida sucesión.

Entonces hago la llamada, consciente de que, tan pronto como cuente lo que he hecho, no habrá vuelta atrás. Toda mi existencia estará a merced de otra persona. De alguien en quien sé que no puedo confiar.

Mientras suena el teléfono en mi oído, reflexiono con amargura sobre las últimas semanas y sobre todo lo que ha sucedido.

Nunca quise que ocurriera nada de esto.

Lo único que quería era divorciarme.

PAUL DAVIS

Dos semanas antes

«Qué barbaridad. Unas tetas así deberían ser ilegales».

Me toco brevemente el nudo de la corbata, deseando poder aflojarlo un poco. En cambio, acabo ajustándolo, un reflejo que tengo cuando sé que estoy ante la cámara. Solo que no hay ninguna cámara enfocándome. Todavía no.

Las cámaras se agolpan fuera del salón de baile, donde los invitados siguen llegando en sus lujosos coches y limusinas de alquiler para asistir a la gala benéfica anual de Ciudadanos contra la Conducción bajo los Efectos del Alcohol, organización que presido. Aun así, debería centrarme en las personas sentadas a mi mesa, incluida mi mujer, Amanda. Pero no... No puedo concentrarme en ninguna de ellas.

Solo en ella, la desconocida que ha captado mi atención en el momento en que hemos llegado al recinto. Está cruzando el patio interior con un contoneo de caderas tan rítmico y suave que parece que estuviera bailando al ritmo de la ligera música que suena de fondo. Su vestido de satén se ajusta a su perfecta figura, ceñido sobre sus pequeños y turgentes pechos. Una alta abertura en la pierna me permite ver más piel de lo que a mi esposa le gustaría. Menos mal que Amanda no está mirándome ahora mismo. Está charlando con una mujer mayor sentada a su lado mientras yo me deleito contemplando a la desconocida, que no sospecha nada.

La mujer no mira hacia mí, y yo no estoy acostumbrado a que me ignoren. A sentirme invisible. Odio cómo me hace sentir. Casi quiero gritar: «Oye, estoy aquí», pero no tiene sentido. Quedaría como un idiota. Mientras se dirige a la barra, se da la vuelta y puedo ver que el vestido es una maravilla sin espalda, que parece aferrarse solo a sus hombros... y tan levemente que podría hacer que se le cayera con

solo tocarla con un dedo. La idea me turba. Me muevo en mi asiento. Y sigo mirando.

Su espalda es tan perfecta como todo lo que lleva. El vestido, de un tono rojo intenso, brilla bajo las tenues luces, drapeado con generosidad, pero ajustado sobre su trasero. Se hunde atrevidamente en la parte baja de su espalda impecable. No puedo apartar los ojos de ella.

Apuesto a que no lleva nada debajo de esa cosa. Por un momento, imagino cómo sería tocar su piel suave y brillante. Cómo se arquearía esa espalda formada a la perfección cuando la tomase por detrás. Cómo me miraría después, tumbada exhausta sobre las sábanas arrugadas, con su cabello castaño y ondulado esparcido sobre mi almohada.

Desaparece de mi radar cuando un par de hombres la siguen y me bloquean la vista. Probablemente se hayan sentido arrastrados por su estela; con sus copas vacías en la mano, la siguen como perros jadeantes al acecho. Estoy a punto de acabarme la copa para darme una razón para visitar la barra a la que se dirige la desconocida, pero mi vaso se queda suspendido en el aire cuando noto la mirada de Amanda clavándose en mí con una rabia apenas contenida.

Se inclina hacia mí hasta que su aliento me toca la piel.

—¿En serio, Paul? —me susurra al oído, fingiendo una sonrisa para quienquiera que nos esté mirando en ese momento—. ¿Conmigo delante? ¿Con toda esta gente mirando?

Aprieto los dientes mientras dejo el vaso sobre la mesa. Detesto que me regañen como si tuviera cuatro años.

—No he hecho nada —contesto con voz grave, odiándome a mí mismo por decirlo, por poner excusas.

Ella no responde; se limita a quedarse ahí sentada, sonriendo, fingiendo que todo va bien, pero el pecho se le agita y el labio inferior le tiembla un poco.

De todos modos, sigo enfadado. Reconozco que me cabreo con facilidad.

Doy un sorbo de *bourbon* para ocultar mis emociones y finjo prestar atención a lo que me cuenta una mujer de mediana edad, demasiado enjoyada, al otro lado de la mesa para diez personas. Sin embargo, es inútil; estoy demasiado frustrado como para que me importe. Ella sigue hablando sin parar sobre un sobrino suyo que murió, y yo me veo obligado a quedarme aquí sentado, asintiendo y

aguantándola. Me mira con ojos dulces y temo que pronto vomitaré. Me quito el mal sabor de boca con más *bourbon* y sigo sonriendo y asintiendo de vez en cuando mientras ella cuenta su interminable historia. Muy pronto, me extenderá un cheque.

Por eso estoy aquí, para la recaudación de fondos anual de Ciudadanos contra la Conducción bajo los Efectos del Alcohol, organizada en el elegante patio interior de la universidad. La amplia sala está lujosamente decorada, con cascadas de flores blancas colocadas en cada mesa para diez personas, situadas en el centro de finos manteles blancos. Estamos sentados en sillas adornadas con cintas de raso. Las innumerables luces brillan tenuemente sobre nosotros desde modernas lámparas led similares a candelabros, con intrincadas capas de prismas cristalinos que centellean con destellos de arcoíris. No son las monótonas luces fluorescentes del patio de la universidad que recuerdo de mis visitas anteriores. Deben haberlas sustituido para esta noche. Esta vez se han esmerado de verdad. Estoy impresionado.

El sonido de la risa de mi mujer me llama la atención. Está preciosa esta noche, con su largo cabello rubio perfectamente peinado, y acapara la atención de al menos dos hombres. Y se supone que a mí debe parecerme bien. Como si pudiera leerme la mente, posa la mano en mi antebrazo. Me aparto de forma instintiva, ya que la idea de que me vean como el apéndice de mi mujer me molesta muchísimo.

El aire vibra con conversaciones en voz baja y ocasionales carcajadas de borrachos. Porque, por supuesto, ¿qué es más apropiado para un evento de una organización de defensa de la sobriedad que una barra libre?

El evento ha contado con el generoso patrocinio de Golden State Broadcasting, la cadena de televisión para la que trabajo, que también lo ha anunciado de forma gratuita. Se aseguran de que todos los invitados puedan permitirse aflojar al menos un par de miles de dólares por la comida *gourmet* de cuatro platos y la barra libre. Y por el privilegio de alternar con gente de la televisión y las pocas estrellas de Hollywood que asisten, y tal vez hacerse un selfi con alguien famoso.

Y, como presidente de Ciudadanos contra la Conducción bajo los Efectos del Alcohol durante los últimos años, estoy en el centro del

tinglado, a punto de subir al escenario para el discurso final de la velada, en cuanto los invitados se terminen el postre.

Sin embargo, estoy cabreado como un burro.

Mi jefe, Raymond Cook, presidente y director ejecutivo de Golden State Broadcasting, es un calvo egocéntrico y torpe. Este año, el cuarto en la dolorosa historia de su evento favorito, decidió que las personas más prominentes de la cadena se sentaran con donantes aleatorios, para entablar conversación con ellos, animarlos a empinar el codo y tenerlos encandilados para cuando firmaran los cheques. Al menos ha sido justo: él también se ha sentado con donantes. Pero no tiene a mujeres imposibles de follar babeando por él mientras su esposa está a su lado. Y eso no es porque no esté casado. Es porque nadie sabe quién es Raymond Cook en realidad. Y a nadie le importa.

Pero ¿Paul Davis? Eso es otra historia.

PAUL DAVIS

Soy la cara de las noticias de la noche y el cerebro que está detrás. Soy el presentador principal, y hay una razón para ello. Las noches que trabajo, los índices de audiencia de Nielsen suben, los ingresos por publicidad aumentan al menos un diez por ciento y tanto la audiencia como la participación se disparan. Sí, admito que el incremento se debe sobre todo a las mujeres, y en secreto me alegro de ello.

Gracias a índices de audiencia así, hace dos años conseguí mi propio programa. Se trata de una entrevista de quince minutos al final del telediario: *La pregunta final*. No hay ningún copresentador, solo yo y la persona que elijo —con gran cuidado— para despellejarla o elogiarla esa noche, según me apetezca. El programa ha tenido bastante éxito y ha aumentado aún más los índices de audiencia de la cadena. Por eso Raymond Cook decidió ponerme bajo sus órdenes directas. Fue un ascenso en toda regla y conllevaba más dinero, mucho más dinero. Por desgracia, también conllevaba una relación de trabajo más estrecha entre Raymond y yo.

Esa parte no me gusta demasiado.

Lo detesto, y estoy seguro de que envidia mi popularidad, aunque a su balance financiero le encanta. Sin embargo, con independencia de lo que me pueda parecer, él sigue siendo el jefe. Él toma las decisiones. Todas. Y no deja de recordármelo.

Pero esa no es la única pega.

Mi antigua copresentadora, Carly Crown, está sentada a mi derecha. Está muy elegante con un vestido azul zafiro de escote pronunciado, que atrae al instante la atención de todos los hombres de la sala. Y también de algunas mujeres. Lleva el cabello rubio peinado con ondas sueltas y, esta noche, se parece al de mi esposa de forma perturbadora. Quizá no era su intención, pero no lo descartaría. De vez en cuando, su rodilla me roza el muslo.

En general, me gustan las interacciones que aparentan ser casuales, los roces no tan accidentales, las insinuaciones que tiñen nuestras conversaciones en el trabajo. Pero esta noche no. No con una Amanda cabreada sentada a mi izquierda. No quiero problemas en casa.

Me aparto y le lanzo una mirada de advertencia a Carly. Ella desvía la mirada hacia el escenario vacío, pero hay cierta tensión en sus labios que me dice que muy pronto me va a recriminar mi distanciamiento. Y no me va a gustar. Carly es un peligro mortal vestido de Pierre Cardin.

La mujer al otro lado de la mesa deja de hablar a mitad de la frase, cuando aumenta la intensidad de las luces del patio. Raymond sube al escenario y agarra el micrófono. La música ligera de fondo se apaga. Se aclara la voz y tose en el puño, por suerte, antes de que el micrófono se encienda.

—Gracias a todos por estar aquí con nosotros esta noche en la hermosa Malibú. ¡Qué escenario tan fantástico para una causa tan noble! Espero que hayan disfrutado de la deliciosa cena tanto como yo, aunque debo admitir que el postre quizá haya estado demasiado bueno. Si mañana no me cabe el esmoquin, isabré a quién culpar!

La sala lo recibe con una carcajada. Se nota que la barra libre ha marcado la diferencia este año.

—Pero, antes de que termine la velada, llega el momento que todos estaban esperando. —Hace una pausa y el público se queda en silencio.

Ya era hora, joder.

Llevamos cuatro años haciendo esto y es la primera vez que me deja hablar. Me arreglo el nudo de la corbata una vez más, pero me abstengo de alisarme el pelo con las manos. Estoy listo.

No, no lo estoy. Le doy otro sorbo al *bourbon*. Ahora sí.

—Ella se dedica a salvar vidas —dice Raymond, señalando y mirando en dirección a Amanda. Los focos lo siguen y nos iluminan. Mi mujer sonríe con timidez e inclina la cabeza—. Como enfermera de cuidados intensivos que trabaja en el interminable campo de batalla de la conducción bajo los efectos del alcohol y las drogas, ella es la primera en ver la carnicería. Ella les dirá que no todos sobreviven, incluso aunque la Unidad de Traumatología del Centro Médico Sunset Valley sea una de las mejores del país. Ella ha sido

testigo, una y otra vez, del dolor que una mala decisión tomada en una fracción de segundo puede causar a las familias.

Hace una pausa y luego centra su atención en mí.

—Él es una voz que inspira confianza en nuestra comunidad, que nos trae las noticias con integridad y compromiso. Lo conocen bien; lo reciben en sus hogares a la hora de la cena. Y, antes de que pongan las noticias para escuchar otra tragedia más que ha ensangrentado las calles de Los Ángeles, él se entera primero. Investiga, descubre la verdad y se la transmite con todos los impactantes detalles. —Es mi turno de sonreír y asentir con la cabeza en señal de reconocimiento—. Juntos forman una pareja perfecta, que colabora para desempeñar un papel fundamental en el éxito de nuestra organización e impulsar un cambio crucial en la legislación, con la ayuda de todos ustedes. ¡Damas y caballeros, den la bienvenida a Amanda y Paul Davis!

Mi mujer y yo nos ponemos de pie mientras el público comienza a aplaudir. Radiante, Carly elige este momento para colocarse bajo los focos y abrazarme, como si estuviéramos en los Óscar o algo así. Se demora en el abrazo, llenándome las fosas nasales con su fragancia, y frota su cadera contra mí. Me aparto con discreción, consciente de que todas las cámaras están enfocadas en nosotros. Luego, le ofrezco el brazo a Amanda, que lo toma enseguida mientras caminamos hacia el escenario montado para la ocasión.

Se coloca a mi lado en el atril cuando cojo el micrófono. El público se calla y me mira; me encanta eso.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche. Antes de ponernos serios, quiero compartir un chiste que me han contado hace poco. ¿Por qué se sentó el periodista encima del teleprónter? —Una pausa para crear efecto—. ¡Porque quería tener las noticias bajo control!

El público se ríe a carcajadas, y yo disfruto del momento. Luego, cuando las risas se calman, continúo:

—Muy bien, ahora que ya nos hemos reído, voy a contarles una historia —miro a mi mujer y ella asiente con la cabeza de forma casi imperceptible— sobre cómo fundamos Ciudadanos contra la Conducción bajo los Efectos del Alcohol y, sobre todo, por qué. Fue cuando ambos nos dimos cuenta de que nuestros trabajos estaban demasiado relacionados con la muerte. Para Amanda, eran las vidas que el increíble equipo de Sunset Valley no podía salvar, muertes sin sentido que se podrían haber evitado. Para mí, era la letanía de

incidentes que tenía que contarles a través de las noticias que les daba cada noche. Ni un solo día de respiro en nuestra vida ni en la suya; ni un solo día sin tener que hablar de otro horrible «accidente» ocurrido aquí, en Los Ángeles. —Dejo pasar un momento de silencio para que mi mensaje cale en el público—. Esto tiene que acabar. Y ustedes pueden hacerlo realidad. *Podemos* hacerlo realidad. Juntos.

Mientras pronuncio estas palabras, las últimas de las cuales quedan ahogadas entre los entusiastas aplausos, mi garganta seca se muere por beber algo. En una mesa cercana al escenario, la belleza con el vestido rojo sin espalda me sonríe.

Establezco contacto visual y lo mantengo durante un momento. Su sonrisa se ilumina, inclina ligeramente la cabeza y me lanza una mirada cargada de significado.

Por un momento, me olvido de Amanda.

¿Quién sabe lo que nos deparará la noche? Por ahora, pinta bien.

AMANDA DAVIS

Los pies me están matando. No se me dan bien los tacones altos, sobre todo después de un turno completo en urgencias y un evento que se ha alargado eternamente. Por fin ha terminado y estamos en la acera, esperando a que el estudiante flacucho que trabaja como aparcacoches nos traiga el Cadillac de Paul. Ojalá pudiera sentarme en los escalones de hormigón y quitarme los zapatos.

Somos de los últimos en irnos y me siento tensa, ansiosa. Tengo los nervios de punta, me muero por que todo termine. Las luces de Malibú parpadean en la distancia, y el océano oscuro y siniestro refleja los destellos de los relámpagos que atraviesan las nubes. Momentos después, retumba un trueno, que aún suena lejano. Y ese aparcacoches está tardando mucho en traer el coche. Espero que no nos empapemos mientras esperamos.

Me da pánico el momento en el que Paul y yo nos quedemos solos en el coche. Volveremos a discutir, y el rencor que le guardo por su comportamiento está deseando salir. Sí, sé que soy una amargada llena de mala leche; la mayoría de las mujeres desilusionadas son así. Es un efecto secundario de que te partan el corazón.

Por ahora, sigo del brazo de él, como se espera de mí, sonriendo, asintiendo y saludando a las pocas personas que aún no se han ido. En su mayoría son compañeros de trabajo de Paul. Su antigua copresentadora se detiene para despedirse y yo finjo no ver lo que busca cuando le hace ojitos a mi marido con sus pestañas cargadas de rímel. Parece que está perdiendo el tiempo, y me siento ridículamente aliviada. La mente de Paul parece estar en otra parte. Seguro que en alguien más joven que Carly. Más joven que yo también.

Cuando por fin capta el mensaje, se marcha con la cabeza bien alta y los rizos perfectamente peinados rebotando con cada paso

hacia su BMW descapotable rojo, que espera con el motor en marcha a pocos metros, con la puerta abierta.

Su nueva copresentadora, Latesha Jones —una mujer a la que él dice despreciar—, me da la mano al pasar y luego se detiene justo delante de Paul.

—Me pregunto si hay una forma mejor de atraer a estos donantes —dice con una pequeña y astuta sonrisa en sus labios carnosos. No puedo evitar fijarme en lo impecable que está su maquillaje después de tantas horas. Debe ser de calidad profesional, y no del tipo que yo uso, que compro en los grandes almacenes.

—¿En serio? —responde Paul. Frunce el ceño un instante.

—Pensaré en algunas ideas. A un público como este, le gusta lo nuevo. Algo fresco. ¿Quizá ponentes distintos el año que viene?

Noto que el brazo de mi marido se tensa, pero no dice nada. Solo asiente con la cabeza.

—Bueno, si no te interesa lo suficiente como para escucharme, le contaré mis propuestas a Raymond.

—Cuéntaselas —replica Paul con los dientes apretados—. Conduce con cuidado, Latesha, o mejor llama a un taxi. Te has tomado unas cuantas copas.

Su coche ya está en la acera, un Mercedes descapotable blanco. Se ríe del comentario de Paul y se pone al volante. Sin embargo, no arranca enseguida. Por la forma en la que se retuerce en el asiento y se agacha debajo del volante, supongo que se ha quitado sus Manolos de diez centímetros y se ha puesto algo más cómodo.

Yo estoy deseando hacer lo mismo. Me habría quitado los zapatos negros de tacón mientras estaba sentada a la mesa si no me preocuparan todas esas cámaras, al acecho de las dudosas futuras «estrellas» de la prensa sensacionalista. Puedo imaginarme los temidos titulares: «¿Una metedura de pata o una jugada inteligente? Nada menos que Amanda Davis se quitó los zapatos debajo de la mesa en la glamurosa gala benéfica de anoche». O mi mayor temor: «¡Drama en la gala benéfica! Todas las miradas se posaron en Paul Davis, al que las cámaras captaron lanzando miradas furtivas a otras mujeres durante toda la noche, incluso con su impresionante esposa sentada a su lado. ¿Hay una grieta en la fachada de la pareja perfecta?».

Interrumpen mi angustia interior los reconocibles faros del

Cadillac XT6 de Paul, que doblan la esquina y se acercan a las escaleras del patio con una lentitud enervante.

Paul también lo ve y deja escapar un rápido suspiro.

—Por fin —murmura, arrastrando un poco las palabras. El aliento le huele mucho a *bourbon*.

—Déjame conducir, Paul. Esta noche solo he bebido agua con gas. Me lanza una mirada de reojo.

—No hace falta. Estoy bien. Vamos.

Nunca le ha gustado que conduzca su lujoso coche, pero no lo dice. Comportándose de la mejor manera posible, ya que todavía hay un par de cámaras de la prensa sensacionalista grabando, Paul me abre la puerta y yo le toco la mano un instante.

—¿Podríamos llamar a un Uber, por favor? Tengo un mal presentimiento.

—¿Un mal presentimiento sobre qué, Amanda? —Mueve los pies, ansioso por marcharse y frustrado conmigo. Su voz se vuelve más aguda—. ¿Eh? ¿Cuándo no he sido un conductor prudente?

Eso no merece respuesta. Me rindo y, en lugar de discutir inútilmente, me subo al coche y me quito los zapatos justo después de que él cierre la puerta de golpe.

Pero, en cuanto el Cadillac se pone en marcha, no puedo evitarlo.

—Todo esto, la organización, la gala para recaudar fondos, es una farsa para ti, ¿verdad? Apuesto a que lo haces por la audiencia. No crees en nada de lo que dices... Solo lo estás utilizando, y a mí también, para impulsar tu carrera y codearte con gente influyente.

—Maldita sea, Amanda —dice, golpeando el volante con la mano—. ¿Qué narices te pasa esta noche? ¡Déjame en paz, joder!

—En realidad, no se está defendiendo nada. No se está consiguiendo nada. No ha habido ningún cambio de legislación en los últimos cuatro años desde que empezamos con esto. Sinceramente, no sé a dónde va a parar todo el dinero.

—Vaya, ¿así que ahora quieres una auditoría? —Los neumáticos chirrían en señal de protesta cuando gira a la izquierda hacia Malibu Canyon, acelerando—. Solo tienes que decírmelo y te prepararemos los libros. Porque aquí mandas tú, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco en la oscuridad del vehículo. Para él, todo gira en torno al poder y el control. Es lo único que le importa. Y la percepción que la gente tiene de él.

Rindiéndome por segunda vez en solo dos minutos, dejo que mi

mente vague sin rumbo fijo, tratando de alejar la ansiedad que me recorre las venas. Tratando de silenciar mis pensamientos intrusivos y tomar la decisión correcta.

El cielo se ilumina con brillantes relámpagos sobre nuestras cabezas, y los truenos me sobresaltan, haciéndome estremecer. Suenan amenazadores, premonitorios. Durante un rato, contemplo por la ventanilla las paredes del cañón, que pasan veloces bajo los potentes faros del coche, mientras Paul conduce cada vez más rápido por la carretera desierta y sinuosa.

Ya no falta mucho.

—Esta noche has estado ridícula —dice, lanzándome una mirada furiosa—. Tus sospechas, tu actitud, todo.

Niego con la cabeza y desisto de decir ni una palabra en mi defensa. Es inútil; todo lo que intento con él acaba en derrota. Saco mi teléfono del bolso y escribo un mensaje rápido.

—¿A quién le envías mensajes a estas horas? Es casi medianoche.

Sus sospechas sobre mí serían divertidas si no fueran tan hirientes. Si él tiene en la cabeza otras mujeres, cree que yo hago lo mismo. No me conoce en absoluto.

—Se me ha olvidado decirle a la señora Higgins que nos íbamos —le digo.

—¿Quién?

—A la mujer mayor de nuestra mesa. Le he prometido que nos veríamos en el bar para tomar una copa de champán, y se me ha olvidado por completo.

Paul me mira con recelo mientras sigo escribiendo: «Acabo de irme. Lo siento mucho...». No hay respuesta, solo una notificación de que el destinatario lo ha leído.

Entonces le enseño la pantalla del teléfono a Paul.

—Aquí tienes, ¿quieres verlo tú mismo?

Él mantiene la vista en la carretera.

—Da igual —murmura Paul mientras guardo el teléfono en mi bolso.

—¿Qué? ¿Has conseguido coincidir con esa mujer? —le pregunto, incapaz de mantener la boca cerrada. Estoy rascando esta herida como si fuera una costra que pica, sabiendo muy bien que, cuanto más lo haga, más me dolerá.

—Por Dios, Amanda... ¿De qué mujer hablas?

—De la del vestido rojo, la que has estado devorando con los ojos

durante toda la noche. ¿Le has pedido su número?

—¡Joder, Amanda! ¡Te lo he dicho mil veces! Eso es lo que vende la televisión, las películas, las recaudaciones de fondos. ¡Cualquier cosa, en realidad! —Sus dedos se tensan sobre el volante. El sistema del coche emite unos pitidos de advertencia cuando las ruedas rozan la doble línea que separa los carriles.

—¿Qué? ¿Buen periodismo?

—¡Sexo! —grita, mirando con ira la carretera que tiene delante. El vozarrón en el espacio cerrado del vehículo en marcha me hace callar mientras él sigue gritando—. ¡Eso es lo que quieren ver! No les importa nada más que mi cara. ¡Eso es lo que tengo a mi favor, si quieres saber la verdad! ¡Vale más que mi título de periodismo y todos los reportajes de investigación que hago!

Nunca lo había visto así. Nunca había pensado que le importase, siempre y cuando fuera el centro de atención y consiguiese lo que quería.

—Pero ¿tienes que someterte a su dictado?

El coche pita y Paul invade el otro carril al acercarse demasiado rápido a una curva cerrada.

—Hijo de puta —murmura, reanudando su conducción a alta velocidad por las montañas de Santa Mónica tras regresar al carril derecho—. ¿Qué quieres que haga? ¿Dejar que Latesha Jones o Carly Crown nos coman el terreno? ¿Convertirme en su productor y hacerles los recados?

La ira se agita en mi interior. Soy incapaz de controlarla.

—¡Me gustaría que me mostraras algo de respeto! Al menos cuando estoy contigo y todos nos observan. A ti te admiran y te... desean. Pero a mí me miran con lástima o desdén. Como si fuera una especie de...

La silueta de una mujer aparece de la nada, una forma oscura sobre el fondo de los destellos de los relámpagos. Grito una fracción de segundo antes de que el coche golpee el delgado cuerpo. La peatona sale disparada contra el parabrisas y lo rompe. Luego, rebota sobre el coche y aterriza en la carretera detrás de nosotros. El vehículo frena con brusquedad y emite todo tipo de advertencias, con los neumáticos chirriando y rozando el asfalto.

El coche se detiene por completo, pero Paul no suelta el volante.

—¿Qué coño acaba de ocurrir?

PAUL DAVIS

—¿Qué coño ha sido eso?

Mi voz es un susurro ahogado. Abro la puerta y salgo del coche, pero tengo que agarrarme al marco para mantener el equilibrio. Me tiemblan las rodillas, y estoy a punto de vomitar todo el *bourbon*.

Descalza y sujetándose la larga falda con una mano, Amanda corre hacia la peatona caída. Su vestido plateado ondea al viento, haciéndola parecer un fantasma. Un escalofrío me recorre la espalda. En cuanto llega hasta la mujer, se agacha a su lado y empieza a hacer su trabajo, supongo que comprueba qué huesos tiene rotos. Le toma el pulso y luego acerca la oreja a la cara de la mujer, seguramente para escuchar su respiración.

Una oleada de ira me recorre el cuerpo al darme cuenta de que va vestida de negro. ¿Cómo se supone que iba a verla en la oscuridad?

El tiempo se detiene mientras Amanda permanece agachada junto a la peatona, haciendo sus comprobaciones a la tenue luz de su teléfono. Ilumina con la luz el cuerpo caído de arriba abajo. Siento un nudo en el estómago y el miedo se extiende como un veneno. No hay movimiento ni gemidos de dolor por parte de la persona. Nada. Solo silencio, interrumpido de vez en cuando por truenos amenazadores.

¿Qué puñetas voy a hacer?

Observo el parabrisas roto. Está manchado de sangre. Instintivamente, me llevo la mano a la boca abierta. ¿Y si la he matado? Dios mío, no.

Amanda levanta la cabeza y me mira, instándome a que vaya hacia ella. Me acerco, con las manos temblándome de forma espantosa mientras me aflojo la corbata. Pero me detengo a un par de metros de la peatona caída. Soy incapaz de dar un paso más.

—Ha fallecido en el acto —anuncia Amanda con frialdad, pero luego se seca los ojos—. Tienes que llamar a la policía. —Se pone de pie y me mira con intensidad y sin piedad—. Ahora mismo, Paul.

En una fracción de segundo, puedo ver el futuro y lo que eso significaría para mí. Para todos nosotros.

—¡No! —replico con firmeza. Me paso los dedos por el pelo, enrollando los mechones y apretándolos con fuerza, como si fuera a arrancármelos del cuero cabelludo—. ¡No puedo llamar a la policía! ¿Estás de broma? No puedo.

Ella permanece inmóvil, con la mirada fija en la víctima durante unos momentos antes de volver a clavarla en la mía.

—Paul, no puedes no llamar. Cada segundo que pasamos en esta carretera corremos el riesgo de que alguien nos embista a cien kilómetros por hora. Tienes que llamar.

Camino de un lado a otro, nervioso; doy unos pasos hacia el coche y luego vuelvo, incapaz de acercarme más a ella. Una batalla de instintos se libra en mi interior. Con cada fibra de mi cuerpo, ansío huir de aquí y dejarlo todo atrás, pero no puedo. No así.

—Amanda, ha sido un accidente. Parece una vagabunda o algo así. Mira lo delgada que está. Y lleva una chaqueta con este tiempo... ¿Qué hacía aquí a estas horas de la noche? —Miro a mi alrededor, con las manos apoyadas con firmeza en las caderas—. ¿En medio de Malibu Canyon Road? —Amanda se limita a mirarme con incredulidad—. Que no, te digo que esto no tenía que haber pasado. Ha sido un accidente.

—Estoy de acuerdo —dice con calma. A veces, envidio su compostura. Probablemente le resulte natural, con todas las emergencias que maneja en el hospital—. Contratarás a un abogado, uno bueno, alguien a quien es probable que ni siquiera tengas que pagarle mucho, teniendo en cuenta quién eres y las ganas que todo el mundo tiene de salir en tu programa. Él le explicará todo eso a la policía y no presentarán cargos.

—¿Y mi nivel de alcohol en sangre? Sabes que eso es lo primero que comprobarán. —No se me escapa la ironía de cómo ha sucedido todo y cuándo.

Hay una insinuación de «te lo dije» en la delgada línea de sus labios.

—Eso es trabajo del abogado. Hará que desaparezca. Sabes que pueden mantener las cosas en secreto si vas un paso por delante. —Se muerde el labio, nerviosa, mirando sin parar por encima del hombro para ver si viene algún coche—. No puedes largarte sin más. Te caerán unos cuantos años si te pillan. Es un delito grave.

—¡Y yo te digo que no podemos llamar a la policía, hostia!

Mis gritos angustiados rebotan contra las paredes del cañón, resonando extrañamente en la noche. Estoy cansado de su lógica, de sus súplicas y de todos los argumentos sensatos que me está dando. Como si eso pudiera persuadirme de alguna manera de tirar mi vida por la borda.

—Deberías bajar la voz. Estás llamando la atención.

Esta mujer me vuelve loco. No se calla el tiempo suficiente como para dejarme pensar. Estamos en un tramo desierto de la carretera, a casi dos kilómetros de la casa más cercana. Irritado, estampo un pie contra el suelo y señalo las paredes del cañón con los brazos abiertos.

—¿La atención de quién? ¡Aquí no hay nadie!

—Eso era lo que pensabas antes de atropellarla.

Tardo un momento en asimilar sus palabras. Cuando lo hago, se me eriza el vello de la nuca. Miro a mi alrededor, tratando de ver en la profunda oscuridad teñida de rojo por las luces traseras. ¿Y si alguien nos ha visto? Hoy en día todo el mundo tiene una cámara en el móvil; podrían haber tomado fotos de todo este marrón. De mi matrícula. De mi cara. Ay, Dios.

Tengo que hacer algo. Me quedo parado, con el pecho oprimiéndome mientras miro a mi alrededor, apretando los puños. Se me corta la respiración, superficial e inestable, y una ola de pánico me invade.

No hay luna, solo algunos relámpagos que zigzaguean a través de una capa de nubes bajas y densas. Enciendo la linterna de mi teléfono y escudriño a mi alrededor un poco más. El haz de luz es demasiado débil para llegar muy lejos. Veo una pared rocosa escarpada y árida a la izquierda de la carretera y un profundo barranco al otro lado. Me acerco a la barandilla de la derecha y miro hacia abajo. El suelo y el desfiladero están cubiertos de densos y enmarañados arbustos. Es imposible saber lo profundo que es el barranco, bajo toda esa vegetación.

Creo que ya sé qué hacer. Cojo una piedra del borde de la carretera y la lanzo, apuntando con la linterna lo mejor que puedo. Cae directamente entre los arbustos y se oye un crujido durante un instante antes de quedarse quieta: el barranco es lo bastante profundo. Servirá.

Pero, antes de eso, hago un último intento desesperado por mantenerme en el lado correcto de la ley.

—Ha sido un accidente, Amanda. Lo sabes perfectamente.

Ella asiente, mirándome con curiosidad.

—Sí, cierto.

—Antes te has ofrecido a conducir. —Levanta una ceja y me clava la mirada con expresión de incredulidad—. Podría haberte pasado a ti también, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —Su voz es gélida. Amenazante.

Me he equivocado al sacarlo a colación.

—No importa. Solo pensaba que quizá podrías...

—¿Llevarme las culpas por ti? —Se ríe con amargura. Su voz está llena de desprecio—. Ya, me imagino que eso es lo que esperabas, ¿no?

Trago saliva con dificultad, con la garganta oprimida.

—¿Lo harás?

—No, Paul, no lo haré. —Me mira a los ojos—. Tiene un minuto más para hacer lo que debes. Después, llamaré a la policía yo misma.

La creo. Seguro que tiene a varios agentes en marcación rápida. Conocidos del trabajo. Pero no me puedo creer que no me vaya a ayudar. Ha hecho muchos amigos útiles en su trabajo. Yo solo he hecho enemigos. Y, aun así, no le importo, no le importa lo que nos ocurrirá. Solo le importan sus dichosos valores.

—Mira, no podemos llamar a la policía si tú no... —Dejo de hablar al ver cómo me mira—. Seríamos el hazmerreír de toda la ciudad. Se iría todo al garete. Mi carrera... No volvería a trabajar jamás, no en televisión. ¡Iría a la cárcel! Sabes que daría positivo. —Ella ni se inmuta, como si no estuviera escuchando nada de lo que digo—. Me daré con un canto en los dientes si me dejan trabajar en la construcción con antecedentes penales. ¿Y la organización? ¿Te imaginas lo que le sucederá a la organización? ¡La hemos construido nosotros! Tú y yo, ¡juntos! No podemos dejar que se hunda. ¿Y todo por qué? ¿Por una vagabunda que se me ha cruzado delante del coche? Vamos, cariño, sé razonable. —Le cojo la mano, pero ella la aparta, enfadada.

—No te atrevas a tocarme —sisea—. Ahora mismo, no sé quién eres.

Retiro la mano enseguida, la miro a ella y luego al cuerpo, tratando de decidir qué hacer. Es solo cuestión de tiempo que pase otro vehículo. Absurdamente, trato de recordar si alguien que aún

esté en el evento vive al otro lado del cañón. No importa. Alguien vendrá, tarde o temprano.

Es obvio que no hay alternativa.

Me acerco a la mujer y me agacho junto a ella; observo su rostro demacrado y cubierto de sangre, pero solo por un breve instante, antes de tener que apartar la mirada. Me planteo levantar su frágil cuerpo para llevarlo hasta la barandilla lateral, pero me destrozaría el esmoquin. Además, mancharía de sangre el asiento del coche, el volante..., todo. Sería como dejar un reguero sin fin; al menos, para los forenses.

Agarrándola por los tobillos, empiezo a arrastrar el cuerpo hacia el lado de la carretera, dejando tras de mí un rastro de manchas irregulares de sangre roja oscura.

—Me cago en la puta —murmuro, sabiendo que no hay forma de limpiar eso.

Quizá, al amanecer, se habrá secado y no se notará. O a lo mejor llueve. Se avecina un río atmosférico que se supone que dejará hasta ciento cincuenta litros de lluvia esta noche. Necesito que empiece a descargar ya.

Amanda se interpone en mi camino, con los ojos muy abiertos, implacable.

—No —dice con firmeza, levantando una mano para detenerme—. ¡No voy a dejar que tires a esta mujer a la cuneta como si fuera basura! Nosotros no somos así.

La tensión crepita entre los dos como electricidad estática. Nuestras miradas se cruzan en una silenciosa batalla de voluntades.

Ni loco voy a dejar que me arruine la vida con su rectitud.

—Intenta detenerme —digo, empujándola a un lado.

6

AMANDA DAVIS

Nunca había temido por mi vida. No así. Quizá sea porque Paul está arrastrando un cadáver. Un miedo paralizante se apodera de mí y me hace dar un paso atrás. O tal vez sea la mirada de sus ojos de acero..., fríos, despiadados, teñidos de locura. La mirada de un asesino acorralado.

Pero ¿qué he visto exactamente? ¿Cuánto puedo confiar en mí misma aquí, en la oscuridad, después de todo lo que ha ocurrido?

Hemos tenido nuestros problemas en los últimos tiempos, como otras parejas, pero creía saber quién era mi marido y de lo que era capaz. Ya no confío en que eso sea cierto. Aun así, sigo buscando excusas para él. Algún tipo de justificación para lo que está a punto de hacer. Se siente acorralado, lo entiendo. Esta noche ha llegado a su límite.

Y ahora estoy dejando que haga esto. Ni siquiera alcanzo a entender cómo. ¿De verdad voy a dejarle? Debo estar en estado de *shock*. No puedo dejar que lo haga, Dios mío... No puedo. Y, sin embargo, no me muevo. La forma en que me ha empujado hace un momento, con brutalidad, casi tirándome al suelo, todavía resuena en todo mi cuerpo.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, siento el frío de la noche calándome los huesos. Tengo los pies helados. Descalza, piso el frío asfalto sin moverme del sitio para mantenerlos calientes. El viento es fuerte y racheado, levanta polvo y hojas muertas del borde de la carretera, haciéndolas girar en el aire. Los truenos están ahora más cerca, se oyen más fuertes, y los relámpagos dibujan la silueta de Paul al lado de la carretera, pintando una imagen siniestra que me perseguirá para siempre. Ha arrastrado el cuerpo de la mujer hasta el borde del barranco. Ahora lo empuja por debajo la barandilla y lo hace rodar, cada vez más cerca del borde, inclinándose hacia delante sobre la barandilla y gruñendo por el esfuerzo.

Me mantengo a distancia, junto al coche. No puedo formar parte de lo que está haciendo. Se me revuelve el estómago, y me obligo a respirar hondo varias veces para calmar los nervios. Este no es el lugar para vomitar la cena y dejar mi ADN en la escena de un atropello mortal que se va a convertir, además, en un delito de fuga.

Las ramas de los arbustos crujen y se rompen ruidosamente cuando cae el cuerpo. Paul deja escapar un fuerte gemido y endereza la espalda, sin dejar de mirar el barranco. Me da la espalda, pero puedo ver que se frota las manos, para quitarse la tierra o la porquería que pueda haber cogido. Luego, enciende la linterna del teléfono y mira hacia el barranco durante lo que parecen horas.

Pero apenas ha pasado un minuto.

Cuando por fin se acerca al coche, evita mirarme a los ojos. Puedo ver lo angustiado que está por su andar vacilante, la tensión de sus hombros y su cabeza gacha. Tiene la mirada clavada en el suelo, probablemente avergonzado de lo que ha hecho.

—Vámonos —dice. Toda la frialdad amenazante ha desaparecido de su voz, sustituida por el miedo.

Me acerco y me levanto la falda con la mano mientras esquivo la sangre que embadurna el asfalto. No puedo apartar la mirada cuando paso al lado. La visión me desgarran el pecho como una navaja, y deo escapar un sollozo ahogado, tapándome la boca con la mano.

Me dirijo al asiento del copiloto y paso por delante del Cadillac para examinar los daños. El parabrisas está agrietado, cubierto de sangre y parcialmente hundido. La rejilla delantera está partida y hay trozos rotos que han caído quién sabe dónde. Si la policía los encuentra, los relacionarán con la marca y el modelo de nuestro coche. Y, a partir de ahí, será fácil encontrarnos.

—¿Cómo vamos a conducir hasta casa así? —pregunto con voz apagada.

El se pone al volante y lo agarra con ambas manos.

—No lo sé, ¿vale? Venga, vámonos.

Dudo, pero luego me doy cuenta de que no tengo muchas opciones. ¿Qué voy a hacer? ¿Volver andando a casa, cruzando las montañas de Santa Mónica? ¿Discutir con él en medio de la carretera? No... Ahora estamos juntos en esto.

Justo cuando tomo mi decisión, una pesada gota de lluvia me salpica la cara. Me subo al asiento del copiloto y cierro la puerta,

temblando. Mientras me froto los brazos para calentarlos, él enciende el motor y mete la marcha.

—Si nos encontramos con un policía en el camino, estamos perdidos —digo, señalando lo obvio, algo que sé que él detesta—. En cuanto alguien vea el...

—¿Crees que no lo sé? —Conduce con precaución, sin superar el límite de velocidad. En cuestión de minutos, la lluvia se vuelve intensa. Pone los limpiaparabrisas, pero luego maldice y los detiene—. El cristal no lo aguantará. Podría romperse.

Miro fijamente el lugar donde la mujer ha golpeado el parabrisas. Como una telaraña, las grietas se extienden desde un punto central por todo el cristal laminado de seguridad. Bajo la fuerte lluvia, la sangre comienza a desaparecer. Parte de ella se filtra a través de las grietas dentro del coche, mezclada con el agua de lluvia.

—Mierda —murmura Paul—. Pon algo debajo. No dejes que manche el salpicadero o que se meta entre en las rejillas de ventilación, porque no conseguiríamos quitarla nunca.

Abro la guantera y rebusco entre el contenido: el permiso de circulación, una linterna pequeña, un ambientador para el coche, un par de guantes de cuero...

—Aquí no hay nada que me sirva.

—Mira en el compartimento de la puerta. Debería haber un paño.

Su voz denota pánico. Sus ojos van de la calzada al espejo retrovisor y viceversa. La carretera sigue oscura detrás de nosotros y llueve con más fuerza. Nadie sube por la montaña desde la ciudad.

Encuentro el paño donde me ha dicho y lo coloco debajo del centro de la grieta, pero no aguantará mucho. Entra demasiada agua. Me lo quita de la mano y lo presiona contra el parabrisas.

—Toma, sujétalo así. No aprietes demasiado, solo intenta evitar que se hunda.

Tengo que ponerme en el borde del asiento para hacer lo que me pide. Me desabrocho el cinturón de seguridad y apoyo la rodilla derecha en el suelo del coche para alcanzar la grieta. Me tiemblan las manos y siento un nudo en el estómago por el miedo, pero me mantengo firme. Ya no falta mucho.

En cuanto salimos de Malibu Canyon Road hacia Calabasas, los dos miramos a derecha e izquierda. Las calles están bien iluminadas con luces amarillentas mientras nos dirigimos hacia nuestra casa. Todo está desierto, algo que casi nunca ocurre en Los Ángeles.

Probablemente sea por la lluvia. Y es tarde, casi la una y media de la madrugada.

Pero no será suficiente.

—Hay cámaras en los semáforos y en el cajero automático...

—¿Crees que no lo sé? —me espeta.

Es curioso lo fácil que le resulta gritarme cada vez que le apetece. En algún momento de los últimos dos años, me he convertido en su válvula de escape, su saco de boxeo verbal. El efecto es especialmente negativo en este espacio cerrado, donde el sonido fuerte y amenazante de su voz queda atrapado aquí conmigo.

—Iré por las calles menos céntricas desde aquí —añade.

Gira a la izquierda después de esperar lo que parece una eternidad a que cambie el semáforo en rojo, justo debajo de una cámara de tráfico enfocada hacia nuestro coche. A continuación, emprende el intrincado viaje que nos llevará a nuestra casa en Deerhill Park, tomando calles poco concurridas, donde las cámaras de semáforo no son tan frecuentes. Aunque eso no importa mucho, ya que todo el mundo en esta ciudad tiene algún tipo de sistema de seguridad con videovigilancia, como mínimo una cámara Ring, si no más. Sé con certeza que todos nuestros vecinos tienen.

Estamos a mitad de camino cuando, de repente, cambia de rumbo. En la desierta Kanan Road, de cuatro carriles, cambia de sentido y empieza a conducir de vuelta hacia la autopista.

—Nunca habrá un momento mejor para hacer esto —murmura.

—¿A dónde vamos? —El corazón me late a toda velocidad y no puedo respirar bien. Estoy lista para que todo termine.

—Al túnel de lavado. Hay uno automático que acepta efectivo, abren las veinticuatro horas. Lo conozco bien. —Se detiene en un semáforo. El sonido del intermitente tiene una intensidad inusual, en comparación con el sonido apagado de la fuerte lluvia que cae—. Sé dónde están las cámaras de seguridad —añade, sin parecer muy convencido.

Es una pésima idea.

Pero, justo cuando me pregunto si debería expresar mi preocupación, un coche patrulla de la policía de Los Ángeles se detiene en el carril derecho, junto a nosotros.

PAUL DAVIS

—Mierda —susurro, tratando de no girar la cabeza y mirar al policía.

Quizá no note nada raro. Quizá ni siquiera nos mire. Si lo hace, se dará cuenta de que Amanda está sentada en el borde del asiento, sin cinturón de seguridad, estirándose para sujetar el trapo.

—¿Qué hago? —pregunta Amanda, sin aliento. Está pálida y temblorosa, pero eso no es ninguna sorpresa.

Me invade un miedo tan profundo que me deja sin respiración. Alargo la mano para sujetar el paño contra el parabrisas en su lugar.

—Déjame esto a mí e intenta deslizarte despacio hacia atrás en tu asiento. Sin movimientos bruscos.

Al cogerle el paño, noto una mancha de sangre en el puño. Cambio la forma de sujetar para que la manga de la chaqueta cubra la mancha. Intento parecer tranquilo y sereno, pero la cabeza me va a mil por hora. ¿Qué hago cuando se ponga el semáforo en verde? ¿A qué velocidad arranco? ¿Nos está mirando el policía?

—¿Paul? —pregunta mi esposa entre dientes.

Me giro para mirarla y veo que el policía ha bajado la ventanilla y está a punto de golpear la de Amanda con la culata de su larga linterna.

Joder. Bajo la ventanilla de su lado y saludo con un gesto.

—Hola, agente.

Él asiente con la cabeza mientras nos estudia con sus ojos agudos y pequeños. Tiene unos cincuenta años y lleva el pelo entrecano cortado muy corto, en un intento de disimular unas entradas muy marcadas. Su cuello está lleno de músculos; probablemente pasa mucho tiempo en el gimnasio, hinchándose a esteroides. No me gustaría que me pusiera la mano encima.

—¿Qué ha pasado ahí? —pregunta, proyectando el potente haz de luz de su linterna dentro del coche, hacia el parabrisas. Nos mira a

los dos y luego centra su atención en el parabrisas y en el paño que estoy sosteniendo contra él—. ¿Un accidente?

—Eh, no, solo una piedra en la autopista. La lanzó un camión de dieciocho ruedas. Un desastre —contesto, casi atragantándome.

Vuelve a enfocarme la luz en la cara. Se me hiela la sangre, pero intento mantener la calma.

—Ya lo creo —gruñe, con los labios apretados mientras sigue mirándome—. ¿No es usted el tipo de las noticias, Paul algo?

Genial. Me ha reconocido. Ahora sí que estoy jodido.

—Paul Davis, sí. —Decir mi nombre delante de él me hace recuperar de alguna manera mi seguridad escénica, mi personalidad pública. Durante una fracción de segundo, todo queda olvidado y vuelvo a ser el centro de atención, aunque esta vez la luz provenga de la linterna Maglite de un policía—. Soy yo. —Sonrío, afable y aparentemente relajado—. ¿Le importa si subo un poco esta ventanilla? Nos estamos inundando.

—No —dice, apagando esa horrible linterna. La cómoda oscuridad nos envuelve de nuevo, con destellos amarillos de las farolas y verdes de los semáforos reflejándose en cada gota de lluvia que cae sobre el parabrisas agrietado—. Pueden seguir, pero, antes de irse, una cosa. —Hace una pausa, y mi corazón deja de latir—. Señora, haga el favor de sentarse correctamente y abróchese el cinturón de seguridad.

Amanda asiente.

—Sí, agente. Solo intentaba...

—Si se activan los airbags, incluso en un choque a baja velocidad, y no lleva puesto el cinturón de seguridad, podría morir. —Pálida como un fantasma, Amanda asiente con la cabeza—. Muy bien —dice, llevándose dos dedos a la frente en una especie de saludo militar abreviado—. Conduzcan con cuidado. Y que tengan una buena noche.

Con eso, sube la ventanilla y se marcha.

Respiro.

Amanda empieza a sollozar mientras se abrocha el cinturón de seguridad. Está hecha un desastre. La lluvia le ha pegado mechones de pelo en la cara. El vestido empapado y apelmazado se le adhiere a la piel, revelando cada temblor a medida que el frío se cuela por la ventanilla abierta. La subo del todo, pero sigue haciendo frío.

Cuando estoy listo para arrancar, el semáforo vuelve a ponerse en rojo.

—Está bien —digo en voz baja, mirando a mi alrededor para ver si

viene algún coche. Ansioso por desaparecer, no creo ni una palabra de lo que digo, y sin embargo lo repito por los dos—. Todo va a salir bien.

—No, no va a salir bien —replica, y su voz se quiebra entre lágrimas y respiraciones entrecortadas—. Acabas de mentirle a un policía y él sabe quién eres. Te ha reconocido.

—Pero no me ha dado el alto de manera formal. No apareceré en ningún informe. —Me mira como si fuera idiota. Odio que haga eso—. Sí, lo sé, seré el tema de conversación de su pequeña fiesta junto al dispensador de agua. Le contará a todo el mundo en la comisaría que me ha conocido.

—Y que llevabas el parabrisas roto —añade, molestándome como siempre hace cuando enumera todos los hechos.

Le he pedido un par de veces que deje de hacerlo. Al parecer, es una costumbre de su trabajo, donde tienen que enumerar los síntomas de forma rápida y precisa para que los equipos de emergencia sepan qué hacer. A la mierda con eso. No lo necesito ahora ni nunca.

—Cuando lleguemos al túnel de lavado...

—¿Crees que este parabrisas aguantará la presión del agua en un túnel de lavado? —Su voz es contenida, incluso cautelosa, como si supiera que me está cabreando. Pero ella, erre que erre, tiene que insistir—. Pensaba que nos íbamos a casa después de encontrarnos con ese policía. Necesito que nos vayamos a casa, Paul. Por favor.

Sus comentarios encienden una chispa de frustración en mí.

—No creo que tengamos otra opción. La lluvia ha arrastrado parte de la sangre del parabrisas y del capó, pero la parrilla y el parachoques delantero van a gotear por todo el suelo del garaje. Si ha quedado sangre ahí... ¿Cómo pretendes que lo solucione? No me pondré a lavar la sangre de nuestro coche accidentado en la entrada de casa con la manguera del jardín.

Intento mantener la calma, pero estoy a punto de perderla. No entiendo cómo ha podido pasarme esto. Sobre todo esta noche. Puta mala suerte..., eso es lo que ha sido.

Pero no puedo pensar en eso. Ahora no.

PAUL DAVIS

Como esperaba, encuentro el túnel de lavado abierto y vacío. Está tenuemente iluminado por una farola, supongo que el propietario es demasiado tacaño para pagar una iluminación adicional. ¡Bravo por él! Me detengo junto al edificio, fuera del alcance de las cámaras, cojo los guantes de la guantera y salgo del coche bajo la lluvia torrencial.

—¿Paul? —me llama Amanda, justo cuando estoy a punto de dar un portazo—. ¿A dónde vas?

Gruño frustrado. ¿A dónde cree que voy? Si no me hubiera interrumpido cuando intentaba decírselo, lo sabría.

—Espera, ¿vale? —Cierro la puerta de un portazo, descargando toda mi frustración.

Girar la única cámara para que apunte a la pared es pan comido. Echo un vistazo rápido a mi alrededor para comprobar si hay otras, pero no veo ninguna. De todos modos, no se ve mucho con esta lluvia, pero eso funciona en ambos sentidos. Incluso si hubiera otra cámara y nos grabase, es muy posible que la grabación no sirviera de nada.

Corro de vuelta al coche, pisando algunos charcos por el camino, pero ya no me importa. Estoy calado, rendido y asustado, y harto de todo. Conduzco hasta el terminal de pago y selecciono un lavado completo sin secado, luego introduzco un billete de veinte con mi mano enguantada y la máquina me da diez de cambio.

Amanda coge el paño y lo sujeta contra la grieta del parabrisas, preparándose como si fueran a caer piedras, en lugar de agua, sobre el coche. Después de entrar en la estación automática sin contacto, pongo la posición de aparcamiento y dejo que la máquina se encargue.

Gotas de espuma en tres colores de chicle caen sobre el vehículo. Pulso un botón para plegar los retrovisores laterales y me recuesto en

mi asiento, odiando la sensación de la ropa mojada en mi espalda y lo que le está haciendo a los asientos de cuero perforado de mi flamante Cadillac. Prefiero pensar en eso que en el miedo agonizante que me retuerce las entrañas en un nudo insoportable.

Cuando comienza el lavado a presión, el agua empieza a gotear más rápido a través de las grietas del parabrisas. Mi esmoquin ya está empapado, así que más vale que lo utilice. Se me pega a la camisa cuando me quito la chaqueta. Luego, la coloco sobre el salpicadero, cubriendo las rejillas de ventilación. Retendrá parte del agua.

—No sé cómo imaginas que aún puedes librarte, Paul. —Amanda me lanza una mirada rápida y decepcionada—. Conozco a los agentes de Tráfico. He visto lo duros que son con las personas que huyen del lugar del accidente. Algunos acaban en urgencias, ¿sabes? Y los de Tráfico no les tienen piedad.

—Ya, también son duros con los conductores borrachos que matan a peatones.

Aprieto las manos sobre el volante, con los nudillos blancos, mientras proceso mis propias palabras. Probablemente ella no esperaba que lo dijera así, y da un grito ahogado cuando lo oye. Yo tampoco esperaba reaccionar con tanta intensidad a mis propias palabras condenatorias. Es como si la desesperación y el miedo dentro de mí se hubieran avivado hasta niveles insoportables.

La luz verde del túnel de lavado se enciende, arranco y doy otra vuelta al edificio.

—¿Otra vez? —Ella niega con la cabeza y luego se masajea la frente con dedos temblorosos—. ¿Cuántas veces quieres hacerlo?

—Dos o tres, creo que será suficiente. No puede haber ni una sola gota de sangre en este coche. Sabes que la encontrarían.

—No estás siendo razonable, Paul. Te estás acorralando a ti mismo. ¿No te das cuenta de que aun así demostrarán...?

—¡No tenía otra opción! —Mi voz resuena en el coche, haciéndola estremecerse. Se aparta como si fuera a golpearla, lo cual es ridículo. Nunca le he puesto una mano encima—. Llevo años luchando contra los conductores ebrios, ¿y ahora esto? ¡Me despellejarían vivo! —Sacudo la cabeza gacha con amargura—. Querrían dar ejemplo conmigo.

—¿Y esto es mejor? ¿Has pensado en Tristan? ¿Cómo le afectará que vayas a la cárcel?

—Eso es un golpe bajo, y lo sabes. —Respiro mi ira instantánea con rápidas inhalaciones y exhalaciones—. No utilices a mi hijo de esa manera.

—*Nuestro* hijo, Paul. No lo olvides, joder. —Sus ojos brillan de rabia en la oscuridad insonorizada de mi coche cubierto de espuma—. Deberías haber pensado en él cuando has decidido huir. Cuando has empujado el cuerpo de esa pobre mujer al barranco. ¿Cómo piensas explicarlo?

Odio lo que me está haciendo, minando cada pizca de confianza en mí mismo que aún me queda. Destruyéndome por dentro. Nos quedamos sentados en un silencio tenso hasta que termina el lavado; entonces arranco el motor, doy la vuelta y vuelvo a entrar en el túnel.

Por primera vez desde que ha ocurrido el accidente, empiezo a dudar de si he hecho lo correcto al huir.

—Quizá no tenga que explicarlo —murmuro—. Quién va a encontrarla en ese barranco, ¿eh? No me pillarán a menos que tú me delates, y te juro por Dios...

—Nunca haría eso —dice con calma, con frialdad. Pero la creo—. Cobarde o no, sigues siendo el padre de Tristan. A diferencia de ti, yo pienso en él antes de tomar mis decisiones.

Una nueva capa de espuma tricolor se posa sobre el coche como copos de nieve. Sus palabras me dejan sin habla por un momento. Parece tan firme en su desprecio hacia mí, tan definitiva y crítica, como si solo importara su veredicto y no hubiera apelación posible.

—¿No lo entiendes? Aunque me pillen mañana, no podrán demostrar que superaba el límite. No se tratará de que maté a alguien; solo será el accidente que en realidad fue y un momento de debilidad, de pánico, cuando hui. Eso puedo manejarlo. Pero no... — Mi voz se apaga bajo el peso de mi vergüenza. No sobreviviría a la humillación pública que supondría que me pillaran.

Ella me mira sin decir nada más, pero puedo ver que le da vueltas a la cabeza. La necesito de mi lado, trabajando conmigo, no contra mí. Necesito que crea en mí como antes, que me quiera tanto como antes.

—Así que lo tienes todo pensado, ¿verdad? —El desprecio en su voz es mordaz—. ¿Cómo vamos a vivir como fugitivos, escondiéndonos a plena vista, temerosos cada vez que oigamos una sirena de policía? ¿Cómo, sabiendo que esto podría golpearnos en cualquier momento y destrozarnos la vida? —Se aparta un mechón

de pelo de la cara y se lo coloca detrás de la oreja con dedos temblorosos—. ¿Verdad?

—Amanda, yo...

—No los llamaré, pero vendrán. ¿Y esperas que me ponga de tu lado y que le mienta a la policía? ¿Y para qué?

Durante un largo momento, se mantiene un silencio pesado y tenso entre nosotros. El semáforo se pone en verde al final del túnel, pero no arranco el motor. Me miro las manos, pálidas y heladas, que agarran el volante.

Recuperar a Amanda requerirá esfuerzo y tiempo, y no dispongo de ninguno de los dos.

—Por Tristan —digo finalmente. Mis palabras son apenas un susurro.

—Que te zurzan, Paul. Vete al infierno.

AMANDA DAVIS

Qué caradura es este hombre.

No puedo creerme que esté utilizando a nuestro hijo de esta manera. Pero ¿por qué me sorprende? Hace tiempo que se dio cuenta de que yo haría cualquier cosa por mi pequeño. Debe estar desesperado de verdad para amenazarme con Tristan. Igual que el día que le pedí el divorcio.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me froto las manos heladas entre sí. Mi vestido sin mangas está empapado y se pega a mis piernas de forma desagradable. No puedo quitarme las náuseas y el doloroso nudo en el estómago. Desde que ha ocurrido, mi estómago no ha dejado de revolverse. Son los nervios; es comprensible, después de lo que ha pasado esta noche. Pero es el recuerdo de aquel otro día lo que me retuerce las entrañas en un nudo de ira, miedo y desamor.

Paul sale despacio del túnel de lavado y toma las calles menos céntricas para regresar a casa, mientras yo recuerdo el peor día de nuestro matrimonio.

Ocurrió hace casi un año.

Cuando me casé con Paul, sabía perfectamente en lo que me estaba metiendo. Estaba enamoradísima de un hombre guapo y muy carismático; alguien a cuyo paso todo el mundo vuelve la cabeza, sea en el centro comercial, en el supermercado o en cualquier otro lugar al que vaya. Las mujeres lo adulaban con todo el descaro, desde las camareras hasta las vecinas, e incluso algunas que se hacían llamar mis amigas. A él no parecía importarle, y yo no me sentía demasiado amenazada por la atención que recibía. Sabía que, en parte, se debía a que era un rostro conocido de la televisión. Decidí ignorarlo y confié en que me sería fiel.

Durante años, no quise imaginar cómo eran sus días, si había algún tipo de compañera de trabajo, amiga o conocida especial que pudiera resultarle irresistible. No... Yo tenía mi propia vida, plena y satisfactoria, cuidando a Tristan y trabajando en el servicio de urgencias de Sunset Valley. Estaba segura de que Paul disfrutaba del mismo tipo de satisfacción en su vida, entre su meteórica carrera en el mundo de la televisión y nuestra vida juntos criando a nuestro hijo.

Ese día quedó patente lo equivocada que estaba. En todo.

Todo comenzó cuando trajeron a un paciente con una sobredosis al centro médico, cuando ya había transcurrido más de la mitad de mi turno de noche. El hombre, un camionero bastante corpulento, ya había recibido una dosis de naloxona por parte de los técnicos de emergencias, pero, tras comprobar sus constantes vitales, el doctor Grant, el médico de guardia ese día en urgencias, decidió administrarle otra dosis. El paciente se despertó al instante en un estado de agitación mientras yo intentaba pincharle la vena para administrarle líquidos por vía intravenosa. Sus inesperados movimientos me pillaron desprevenida.

No me aparté lo bastante rápido y su puño me golpeó en el ojo. Perdí el equilibrio y, al caer, me golpeé la cabeza contra el carro de ecografías. No fue nada grave, pero en Sunset Valley se toman muy en serio los protocolos. El doctor Grant me hizo un examen rápido y me envió a casa, aunque la laceración de la cabeza no requería puntos de sutura. Esa noche regresé en mi propio coche, sintiéndome perfectamente bien, salvo por una hinchazón que empezaba a aparecer debajo del ojo. Nada que no se pudiera solucionar con una bolsa de hielo.

Llegué a casa sobre las once, en lugar de a la una o la una y media de la madrugada, como suelo hacer cuando trabajo de noche. Entré en el garaje con una sonrisa, pensando que quizá Tristan aún estaría despierto y podría darle las buenas noches. Se niega a irse a la cama antes de que vuelva su padre, y el coche de Paul estaba en el garaje.

Lo primero que noté al entrar en la casa fue el olor. No era demasiado fuerte ni característico, pero era extraño, un aroma que no reconocía. Estaba presente incluso en el cuarto de la lavadora, donde me detuve un momento para dejar las llaves en el colgador de la pared. Luego, los sonidos. Susurros apagados, pasos frenéticos, el

roce de la ropa. Cuando abrí la puerta del salón, me quedé helada y el corazón se me detuvo.

Un par de zapatos de tacón alto con suela roja estaban tirados en la alfombra: uno, cerca de la puerta del cuarto donde yo estaba; el otro, junto al sofá. En una conversación aparentemente casual, pero mal fingida, Paul estaba sentado en un extremo del sofá de cuero blanco de tres plazas y una mujer que no reconocí ocupaba el otro. Su pintalabios era de buena calidad, pero se le había corrido de sus labios carnosos. Su piel impecable estaba enrojecida alrededor de la boca. La barba incipiente de mi marido puede hacerle eso a una mujer; lo sé de primera mano.

—Hola, has llegado temprano —soltó Paul. Parecía nervioso, con las mejillas en llamas, como un adolescente al que pillan besándose detrás del edificio de la escuela.

Aún paralizada, me mofé de su comentario.

—Esta es Emily Parker, mi asistente de investigación. Hemos estado revisando... —dijo, aclarándose la garganta, nervioso.

—Ahórratelo —respondí con frialdad, mirando los pies de la mujer y cómo intentaba ocultar el hecho de que estaba descalza, cubriendo un pie con una pedicura perfecta con el otro y curvando los dedos. El resto de su cuerpo parecía igual de incómodo. Sus ojos recorrían la habitación como si buscaran una forma de desaparecer. Luego, tras un largo momento, se calmó. Observé cómo se le hinchaba el pecho al respirar hondo. Había renunciado a escapar de la situación; se estaba preparando para lo peor.

De una belleza perturbadora, Emily era la clásica mujer despampanante, con un cabello rubio perfectamente peinado, ojos color avellana y un cuerpo de infarto. Y parecía más joven que yo, descansada y dispuesta a vivir una historia de amor, una aventura. No acababa de regresar a casa después de un turno en urgencias, con un puñetazo en la cara propinado por un cocainómano. Por supuesto que era más joven. Mi marido nunca renunciaba a nada. ¿Por qué iba a hacerlo?

Paul se levantó del sofá para dirigirse hacia mí. Alcé la mano y se detuvo.

—Estamos trabajando —dijo, con un tono patético. Me dio asco; era la primera vez que veía a mi marido como un cobarde. Ese día, cayó del pedestal en el que yo lo había colocado, en más de un sentido—. Tenemos que terminar la lista de invitados al programa...

Detuve su perorata de excusas con un gesto desdenoso. Una inmensa ola de cansancio me invadió, llenándome de pavor. Mi vida, tal y como la había conocido hasta ese momento, había terminado, y una nueva era estaba a punto de comenzar. Una era de desamor y resentimiento. Era inevitable.

Pero no había tiempo para pensar en eso. Tenía que mantenerme fuerte.

—Emily Parker, ¿verdad? —Ella asintió, palideciendo—. Haz el favor de recoger tus cosas y largarte de mi casa.

La chica hizo justo lo que le pedí, corriendo apresuradamente de puntillas para recoger un zapato y luego el otro, y dudó un momento antes de encontrar la entrada principal y dirigirse directa hacia ella. Debían haber llegado en el coche de Paul y entrado por el garaje. Eso explicaba el rastro perfumado que había dejado en el cuarto de la lavadora.

En menos de un minuto, se había ido, y la puerta que cerró al salir fue el único sonido entre nosotros durante un rato.

No sé qué pasó en ese largo momento de tenso silencio. Algunas personas luchan durante años antes de renunciar a un matrimonio moribundo. Quizá mi experiencia en urgencias entró en acción. En el trabajo nos enseñan a evaluar situaciones de forma rápida y precisa, determinando el procedimiento más eficaz para garantizar el mejor resultado posible para los pacientes. Nos enseñan a saber qué funcionará y qué no en cuestión de segundos.

—Quiero el divorcio. —Mi voz sonó tranquila y objetiva. No quedaba emoción alguna ni dolor que se filtrara desde mi corazón herido. Habría un momento para llorar lo que había perdido. Sabía que llegaría.

Paul estaba a un metro de mí, lívido. Parecía estar a punto de derrumbarse, pero eso solo duró unos instantes. Entonces unas manchas rojas comenzaron a colorearle la cara y el cuello a medida que la rabia crecía en su interior. Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Por esto? —Hizo un gesto señalando el sofá vacío—. Estábamos trabajando, ¡joder! No seas ridícula.

—¿Dónde está Tristan? —pregunté, con voz apenas audible.

—Está arriba, durmiendo. —Paul desvió la cara un instante.

Siempre lo hace cuando me miente. Cuando lo sorprendo con una pregunta y no tiene tiempo para inventarse una mentira, para pensársela bien.

—Hijo de puta —susurré. Todavía tenía la esperanza de que hubiera enviado a Tristan a dormir a casa de su mejor amigo, o que tal vez papá hubiera regresado temprano de su viaje y se lo hubiera llevado—. ¿Y si te ha visto?

Paul giró la cabeza y miró por encima del hombro, pero Tristan no estaba sentado en los escalones, asomando la cabeza entre los barrotes.

—Está durmiendo, Amanda. Y no había nada que ver. Estábamos trabajando.

Crucé los brazos sobre el pecho. El hombre que creía que era mi alma gemela estaba mostrando su verdadera cara, y era un mentiroso, un farsante y un cobarde.

—Sí, claro. El pintalabios siempre se corre cuando las mujeres trabajan. Siempre se quitan los zapatos y se sacan la blusa de seda arrugada de los pantalones. Los botones también se desabrochan. Son cosas que pasan.

Paul se miró de forma automática los botones de la camisa. Me reí, el sarcasmo y el humor eran mi única armadura contra el dolor que me atravesaba el corazón.

—Cariño, déjame que te lo explique.

Dio un paso adelante y levantó las manos como si fuera a ponérmelas sobre los hombros. Odiaba eso: el dominio masculino en su máxima expresión, disfrazado de compasión y calidez.

—No te atrevas a tocarme —le dije. Bajó los brazos, que quedaron colgando inertes—. Te vas esta noche, así que coge lo que necesites y lárgate. Mañana buscaré un abogado y me pondré en contacto contigo.

La palidez volvió a su rostro, pero mis ojos se fijaron en el crujido de sus articulaciones al apretar los puños. Instintivamente, di un paso atrás y clavé la mirada en la suya. La rabia que brillaba en sus iris azules me heló la sangre. Ya no lo reconocía.

—Me aseguraré de que no te den la custodia de Tristan. ¿Qué te parecerá verlo en fines de semana alternos? —Su voz susurrante iba acompañada de una sonrisa de superioridad retadora.

La enormidad de la amenaza me destrozó. En un instante, así sin más.

¿Podría conseguirlo? Por supuesto, incluso aunque yo contratara al mejor abogado de la ciudad. Porque todos los que son alguien en

Los Ángeles sueñan en secreto con ser invitados a su programa. Y esa lista incluye a jueces, abogados e incluso policías.

Sentí que se abría un abismo justo debajo de mis pies, que amenazaba con tragarme.

—¿Te acuerdas de hace dos años? ¿La fiesta de Navidad en la cadena? —preguntó, acercándose a mí, con la voz aún en un susurro amenazante—. ¿Cuando bebiste más de la cuenta? Tengo un vídeo. Animaría la vista para la custodia, ¿no crees?

Me atraganté y jadeé en busca de aire, recordando que había vomitado en el aparcamiento aquella noche, agarrada a la rueda delantera del coche de Paul y mortificada por la vergüenza. Las lágrimas me quemaban las comisuras de los ojos. No tenía elección ni salida. Lo veía con claridad, así que hice lo único que *podía* hacer: di marcha atrás.

Aunque me matara por dentro, tenía que fingir que estaba dispuesta a perdonarlo. Para poder seguir estando con mi niño. Me costó Dios y ayuda disimular, cuando lo que quería era gritar, chillar y sacarle los ojos.

—Me rompes el corazón, Paul. Sigo enamorada de ti, pero volver a casa y encontrarte enrollándote con esa...

Me observó con mirada inquisidora y luego respiró, aliviado. Las manchas rojas de su piel comenzaron a desvanecerse. Me puso las manos sobre los hombros y yo se lo permití, aunque se me erizó la piel.

—Cariño, por última vez: estábamos trabajando. Te juro que no ha sido más que eso. —Me levantó la barbilla con los dedos y me besó en los labios.

Pude saborear el pintalabios de fresa de la mujer en su boca. Me dio asco.

Más tarde, cuando me encontró bajo las sábanas, me clavé las uñas para que mi cuerpo lo acogiera, sabiendo que así todo iría más rápido.

Luego, cuando terminó conmigo, el hombre más deseado de la televisión de Los Ángeles me rodeó con sus brazos y me susurró:

—Nadie va a quitarme a mi hijo, cariño. Métetelo en la cabeza.

PAUL DAVIS

Durante todo el trayecto de regreso a casa, Amanda me ignora. No deja de mirar por la ventanilla, con la cabeza girada y los labios apretados en una línea firme e implacable. Estoy muerto de miedo y desearía que me hablara, que me mostrara algo de apoyo, algo de empatía. Me lo merezco, ¡por Dios!, después de todos estos años. Este estúpido accidente le podría haber ocurrido a cualquiera, incluida ella.

Sus palabras siguen rondándome en la cabeza.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que tenía que haber alguien más allí con esa mujer. Alguien que ha visto lo que he hecho, todo, y que seguramente lo habrá grabado con su teléfono. Esa mujer no podía estar caminando sola por allí. Recuerdo que cuando la he agarrado por los tobillos para arrastrarla a un lado de la carretera, eran tan delgados y parecían tan frágiles que he temido quedarme con ellos en las manos.

Esa idea me hace estremecer. En mi mente agotada, me veo empujando su cuerpo por el borde del barranco, gruñendo por el esfuerzo, y luego frotándome las manos y respirando hondo, aliviado. El miedo me invade en oleadas mientras revivo los detalles.

¿Qué he hecho?

¿Me habrá visto alguien? Si es así, ¿ya habrán llamado a la policía?

Necesito que Amanda esté a mi lado en esto. Gimo cuando el siguiente pensamiento toma forma en mi mente. Ella haría cualquier cosa por su hijo, eso lo sé, pero ¿haría *esto*? ¿Mentiría a la policía por mí? ¿Arriesgaría su propia libertad por algo que yo he hecho? Las cosas han ido cambiando entre nosotros con el tiempo; ella ya no es quien solía ser.

Necesitar a la gente... ¡Qué mierda!

Giro hacia nuestra calle y veo que el Civic rojo de la niñera sigue

aparcado en la acera. Joder. Me había olvidado por completo de ella. Verá el estado en el que nos encontramos y hará preguntas. Y lo recordará todo. Cotilleará sobre nosotros con sus amigas en el centro comercial.

Miro la hora. Son poco más de las tres y media de la madrugada.

Espero que a estas alturas se haya quedado dormida delante del televisor, con el bol de palomitas medio derramado en el regazo y los granos esparcidos por la alfombra persa. Si Amanda me dejase obligarla a pasar la aspiradora una vez, la muchacha recordaría qué hacer con ese bol cuando le apetece echar una cabezada. Pero supongo que cualquier cosa es mejor que no que nos vea llegar a casa en un coche accidentado desde la ventana del salón.

Una vez en la entrada, alineo el coche con el garaje de la derecha. Nuestra casa tiene tres plazas de garaje, una con una sola puerta y las otras dos con una puerta común más grande. El Subaru de Amanda ocupa la plaza del medio y yo suelo ponerme en la de la derecha. La otra está vacía desde que vendí el BMW.

En el momento en el que mi mano se acerca al mando de la puerta del garaje, Amanda me detiene.

—Aparca a la izquierda —dice—. La puerta más pequeña es más silenciosa.

Desde luego. Doy marcha atrás y me alineo con ese garaje. Cuando se abre la puerta, suena como si pudiera despertar a todo el vecindario, pero solo es ruidosa para mis nervios crispados. Nada se mueve en nuestra calle, ningún perro ladra y ninguna luz de dormitorio se enciende para ver qué es el ruido que estamos haciendo. Por suerte, las casas tienen unos jardines de tamaño respetable.

Espero a que la puerta se cierre detrás de nosotros antes de bajarme del coche, y mi mujer hace lo mismo.

Amanda se desliza entre el Cadillac y su Subaru, y encuentra el interruptor de la luz en la pared junto a la puerta por la que se accede a la casa. Cuando se encienden las potentes luces, entrecierro los ojos, cegado, y me los protejo con la mano mientras inspecciono los daños.

Joder, qué desastre.

La parrilla de malla hexagonal está rota en varios sitios y le faltan trozos. Estarán esparcidos por Malibu Canyon Road, donde ha ocurrido el accidente. Si la policía va a buscar pruebas al lugar del

accidente, encontrará unas cuantas. El emblema está suspendido, a punto de caerse. El soporte del faro izquierdo está roto. El parachoques, agrietado, se ha desenganchado del guardabarros izquierdo y cuelga torcido hacia un lado. El capó tiene una gran abolladura irregular.

Pero no se ve ni una gota de sangre por ninguna parte. El agua de la lluvia sigue goteando del coche por todo el suelo del garaje, pero parece limpio.

Cuando levanto la vista, veo a Amanda de pie, como una estatua con gesto desaprobador.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta. Su voz suena cansada. Bajo las luces brillantes, puedo ver que está demacrada, pálida, y que su rímel está un poco corrido—. Tenemos que arreglar esto de alguna manera.

Levantando una ceja, la miro con recelo. ¿De verdad está tratando de ayudarme? ¿O está esperando, atenta, la oportunidad adecuada para acabar conmigo? Bajo mi mirada, se le dibuja una sonrisa torcida en los labios. Como si me hubiera leído el pensamiento.

—Lo hecho, hecho está, Paul. No podemos dar marcha atrás, y estamos juntos en esto, por el bien de nuestro hijo. Te aconsejo que empieces a pensar en una solución.

Sus palabras borran el ánimo de lucha que me quedaba. Bajo la mirada y me desplomo contra el coche. Tengo un miedo insoportable... por mi vida, por mi futuro, por cada momento de este nuevo día.

—Gracias —logro pronunciar, odiándola en este momento por hacerme sentir tan pequeño, débil e impotente. Pero me aferro a la esperanza de que algo del amor que sentía por mí siga ahí—. Me alegro de que lo veas así. Es lo mejor para todos.

Ella no responde, solo me mira como si nunca me hubiera visto antes, con una mezcla de curiosidad y algo más, algo que mi instinto me dice que no es bueno. Pero estoy demasiado cansado para ahondar en ese algo ahora; tal vez nunca tenga que hacerlo. Quizá sea mi imaginación, la paranoia que infecta mi mente como un virus. Puede que sea mi mujer y la madre de mi hijo, y puede que aún la quiera, pero también es testigo de lo que ha pasado esta noche. Una testigo que, algún día, podría decidir volverse contra mí. No puedo permitirme olvidarlo.

—Tenemos que dormir —le digo, sin saber muy bien por qué sigue

ahí inmóvil—. Me ducharé abajo; tú usa el baño del dormitorio. Luego me iré directo a la cama. Le dejaré un mensaje de voz a Ray y le diré que hoy llegaré más tarde. No se sorprenderá.

Ella pone los ojos en blanco, sin siquiera intentar ocultarlo.

—No puedes hacer eso, Paul. No puedes permitirte cambiar nada en tus rutinas habituales. Siempre llegas temprano al día siguiente de estas galas benéficas para hacer llamadas de agradecimiento y prepararte para aparecer en las noticias. Anuncias la cantidad total recaudada y desfilas por delante de todos los peces gordos que estaban allí, ¿recuerdas?

Lo que dice me suena vagamente familiar, como si fuera algo que solía hacer en otra vida. Quizá lo sea. En una vida en la que no tenía miedo de que me arrestaran y me pusieran entre rejas.

—Sí, tienes razón.

Mis piernas están demasiado débiles para sostenerme y me apoyo en el guardabarros del Cadillac. Tendré suerte si consigo dormir unas horas. Mis jornadas no suelen empezar hasta las tres de la tarde, pero esta vez tendré que llegar mucho antes del almuerzo.

—Yo también iré a trabajar —anuncia Amanda con un suspiro amargo—. Haré un turno. —Sé que no tenía intención de hacerlo; me lo dijo mientras nos encargábamos de los preparativos para el evento. Se toca brevemente el pecho, poniendo la palma de la mano allí como se haría para estabilizar el ritmo de un corazón acelerado—. Llegaré puntual al trabajo, con una sonrisa en la cara, y tú también.

Asiento con la cabeza, incapaz de encontrar la fuerza para decir nada. Estoy destrozado, esa es la palabra que me viene a la mente. Toda mi vida está desmoronándose y transformándose en algo que no reconozco. Algo surrealista.

Me cuesta esfuerzo dejar el apoyo del guardabarros de mi coche y enderezarme, pero estoy ansioso por quitarme la ropa mojada que me hace sentir una piltrafa. Mientras camino hacia la puerta, Amanda me da la espalda y me dice:

—Bájame la cremallera. —Se aparta la larga melena y espera.

Le bajo la cremallera, frunciendo ligeramente el ceño. Con un movimiento rápido, deja que el vestido se deslice por sus hombros y caiga en un montón plateado brillante a sus pies. Ahora está casi desnuda, solo lleva un tanga negro, y se envuelve el cuerpo con las manos durante un momento, temblando. Verla así me excita, algo

bastante inesperado después de semejante infortunio. Debe ser el alcohol.

Es extraño que en ningún momento haya imaginado que llevaría un tanga esta noche, o que iría sin sujetador debajo de ese vestido. Apenas la he mirado. Solo sabía que estaba allí, como le correspondía. Su belleza me enorgullece, a pesar de mi carácter adusto. Es una preciosidad, *sexy* e inteligente, y es toda mía. Elegí bien.

Pasa por encima del vestido caído y se dirige a los cestos de la ropa sucia. Arrugando un poco la nariz, rebusca entre la ropa de cama y saca una toalla de baño grande, que se envuelve enseguida alrededor del cuerpo. Luego, encuentra otra, se la coloca alrededor del pelo después de inclinar la cabeza hacia delante y retuerce los extremos para asegurarla, formando un turbante ajustado.

—¿Qué haces? —le pregunto finalmente.

Se lleva un dedo a los labios.

—Quédate aquí hasta que venga a buscarte.

AMANDA DAVIS

«Más vale que la muchacha esté dormida».

Con ese deseo, abro la puerta del cuarto de la lavadora con dolorosa lentitud, sabiendo lo mucho que chirría. Hace tiempo que quiero rociar un poco de tres en uno en las bisagras, pero no he llegado a hacerlo. Hasta ahora, era una de las últimas prioridades en mi interminable lista de tareas pendientes.

Una vez dentro del cuarto, cierro la puerta del garaje con un suave clic, luego me detengo y escucho. No hay ningún movimiento dentro de la casa. No se oye el sonido de la televisión de fondo ni se ve ningún rayo de luz bajo la puerta. Doy un par de pasos más y abro la siguiente puerta, la que da a la cocina.

Nada. Excepto el olor a ropa sucia que se me pega como el hedor de un perro mojado. «Más vale que también tenga un resfriado», pienso mientras cierro despacio la puerta del cuarto de la colada. En el momento en el que ese pensamiento me cruza la mente, recuerdo el *piercing* en la nariz de Mona. ¿Por qué la gente se hace eso? Nunca lo entenderé.

Nuestra niñera es la hija de dieciséis años y medio de una vecina cotilla y siempre curiosa que vive al final de la calle. Es una buena chica, inteligente, aunque un poco desordenada, como la mayoría de los adolescentes, pero es amable y he visto lo bien que se porta con Tristan. Le gusta ayudarlo con los deberes y creo que mi hijo de nueve años está un poco enamorado de ella. Cuando ella le pone los ojos en blanco, algo que parece hacer con tanta frecuencia que me temo que podría batir un récord, él se queda callado. Últimamente, a mí no me pasa eso.

Una vez en la cocina, con la puerta cerrada detrás de mí, me detengo junto a la encimera y respiro, escuchando con atención por si oigo el más mínimo sonido en el silencio que envuelve la casa. Nada. Una tenue luz plateada parpadea contra las paredes de la sala

de estar. Probablemente la televisión estará encendida, pero con el sonido quitado. Conteniendo la respiración, entro de puntillas en la sala de estar y encuentro a Mona dormida como un tronco en el sofá, con la cabeza apoyada en los cojines. El mando del televisor sigue en su mano, a punto de caerse del sofá. Me doy cuenta de que ella y Tristan han comido helado esta noche. Los cuencos sucios siguen en la mesa de centro, porque ¿por qué iban a molestarse en llevarlos al fregadero? Solo espero que no hayan disfrutado del helado en lugar de la cena que les dejé en el horno.

De vuelta en la cocina, respiro hondo. Nadie me ha oído entrar. Mis dedos se ciernen sobre el interruptor de la luz, con un ligero temblor. Me detengo un momento, abrumada por todos los sentimientos que se arremolinan en mi interior.

¿Cómo hemos llegado a esto, Paul y yo? Antes éramos tan buenos..., estábamos tan enamorados. Mi corazón desgarrado todavía recuerda aquellos tiempos. Las risas que compartíamos cuando éramos jóvenes y paseábamos de la mano por el muelle de Santa Mónica con la brisa del mar revolviéndonos el pelo y el sol del crepúsculo calentando nuestros rostros sonrientes. Cómo nos sentíamos cuando estábamos juntos: abrumados y adictos al mismo tiempo, en una montaña rusa de emociones estimulantes. ¿Y ahora? Cuando me ha tocado para bajarme la cremallera del vestido, me he estremecido con una mezcla enloquecedora y sin sentido de deseo y aversión que no logro comprender.

Pero ahora no es el momento de pensar en eso. Me arreglo la toalla que me envuelve el cuerpo y enciendo la luz, como hago cada mañana, solo que son unas dos horas antes de lo habitual. Luego, echo agua en la cafetera, pongo un filtro nuevo y un par de cucharadas de mi café molido favorito, y la enciendo. Suena un pitido fuerte, como siempre. Asiento con la cabeza, satisfecha, y susurro para mí misma: «Ajá». Eso debería bastar.

En efecto, el ruido despierta a Mona. Sé que se ha levantado cuando el mando de la televisión cae al suelo con un golpe sordo. Arrastra los pies hasta la cocina, entrecerrando los ojos y frotándoselos.

—¿Señora Davis? —Su voz es un poco ronca y su pregunta termina con un profundo bostezo. Luego, se mete un chicle en la boca y empieza a masticarlo perezosamente. El olor a menta llena el aire.

Sonrí. Al pasar junto a ella hacia la nevera, le acaricio la mejilla con las yemas de los dedos, como siempre hago.

—Buenos días, cielo.

Me mira con el ceño fruncido y luego dirige la mirada hacia el reloj digital del microondas.

—Son las cuatro —dice, confundida y con cierto tono de reproche. Se frota los ojos como una niña. Todavía lo es.

—Hoy empiezo muy temprano. Tengo que irme dos horas antes de lo normal. Ha habido algún problema con la gestión de los turnos en el hospital. Siento haberte despertado. ¿Qué tal fue anoche?

Me mira como si fuera un extraterrestre recién llegado y, en cierto modo, lo soy.

—¿A qué hora volvieron? No pretendía...

—No pasa nada —respondo, ocultando mi ceño fruncido y quitándole importancia a su preocupación con un gesto de la mano. No me gusta que haga preguntas, pero es lo que suelen hacer las personas inteligentes—. Llegamos sobre la una. Estabas durmiendo y no me atreví a despertarte. Solo le di un beso a Tristan y me fui a la cama. Puedes dormir un poco más si quieres.

—No, señora Davis, no quiero molestar. —Se pasa los dedos por el pelo enmarañado e intenta alisarse la sudadera rosa—. Me voy. —Cambia el peso de un pie al otro, esperando—. No sé cómo no los oí entrar. Siempre los oigo. Le juro que estoy atenta.

La tensión regresa a mi pecho, atrapando el aire dentro de mis pulmones. ¿Estuvo despierta hasta tarde? ¿Sabe que estoy mintiendo?

—No pasa nada, Mona, no te preocupes. Intentamos no hacer ruido.

Abro el cajón donde guardamos algo de dinero en efectivo y saco ciento cincuenta dólares. Sus ojos se agrandan.

—Es demasiado, señora Davis. No puedo aceptarlo. —Da un paso atrás, vacilante.

—No es demasiado. Paul y yo te lo agradecemos mucho. Sabemos que podemos estar tranquilos cuando cuidas de Tristan, y eso vale mucho para mí. Para nosotros. —Y, con suerte, se irá a casa y le dirá a su madre que regresamos a la una de la madrugada.

Coge el dinero con mano titubeante y se lo guarda enseguida en el bolsillo de los vaqueros.

—Gracias —contesta, alegre.

Cuando sonrío, se le mueve el *piercing* del tabique nasal. Aparto la mirada y decido fijarme en la cafetera. El café ya está casi listo. Nunca en mi vida había necesitado tanto una taza.

—¿Estás bien para conducir a estas horas? Todavía está oscuro. Puedo llevarte —le digo, animándola a que se vaya ya.

Capta la indirecta.

—Qué va, señora Davis, estoy bien. Está al final de la calle. — Camina hacia la puerta, luego se detiene y se gira hacia mí—. Llámeme cuando me necesite. Siempre encontraré un hueco para usted.

Asiento con la cabeza, sin dejar de sonreír y esperando parecerle relajada, y no congelada en una mueca como si estuviera a punto de derrumbarme como una torre de Jenga.

—Adiós, cariño.

Cierra la puerta principal tras de sí y yo dejo escapar un largo y atormentado suspiro. Durante unos instantes, me quedo en medio de la cocina, dándome un poco de tiempo para recomponerme antes de invitar a Paul a entrar.

AMANDA DAVIS

Cuando regreso al garaje, encuentro a Paul cerca de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y aspecto malhumorado. Me mira con el ceño fruncido.

—Has tardado bastante —murmura, pasando a mi lado. Deja caer sus zapatos empapados en el suelo del cuarto de la lavadora y se dirige a la cocina, pero lo detengo con un gesto de la mano y un rápido «no».

—Todo lo que llevas puesto va directo a la lavadora, pero no la pongas en marcha todavía. Añadiré mis cosas y un poco de peróxido para eliminar cualquier rastro de sangre que quede.

No discute. Solo me observa durante un momento, como si se preguntara por qué lo estoy ayudando. Sinceramente, no lo sé. Me he hecho esa pregunta de forma obsesiva desde el accidente. Sí, lo hago por Tristan, pero, en realidad, ¿es solo en Tristan en quien pienso? ¿O es también porque no me imagino marchándome tan ancha mientras Paul acaba entre rejas?

Una a una, las prendas empapadas van a parar a la lavadora. Él todavía lleva puesta la ropa interior, pero se la pido con un gesto de la mano.

—Todo. —Le brillan los ojos con algo oscuro, y, sin embargo, hay un atisbo de la antigua sensualidad juguetona que recuerdo tan bien. O tal vez sea menosprecio, y yo estoy malinterpretando las señales. Sea lo que sea, ya no me gusta—. Por si acaso hay transferencia de sangre.

Esas palabras tienen un efecto amedrentador. Lanza los calzoncillos dentro la lavadora con enfado, mirándome con ira, y luego apoya las manos en las caderas, haciendo alarde de su desnudez.

—Ya está. ¿Contenta?

Nuestras miradas se cruzan como espadas en la tenue luz de la

habitación.

—Estoy emocionada de la hostia, Paul. Estoy viviendo el sueño de toda mujer. —Me muerdo el labio y me obligo a parar, negándome a permitir que esto se convierta en una discusión a gritos que no llevaría a ninguna parte. Soy la primera en romper el contacto visual y respirar para calmar mi ira—. ¿Por qué no te das una ducha? Tómate tu tiempo. Yo terminaré aquí y luego subiré a ducharme.

—Vale —contesta con un suspiro desolado.

Suena atormentado y, de repente, sin energía. Los acontecimientos del día empiezan a dejarle huella, pero arriba están a punto de arrollarlo como un tren de mercancías. La ducha tiene ese efecto en las personas: limpia la mente tanto como el cuerpo. Aporta sabiduría y perspectiva, y también un poco de clarividencia. Obliga a abrir los ojos.

Bien. Eso es lo que necesita, aunque no lo sepa.

—En la ducha, intenta pensar cómo vas a llevar el Cadillac al trabajo hoy. Perfectamente intacto. —Miro sus pupilas dilatadas y le doy un giro despiadado al cuchillo—. En unas cinco horas más o menos.

Atónito, me mira durante un momento, levanta los brazos y luego los deja caer en un gesto de consternación. No creo haberlo visto nunca tan vulnerable, tan perdido. Eso me afecta, y me doy cuenta de que siento lástima por él. Aprieto los labios, dudando una vez más de mi cordura... y de todas las decisiones que estoy tomando, sabiendo muy bien que son equivocadas.

—Ya me encargo yo —digo al final, antes de soltar un largo suspiro.

—¿Me llevarás tú?

Está desnudo e indefenso en medio del cuarto de la lavadora, derrumbándose ante mi fría mirada. No estoy pensando en cómo aprovechar la situación para liberarme de él, aunque esto es lo que he estado esperando, una oportunidad para divorciarme y quedarme con la custodia de Tristan. Podría presionarlo y obligarlo a firmar todo hoy mismo.

Sin embargo, solo pienso en él, en el infierno por el que debe estar pasando, en su miedo. Y, al mismo tiempo, me doy cuenta de que hay partes oscuras y peligrosas de él que nunca había visto antes, y eso me asusta. Estoy conmocionada por haberlo visto arrastrar el cadáver de una mujer por la carretera y empujarlo al barranco sin

dudarlo. Por sentir cómo su mano me ha empujado a un lado como si yo no valiera nada. Estoy aterrorizada desde que me ha amenazado cuando he intentado detenerlo. Por un momento he pensado que podría empujarme al barranco con la misma facilidad con la que ha empujado aquel cuerpo sin vida fuera de su vista.

Por más que lo intento, no consigo entender por qué no salgo pitando. En lugar de eso, le digo lo mismo que le diría a Tristan:

—Dúchate y después hablamos.

AMANDA DAVIS

Me siento a la mesa del comedor y miro al vacío, analizando mis próximos pasos. El agotamiento se ha apoderado de mí, aunque estoy acostumbrada a los largos turnos de noche en urgencias. Esta es una situación completamente diferente.

Después de lo que ha ocurrido, estoy hipervigilante. Reacia a dejarlo pasar, mi mente sigue cada paso de Paul a través de los ruidos que hace: la puerta del baño que se cierra, la descarga de la cisterna, el agua corriendo sin parar en la ducha. Lo visualizo con las manos apoyadas contra los azulejos, la cabeza inclinada bajo el agua caliente, quieto, sin mover un músculo, esperando que los chorros borren el recuerdo de esta horrible noche.

Me cuesta mucho apartarlo de la mente y concentrarme en la tarea que tengo entre manos. Saco el teléfono del bolso y empiezo a buscar empresas de alquiler de coches cercanas. Hay varias, la mayoría en la zona del aeropuerto Hollywood Burbank. Echo un vistazo a su inventario disponible después de seleccionar «lujo» como tipo de vehículo que busco. A lo mejor tenemos suerte: hay una oficina cerca del aeropuerto que tiene Cadillacs negros.

Me froto la frente un momento y decido no dejarme llevar por las preguntas obsesivas que se arremolinan en mi mente. ¿Por qué estoy haciendo esto? Sé muy bien por qué: es una decisión que estoy tomando, y espero que sea buena.

Después de echar un vistazo rápido al reloj de la pared, marco el número que aparece debajo de la empresa de alquiler y hago la llamada. Pasa un poco de las seis, deberían estar abiertos.

—Alquiler de coches del aeropuerto —me saluda una alegre voz femenina al teléfono—. ¿En qué puedo ayudarle?

Tengo la garganta seca y contraída.

—Eh, hola, tengo un problema. He metido la pata —digo, suavizando mi tono habitual, más bien asertivo, para adaptarme al

personaje que estoy interpretando—. Necesito un Cadillac XT6 negro. ¿Tienen alguno? Mi jefe me va a matar; me equivoqué al hacer la reserva y ahora...

—Hum..., sí, tenemos uno. Se lo puedo reservar si lo recoge hoy.

—¡Me ha salvado la vida! —respondo, alegre—. Lo recogeré dentro de una hora.

Cuando Paul sale de la ducha, me encuentra todavía agarrada al teléfono, aunque la conversación ha terminado hace unos minutos. Mi mente se dispersa con facilidad. Ojalá pudiera llamar a mi padre. Echo de menos su fuerza, su lógica inflexible. Está en alta mar, trabajando, y no puedo descargar mis problemas en él solo para sentirme un poco mejor. Además, sé lo que me mandaría hacer... «Llama a la policía. Ahora mismo —diría—. No pierdas más tiempo, Mandy. Quítatelo de encima».

Pero no puedo.

—¿A quién has llamado? —pregunta Paul, frunciendo el ceño. Todavía tiene el pelo mojado y algunos mechones le chorrean por la frente. Lleva una toalla alrededor de la cintura y no ha perdido tiempo en secarse, sin preocuparse por el rastro mojado que está dejando por todo el suelo de madera.

—He encontrado una empresa de alquiler de coches y he reservado el mismo modelo que el tuyo. Del mismo color.

—¿Por qué narices has hecho eso? —dice, levantando los brazos en el aire, frustrado.

¿Por qué esperaba un ápice de gratitud?

Estoy decepcionada conmigo misma. Estoy harta de engañarme.

Exhalo despacio, conteniendo un suspiro de frustración.

—Porque tienes que ir a trabajar hoy con tu XT6 negro como si nada hubiera sucedido. —Me mira fijamente, con la boca un poco abierta y el ceño fruncido, como si no lo entendiera. Me parece extraño, pero se lo explico—. La policía investigará en algún momento, Paul. Tenemos que actuar como si nada hubiera pasado.

—¿Y yendo al trabajo en un coche de alquiler lo conseguiremos?

Cierro los ojos un momento, ocultando un gesto de incredulidad. Seguro que está demasiado cansado para pensar con claridad, porque no es ningún tonto.

—¿Quién se va a enterar? Cambiarás la matrícula.

—Ah —responde, casi en un susurro—. Ya veo. —Camina despacio por la habitación, mirándome como si quisiera fulminarme—. Habría

preferido que me avisaras antes de empezar a llamar a gente. Antes de dejar un rastro documental. Porque, ya sabes, la policía investigará en algún momento, y todo eso.

Me muerdo el labio, decidiendo que necesito una ducha más que hacerlo pedazos.

—De nada —replico con frialdad—. Recomponte y vístete para ir al trabajo. Recuerda que anoche fuiste un éxito, el alma de la fiesta. Prepárate para actuar como tal durante todo el santo día.

—Eres increíble —murmura, pero finjo no darme cuenta mientras entro en el baño de abajo y cierro la puerta detrás de mí. Entonces, por primera vez desde que nos casamos, echo el cerrojo.

Cuando respiro, el aire que sale de mis pulmones borra la máscara tensa que he mantenido en el rostro por el bien de Paul. No reconozco el rostro pálido y demacrado que veo en el espejo. Mis ojos, muy abiertos aún, reflejan la conmoción de los acontecimientos de la noche. Los labios me tiemblan ligeramente, como si no supiera si hablar, llorar o permanecer en silencio, sin revelar los secretos que guardo en mi interior para siempre. Un brillo de sudor resplandece en mi frente, aunque tengo la piel de gallina y estoy helada. Mi expresión es de incredulidad y miedo, como si todavía no hubiera asimilado el peso de lo sucedido.

Moviéndome mecánicamente, abro el grifo de la ducha y me alegro de que el vapor me envuelva. Dejo caer al suelo la toalla que me rodea el cuerpo y me quito el tanga. Me meto bajo los chorros de agua caliente y me muerdo el labio tembloroso para contener los sollozos que se agitan en mi pecho.

Es mi turno de pasar un rato completamente inmóvil, dejando que el agua corra sobre mí mientras los recuerdos dolorosos inundan mis pensamientos y me hacen jadear en silencio sin que nadie me oiga. Sin embargo, no pienso en el accidente. No, estoy recordando un viaje de trabajo que hice a Palma de Mallorca para asistir a un congreso de dos semanas y a seminarios de formación sobre atención de urgencias.

Recuerdo lo emocionado que estaba el doctor Grant cuando le pedí que me incluyera en la lista. Es mi jefe no oficial, uno de los médicos adjuntos del departamento y un hombre guapo que sospechaba que se sentía —y sigue sintiéndose— un poco atraído por mí.

No le dije la verdadera razón por la que quería ir. La oportunidad

de asistir al congreso surgió unas semanas después de que le pidiera el divorcio a Paul, y sus amenazas aún resonaban en mi cabeza. «¿Qué te parecería cada dos fines de semana?», me había preguntado Paul, refiriéndose al régimen de visitas de mi hijo. Por eso quería ir a Palma, para poner a prueba mi capacidad de aguantar dos semanas sin ver a Tristan. Para ver si podía sobrevivir.

Y fue horrible.

Pensaba que el día que le pedí el divorcio a Paul fue cuando él me destrozó. Pero, en realidad, fue la estancia en Palma. Estaba inquieta, respondía mal a la gente, me encerraba en mi habitación todas las noches y lloraba hasta quedarme dormida, hasta que la realidad se hizo evidente. La vida sin Tristan no era una opción; ahora lo sé. Pero la vida con Paul tampoco lo es.

Enjabonándome despacio mi larga melena, sin ganas de salir del baño para otra ronda de batalla con la vida, me doy cuenta de que no hay mejor momento que el presente para conseguir que Paul firme los papeles del divorcio, ahora que está vulnerable y me necesita.

Mientras me aclaro el pelo con los ojos cerrados, lo veo en mi mente, con esa mirada en el rostro cuando intenté detenerlo, al lado de la carretera junto al barranco. En mi imaginación, el destello amenazante de sus ojos se convierte en palabras que pronuncia con voz baja y tensa, apenas por encima de un susurro:

—Ya he matado a una mujer hoy. Podría matar fácilmente a otra. No tengo nada que perder.

Abro los ojos de golpe y tiemblo, aterrorizada. ¿De verdad sería capaz de matarme? Hasta ayer, habría jurado que era imposible. Paul nunca haría algo así. No es un hombre violento.

No es un asesino.

PAUL DAVIS

La puerta del baño se abre y el ruido me sobresalta, como si no estuviera en mi propia casa. Observo a Amanda mientras cruza la alfombra persa, envuelta en una gran toalla blanca y con el pelo recogido en un impecable turbante de toalla. Todo en ella es tan correcto que me dan ganas de romper algo, joder.

Pasa junto a mí sin siquiera mirarme. Como si yo no estuviera aquí. Se detiene junto a la cafetera y se sirve una taza, luego la sostiene con ambas manos e inhala el aroma con los ojos cerrados.

Como suele hacer. Como si hoy fuera un día cualquiera. Me saca de quicio.

Debería haber estrellado el coche contra una farola o algo así después de atropellar a esa estúpida mujer, y ahora no estaría en esta situación. A expensas de su ayuda. Temeroso. Lo odio, joder. No recuerdo la última vez que tuve miedo de algo. Las cosas suelen salir como yo quiero, porque *hago* que salgan como yo quiero.

Amanda sorbe un poco de café caliente y deja escapar un suspiro de satisfacción.

Debería haberla dejado conducir anoche. Soy un topicazo..., el hombre que debería haberle hecho caso a su mujer. Joder. Ahora esto sería su problema, no el mío. Yo le habría ofrecido mi apoyo moral durante cinco minutos, y luego ella habría llamado a la policía y habría asumido la culpa del accidente, porque así es ella. Honrada hasta decir basta. Rigurosa. Terriblemente estricta. Apuesto a que un montón de policías habrían acudido en su ayuda, ya empalmados de solo pensar que les sonreiría. Y todo se habría olvidado a las seis o siete de la mañana.

Y yo podría haber pasado la mañana durmiendo un poco.

Doy un último sorbo al café y luego dejo caer la taza vacía en el fregadero. Hace mucho ruido, pero no se rompe. Amanda ni siquiera me mira. Me acerco y me detengo junto a la mesa, donde ella está

sentada con las piernas cruzadas, la toalla deslizándose centímetro a centímetro por sus muslos. Me pregunto si lo hace a propósito, para burlarse de mí cuando estoy deprimido, a punto de derrumbarme.

—No acaba de convencerme esta idea de alquilar un coche —digo con la mayor calma posible—. Tengo que admitir que tiene sus ventajas, pero...

Ella me mira con ojos fríos y clínicos.

—¿Pero?

—Podría decir que el Cadillac está en el taller si alguien pregunta.

—Hoy no te lo preguntará nadie —responde, tomando otro sorbo de café con una lentitud exasperante. Meticulosa, como si me estuviera poniendo a prueba—. Cuando finalmente te lo pregunten, parecerá muy sospechoso que hayas llevado tu coche al taller, lo cual, por cierto, no podrás demostrar con recibos ni pruebas, justo después de que se produjera un atropello mortal y el autor se diese a la fuga.

—¿Cómo sabes tanto sobre los policías y lo que hacen? ¿Te acuestas con alguno?

No puedo evitar preguntarlo; me he dado cuenta de cómo la miran los hombres. Antes no me molestaba tanto, cuando aún creía que estaba enamorada de mí. Es curioso cómo la palabra «divorcio» echó un jarro de agua fría sobre el rollo romántico. Debe estar consiguiéndolo en otra parte, porque está claro que a mí ya no me quiere.

Aprieta los labios en ese gesto de desaprobación silenciosa que he visto montones de veces.

—Se pasan el día en urgencias entrevistando a las víctimas, al personal, tomando declaraciones y hablando con otros policías heridos, y yo escucho.

—¿Y el coche de alquiler? —pregunto, apoyando las manos en las caderas—. ¿Cómo piensas explicarlo?

—No se les ocurrirá preguntar —responde en tono inexpresivo, examinándose las uñas con ojo crítico. Luego, me lanza una mirada fugaz—. El conductor ebrio típico no es muy inteligente. Volvería a estrellar el coche contra un árbol para ocultar los daños y luego se presentaría al trabajo en el Subaru de su mujer sin una explicación plausible.

Me atraganto al oír su despectiva afirmación. No nota nada, o simplemente no le importa cómo me siento. Pensaba que tenía

empatía..., demasiada, en realidad, para su propio bien. La he visto llegar a casa destrozada después de un caso difícil en el trabajo. Pero no hay nada de ese corazón compasivo para mí. Dice que quiere ayudarme ahora, pero ¿qué pasará cuando vaya al trabajo y se encuentre con su policía favorito? ¿Se lo contará? ¿Le pedirá ayuda? Aprieto los dientes con tanta fuerza que me empiezan a doler.

Hija de puta.

—Deja que yo me encargue del alquiler del coche —añade, levantándose después de terminarse el café—. Estará a mi nombre y se cargará en mi tarjeta. —Se detiene justo delante de mí y me señala el pecho con el dedo índice, sin tocarme—. Entérate de cómo arreglar *tu* coche. O piensa qué harás con él.

Luego, sube las escaleras despacio, contoneando las caderas. Mis ojos permanecen clavados en el lugar donde la toalla apenas le cubre el trasero. Durante un momento desconcertante, mucho después de que ella haya entrado en nuestro dormitorio, me veo subiendo esas escaleras de tres en tres y tomándola allí mismo, en el rellano. Ella se resistiría, me arañaría y me insultaría, pero yo no...

—¡Buenos días, papá! —chilla Tristan mientras baja corriendo las escaleras.

Me pongo detrás de la encimera para dar tiempo a que las cosas se calmen con discreción, y me trago un taco.

—Buenos días, campeón —le digo, revolviéndole el pelo con cariño mientras deseo que no se dé cuenta de lo diferente que es todo hoy. Mi vestimenta. Mi mano, que tiembla ligeramente. El sonido áspero y chirriante de mi voz.

Pero no se da cuenta. Se frota los ojos mientras se sube a una silla, apoya los codos en la mesa y balancea los pies. No le voy a preguntar si se ha lavado los dientes. Por una vez, no pasa nada.

Como suele hacer por las mañanas, Tristan me observa mientras me muevo por la cocina. La rutina se impone y parece que sé lo que tengo que hacer.

—¿Cereales o huevos? —le pregunto—. Tú eliges.

AMANDA DAVIS

El tráfico empieza a congestionarse mucho cuando llego al aeropuerto, conduciendo mi Subaru con la radio encendida. Subo el volumen, obligando a la música a derramar un poco de alegría en mi alma oscurecida. Para dispersar las sombras que se acurrucan en ella, amenazando con invadir mi conciencia vacilante. No funciona.

Dios mío... ¿Qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo?

Aparco en una de las plazas frente a la oficina de alquiler de coches y entro con paso vivo en el edificio por la puerta lateral. Ya es tarde, casi las nueve. Cuanto más trajín haya, más me expongo a que me vean alquilando un coche que no debería necesitar.

No espero mucho; el hombre que está delante de mí solo tiene que recoger las llaves y, acto seguido, se dirige hacia la parte delantera del edificio, donde hay un Ford Escape aparcado junto a la acera.

—Hola, llamé antes por un Cadillac XT6 —digo cuando la empleada me hace señas con una sonrisa profesional en el rostro. Es joven y alta, y lleva el largo pelo trenzado teñido de rosa.

—Ah, sí, ya me acuerdo —contesta—. Lo tenemos listo. Necesitaré su carné de conducir y una tarjeta de crédito, y podrá llevárselo.

Le entrego los dos documentos que me pide mientras miro los demás vehículos aparcados en la acera. Ninguno es negro, pero uno es un Cadillac.

Blanco. Está cubierto de brillantes gotas de agua.

Siento un nudo en el estómago.

—Eh, tiene que ser negro y un XT6 —digo, dolorosamente consciente de la atención que estoy llamando con mi inusual petición.

—Ah, ¿sí? —Me mira sorprendida, como si no lo hubiera especificado por teléfono—. A este acaban de hacerle el *detailing*. Es un coche estupendo, le encantará.

Me muerdo el labio por un momento, sin saber qué mentira funcionará mejor.

—No es para mí, lo siento. No quiero incordiar, pero es para una actriz francesa que es muy exigente y prepotente y —bajo la voz— una zorra increíblemente malcriada. Mi jefe me matará si le vuelve a gritar.

La empleada levanta la vista de la pantalla del ordenador con un destello de interés en los ojos.

—¿Es usted de los estudios?

Asiento.

—De MGM, sí. Por favor, ¿podemos conseguirlo?

Mira la pantalla y escribe algo despacio con sus largas uñas acrílicas que hacen clic al golpear las teclas.

—Veamos. Tenemos uno negro, pero aún no lo han limpiado. Tardaremos un par de horas...

—Oh, no, por favor —contesto rápidamente, juntando las manos en un gesto suplicante—. Me lo llevo tal como está. Ya me encargaré de que lo laven y lo que haga falta, pero no puedo llegar tarde.

—¿Cuánto tiempo lo necesitará?

Me quedo en blanco. Debería haberlo pensado.

—Eh, ¿al menos una semana? Quizá dos.

—De acuerdo.

Me observa durante un largo instante, como si estuviera tratando de decidir qué hacer. Al final, accede y llama a un aparcacoches para que traiga el Cadillac negro. Respiro aliviada.

—Eres la mejor, gracias. Ah, y dejaré mi coche aquí, si no es problema, hasta que pueda pasar a recogerlo más tarde.

Unos momentos después, me marchó en un Cadillac negro igual que el de Paul. Huele diferente y me resulta extraño conducirlo. Mi marido nunca me deja conducir su preciado coche.

Cuando llego a casa, encuentro a Paul sentado a la mesa del desayuno con Tristan. Está bien vestido y afeitado, sonriente, con su habitual alegría y encanto. Me detengo un momento para contemplar a los dos interactuando con naturalidad: los profundos ojos azules de mi hijo, sonriendo cuando me ve y el rostro de mi marido, ocultando a la perfección la terrible experiencia de la noche. Sin esfuerzo.

Como si nada hubiera pasado. Mató a esa mujer, arrojó su cuerpo a un barranco y ahora parece estar perfectamente bien.

¿Quién es este hombre?

Creía saberlo.

—Mamá, has vuelto —dice Tristan—. ¿No trabajas hoy?

Salgo de mi aturdimiento, me acerco rápidamente a él y le doy un beso en la frente a mi pequeño.

—Sí, voy a trabajar, y tú también. —Otro beso, porque no puedo evitarlo—. Tu autobús sale dentro de diez minutos.

Cuando levanto la vista, veo a Paul mirándonos a Tristan y a mí con intensidad, como si tuviera miedo de algo.

De mí.

La idea me paraliza. Se estará preguntando dónde he estado y si he llamado a la policía. Si lo he traicionado.

—Todo listo —digo, dejando el llavero del Cadillac en la mesa.

—¿Algún problema? —Paul mira fijamente el mando del coche.

Me apresuro a preparar el almuerzo de Tristan.

—No.

No hay necesidad de dar más explicaciones. Debería estar contento y agradecerme mi ayuda. Sigo esperando que eso suceda, pero el momento no llega.

Unos minutos después, Tristan termina de atarse los cordones de los zapatos. Con la mochila en la mano, sale corriendo por la puerta para coger el autobús, al que ya llega tarde. Desde la entrada, lo veo subir; luego la puerta se cierra con un silbido y el autobús arranca.

Sin Tristan en casa, reina un silencio espeluznante. Cierro la puerta con llave tras de mí. Paul está de pie junto a la mesa del desayuno, vestido con una camisa azul almidonada que resalta el color de sus ojos y una corbata azul marino con rayas oblicuas plateadas.

Coge el llavero y me mira con el ceño fruncido.

—Veamos qué tenemos.

Me dirijo delante de él hacia el garaje, donde abro la puerta y enciendo las luces. He aparcado el Cadillac en la plaza de la derecha, dejando vacío el lugar de mi Subaru en el medio. Paul tendrá que llevarme a Burbank para recogerlo.

—Mierda —murmura Paul, frotándose la barbilla con enfado—. Esto no va a funcionar.

—¿Por qué?

—No tiene el mismo acabado. Es un XT6 diferente. Este es más barato.

Siento cómo se me retira la sangre del pecho, dejándome débil y

vacía.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira las ruedas. Las llantas son diferentes y los neumáticos también.

La cabeza me da vueltas, buscando desesperadamente una solución.

—¿Qué más tiene diferente?

Paul rodea el coche de alquiler con atención, mirando de vez en cuando hacia su propio coche.

—La transmisión, las características, el sistema de entretenimiento, muchísimas cosas. —Se cuela entre la parte trasera del Cadillac y la puerta cerrada del garaje—. Ajá, esto está bien. La insignia es la misma.

—¿Qué insignia?

Toca algo con el dedo.

—Este 400 cromado aquí, en el portón trasero.

—Vale. ¿Alguna de estas diferencias en el acabado se ve desde fuera?

—Solo las ruedas.

No puedo evitar encogerme de hombros. Eso no es nada.

—Pues cámbialas.

Me mira durante un momento, pero yo mantengo la mirada firme. Seguro que no ha cambiado una rueda en su vida, pero hoy va a aprender. Yo no pienso ofrecerle más ayuda.

Durante aproximadamente una hora, trabaja en el cambio de ruedas, gruñendo a veces, maldiciendo y sudando a medida que la temperatura sube con el sol; mientras, yo me mantengo ocupada en la cocina. Cuando termina con las ruedas, cambia sus objetos personales de un vehículo al otro. Luego, intercambia las matrículas y, a continuación, le toca el turno al transpondedor.

Al acabar, entra en la cocina para lavarse las manos. Me aparto del fregadero para dejarle espacio. Su presencia tan cerca de mí me resulta insoportable.

Tiene la mandíbula apretada y las manos un poco temblorosas. Lo miro, y no sé por qué no me permito preguntarle si quiere un café. Simplemente soy incapaz.

—Ya está —dice, lanzándome una rápida mirada—. Pero la pegatina de la autorización para aparcar no hay forma de despegarla. No está pensada para cambiarla de coche. Tendré que conseguir otra.

La pequeña pegatina cuadrada adherida en la esquina inferior derecha de su parabrisas se vería claramente en un vídeo de seguridad. Si la policía empieza a mirar los vídeos de aparcamiento, se darán cuenta de que falta. Rebusco en uno de los cajones y encuentro un rollo de hilo dental.

—Prueba con esto.

Desde la puerta del cuarto de la lavadora, observo cómo consigue despegar la pegatina de su coche, pero se enrolla mucho y no se adhiere al parabrisas del coche de alquiler. Al final, la pega al parabrisas con cinta de embalaje. Ha quedado un poco torcida, porque el muy terco no me ha pedido ayuda para pegarla recta. Qué más da.

Cogeré un Uber al aeropuerto. No quiero estar en el mismo coche que Paul si puedo evitarlo. Luego, iré a trabajar e intentaré dejar de pensar en lo que nos ocurrirá cuando la policía encuentre el cuerpo de esa pobre mujer.

AMANDA DAVIS

Lo llamamos «tono de ambulancia», la sirena que suena como una alarma y anuncia la llegada de una ambulancia, y me devuelve a la realidad. Lo agradezco. Me he quedado abstraída por un momento, obsesionada con los acontecimientos de la noche anterior. Ese momento aterrador en el que el policía me iluminó la cara con su linterna y luego la de Paul. Pensé que iba a morir.

Cojo un par de guantes de nitrilo nuevos y corro hacia la ambulancia que acaba de llegar, junto con el doctor Grant. Las puertas principales del servicio de urgencias se abren y los técnicos de emergencias sanitarias empujan una camilla al interior.

—Christina Farren, veintisiete años, inconsciente, Glasgow seis, con hemorragia profusa —anuncia una de los técnicos con voz un poco insegura—. Tensión arterial 90/50, frecuencia cardiaca ciento veinte, saturando al noventa por ciento. Ringer Lactato administrado, un litro en curso.

Empujando la camilla con todas mis fuerzas, espero a que continúe, pero no dice nada sobre el origen de la hemorragia.

—¡Box tres! —grita la jefa de enfermeras por encima del alboroto, asignándonos nuestro espacio. Agarro el lateral de la camilla y empujo hacia la derecha, donde el box de traumatología tres es el más cercano que está abierto.

—¿Origen de la hemorragia? —pregunta el doctor Grant con impaciencia.

—No lo sé —responde la técnica, soltando la camilla cuando llegamos al box vacío de traumatología—. La encontramos inconsciente, en la playa, tumbada bocarriba sobre una toalla empapada en sangre.

—Mierda —masculla el doctor Grant.

Nos colocamos alrededor de la camilla y la cama de

traumatología, agarramos los lados de la tabla de transferencia y esperamos al doctor Grant.

—A la de tres —dice, agarrando la tabla por un lado—. Uno, dos, tres.

El cuerpo con sobrepeso de la paciente aterriza en la cama de traumatología y la camilla se saca de la sala. La ropa de la mujer está empapada de sangre y salpicada de arena por donde tocaba el suelo.

Cuelgo la bolsa de Ringer, cojo unas tijeras y empiezo por el dobladillo de una de las perneras del pantalón.

—Quiero un hemograma completo, gasometría, grupo y cruzadas, y coagulación —dice el doctor Grant—. Y vamos a localizar esa hemorragia. Coge otras tijeras y empieza a cortar la blusa mientras yo me concentro en los vaqueros. Le quedan tan ajustados que es imposible quitárselos, incluso con la cremallera completamente bajada. Están cubiertos de sangre y la arena se ha pegado a ellos como una costra. Las hojas de las tijeras se atascan, lo que dificulta el corte.

Sunny, una joven y menuda enfermera de cuidados intensivos recién trasladada desde San Francisco, extrae sangre rápidamente, llenando los frascos con la mínima cantidad necesaria.

El doctor Grant renuncia a intentar cortar la ropa de la mujer y le rasga la camisa. No tiene ninguna herida visible en el pecho.

—Ayudadme a darle la vuelta —pide.

Sunny y yo ayudamos a girar el cuerpo de la paciente hacia un lado. No hay ninguna laceración visible que explique toda esa sangre. Por la forma en que tenía manchada la blusa, era evidente que estaba tumbada en un charco de sangre, pero tenía que provenir de otro lugar.

—¡Está bajando la tensión! —grita Sunny al mismo tiempo que el monitor empieza a pitar frenéticamente.

—Quítale la ropa —dice el doctor Grant con brusquedad.

Dejo las tijeras, agarro la tela por el dobladillo e intento rasgarla, pero es resbaladiza y se me escapa de las manos enguantadas. Entonces me doy cuenta de algo. Una de las perneras del pantalón, la que he estado intentando cortar, parece más pegajosa que la otra, como si hubiera más sangre allí.

Recorro con las manos su pierna, palpó con cuidado debajo del muslo y luego en el costado hasta que lo encuentro: un diminuto

agujero en el interior de la pernera. Deslizo la mano bajo la tela empapada y palpo con las yemas de los dedos alrededor de la herida.

—Herida por arma de fuego. Probablemente le ha rozado la femoral —digo con calma—. Debía estar tumbada cuando le dispararon.

Los ojos del doctor Grant sonríen por encima de la mascarilla.

—Buen trabajo. Ponle un torniquete en esa pierna. Llamad al cirujano de trauma, ya.

Mientras aprieto el torniquete, Sunny coge el teléfono de pared y marca una extensión. Habla rápidamente por el auricular y luego se gira hacia nosotros:

—El quirófano dos está disponible. Están esperando.

El trayecto hasta el quirófano dos es corto, pero me falta el aliento y me mareo cuando llego y mis colegas se hacen cargo. Me inclino y me obligo a respirar hondo. El sudor me empapa la raíz del pelo, el cuello y la espalda.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta el doctor Grant—. Estás un poco pálida.

—Ayer fue un día largo. No dormí mucho —respondo, logrando esbozar una sonrisa.

—¿No librabas hoy?

—En principio. —Me encojo de hombros y empiezo a caminar de vuelta a nuestra unidad. Necesito que la gente me vea aquí hoy, trabajando, comportándome con normalidad, como si nada pasara—. Era esto o limpiar la casa.

—Excelente elección —se ríe, y luego me abre la puerta de la sala de descanso—. ¿Un café?

Asiento con la cabeza, aunque probablemente no debería tomar más. Llevo ingiriendo cafeína desde las cuatro de la mañana y puedo sentir sus efectos en el ligero y febril temblor de mis dedos. Lleno una taza y la agarro con fuerza, como si mi vida dependiera de ello.

—Te he visto en la tele —dice Sunny, alcanzándonos.

Su comentario me sorprende. Me quedo paralizada, con la taza de café en el aire. ¿Qué quiere decir?

—¿Cuándo? —pregunto, dolorosamente consciente de que mi voz suena ahogada y temblorosa. Doy un sorbo al café.

—Anoche, en las noticias. —Coge una taza del armario y la llena hasta el borde.

Exhalo, aliviada. Se refería a la gala, por supuesto. Soy una idiota,

un manojo de nervios.

—Esa gala benéfica a la que fuiste... ¿Cómo se consigue una invitación para esas cosas? ¡Quiero ir la próxima vez! —continúa—. ¡Estabas espectacular! Ah..., y ese bombón que llevabas del brazo, ¡para morirse! —dice, sonrojándose un poco—. ¿Qué se siente al estar casada con alguien así?

Los ojos del doctor Grant se encuentran con los míos. Siento como si pudiera ver a través de mí, a través de mi nerviosismo y mi silencio. Aparto la mirada y sonrío para complacer a Sunny. Qué inocente es esta chica. Veinticuatro años, una joven enfermera prometedora, y todavía se cree todo lo que ve en la televisión. Ojalá pudiera darle algún consejo, como que no se case. Nunca.

—Esos eventos son más bien aburridos —explico, pero ella no se lo cree. Sigue rebosando emoción indirecta. Sé con certeza que seguirá haciéndome preguntas sobre la noche anterior durante las próximas semanas.

Cuando vuelvo a mirar al doctor Grant, una leve sonrisa se dibuja en sus labios. Lo entiende. Más de lo que me gustaría.

—Mira, ¿por qué no...?

El tono de la sirena me silencia, y lo agradezco. Abandonamos las tazas de café y salimos corriendo por la puerta, cogiendo guantes nuevos por el camino.

Tenemos una nueva emergencia.

PAUL DAVIS

Me detengo en la barrera del aparcamiento del estudio, como siempre, y espero a que escaneen y reconozcan el código de barras de mi pegatina arrugada. Tarda un poco más de lo habitual, o tal vez sea mi imaginación. Cuando la barrera se levanta, estoy apretando los dientes.

Tengo que conseguir una pegatina nueva, porque esta apenas se mantiene en su sitio con cinta adhesiva. En Recursos Humanos estarán encantados de atender la solicitud, pero apuesto a que me preguntarán qué ha pasado con la antigua. ¿He cambiado de coche? ¿Voy a comprar un coche nuevo y tengo pensado usar los dos para ir al trabajo?

—Me cago en todo —mascullo mientras entro en mi plaza reservada. Joder. No puedo permitirme ninguna pregunta. Ahora no.

¿Estoy siendo paranoico? Probablemente. A nadie le importará una mierda mi pegatina para aparcar.

Unos minutos más tarde, escaneo mi tarjeta y accedo al edificio del estudio. Un gesto con la cabeza y una sonrisa rápida bastan para ganarme a la recepcionista, que sonríe e inclina la cabeza, pestañeando descaradamente e ignorando a la mujer que espera frente a su mesa. La recepcionista es una chica mona, no pasa de los veinte, y quizá algún día me la tire, pero es demasiado delgada para mi gusto. No le vendría mal atiborrarse de chocolate durante un mes o así, para poner un poco de carne a esos huesos. También a las tetas, porque es totalmente plana.

Un corto trayecto en ascensor, otro escaneo de la tarjeta y estoy en la planta de producción, caminando con paso firme hacia la sala de control. La puerta de la sala verde, un gran salón reservado para los invitados al programa y los asistentes de producción en sus descansos, está abierta de par en par. Al pasar, oigo susurros,

seguidos de exclamaciones y risitas, dos voces femeninas que parecen jóvenes, pero que no reconozco.

—¡Dios mío, era Paul Davis! ¡En persona! Está buenísimo —suspira una de las mujeres, y mis pasos se ralentizan en cuanto paso la puerta—. Será genial hacer prácticas aquí. —Su voz baja un tono—. Me lo montaría como a un árbol.

Incapaz de resistirme, me detengo y me apoyo con naturalidad contra la pared, escuchando mientras finjo revisar mis mensajes. Una sonrisa torcida se dibuja en mis labios. Lástima que haya pasado demasiado rápido y no me haya fijado en si es guapa. Por un momento, me olvido de todo lo que pasó anoche, de mi mujer, de la pegatina para aparcar y de todas esas tonterías. Me siento vivo de nuevo.

—No hagas ninguna tontería —dice la otra—. Llevo tres años como asistente de producción en su programa y ni siquiera sabe que existo.

—¿Cómo? No —dice la becaria—, me aseguraré de que sepa que *yo* existo y luego te presentaré.

—Ni se te ocurra, ¿vale? —Las risitas han desaparecido de su voz—. Este es mi trabajo, y resulta que me gusta, así que no lo estropees. —Un momento de silencio—. De todos modos, la gente dice que Paul domina a la perfección el papel de «marido perfecto», pero de vez en cuando se lo salta a la torera. Coquetea como un loco, se acuesta con otras, pero «oficialmente» sigue siendo fiel a su mujer. Para serte sincera, a mí todo esto me parece bastante *sexy*.

Un resoplido burlón.

—Ya, un verdadero compromiso.

—Ah, ¿y sabes? La fiesta de Navidad del año pasado fue un desastre total para la perfecta mujercita. Al parecer, se agarró un pedo de campeonato, iba tropezando y casi se caía encima de la gente. Aun así, él se mantuvo a su lado todo el tiempo, como si no pasara nada.

—¡Aún no me ha conocido a mí! —La becaria se ríe—. Cuando me haya probado, se olvidará hasta de haberla conocido.

Una sonrisa aflora en mis labios y pongo los ojos en blanco, pero me pica la curiosidad. El lunes, cuando esté de mejor humor, tengo que acordarme de echar un vistazo a las nuevas becarias.

—Eres de lo que no hay, ¡por Dios! —exclama la asistente de producción, y las dos mujeres se ríen.

—Pero es verdad —añade la becaria—. Vamos, cuéntame más sobre mi futuro amante.

—Su mujer es lo de menos. Deberías ver al hijo que tienen. ¿Esos ojos azules? Para morirse.

Ese comentario borra la sonrisa de mi rostro. Me pongo tenso y sigo escuchando a escondidas.

—Ese angelito podría ganar millones como estrella infantil. Pero no. Su querido papá no permite que se le acerque ni una cámara. ¿Sabes cuántos directores matarían por tener a ese niño? Se arrastrarían sobre cristales rotos si Paul chasqueara los dedos. Solo para aparecer en su programa, en horario de máxima audiencia. Pero no, no puede haber una dinastía Davis en el mundo del espectáculo. —Un gemido de decepción pone fin al comentario de la mujer—. Lo que daría por tener un hijo así.

—Dios, si tuviera el poder que él tiene... —Se ríe la becaria—. En realidad, seguro que lo aprovecharía para conseguir hombres. Muchos muchos hombres. Primero él, y luego...

Ya no me divierte.

Entro a paso ligero en la sala de control y me detengo en la puerta. Más de diez personas dejan de hablar y se giran hacia mí. No cabe nadie más, y la mayoría no pintan nada en esta sala.

¿Qué hacen aquí?

PAUL DAVIS

Hay una docena de personas apiñadas en la sala de control hablando en voz alta. Entre ellas, Latesha Jones —mi traicionera copresentadora, una zorra ambiciosa— y Carly Crown, mi productora, las dos con un aspecto impecable y perfectamente descansadas, como si anoche no hubieran estado más borrachas que yo. Luego está el propio Raymond Cook, al que rara vez se ve mezclándose con el plebeyo personal de producción. Las conversaciones se acallan cuando me ven. Entonces mi asistente de investigación, un joven llamado Aidan Williams, empieza a aplaudir, primero despacio y luego con fuerza.

—Sí —dice, aplaudiendo cada vez más rápido mientras los demás lo imitan—. ¡Un aplauso para el hombre del momento! —Luce una sonrisa de oreja a oreja que muestra unos impecables dientes blancos, pero mis ojos se fijan en su pelo, un enredo revuelto que se eriza en todas direcciones, como si cada rizo tuviera voluntad propia—. ¡Bravo, bravo! —grita, hasta que establezco contacto visual con él un instante y deja de gritar, pero no de aplaudir.

Ray se acerca a mí y me da la mano, luego se gira hacia el equipo, con la mano apoyada en mi hombro.

—¡Cinco millones de dólares, gente! Y ni siquiera ha sudado. Incluso encontró tiempo para bailar un vals con su preciosa mujer.

—Gracias —digo, estrechándole la mano con fuerza—. Creo que estamos listos para el siguiente nivel. ¿Diez millones el año que viene?

—Pásate a verme más tarde y hablamos —dice Ray en voz baja, solo para que yo lo oiga.

Asiento con la cabeza en lugar de darle las gracias y evalúo la reacción de todos ante mi llegada, incluida la suya. Es evidente que Ray está feliz como una perdiz. Tengo curiosidad por ver cuánto le durará la gratitud. Más tarde tantearé el terreno y a ver qué saco en

limpio. Tengo que aprovecharme ahora, mientras él todavía disfruta del resplandor de los cinco millones de dólares.

La sonrisa de Latesha es tan falsa como sus pechos. Aunque sospecho que se ha ahorrado dinero en esas tetas y se ha limitado a rellenar el sujetador con almohadillas de silicona. Sus ojos me lanzan dardos envenenados, pero se arrastra ante Ray, tratando de llamar su atención. Me recuerda a un chihuahua mordisqueando los talones de un pastor alemán. Ojalá pudiera darle una coz y hacerla desaparecer. Es una auténtica mosca cojonera.

Carly sonríe, inclina la cabeza y da las gracias a la gente como si los cinco millones los hubiéramos recaudado los dos juntos, y no solo yo. Se acerca a mí y me planta un beso en la mejilla; luego me rodea la cintura con el brazo y se niega a retirarlo. Se echa el pelo a un lado y sonríe a todo el mundo, habla en voz alta con Ray y le cuenta lo generosa que era la gente de nuestra mesa y lo contenta que está de formar parte de este increíble éxito.

Estoy harto. De todo. De las chorradas, de la falsedad, del tiempo perdido fingiendo pensar y sentir algo distinto de lo que en realidad siento.

—Gracias a todos —digo, alzando la voz por encima del alboroto —, pero tenemos un programa que preparar.

Mis palabras tienen el efecto de un simulacro de incendio, que extingue el entusiasmo y las conversaciones como el agua helada que se pulveriza desde los rociadores del techo sobre las llamas vivas.

—Entonces, os dejo que os pongáis manos a la obra —anuncia Ray, y se dirige hacia la puerta con su taza de café aún en la mano.

Latesha sale tras él, esforzándose por alcanzarlo. Su falda ajustada y sus tacones altos la ralentizan, pero su aspecto es tan decidido como gracioso, o al menos a mí me lo parece.

Pronto, solo quedan las personas de la sala de control, como debe ser, y reanudan sus actividades habituales.

Miro la hora y suspiro frustrado. Son casi las cuatro. Este día se está descontrolando.

—Vamos, gente, no tenemos nada. Aidan, ¿quién viene esta noche a *La pregunta final*?

Los rizos le rebotan alrededor de la cabeza mientras revisa sus notas, pero se mantiene obstinadamente erguido.

—Un policía de Los Ángeles, el inspector Al Jazinski.

Un policía, mierda.

—¿Y qué tiene de especial este policía? —pregunto, apoyando las manos en las caderas, impaciente e irritado. ¿Por qué tengo que arrancarle la información? Lo ha hecho innumerables veces; sabe cómo funciona.

Vuelve a mirar sus notas.

—Es la tercera vez que lo acusan de uso excesivo de la fuerza durante un arresto, lo que ha provocado lesiones graves. Una de sus víctimas anteriores murió mientras estaba bajo custodia policial, pero nunca lo sancionaron. Creo que ahí tenemos algo.

Siento cómo me invade la rabia, ardiente y abrasadora. Me paso la mano por el pelo, tratando de controlarla.

—¿Crees...? ¿Por qué va a importarle a la gente de Los Ángeles lo que tú creas, Aidan?

La sala de control se queda en un silencio absoluto. El ingeniero de sonido se pone los auriculares y finge estar trabajando. Aidan me mira con los ojos como platos y la boca entreabierta. No recuerdo otra ocasión en la que le haya gritado. Me cae bien; es unos diez años más joven que yo, un talentoso licenciado en Periodismo. Me trata como si fuera el centro de su universo. Pero hoy no tengo ninguna tolerancia con la incompetencia y el trabajo descuidado. Me quedo mirándolo hasta que baja la vista, derrotado.

—Lo siento —dice, cambiando el peso de un pie al otro, incómodo—. Pensé que era...

—Quiero información comprometedor sobre ese policía, ¿me oyes? —Doy un paso hacia él; él da un pequeño y tembloroso paso atrás—. Quiero hacerlo pedazos en el plató, terminar con su carrera, pisotearlo, como ha hecho él con la vida de las personas a las que ha perjudicado. ¿Y sabes por qué?

No se atreve a responder. Solo niega con la cabeza, mirándose fijamente los zapatos.

Suelto un suspiro de frustración. La verdadera razón no puede salir de los confines de mi mente. Desde anoche, les tengo miedo a los policías. Me aterrorizan, incluso. No quiero tener nada que ver con ellos, pero ese hombre ya está citado, su cara aparece en el *banner* publicitario semanal del programa. Ahora, no hay forma de escapar. Pero tener miedo es algo nuevo para mí, y no lo soporto. Me veo como uno de los detenidos de Jazinski, maltratado y herido sin motivo alguno, con mi vida convertida en algo sin sentido, arrugada en sus manos como el periódico de ayer. En un juramento silencioso

e inquebrantable, me prometo a mí mismo que acabaré con ese hijo de puta.

—Porque esto es lo que hacemos aquí, Aidan: impartimos justicia —opto por decir—. No solo historias, no solo titulares: justicia. Nuestros espectadores ponen nuestro programa después de las noticias todos los putos viernes, cuando podrían haber salido a tomar algo o podrían estar haciendo una barbacoa, pescando o lo que sea que haga la gente normal, pero eligen sentarse con nosotros. ¿Por qué? Porque somos los que denunciemos las mierdas que les fastidian la vida. No somos solo un programa, somos la última línea de defensa, joder. Somos el puto Robin Hood y apuntamos a cualquiera que se crea intocable.

Se produce un breve y pesado silencio. Me doy cuenta de que Latesha ha vuelto y me mira con un destello de curiosidad en los ojos.

—Bien dicho —dice el ingeniero de vídeo, sin levantar la vista de sus pantallas.

—Entendido —dice Aidan, dando unos pasos hacia la puerta, vacilante, como si temiera pasar junto a mí al salir.

—Vamos, consígueme algo que de verdad machaque a ese policía, Aidan. Algo que ponga fin a su abuso.

Se detiene a unos metros de mí y hojea su libreta.

—¿Te sirve de algo saber que su mujer es alcohólica? Ha abandonado Alcohólicos Anónimos un par de veces.

—¿Y qué? Todo el mundo en Estados Unidos tiene problemas con la bebida. —Me encojo de hombros, todavía furioso.

—Sí, pero no todo el mundo en Estados Unidos se va de rositas después de que lo pillen conduciendo en estado de embriaguez —dice, dando unos golpecitos con las uñas en la libreta.

—Dame más detalles. —Una sonrisa empieza a dibujarse en mis labios.

—Pararon a la señora porque iba muy por encima del límite, pero el agente de tráfico llamó al bueno de Jazinski en lugar de llevarla a comisaría. La dejaron marchar.

Mi sonrisa se convierte en una auténtica mueca de satisfacción mientras le doy una palmada a Aidan en su huesudo hombro.

—Ahora nos entendemos. Comprueba bien la información y haz que nuestro distinguido invitado firme la autorización para utilizar su imagen antes de salir en directo. El programa va a ser la bomba.

Voy a enterrar a ese cabrón.

AMANDA DAVIS

La paciente llora de dolor, acurrucada de lado y jadeando entre gritos. El tubo intravenoso le rodea el antebrazo, pero no parece importarle. Sus manos se aferran a la parte inferior del abdomen. Sus ojos huecos y muy abiertos miran fijamente al vacío. Los técnicos de emergencias sanitarias deberían haberle controlado el dolor; no sé qué habrá pasado.

—Mujer de treinta y dos años, presenta dolor abdominal intenso, posible rotura de quiste ovárico —grita uno de los técnicos—. Tensión arterial 100/60, frecuencia cardíaca ciento veinte, saturando al noventa y siete por ciento. Con vía periférica y quinientos de suero fisiológico en curso.

—¿Nivel de dolor? —pregunta el doctor Grant, poniéndose un par de guantes.

—Diez sobre diez —responde el técnico—. Comenzó hace unas dos horas. Ha estado entrando y saliendo de la consciencia. Le administramos ocho miligramos de morfina durante el trayecto.

El doctor Grant abre mucho los ojos, pero no dice nada. Está tan sorprendido como yo.

—De acuerdo, en marcha. ¡Box de trauma uno! —ordena, dirigiendo la camilla por el pasillo.

Las enfermeras lo siguen, empujando la camilla hacia el box de traumatología más cercano. Yo soy la última en entrar, quedándome rezagada a pesar de que hago todo lo posible por no hacerlo.

Observo cómo Sunny prepara con rapidez la vía intravenosa y cuelga otra bolsa de suero mientras el doctor Grant se inclina sobre la paciente y le coloca el estetoscopio en el pecho.

Me quedo mirando el rostro de la paciente, paralizada. Congelada. Se parece mucho a ella..., a Marisol. Su rostro, cubierto de sudor y retorcido por el dolor agonizante. Esos ojos inquietantes que todavía veo en pesadillas.

—Señora, ¿puede oírme? Soy el doctor Grant. Vamos a atenderla.

Los ojos de la mujer se abren por un segundo, los labios le tiemblan mientras intenta responder, pero hace una mueca y todo su cuerpo se encoge con otra oleada de dolor.

—Quiero un hemograma completo, coagulación, bioquímica y grupo y pruebas cruzadas, por si acaso. Y una eco para confirmar la ruptura del quiste —solicita el doctor Grant, sin esperar una respuesta, mientras presiona con suavidad el abdomen de la mujer—. Dígame dónde le duele.

La paciente lanza un grito agudo cuando le toca la parte inferior derecha.

—Ay... —se queja, apartándole la mano—. Me está matando.

—Muy bien —murmura, mirándose—. Morfina, cinco miligramos por vía intravenosa. Vamos a controlar este dolor.

Rebusco en el cajón del carro y saco la jeringa precargada. Introduzco la aguja en el puerto y empujo el émbolo. La respiración de la paciente se ralentiza y sus músculos se relajan a medida que el fármaco comienza a actuar en su organismo.

—¡Necesitamos una eco aquí! —grita de nuevo el doctor Grant, ahora con un tono más severo.

No me muevo ni me aparto. Como si estuviera viviendo una pesadilla, me doy cuenta de que debería haber traído la máquina de ecografías la primera vez que me la ha pedido.

El técnico entra corriendo, me rodea con la máquina, haciendo mi trabajo, y la conecta. Sunny y yo tratamos de quitarle la ropa a la paciente mientras ella se niega a dejar de estar acurrucada de lado.

—Escucha, sé que te duele —le digo con suavidad, tras agacharme para quedar a la altura de sus ojos llenos de lágrimas—. Estamos intentando ayudarte, pero necesitamos ver qué pasa ahí dentro. La ecografía es rápida, te lo prometo. No tienes que moverte mucho, solo déjanos verte la barriga, ¿vale?

Ella asiente con la cabeza, con una mirada de desesperación y desconfianza en los ojos, pero hace todo lo posible por combatir el dolor que le corta la respiración.

El técnico aplica gel en el abdomen de la paciente y le entrega la sonda al médico.

—Veamos qué pasa ahí dentro. —El doctor Grant me lanza una mirada inquisitiva y preocupada.

Cuando la sonda presiona la piel de la mujer, se forma una

imagen en la pantalla en tonos grises pixelados. El doctor Grant la estudia con atención, entrecerrando los ojos.

—Ahí está. Ovario derecho. Rotura de quiste, posible hemorragia interna. Traed al ginecólogo. Necesitamos un quirófano ya.

Sunny corre hacia el teléfono de pared y marca rápidamente.

—Avisad al gine de guardia, quirófano tres. Iniciad preparación quirúrgica.

Salen con la mujer en camilla mientras yo la observo, con la mirada fija en sus rasgos. La morfina ha aliviado su dolor y ahora su rostro está casi relajado, con los ojos apenas abiertos. Y no se parece en nada a Marisol. Me estoy volviendo loca.

Mis manos enguantadas caen inertes a los lados de mi cuerpo. Sacudo la cabeza como para disipar los restos de una pesadilla. Lo que pasó anoche me afectó... Cosas con las que no estoy preparada para lidiar, ni siquiera para reconocer.

Un suave apretón en mi hombro hace que me sobresalte.

—¿Por qué no te vas a casa? —me pregunta el doctor Grant—. Necesitas descansar.

Sonrío con tristeza, recordando la última vez que me envió a casa antes de que terminara mi turno. Esa noche terminé pidiendo el divorcio y dándome cuenta de que estaba atrapada en mi matrimonio sin salida.

—Lo siento, doctor Grant —digo en su lugar—. No volverá a pasar. Por un segundo, ella me ha parecido...

Mi teléfono suena, impidiéndome seguir hablando. Me quito los guantes y los tiro a la basura, luego saco el teléfono del bolsillo. Es un mensaje de Paul.

Dice: «Anoche recaudé cinco millones [PULGAR HACIA ARRIBA X2]. Lástima que esa zorra me jodiera la noche».

El mensaje me golpea en el pecho como un puñetazo. Las letras bailan ante mis ojos, borrosas por las lágrimas. Ni una palabra de remordimiento o arrepentimiento, ni disculpas, nada más que el hombre frío y egocéntrico con el que me casé brillando en cada palabra, mostrando dolorosamente su verdadero rostro.

—Vamos, te traeré otra taza de café —dice el doctor Grant, mirándome con ojos clínicos, que rehúyo.

—¿Vas a venir esta noche? —pregunta Sunny, que nos alcanza y entra en la sala de descanso como solo una joven de veinticuatro años puede hacerlo, con un brío vivaz en sus pasos.

—¿Qué hay esta noche? —Frunzo el ceño, tratando de recordar.

El doctor Grant me mira con preocupación.

—Vamos a salir todos a tomar unas cervezas al *pub* irlandés. Es viernes, ¿no? —Se queda mirándome, decepcionada—. ¿Eh?

Vaya, es viernes.

No puedo. Solo quiero volver corriendo a casa, abrazar a Tristan todo el tiempo que me lo permita y luego encerrarme en el baño y llorar.

—Estoy demasiado cansada —respondo—. Necesito dormir.

El doctor Grant asiente de forma imperceptible, pero la mirada escrutadora de sus ojos sigue siendo intensa. Y hay algo más en ella, pero es algo que no consigo descifrar.

—¡Me estás tomando el pelo! —replica Sunny, levantando los brazos como si se sintiera ofendida, pero con una sonrisa en los ojos—. ¿No somos lo bastante glamurosos para la famosa Amanda Davis?

Suspiro, un poco frustrada, pero también divertida. Necesito la juventud de Sunny en mi vida: su risa, su ingenuidad, su optimismo.

—No, es solo que... no puedo, Sunny. Esta vez no. —Hay una tristeza en mi voz que espero que nadie note.

Se apoya en la encimera y se queda mirándome, luego me señala con el dedo como si fuera una niña desobediente.

—Ahora, escucha a mamá, Amanda. Sé que tu vida es como una película: galas elegantes, vestidos caros, codearte con gente que coge el *jet* privado para ir a almorzar... ¡No puedo ni imaginarlo! Vaya, que mientras yo estoy aquí preguntándome si debería darme el lujo de tomarme un café con leche grande, tú andas por ahí viviendo como la realeza. Pero tomarte unas cervezas conmigo y los chicos te sentaría de maravilla. —Hace un gesto amplio, como si se estuviera quitando pelusas de la bata azul—. ¿Qué me dices?

He puesto los ojos en blanco mientras hablaba, pero acabo sonriendo. Es contagiosa.

—Si crees que lo que estoy deseando después de un largo turno en urgencias es ponerme unos tacones altos, estás muy equivocada. Esas galas están muy sobrevaloradas. —Le cojo la mano y se la aprieto—. La próxima vez, ¿vale?

La sirena pone fin a sus protestas. Segundos después, recibimos una doble entrega. Dos pacientes, con escolta policial. Debe ser algo grave.

Los técnicos entran disparados con la primera camilla.

—Varón de cuarenta y dos años, conductor, accidente por colisión lateral, furgoneta contra turismo. Airbag desplegado, sin cinturón. Glasgow doce, está consciente pero confuso, se queja de dolor torácico y dificultad para respirar. Sospecha de fracturas costales y posible neumotórax. Tensión arterial 100/60, frecuencia cardíaca ciento diez. Con oxígeno, saturando al noventa y dos por ciento. Vía puesta, con suero fisiológico en perfusión.

—¡Box de trauma dos! —grita una enfermera.

El doctor Grant me mira con intensidad.

—Ocúpate del otro.

Espero la segunda camilla y la otra médica, la doctora Sofía Martínez, se une a mí. Todavía está masticando un bocado de su almuerzo, con migas de pan pegadas a los labios. La camilla entra rápidamente, con el cuerpo de una niña del tamaño de mi hijo. Se me detiene el corazón.

—Niña de siete años, asiento trasero, asiento elevador, sin airbag. Está consciente, se queja de dolor abdominal, probablemente por una lesión causada por el cinturón. Tensión arterial 110/70, frecuencia cardíaca ciento treinta, saturando al noventa y ocho por ciento. Sin lesiones externas evidentes.

—¡Llevala al cinco! —grita alguien.

Al oír la orden, empujo la camilla en esa dirección. Luego, sigo las instrucciones de la doctora, moviéndome con agilidad, sin pensar en lo pequeña que es. Sin recordar a Marisol.

—¿Dónde está el otro conductor? —pregunto. Espero que haya otra ambulancia, pero la enfermera de recepción niega con la cabeza.

—Ha sido un atropello con abandono del lugar del accidente —dice una voz familiar, helándome la sangre como si el simple hecho de mencionar esas palabras pudiera hacer que todo el mundo viera a través de mí.

El policía que está a mi lado lleva un uniforme gastado y tiene el rostro sombrío. Lo conozco desde hace tiempo. Trabaja en la investigación de accidentes de tráfico en esta parte de la interestatal.

—Hola, Danny —digo con voz ahogada.

Me mira y, por un momento, no dice nada. Su boca tensa está un poco torcida, como si una comisura estuviera lastrada por una constante decepción. Tiene los ojos inyectados en sangre, brillando de ira bajo el ceño fruncido. Después de haberlo entregado, sacan al

padre del box de traumatología para llevárselo el quirófano mientras la inquieta niña de seis años llora por su papá.

—Estás casada con ese famoso de la televisión, ¿verdad? ¿Paul Davis? —pregunta Danny finalmente, sabiendo ya la respuesta.

El estómago se me retuerce por el miedo. Asiento con la cabeza y cruzo los brazos sobre el pecho, preparándome para lo que tiene que decir. ¿Y si de alguna manera sabe lo de anoche? Los policías hablan con otros policías mientras toman café y donuts.

—Hace un gran trabajo de sensibilización para luchar contra la conducción bajo los efectos del alcohol —dice Danny—. Por favor, dale las gracias por ello.

Bajo la mirada por un momento, luego lo miro y susurro:

—Claro, Danny, se las daré.

No puedo evitar pensar en lo que ocurrirá cuando vengán a buscar a Paul con una orden de arresto. ¿Cómo voy a mirar a estas personas a los ojos otra vez? ¿Cómo puedo mirar a Danny a los ojos ahora, después de lo que sucedió anoche?

Cuando me giro para salir de la recepción, veo al doctor Grant mirándome fijamente desde el otro lado de la sala. Sus ojos son oscuros y demasiado inquisitivos. No puedo evitar preguntarme qué sabrá.

No puedo evitar temerlo.

PAUL DAVIS

El detective Al Jazinski está sudando bajo los focos, y yo ni siquiera he empezado todavía.

Los dos estamos sentados en los lujosos sillones de color crema que hay en el centro del plató, un poco girados el uno hacia el otro, mientras mi maquilladora da los últimos retoques. Le cuesta controlar el sudor que brota de la frente de Jazinski. Luego me lanza una sonrisa de disculpa y yo me encojo de hombros a modo de respuesta. Hay cosas que no podemos arreglar. Bueno, tal vez podríamos hacer que sudara menos; conozco un pequeño secreto que le vendría bien ahora mismo, pero ni loco se lo contaría a un policía.

—¡Veinte segundos! —grita el director de escena, y la maquilladora sale corriendo del plató.

Levanto el pulgar un segundo y luego miro las notas garabateadas de Aidan que tengo sobre el regazo. En la parte superior de la página ha escrito ESPOSA, AA y CONDUCCIÓN EBRIA en grandes letras mayúsculas, y ha subrayado cada una de ellas varias veces con trazos enérgicos. Me quedo mirando las notas garabateadas debajo: fechas, acontecimientos, todos los detalles que me ayudarán a dirigir la entrevista. Me muevo en mi asiento y me ajusto la americana, luego le sonrío alentadoramente al detective Jazinski.

Estoy listo.

Detrás de nosotros, en el gran fondo digital, comienzan a aparecer los gráficos. Los focos del estudio se vuelven aún más brillantes, y mi invitado sigue sudando y moviéndose, nervioso. Debe saber que voy a preguntarle por su historial de uso excesivo de la fuerza. Lo único que no puedo explicar es por qué está aquí. ¿Qué gana con dejarse destrozar en mi programa? Sé por qué los políticos, los que buscan llamar la atención y las celebridades lo quieren: lo arriesgarían todo por un poco de protagonismo en la televisión nacional. Pero él? No me cuadra.

La directora de escena levanta la mano.

—En cuatro, tres... —Y termina la cuenta atrás en silencio mostrando dos dedos, luego solo uno. En ese momento, me señala.

—Buenas noches, señoras y señores, y bienvenidos a *La pregunta final*. Soy Paul Davis. Esta noche nos acompaña en el estudio uno de los inspectores más veteranos de la policía de Los Ángeles, Al Jazinski. Bienvenido, inspector, gracias por venir.

Él traga saliva y se aclara la garganta.

—Gracias por invitarme.

Me inclino ligeramente hacia delante y entrelazo las manos.

—¿Cuánto tiempo lleva como inspector de la policía de Los Ángeles?

—Algo más de diecinueve años —responde. Su voz suena ahogada, como si tuviera los dientes apretados—. De hecho, en abril cumpliré veinte.

—Ah, enhorabuena —digo, pero la sonrisa que pongo en mi rostro no se refleja en mi voz tensa.

—Gracias —contesta con frialdad, y luego aprieta los labios hasta formar una línea recta.

Tiene las manos entrelazadas en el regazo y los nudillos blancos. Le brota sudor en la raíz del cabello. Me dan ganas de seguir jugando con él un rato más, pero no estoy aquí para eso. Mis espectadores esperan algo más de la televisión en horario estelar un viernes por la noche que un teatro barato y cursi. Dejo que mi sonrisa se desvanezca y reviso mis notas antes de continuar, dejando que el suspense crezca un poco.

—Inspector Jazinski, ha estado usted involucrado en tres incidentes distintos en los que se le acusó de uso excesivo de la fuerza, uno de los cuales terminó con la muerte de un sospechoso mientras estaba bajo custodia policial. No se trata de denuncias menores. De hecho, han ensombrecido su departamento y su trabajo. ¿Cómo responde a quienes dicen que ha cruzado la línea?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Paul, ya sabe con qué tipo de gente trato. Criminales de alto riesgo. Asesinos. Violadores. Esas personas no son simples infractores de tráfico. Hablamos de tipos que prefieren abrirse camino a tiros antes que ser detenidos. Cuando las cosas se tuercen, tengo que reaccionar, y rápido.

Se mueve un poco en su asiento y luego se acomoda, rígido y un

poco pálido. Sin duda, le han enseñado qué decir. Ningún policía común y corriente habla así.

—Sin duda, se refiere a situaciones de mucha presión. — Mantengo la voz tranquila pero firme—. Pero, en uno de esos incidentes, el hombre al que arrestó el mes pasado, Brandon Hill, no iba armado. Murió bajo su custodia tras lo que algunos califican de uso innecesario de la fuerza. ¿Puede explicarnos por qué terminó así?

Jazinski entrecierra los ojos.

—Hill no era inocente Al entrar en ese edificio, sabíamos que era un exconvicto recién liberado que había cumplido condena por asesinato. Tenía un historial kilométrico, todo actos de violencia brutal. Y el día que salió de prisión, su exmujer fue tiroteada por un hombre que coincidía con su descripción. —Hace una pausa y se encoge de hombros—. Se resistió. No siempre se ve eso en los informes o en los titulares, pero opuso una resistencia tremenda. Otros dos agentes resultaron heridos esa noche; uno de ellos tiene daño cerebral permanente por el incidente. Tenía dos opciones: dejar escapar a un asesino o detenerlo. Lo detuve.

Qué conveniente. Sus respuestas están bien ensayadas y son buenas, pero no me convencen.

—Pero murió más tarde, en la sala de detención. Hill ya estaba reducido cuando las cosas se agravaron. No fue un tiroteo ni una situación de vida o muerte. ¿Cómo justifica lo que ocurrió en esa sala de detención?

—Usted no estaba allí, Paul. Yo sí. Hill había sido violento antes, impredecible. Incluso cuando un tipo está esposado, puede seguir siendo peligroso, y Hill era corpulento, medía un metro noventa y tres y pesaba unos ciento treinta y seis kilos. Hay que tener en cuenta que un hombre en su situación no tiene nada que perder; sabe que va a acabar hundido para siempre. Cuando se abalanzó, hice lo que debía para protegerme a mí mismo y al otro inspector que estaba en la sala. —Los ojos del policía brillan con frustración.

—Le rompió el cuello mientras estaba esposado.

—Solo intenté inmovilizarlo. —Aprieta la mandíbula y dilata las fosas nasales.

Hago una pausa para recomponerme.

—Nadie pone en duda que su trabajo es peligroso, inspector, y que se enfrenta a algunas de las peores situaciones que existen. Pero

cuando hay un patrón: tres incidentes, todos con acusaciones de uso excesivo de la fuerza, surge la pregunta de si se está utilizando la fuerza como primera respuesta en lugar de como último recurso.

Jazinski se pone rígido en su asiento.

—Usted lo llama patrón. Yo lo llamo supervivencia. Hacer mi trabajo. Fíjese en la última detención con uso de la violencia: un capo de la droga, armado, que intentaba huir durante una redada. ¿Cree que tuve tiempo de pedirle amablemente que me acompañara? No se trata de detenciones limpias y sencillas en las que se llama a la puerta y se entrega una orden judicial. Esto es el mundo real. No puedo permitirme el lujo de sentarme a dudar en un momento crítico.

—¿Y qué me dice de asumir responsabilidades? —pregunto con tono neutro—. No hay duda de que su trabajo le pone en situaciones imposibles, inspector. Pero, con tres investigaciones y un hombre muerto, ¿alguna vez se pregunta dónde está el límite entre hacer su trabajo y pasarse de la raya?

Durante un rato, me sumerge en un laberinto de procedimientos policiales, explicados de forma tan minuciosa que aburriría a cualquiera hasta decir basta, y él lo sabe. Le hago algunas preguntas más y él sigue esquivándolas hasta que levanto la mano para detenerlo.

—Inspector, creo que todo el mundo entiende los procedimientos, pero ¿dónde está esa línea que probablemente ha cruzado? Creo que está eludiendo mi pregunta.

Sus ojos pasan de la frustración a la determinación.

—Como policías, hacer nuestro trabajo ahí fuera es tan simple como esto: entras, te encargas del asunto y sales con vida. Ese es nuestro objetivo. Sí, hay reglas y todos hacemos lo posible por seguirlas, pero, en última instancia, nuestra misión es garantizar la seguridad de los ciudadanos. Y eso, a veces, puede ponerse feo.

Ahora suena sincero, no como si leyera un guion. Un poco sorprendido, cruzo las piernas y me inclino hacia él. El bloc se me resbala del regazo y cae bocarriba debajo de la mesa de centro, más cerca de él.

Mierda.

Desde donde está sentado, podría leer con facilidad las notas de Aidan.

—Pero, de hecho, usted ha infringido las reglas antes, ¿no? —le

pregunto apresuradamente, con la esperanza de distraerlo para que no vea los garabatos subrayados de Aidan.

Mi estrategia falla. Los ojos de Jazinski se posan en el bloc. Se pone pálido y se inclina hacia delante con una postura amenazante, mirándome con el ceño fruncido. Echo un rápido vistazo a los monitores, esperando el momento adecuado para recuperar el maldito chisme.

En cuanto la cámara se desplaza, meto la mano debajo de la mesa, cojo el bloc y le doy la vuelta a la tapa para cerrarlo. Luego, me recuesto en mi asiento y sonrío, sin darle tiempo para responder.

—¿No las infringimos todos, en realidad? Está en nuestro ADN saltarnos las reglas —digo con calma—. Para defender lo que amamos, lo que es más importante para nosotros. La seguridad de nuestras familias. —Mi dedo índice golpea la tapa del bloc. Sus ojos no se despegan de él.

—En efecto —responde Jazinski con frialdad.

—Entonces, la pregunta final para usted es esta —anuncio, haciendo una pausa para crear un efecto dramático—: inspector Jazinski, teniendo en cuenta sus últimas acciones, tanto de servicio como fuera de él, ¿hasta dónde cree que puede forzar los límites antes de que se rompan?

Veo en los monitores de control que la cámara hace *zoom* sobre el rostro atónito de Jazinski. Sus ojos parpadean con tensión. Antes de que pueda abrir la boca para responder, la cámara se desplaza hacia mí y me encuentra sentado erguido en mi silla, sonriendo, listo para la frase final del programa de esta noche.

—Vamos a dejar que el inspector Al Jazinski reflexione sobre eso. Gracias por acompañarnos en *La pregunta final*. —Como siempre, he interrumpido a mi invitado antes de que pudiera responder, dejando el placer de especular exclusivamente para mis espectadores.

Aparecen los créditos y la directora de escena dice: «Libre». Se apagan las luces brillantes y me levanto de un salto. Le estrecho la mano sudorosa a mi invitado, fingiendo no notar la ira ardiente en sus ojos, y luego salgo del plató, apresurándome en dirección a mi camerino.

Aidan me alcanza en el pasillo, pasada la sala de control.

—¿Por qué no lo has utilizado? Lo había comprobado y

recomprobado. No... —Me agarra de la manga cuando estoy a punto de cerrarle la puerta en las narices—. No solo dos veces, sino *tres*.

Me encanta la ambición del chico, pero estoy a punto de darle una dura lección sobre la subordinación y los modales en el lugar de trabajo. No puedo permitirme que mis asistentes cuestionen mis decisiones en directo. Y entonces aparece Latesha. Al verla, aprieto los dientes. Me muero de ganas de que termine este día.

—Raymond quiere verte. —Me sonrío con malicia—. Ahora mismo.

PAUL DAVIS

—¿*Bourbon*? —pregunta Ray, sosteniendo el vaso que ya ha llenado y cubierto con hielo.

Está de pie junto al gran ventanal de su oficina, con vistas a West Hollywood y su impresionante horizonte nocturno. En las concurridas calles, el tráfico se ha ralentizado hasta detenerse, y un lejano concierto de bocinazos apenas nos llega, pareciendo distante e irreal desde mi posición privilegiada en la última planta.

Me acerco y acepto el licor con gratitud. Tengo la garganta seca y me apetece muchísimo. Hago un esfuerzo sobrehumano para no beberme el vaso de un solo trago. Sin embargo, el Weller de doce años se me sube a la garganta y su sabor me trae recuerdos de la noche anterior.

—¿Latesha ha estado aquí? —pregunto en tono despreocupado, dejando el vaso sobre la mesa—. ¿En tu oficina?

Ray sonríe.

—Pues claro. Está aquí todos los benditos días. —Da un sorbo al *bourbon* y luego deja el vaso sobre su escritorio. Me fijo en que va más elegante de lo habitual, con un traje gris oscuro a medida y una camisa de seda blanca brillante con el cuello sujeto por un alfiler de oro. Señala hacia la ventana y se ríe, una risita rápida y gutural—. Supongo que son los privilegios de la estratosfera. Los aspirantes vienen a visitarla. Ella aspira a ser la presentadora principal y hacerse cargo de *La pregunta final*. Está muy decidida.

La ira me invade, encendiendo mi sangre. Vaya huevos que tiene esa zorra.

Ray me da una palmada en la espalda y vuelve al vaso de *bourbon* abandonado para dar otro trago rápido. Es un bebedor cauteloso pero constante, que se mantiene ligeramente achispado durante todo el día. No me importa; me facilita el trabajo.

—He visto el programa de esta noche.

Con el vaso aún en la mano, se deja caer en un sillón y me invita a sentarme también con un gesto. Ocupo el sillón de enfrente, preparándome para sus críticas. Va a calificar el programa de esta noche como «una oportunidad perdida para hacer sangre» o «un trabajo mediocre». Le doy un momento, pero no añade nada. Solo me mira.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto finalmente, recostándome en el asiento y colocando el tobillo sobre la rodilla.

—Latesha ha venido enseguida a informarme de que podrías haber pillado a ese policía por la conducción bajo los efectos del alcohol de su mujer. Todo el edificio lo estará comentando. —Otro trago de licor, y Ray se aclara la garganta en silencio, inclinándose hacia mí como si fuera a compartir un secreto—. Por supuesto, ella habría destrozado a ese policía en directo y habría disparado nuestros índices de audiencia. Pero tú has optado por tratarlo con suavidad.

Y apuesto a que esa zorra traicionera ha subido corriendo las escaleras para chivarse de mí.

—Sí, en efecto.

—¿Y por qué has actuado así? —Los ojos de Ray ya no sonrían. Ahora parece muy sobrio—. El veintisiete me presento ante la junta para conseguir la aprobación de la fusión de KCLA Channel 8 News. Sabes lo importante que es esta fusión para mí, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Asiento con la cabeza.

—Y tú, mi amigo y compañero de confianza, has dejado escapar a ese tipo cuando lo tenías en tus manos. No lo entiendo.

—Ha sido algo de última hora —digo, antes de dar un rápido y reticente sorbo al *bourbon* y dejar el vaso en la mesa de centro sobre un posavasos con un logotipo—. He pensado que sería mejor no enemistarnos con este policía en particular. Hay algo en él.

Ray frunce ligeramente el ceño, pero asiente con la cabeza. Se apoya sobre los codos, como si yo no estuviera hablando lo bastante alto y tuviera que acercarse para oírme. Quizá se está haciendo viejo y se ha vuelto duro de oído.

—En primer lugar, no se me ocurre ninguna razón por la que estuviera dispuesto a participar en el programa. No le reporta ningún beneficio, solo riesgos, ya que dentro de unos meses cumplirá los veinte años. ¿Por qué arriesgar su pensión por esto?

—Ajá —dice Ray—. Interesante. Entonces, por eso...

Levanto la mano un instante, con naturalidad.

—Hay algo más. Lo han ascendido después de tres incidentes distintos por uso excesivo de la fuerza, como si esas denuncias nunca hubieran existido. Uno terminó con la muerte del sospechoso; otro incidente dejó al sospechoso en coma durante semanas. Y nada ha dejado rastro en su historial, como si fuera de teflón. Eso significa que cuenta con respaldo, y todavía no sabemos quién es. Hasta que lo sepamos... —Me encojo de hombros.

Ray se levanta y acorta la distancia entre nosotros con un gran paso. Yo también me levanto, sin saber muy bien qué esperar. Me estrecha la mano con entusiasmo mientras con la otra me da una palmada en el hombro.

—¡Y por eso tu copresentadora seguirá siendo tu copresentadora! —Se ríe—. Tú mantienes la cabeza fría en el fragor de la batalla. Latesha Jones, no. Una vez que huele la sangre, no se detiene. —Levanta su vaso y yo cojo el mío para que podamos brindar alegremente mientras respiro aliviado—. Ahora, vete a casa y celébralo con tu preciosa mujer. Dale recuerdos a Amanda, por favor.

—Gracias, Ray, se los daré. —Al decir estas palabras, siento que el cansancio me pesa en el cuerpo y me debilita.

—Anoche nos hiciste brillar —añade Ray, antes de terminarse el *bourbon*. Los cubitos de hielo tintinean cuando deja el vaso en la mesa—. Tres miembros de nuestra junta estaban allí y los tres me enviaron mensajes sobre ti.

No puedo evitar sonreír. No está nada mal.

—Gracias —digo, notando cómo Ray me guía, amable, hacia la puerta—. Por favor, dales las gracias de mi parte.

—Una cosa más antes de que te vayas. —La sonrisa de Ray se amplía.

—Dime.

—Haz que esta fusión con KCLA se lleve a cabo y serás mi segundo al mando. Además de tu nuevo trabajo como presentador principal a nivel nacional. —Me guiña un ojo y asiente con la cabeza, seguro que sabe bien lo mucho que me gusta su oferta. No solo será fama..., también será poder. Poder para decidir. Y por fin me libraré de Latesha.

—¿Para Golden State Broadcasting? —pregunto, sintiendo cómo se me hincha el pecho.

—Para toda la cadena. Vamos a estar en horario de máxima

audiencia. Noticias de televisión nacional, compañero. Tú y yo.

AL JAZINSKI

«Seguro que tiene una pila de multas de aparcamiento sin pagar de un kilómetro de altura —pienso mientras me dirijo al aparcamiento de visitantes—. Cabrón arrogante y engreído». Murmurando, me deslizo detrás del volante de mi SUV sin distintivos.

Aún enfadado, arranco y me meto en el lento tráfico. Momentos después, mi sirena suena a todo volumen y mis luces inundan las calles con tonos rojos y azules. La gente se aparta de mi camino, pero no lo bastante rápido. Algunos incluso se suben a la acera para despejar el paso, pero yo sigo tocando el claxon, impaciente, furioso.

Nunca debí haber aceptado ir a ese programa, joder.

Por culpa de eso, esos capullos entrometidos me han investigado y se han enterado de que María iba al volante bebida, y ahora van a por mí. Sigo sin entender por qué no me han hecho trizas en directo, como suelen hacer con todos los pobres idiotas que caen en su trampa, pero está claro que Gabriela va a tener que hacer algunas llamadas. Y más le vale darse prisa.

¿Todo este lío? Es culpa suya.

Ella me puso delante de esos buitres. Hizo que alguien moviera los hilos. Me la jugó como a un idiota, como hace siempre. ¿Y quién narices sabe por qué? Quizá sea por su propio politiqueo. «Cuenta tu versión, limpia tu nombre antes de jubilarte —me dijo—. Hazlo por mí y yo cuidaré de que no te pase nada. Te lo prometo».

Así ha sido durante años. Gabriela, la tía de mi mujer y ahora alcaldesa de Los Ángeles, siempre tramando algo. Incluso cuando era una ambiciosa analista política con la mirada puesta en la mansión del gobernador y yo era un agente novato sin ninguna experiencia, veinte kilos más delgado, sin barriga cervecera, sin canas, pero igual de altanero, si no más. ¿Y María? En aquel entonces era un desastre, adicta a las pastillas. Ahora le ha dado por el vino y Dios sabe qué más. He pensado en hacerle análisis, pero aquellos días en los que se

podían destruir los resultados ya han quedado atrás. Ahora todo queda registrado en el sistema.

Ordenadores. No se pueden hacer pedazos.

Quizá algún día pida prestada una unidad canina y haga que olfateen bien la casa, solo para saber qué esperar.

Sin embargo, la tía de María también me abrió muchas puertas. Cuando se convirtió en concejala, yo pasé a ser el enlace de la policía de Los Ángeles. Luego, con ella como alcaldesa, subí las escaleras del ayuntamiento más veces de las que puedo contar, siempre con una sonrisa para las cámaras. Eso me ha hecho destacar. He ascendido más rápido que nadie.

Siempre he estado esperando a que alguien atara cabos. Algún novato demasiado entusiasta husmeando por ahí. Pero Gabriela cambió hace mucho su nombre por otro más aceptable, de Alcaraz a Agua, algo que sonaba bien a los votantes de un estado devastado por la sequía, en lugar de recordarles una temida prisión. Nadie ha encontrado nunca la conexión entre nosotros. Ella hizo una jugada inteligente, incluso entonces.

Pero ¿todo eso? Está a punto de irse al carajo por culpa de ese capullo engreído, Paul Davis. Si esto explota, no solo perderé mi pensión: podría terminar entre rejas.

—Hostia —gruño, golpeando el volante con la mano.

El coche que tengo delante se sube a la acera. Unos cuantos bocinazos más, aunque no sirven de mucho llevando ya la sirena, y me incorporo a la interestatal. Cuarenta minutos más tarde, estaré de vuelta en mi casa de Thousand Oaks.

La casa está a oscuras cuando llego. Pero no es tan tarde como para que María esté durmiendo. Algo no va bien. Abro la puerta, con ese viejo y familiar nudo en el estómago. Amo a mi mujer, pero últimamente es como esperar a que explote una bomba cada vez que cruzo la puerta.

La televisión está apagada y en la casa reina un silencio espeluznante. María nunca se queda sentada en silencio. Lo detesta. La hace sentir sola. La hace beber. La llamo con voz áspera y baja en la quietud. No hay respuesta. Subo corriendo las escaleras, pero tampoco está allí. No está en el baño ni durmiendo en nuestra cama. La habitación de invitados está vacía.

Vuelvo corriendo abajo.

—¿María? —Miro en el baño de abajo, en el estudio e incluso

detrás del sofá del salón, por si se ha resbalado y se ha caído—. ¿María?

Abro la puerta del garaje. Nuestros dos coches están ahí. El mío siempre está en casa cuando llevo el coche patrulla.

Encuentro su bolso con su cartera y las llaves en la mesita junto a la puerta. Me paso los dedos por el pelo y me dirijo a la cocina, fijándome en todo. Su teléfono está en la encimera, junto al filtro de café, y eso no pasa nunca. Lo lleva siempre pegado a ella, como si fuera una parte más de su cuerpo.

Hizo la cena y se la comió sola; hay un plato y un tenedor en el fregadero. La luz de «Mantener caliente» del horno está encendida; probablemente haya lasaña esperándome. Me encanta su lasaña, pero no tengo hambre; tengo el estómago revuelto. ¿Dónde puñetas se ha metido?

Un leve silbido llama mi atención. La puerta del patio trasero está entreabierta. Enciendo la luz del porche y me quedo paralizado.

María yace bocarriba en el suelo, con su camisón blanco revoloteando alrededor de su cuerpo. No se mueve. Un fino hilo de sangre mancha su pálido rostro, procedente de su sien magullada. Debe haberse golpeado la cabeza al caer.

—No, por Dios —mascullo, y salgo corriendo con el teléfono en la mano para llamar una ambulancia.

Le toco el cuello con dos dedos para tomarle el pulso. Es fuerte y constante, solo un poco acelerado. Su aliento desprende un ligero olor a vino.

—María —susurro, tocándole la cara con suavidad—, despierta. — Le sacudo el hombro con cuidado—. Venga, cariño, vamos a levantarnos.

Sus párpados se mueven, pero permanecen cerrados, como si estuvieran pegados.

—Mitzy se ha escapado —balbucea, arrastrando mucho las palabras.

Maldita gata.

—Vale, vamos a llevarte dentro —respondo, deslizándolo un brazo bajo sus hombros y otro bajo sus rodillas. Mientras levanto su delgado cuerpo, gruño, respirando con dificultad por el esfuerzo. Estoy en muy mala forma.

—No, tengo que encontrar a la gata —murmura, pero mantiene los ojos cerrados y la cara apoyada en mi pecho.

—No te preocupes por la gata. Ya la encontraré.

Con cuidado, la llevo dentro y la acuesto en el sofá, recostándola sobre unos cojines, y luego enciendo la televisión y preparo un té.

Después de la primera taza, puede mantener los ojos abiertos y hablar un poco mejor. No será necesario llamar a emergencias, como me temía. Al menos, no esta noche.

Alrededor de una hora más tarde, cuando está durmiendo en la cama y estoy seguro de que no vomitará ni se ahogará con su propio vómito, salgo al pequeño patio trasero. Dos grandes cedros marcan las dos esquinas traseras del terreno; la estúpida gata seguro que se habrá subido a uno de esos árboles.

—¡Ven aquí, gatito! —llamo en voz baja, consciente de que es tarde y de que los vecinos deben estar durmiendo. Esos canallas se acuestan cuando se pone el sol—. Vamos, Mitzy, no me toques los huevos esta noche. ¡Ven aquí, gatito, gatito!

No me rindo con facilidad; sé lo mucho que María quiere a esa pequeña y astuta gata atigrada plateada. Pero al final me doy por vencido. Regreso dentro, cierro la puerta del patio con llave y saco la lasaña del horno. Demasiado cansado para llevarla a la mesa, como un poco de pie junto a la cocina, pinchándola con el tenedor con rabia, como si me hubiera agraviado.

Más tarde, cuando estoy casi dormido frente al televisor con los pies sobre la mesa de centro, Mitzy salta a mi regazo y me da un susto de muerte.

—Cabrona —refunfuño, y luego me acomodo con la gata ronroneando en mi regazo—. ¿Dónde te habías metido, cretina?

El gato maúlla, pero mis pensamientos regresan a Paul Davis. Durante un rato, no consigo entender por qué lo odio tanto. ¿Es por su poder? ¿Por su cara de satisfacción? ¿Por el hecho de que podría destrozarme mi vida por el bien de los índices de audiencia?

Entonces lo comprendo.

Y sé, por primera vez en mi vida, que no puedo hacer nada para detener al hombre que me tiene en sus manos. No puedo usar la fuerza, intimidar, disparar o hablar para salir de esta. Y eso es peor que el miedo: es saber que estoy a merced de otra persona.

AMANDA DAVIS

—¡Mamá!

La voz irritada de Tristan va acompañada de los retorcimientos de su delgado cuerpo. Está ansioso por escapar de mi abrazo. A regañadientes, lo dejo ir, y él se acomoda en el asiento del copiloto, rojo como un tomate. En el asiento trasero, el mejor amigo de mi hijo, Dylan, mira su teléfono, fingiendo —o logrando— no darse cuenta de nada. Su cara pecosa está toda arrugada, sus dedos bailan sobre la pantalla y se oyen pitidos amortiguados procedentes del móvil a medida que suma puntos en el juego al que sea que esté jugando. Mientras tanto, mi hijo mira al frente a través del parabrisas, probablemente todavía avergonzado por que su madre lo haya abrazado delante del colegio, donde todo el mundo puede verlo.

Sonríó mientras cambio de marcha, parpadeando para disimular las lágrimas. Hoy me he tomado medio día libre, solo para estar aquí con él. Hoy he echado de menos a Tristan más que nunca, y no puedo decírselo. Me miraría con esa expresión de «¿Estás loca?» e inclinaría la cabeza.

El avance es lento, la velocidad habitual de la hora punta de recoger a los niños por la tarde. Tardo unos diez minutos en llegar al semáforo e incorporarme al tráfico fluido.

—¿Te vienes a casa, Dylan?

—No, mamá —responde Tristan, aún con un ligero tono de irritación en la voz—. Te lo dije. Hoy vamos a casa de Dylan. Es viernes.

—Ah, cierto.

—Siempre haces lo mismo —me acusa con voz severa.

—¿Qué es lo que hago, cariño?

—Olvidarte de que es viernes. Eres como Deadpool.

Sus palabras se desvanecen, perdidas en el laberinto de mis pensamientos acelerados.

Viernes. No parece real, como si los días laborables hubieran perdido todo su significado desde anoche. Para mí, el tiempo se ha detenido, pero al mismo tiempo avanza a una velocidad vertiginosa.

A una parte de mí le entra pánico al pensar en que pasaré dos días sola con mi marido, encerrados en casa con nuestros pensamientos y el terrible secreto que compartimos. Pero quizá sea mejor que Tristan duerma en casa de Dylan. Paul y yo tenemos que hablar en cuanto regrese del trabajo.

Cuando llegamos a casa de Dylan, Tristan abre la puerta antes de que el coche se detenga por completo. No digo nada, solo sonrío y le revuelvo el pelo con rapidez antes de que pueda alejarse.

—¡Pasadlo bien! —les digo, pero dudo que ninguno de los dos me oiga.

Entonces me quedo sola y conduzco hacia casa en un pesado silencio. Sin música, sin radio... Solo mi respiración superficial y agitada mientras recuerdo cosas que me persiguen. El cuerpo delgado y frágil a mis pies, tendido en un charco de sangre en Malibu Canyon Road, iluminado por los lejanos relámpagos y los tonos rojos de las luces traseras de nuestro coche. La paciente de hoy, la que tenía un quiste ovárico roto y que, en mi cabeza, se parecía mucho a Marisol.

Llegar a casa es una secuencia de acciones familiares que realizo de forma automática, pero de manera diferente, según lo dicta mi nueva realidad. Abrir la puerta del garaje. Entrar deprisa en el garaje, después de asegurarme de que no hay nadie que pueda echar un vistazo al Cadillac dañado aparcado en el interior. Correr a cerrar la puerta del garaje. Respirar aliviada cuando la puerta se cierra con un golpe y la luz amarillenta del techo me envuelve.

Una vez dentro del salón, me quito los zapatos y me dejo caer en el sofá, demasiado agotada para quitarme la ropa del hospital. Con la comodidad de la soledad, mi fachada se derrumba. Mi pecho se hincha y dejo escapar un llanto desgarrador. Entierro el rostro entre las manos, rindiéndome al dolor, al miedo y al sufrimiento que me consumen. Y, durante un rato, pierdo la noción del tiempo.

Cuando me despierto sobresaltada, fuera está todo oscuro. Las lágrimas se han secado en mi rostro, y la mancha apenas se ve en los cojines del sofá bajo la tenue luz de la lámpara de lectura. Me enderezo, ansiosa por dejarlo todo atrás. Es casi medianoche. He dormido varias horas.

«Contrólate», me digo a mí misma un momento después, frotándome los ojos con las manos, y me pongo de pie. Necesito una ducha, para limpiar mi mente de los horrores del día y de la noche anterior. Para al menos intentarlo.

Un rumor lejano me hace detenerme en seco. Cierro los ojos y aprieto los labios con fuerza, conteniendo mis emociones. La ducha tendrá que esperar.

Ha llegado Paul.

Oigo las ruedas de su coche chirriando en el suelo del garaje, y luego el rumor vuelve a empezar cuando se cierra la puerta. Con un suspiro, tiro de una silla y me siento a la mesa del comedor, girándome un poco hacia la puerta por la que está a punto de entrar.

Aun así, cuando se abre la puerta, me sobresalto, como si en esos pocos segundos que han pasado desde que ha llegado, hubiera olvidado que estaba a punto de entrar.

—Hola, cariño —me saluda con una sonrisa.

Su rostro está sereno, relajado, y la sonrisa le llega a los ojos. Resulta inquietante ver que tiene el mismo aspecto de siempre, como si nada hubiera pasado. Como si fuera un viernes cualquiera.

Me quedo mirándolo, incapaz de hablar.

—¿Dónde está Tristan? —pregunta, aflojándose la corbata y buscando a nuestro hijo con la mirada.

—En casa de Dylan. Se queda a dormir allí.

—Ah.

La sonrisa de sus labios se marchita y se desvanece. Su compostura se transforma enseguida en una expresión de agonía. Camina despacio hacia el sofá y se deja caer sobre los cojines, justo donde yo estaba sentada hace unos momentos. Sus manos se cruzan y descruzan sin descanso. Tiene la cabeza gacha, los hombros encorvados hacia delante y pesados.

Nunca lo había visto tan derrotado y asustado.

Mientras tanto, yo no siento más que rabia. Se eleva como el fuego, ardiente y aguda, arañándose la garganta y quemándose detrás de los ojos. Aprieto los puños con tanta fuerza que siento cómo las uñas se me clavan en las palmas de las manos, pero el dolor no es nada comparado con lo que bulle dentro de mí. Quiero gritar. Romper algo. Desgarrar el universo con mis propias manos por permitir que lo de anoche sucediera tal y como sucedió.

Cuando se gira hacia mí, sus ojos están vacíos y atormentados.

—Escucha, lo siento...

—¡Ni se te ocurra! —le espeto, poniéndome de pie de un salto, y camino enfadada hacia él—. Te pregunté si estabas lo bastante sobrio para conducir. Te di todas las oportunidades antes... —Me detengo cuando estoy a punto de decir cosas que no puedo retirar. Cosas que nunca deberían decirse—. Te di todas las oportunidades —digo al fin. El brillo de las lágrimas en sus ojos alimenta mi ira—. Dijiste que estabas bien. Me hiciste callar, aunque te habías pasado la noche bebiendo y yo no había tomado más que agua con gas. Jadeando, me detengo justo delante de él, con las manos en las caderas. No puedo respirar; siento que me ahogo, que me atraganto con mis propias palabras, con mis propias lágrimas—. Tu terquedad será el fin de esta familia.

Me alejo, dándole la espalda. No puedo mirarlo ahora mismo.

—No es *mi* terquedad —lo oigo decir con calma. El tono grave de su voz me produce un escalofrío. Me doy la vuelta para mirarlo.

Su debilidad anterior ha desaparecido. La mirada en sus ojos es ahora desafiante, penetrante y despiadada.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto en un susurro.

—Todo el mundo sabe lo mucho que te quiero, mi adorable Amanda —dice, recostándose en el respaldo y cruzando las piernas. Sus manos descansan relajadas en su regazo por un momento, y luego levanta los brazos despacio, para entrelazar las manos detrás de la cabeza—. Cometiste un error... Bebiste demasiado y atropellaste a alguien. Te rogué que llamaras a la policía, pero...

El grito que sale de mi pecho me resulta extraño, primitivo, como el grito de muerte de un animal herido.

—¡Mentiroso hijo de puta! —digo cuando consigo articular palabras de nuevo—. No te atreverías.

Se levanta y se acerca a mí, con sus ojos azules fríos como el hielo y clavados en los míos.

—Ya lo verás —replica, pasando el dorso de sus dedos por mi mejilla.

—No, no, hay un vídeo que muestra que te pusiste al volante anoche... —digo, negando con la cabeza, incrédula.

Él no se inmuta.

—¿Estás segura? Lo había, pero... —Sus palabras se desvanecen mientras se encoge de hombros—. A veces las cosas se pierden. Se extravían.

No puedo respirar. Mareada y con sensación de desmayo, retrocedo hacia la mesa del comedor y me apoyo en ella. Intento pensar, pero no puedo, mis pensamientos son una mezcla confusa de pánico, miedo y rabia.

—Todo el mundo entenderá que no pude entregar al amor de mi vida, mi hermosa mujer, que, como todos recuerdan de la fiesta de Navidad del año pasado en la cadena, tiene un pequeño problema con la bebida.

—Maldito seas, Paul.

Él se ríe en voz baja.

—Esto demuestra que te podría haber pasado lo mismo, cariño, nada más. No te cargaré el muerto, aunque podría.

Lo miro fijamente, sabiendo que no puedo confiar en una sola palabra de lo que sale de su boca.

—Entonces, ¿qué quieres?

Su actitud cambia de nuevo. Mete las manos en los bolsillos y encoge un poco los hombros.

—Ayúdame a salir de este lío.

Respiro, sintiendo alivio muy a mi pesar. He sido una idiota. Alquilé el otro Cadillac a mi nombre. Con mi tarjeta de crédito. Lo encubrí cuando debería haber llamado a la policía. Le mentí a ese agente, lavé la ropa empapada de sangre y destruí pruebas. Todos los actos típicos de una persona culpable.

Ay, Dios.

Hago un esfuerzo sobrehumano por recomponerme.

—En mi trabajo, trato con familias en crisis —empiezo a decir, y luego me detengo, sin saber muy bien a dónde quiero llegar.

—¿Cómo lo superan?

—Día a día —susurro, deseando estar sola con mis pensamientos, para ganar algo de tiempo—. Así que... vivamos el día a día. Descansemos un poco, tomemos decisiones con la mente despejada.

Se apoya contra la pared para quitarse los zapatos. Uno de ellos golpea el suelo con un ruido fuerte y yo me estremezco. Luego, el otro. Paul se acerca a mí y yo lucho contra el impulso de alejarme, de correr.

—Mañana pensaremos cómo salir de este marrón. —Me paso la mano por el pelo y noto lo mucho que me tiemblan los dedos—. En realidad, piénsalo tú, Paul —añado con amargura—. Es tu marrón.

Un destello de ira se refleja en sus ojos. Se acerca, dejando la

chaqueta tirada en el lateral del sofá.

—¿Ya volvemos a las andadas? —pregunta, enfadado.

—Sabes que necesitas un abogado y entregarte —replico, negándome obstinadamente a aceptar con quién estoy tratando.

Una sonrisa torcida se dibuja en sus labios.

—Te encantaría, ¿verdad? —Da un paso más hacia mí y me pone las manos sobre los hombros mientras me mira desde arriba. Siento su peso inmovilizándome, apretándome cada vez más fuerte—. Estamos juntos en esto, o llamaré a la policía para denunciarte, querida. Creía que ya lo habías entendido, pero parece que no, así que te lo voy a explicar con detalle.

—¡Piensa en Tristan, Paul! ¡No puedes hacerle esto! —Las lágrimas brotan de mis ojos y me ahogan.

—Yo pienso en Tristan, ¿y tú? ¿Quieres que crezca con sus padres en la cárcel, siendo el hazmerreír de toda la comunidad? ¿Solo porque quieres hacer lo correcto, según un puto código moral retorcido e intrascendente que consideras más valioso que nuestra vida juntos?

Lo miro sin palabras, con la garganta seca como el pergamino y el estómago revuelto. No tengo escapatoria. Estoy atrapada en sus mentiras, soy la única testigo de su crimen. Una conveniente cabeza de turco y un cabo suelto al mismo tiempo. En el momento en el que levanté un dedo para ayudarlo, sellé mi propio destino.

Nada escapa a su frío escrutinio. Es como si pudiera leerme el pensamiento.

—Exacto —dice—. Me alegro de que nos entendamos. —Me suelta y se aleja hacia las escaleras—. No volveremos a tener esta conversación. Nunca más. —Sube unos escalones y luego me mira por encima del hombro—. Al menos, si quieres ver crecer a tu hijo.

PAUL DAVIS

«Hay que joderse», mascullo, levantándome enseguida para buscar un pañuelo mientras la mancha de café se filtra a través de la tela de mis pantalones, cálida y pegajosa contra mi ingle. Doy palmaditas en la mancha, pero sigue siendo muy visible. Menuda forma de empezar el lunes.

Con un largo suspiro cargado de juramentos susurrados, vuelvo a sentarme a la mesa de café de Ray mientras él se ríe sin parar.

—¿En serio? —pregunto, frustrado por lo mucho que le divierte mi momento de torpeza.

—Venga, como si no tuvieras al menos diez trajes en tu camerino, pagados por la cadena, y un servicio de tintorería a tu entera disposición. Me da risa verte ahí parado, dándote palmadas en la polla como si te hubiera hecho algo malo.

Su risa es contagiosa, pero solo consigo esbozar una sonrisa incómoda y forzada y soltar un suspiro cargado de significado. Él le quita importancia a mi frustración con un gesto de la mano y deja de reír.

—¿Por dónde íbamos?

—Decías que Amanda y yo...

—Ah, sí. Necesito que los dos estéis disponibles hasta que se cierre el acuerdo de adquisición. Eres uno de los mayores activos de Golden State, y tu hermosa mujer ahora forma parte de tu marca. Si la gente del Canal 8 quiere conocerte o que hables con su junta directiva, necesito saber que puedes hacerlo, aunque te avisen con muy poca antelación.

Me inclino hacia delante, sobre todo para ocultar la mancha de mis pantalones, y miro a Ray a los ojos.

—Estaremos listos cuando nos necesites. Sé lo importante que es esta fusión para ti. Sabes lo mucho que deseo que se lleve a cabo. Tengo mucho en juego en esto.

Y más vale que la agenda de Amanda no se interponga.

Él extiende la mano y nos damos un apretón de manos sobre la mesa, ambos sonriendo como si acabáramos de firmar un acuerdo importante. Cuando salgo de su oficina, me dice:

—Saluda a Amanda de mi parte.

Asiento y sonrío, y en cuanto la puerta se cierra detrás de mí, dejo de rechinar los dientes y exhalo un largo suspiro.

—Me cago en todo —refunfuño, dirigiéndome hacia los ascensores. ¿Cómo puñetas voy a conseguir que Amanda me siga la corriente? Ni siquiera estoy seguro de que vaya a mantenerme fuera de la cárcel.

No he dormido bien desde que ocurrió el accidente, no he comido mucho y la gente está empezando a darse cuenta. Esa zorra entrometida, Latesha, me ha dicho hoy que parezco un gato callejero, un poco sarnoso. No puedo permitirme ese tipo de problemas en mi vida, y menos aún en el trabajo.

Supongo que estoy aprendiendo lo que es la ansiedad..., un estado paralizante de miedo continuo, tan intenso que me revuelve las tripas y me dan ganas de gritar. Desde la pelea del viernes por la noche con mi mujer, no he dejado de pensar en sus amiguetes, los policías que conoce del hospital. ¿A quién van a creer? ¿A mí? ¿O a ella? Después de tantos años trabajando juntos, es casi como uno de ellos. Les ha curado las heridas de bala, ha consolado a sus familias y cuidado de sus compañeros heridos. Ella es su familia, y todo eso mientras ha dejado de querer ser la mía.

¿Quién dice que no está hablando por teléfono con uno de esos polis en este momento, contándole todo lo que ocurrió anoche?

No estoy seguro de que se creyera lo que le dije ayer, que las grabaciones del local han desaparecido. No es cierto. No voy a llamar la atención sin motivo regresando allí para husmear. Pero parecía lo bastante asustada por mi amenaza como para pensárselo dos veces antes de hacer alguna estupidez. Sabe que haría exactamente lo que dije... Si tengo que elegir entre ella y yo, no puedo permitirme ser un caballero.

Pero le enviaré flores a la prisión estatal. Y, si tiene buena acogida en las redes sociales, ni siquiera me divorciaré de ella. Eso es lo mínimo que puedo hacer por mi querida mujer.

Curiosamente, la idea de culpar a Amanda de todo no disipa mis miedos. Los aviva. No es realista esperar que pueda librarme

echándole la culpa del accidente a ella. La gente me vio bebiendo en la gala. Me vieron ponerme al volante de mi coche. Convencerlos de que no fue así no funcionaría. Pero podría mantener a Amanda callada durante un tiempo.

Hasta que pueda salir de este maldito lío.

Para cuando entro en la sala de redacción, ya me he olvidado de la mancha de café. Cuando me siento en mi silla, la tela fría y húmeda me sirve como un desagradable recordatorio. Por suerte, tengo tiempo suficiente para cambiarme de traje antes de salir en directo esta noche.

Aidan se acerca corriendo, con un portapapeles en la mano y una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Dónde has estado? Tenemos que hablar...

Lo miro fijamente, lo suficiente para recordarle cuál es su lugar en la jerarquía. Él no puede preguntarme dónde he estado.

—Tráeme un café con extra de crema.

Le lleva menos de un minuto cumplir con la orden, pero es suficiente para que yo organice mis pensamientos y decida un plan de acción. No puedo permitirme sentarme y esperar a que suceda algo. Ese no es mi estilo. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

Cojo el vaso de papel caliente de su mano y le doy un sorbo. Está justo como me gusta. Asiento con la cabeza y él sonríe. Luego, señalo la silla frente a la mía. Aidan se sienta, con el portapapeles apoyado en el regazo y el bolígrafo en la mano.

—¿A quién tenemos en *La pregunta final* el mes que viene? ¿O es que nos hemos dormido en los laureles? Aún no he visto ningún nombre. Quiero la lista de candidatos. Necesitamos que los índices de audiencia suban antes de que la junta vote la fusión.

—Claro. —Un poco nervioso, Aidan hojea la pila de folios sujetos con el portapapeles—. Tenemos a un dentista que...

—No. —Hago un gesto con la mano para que siga adelante. ¿Qué coño voy a hacer con un dentista?

—Una peluquera canina, pero escucha esto. Fue a...

—No.

La sonrisa se desvanece de sus labios y la preocupación se refleja en la mirada que me lanza.

—Una empleada doméstica pillada probándose la lencería de su jefa y posando con ella en OnlyFans. Podría estar bien...

Finjo un bostezo y él sigue adelante, pasando otra página.

—Un abogado que...

—¿De derecho penal? —pregunto, curioso.

—Sí, Larry Chapelle es litigante. Pero es un sinvergüenza. —Vacila un instante, inquieto—. Creo. —Mira al techo mientras yo lo fulmino con la mirada—. No, estoy seguro. De verdad.

Extiendo la mano con impaciencia.

—Déjame ver.

Separa un folio cubierto de notas garabateadas y yo se lo arrebato de la mano, todavía impaciente. Tiene un estilo completamente desorganizado. Necesitaré un GPS para seguir su línea de pensamiento a través de todo este desorden garabateado. Aun así, me sirve, porque los únicos datos que suelo necesitar siempre están escritos en letras mayúsculas y subrayados o rodeados con un círculo furioso.

Es posible que, esta vez, tenga que leer todas las notas de Aidan.

—¿Ya has investigado a este tal Chapelle? —Doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo. Me sirve. Es justo lo que necesitaba.

—Casi. —Aidan se mueve en su asiento y aparta la mirada de la mía—. Necesito corroboración. Todavía no he conseguido que nadie hable.

Gruño. ¿Por qué es tan difícil que la gente haga bien su trabajo?

—De acuerdo, seguiremos adelante con este abogado. Ponte manos a la obra. Pero déjame ver la investigación completa antes de proponerle venir al programa. —Me levanto y tiro el vaso del café a la basura—. Encuéntrame cada detalle sórdido que haya pasado por la mente de ese hombre desde que nació. Quiero que lllore en directo, ¿vale? Quiero destruirlo.

Carly Crown, mi productora y antigua copresentadora, levanta la vista de la pantalla y me lanza una mirada inquisitiva, que decido ignorar.

—¿A dónde vas? —pregunta Aidan, poniéndose de pie de un salto.

Le lanzo una mirada de reojo que lo silencia. Entonces cambio de opinión.

—A comer, aunque ya sea tarde. Llámame si me necesitas.

Al otro lado de la sala, Carly sigue mirándome, intrigada. Una sonrisa pícaro se dibuja en sus labios. Me conoce demasiado bien.

Salgo de la sala de redacción bajo la mirada atónita de Aidan. Seguro que no esperaba que le dijera a dónde iba. No soy precisamente famoso por ser un tipo agradable. Tener éxito y ser

agradable no son caminos que vayan de la mano, y yo elegí el mío hace mucho tiempo.

Pero ahora las cosas son diferentes. Necesito amigos. Gente que responda por mí, que me considere parte de su familia, como los amigos policías de Amanda la consideran a ella.

Maldita sea esa mujer y el día en que me casé con ella.

Estoy a punto de llegar a mi camerino cuando la risa de Latesha me saca de mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado? ¿Has tenido un pequeño accidente? —pregunta, riéndose a carcajadas en medio del pasillo, lo bastante fuerte como para llamar la atención de unas cuantas personas—. ¿No has podido aguantar hasta llegar al baño de chicos?

Frunzo el ceño y la miro furioso.

—¿Cómo? —No tengo ni idea de a qué se refiere, hasta que veo su uña acrílica morada apuntando a mi entrepierna.

Mierda.

Me acerco a ella y la miro fijamente. Ella ni se inmuta. Entonces sonrío, tranquilo, con una amenaza de muerte tácita en mis ojos. Sus pupilas se dilatan ligeramente.

—No te ganes mi enemistad, Latesha —le digo en voz baja—. Te convengo mucho más como amigo.

AL JAZINSKI

Es un lunes infernal.

María tuvo un ataque anoche y tuve que llamar a una ambulancia. EL TAC cerebral reveló una microhemorragia, así la llamaron. Me preguntaron si sabía si se había caído o desmayado alguna vez. Mentí como un profesional, como alguien que sabe cómo se miente bien. Al menos ayer estuve en casa todo el día y sé que no bebió ni una gota.

Pero ¿un ataque? Está mucho peor de lo que pensaba.

Y Gabriela no responde a mis llamadas. La excelentísima señora alcaldesa de Los Ángeles está demasiado ocupada para charlar un rato sobre su sobrina o el circo televisivo del viernes por la noche. Pero tenemos que contener esto. María necesita un tratamiento de rehabilitación por consumo de alcohol, así de simple. Esos médicos no son tontos; pronto se darán cuenta de su problema con la bebida. Entonces quedará en su expediente para siempre. Ya es suficiente con que los de la televisión sepan que bebe y se estén preparando para utilizarlo en mi contra. Cabrones.

Ahora tengo los ojos clavados en el expediente que mi jefe ha dejado en mi mesa como si fuera la basura de la semana pasada. Los asesinatos se acumulan en esta ciudad más rápido de lo que podemos archivarlos. Pero no, después de esa entrevista, el jefe está actuando con cautela, quiere ir sobre seguro hasta que averigüe de qué lado sopla el viento.

Abro el expediente y miro el informe con ira: un atropello con abandono del lugar del accidente.

Perry Eckhart se acerca con aire despreocupado, luciendo una sonrisa de lunes por la mañana en la cara como solo un treintañero puede hacerlo. Está devorando un *muffin* como si fuera su última comida, y va esparciendo migas por mi escritorio.

—¿Qué tenemos? —pregunta con la boca llena.

—Atropello con abandono del lugar del accidente —respondo en

tono seco.

—¿En serio? —Da otro bocado, tratando de ocultar su decepción —. ¿Cuántos muertos?

—Ninguno. Una furgoneta embistió a un turismo y envió a dos personas al hospital. Lesiones leves, pero una es una niña.

Mi compañero se inclina hacia mí, sin dejar de masticar como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Qué pasa? ¿Hemos cabreado a los jefes? ¿Qué buscan?

—Ni idea —miento, agitando la mano para que deje de preguntar —. Los de Tráfico deben estar hasta el cuello —añado, sin estar dispuesto a profundizar en el porqué con él. Es demasiado novato, siempre dispuesto a hablar antes de pensar. El chico imita a Liam Neeson cada vez que puede, así que trabajar en un caso de tráfico debe estar matándolo por dentro. Además, se parece un poco a Neeson.

Pero me sorprende. Coge el expediente y se le iluminan los ojos como si fuera Navidad.

—Averigüemos por qué ese camionero tenía tanta prisa. Apuesto a que hay una historia detrás.

—Se ha emitido un aviso de búsqueda —le digo, señalando el informe—. Tenemos su matrícula gracias a la cámara del semáforo. Ya han enviado una unidad a detenerlo. No ha aparecido por el trabajo y no contesta en su casa.

Perry se desanima un poco. Se desabrocha la chaqueta, desinflándose como un globo. Liam Neeson se ha esfumado.

—Entonces, ¿qué nos toca hacer en realidad?

Señalo una pila de expedientes de casos sin resolver, al menos diez.

—Ahí lo tienes: asesinatos sin resolver del año pasado. Míratelos y elige.

Revisa la pila y murmura de vez en cuando. Me doy cuenta de que reconoce algunos casos de las noticias, seguro que está fijándose en los que tuvieron más cobertura mediática. Elegirá uno y soñará despierto con su momento de gloria.

Mientras tanto, yo daría cualquier cosa por olvidar mi aparición en televisión el viernes por la noche. Y la forma en que ese hijo de puta de Paul Davis me miró.

Sé que ese cabrón va a venir a por mí. Lo que no sé es cuándo. Ni cómo.

AMANDA DAVIS

Tardo un par de horas en darme cuenta de por qué me siento tan llena de energía en el servicio de urgencias. Más de lo que me sentí en casa durante el fin de semana, donde andaba con pies de plomo alrededor de Paul, temiendo los largos y tensos silencios entre nosotros. Temiendo sus palabras.

Es porque él no está aquí.

Puedo respirar libre, sin sentir que me ahogo bajo la presión de sus amenazas. Puedo pensar con rapidez y actuar con celeridad, sin miedo, sabiendo que lo que hago es lo correcto para todos los demás. Sin Paul aquí, puedo volver a ser yo misma, aunque solo sea por unas horas. Es revitalizante.

Como parte de mi rutina de los lunes por la mañana, termino de reponer los carros de paradas, agradecida por que haya sido un día tranquilo hasta ahora y por poder hacerlo con rapidez. De camino a la sala de descanso, me encuentro con Sunny. Me coge del brazo y sonrío.

—Vamos a darnos un chute de cafeína, guapa. —Se ríe—. ¿Puedes conectarme a la máquina de café? Lo necesito desesperadamente. Estuve toda la noche de juerga con unos amigos y no puedo con mi alma.

«Ay, ser joven. Y soltera», pienso de forma automática. Casi se me escapa decirle que no se case nunca.

—Claro —respondo, en cambio—. ¡Un litro de cafeína intravenosa, vía grande, en marcha!

El doctor Grant está sentado en uno de los sillones de la sala de descanso, leyendo una revista. Un gran vaso de café descansa sobre la mesa frente a él. Sonríe cuando entramos.

—¿Os apetece tomar un café conmigo?

La pregunta parece dirigirse a las dos, pero sus ojos están fijos en los míos.

Sunny me aprieta el brazo discretamente y sonríe.

—Por supuesto —responde, mientras yo me ocupo de la máquina, tratando de ocultar el rubor de mis mejillas. Un momento después, Sunny me coge de las manos su vaso lleno hasta el borde y me lanza una larga y significativa mirada.

—Gracias... —dice—. ¡Ostras! Se me ha olvidado llamar a mi madre.

Entonces desaparece. La puerta se cierra detrás de ella y me quedo sola con el doctor Grant, el médico adjunto a cargo de mis pacientes. Estoy tentada de irme, pero, al mismo tiempo, ¿por qué iba a hacerlo? Trabajamos juntos y no puedo permitirme que se cree un ambiente incómodo. Él no ha hecho nada. Solo está ahí sentado, leyendo...

No, ya no está leyendo. Me observa con esa mirada clínica que a veces dirige a sus pacientes. Me quedo paralizada y desvío poco a poco los ojos, esperando que todo sea producto de mi imaginación. Esperando que no pueda leerme la mente en este momento.

—Sé que estás casada con esa estrella mediática —dice finalmente, levantándose y dejando el último número de *Harvard Health* sobre la mesa—. Pero parece un capullo.

El comentario me sorprende.

—¿Por qué dices eso?

—No te veo sonreír mucho. Tienes una sonrisa preciosa, y casi nunca la veo.

Aparto la mirada hacia la puerta mientras él se acerca y se apoya con naturalidad en la encimera, a menos de dos metros de distancia.

—¿Aquí? —replico débilmente. No es la primera vez que me sorprende lo perspicaz que es—. ¿Qué razones hay aquí para sonreír, con todo este sufrimiento?

Él asiente en silencio y, durante un rato, nos quedamos callados. Miro mi café, confundida por los pensamientos contradictorios que se arremolinan en mi cabeza. En el pasillo, fuera de la puerta de la sala de descanso, la gente va y viene sin mirarnos.

—Come conmigo hoy —me propone.

Sonrío y lo miro un momento antes de bajar la mirada.

—Es una idea pésima... Otro tópico que acabará en desastre. —Y, sin embargo, me siento peligrosamente tentada.

Su sonrisa dibuja hoyuelos en sus mejillas.

—¿Qué tópico sería? ¿El médico que sale con la enfermera?

Nuestras miradas se cruzan durante un breve y significativo instante.

—No... La mujer que engaña a su marido con su jefe.

—Ah..., ese —responde, frunciendo el ceño en broma—. ¿Cenamos, entonces?

El sonido de la ambulancia interrumpe mi intento de encontrar las palabras adecuadas para rechazar la invitación. Nuestros vasos de café acaban en la basura mientras salimos corriendo de la sala de descanso en dirección a la entrada. Las puertas dobles se abren cuando los técnicos de emergencias sanitarias irrumpen empujando una camilla. Las ruedas traquetean bajo el peso del paciente, un hombre corpulento que se retuerce y jadea en busca de aire, a pesar de la mascarilla que le sujeta un técnico.

—¡Varón, cuarenta y tantos, hallado inconsciente en la vía pública! —grita una de los técnicos—. Presenta neumotórax; sospecha de fracturas costales. Murmullo vesicular unilateral.

—¡Box de trauma dos! —grita la enfermera de recepción.

—¿Tensión arterial? —pregunta el doctor Grant. Puedo sentir su frustración. La técnica debería haberlo mencionado. Es joven, no la he visto antes. Será novata.

—80/50, frecuencia cardíaca ciento cuarenta —contesta. El sudor le resbala por la frente debido a la prisa y su voz está entrecortada—. Saturación de oxígeno baja.

—¿Y cómo de baja? —pregunta el doctor Grant, y luego cuenta hasta tres para transferir al paciente a la camilla de traumatología.

—Ochenta y dos por ciento —respondo, tomando la lectura del monitor al que ya he conectado al paciente.

El hombre tiene el rostro pálido, su respiración es superficial y dificultosa, y un tono azul cianótico se extiende por sus labios.

Veo que el doctor Grant aprieta los dientes.

—Drenaje torácico —ordena, con el estetoscopio apoyado con firmeza en el pecho del hombre—. Murmullo vesicular unilateral en el lado izquierdo —ratifica, con voz firme a pesar de la tensión—. Desviación de la tráquea hacia la derecha.

Voy a coger un kit estéril del cajón mientras Sunny prepara el costado del paciente limpiándolo con clorhexidina.

—Neumotórax a tensión —murmura el doctor Grant, mirándome a los ojos—. Descompresión con aguja, ya.

Mis manos se mueven con precisión experta. Cojo la aguja de

gran calibre y la coloco sobre la tercera costilla. Los ojos del hombre se abren un momento, vidriosos por la confusión, antes de volver a cerrarse.

—Allá vamos —susurro, insertando la aguja, y enseguida siento la brusca salida de aire. Se escapa un silbido y el pecho del hombre se hunde ligeramente al disminuir la presión.

—La tensión arterial está subiendo —anuncia Sunny, con un tono de alivio en la voz, mientras el pitido del monitor se estabiliza.

Miro la cara del hombre. Sigue pálido, con los labios azulados, y el color apenas mejora. La descompresión con la aguja nos ha dado unos momentos preciosos, pero hay que ponerle el tubo torácico rápido. El doctor Grant ya se está moviendo, con la mirada fija y concentrada.

—Tubo torácico, Amanda, vamos.

—En ello —respondo, con la urgencia latiendo en mis venas mientras busco el tubo.

El bisturí del doctor Grant practica la incisión mientras yo rasgo el envoltorio estéril y le entrego el tubo.

—Ya está —anuncia tras un momento, echando un vistazo rápido y tenso al monitor. Las constantes del paciente están mejorando—. Muy bien, traed el equipo portátil de rayos X. Vamos a ver qué ha causado esto.

Pero me temo que ya sé la respuesta. En cuanto veo la fractura de esternón y las costillas rotas, sé que he acertado. He visto heridas como las de este hombre en demasiadas ocasiones. Es lo que ocurre cuando un conductor no lleva el cinturón de seguridad y tiene un accidente. El volante causa exactamente este tipo de lesiones al golpear el pecho de una persona.

—¿Llamamos a la policía? —pregunta Sunny.

—¿Por qué vamos a llamarlos? —inquiero, aunque un escalofrío me recorre la espalda.

—Este paciente encaja con la nueva orden de búsqueda que acaba de llegar.

Me quedo paralizada. Mis manos se quedan suspendidas en el aire sobre el pecho desnudo del hombre.

—¿Qué nueva orden de búsqueda?

AMANDA DAVIS

«Voy a vomitar».

Esa idea me pasa por la cabeza mientras me dirijo a la sala de descanso, donde cuelgan las órdenes de búsqueda, lejos de la vista de los pacientes y sus familiares. Acabo de estar allí, pero no la he visto. No he prestado atención a nada más que a la invitación del doctor Grant para comer, y luego para cenar.

Pero ahí está, clavada en el corcho con una chincheta roja. La visión se me nubla mientras el pánico se apodera de mi cuerpo. Mis ojos se clavan en las palabras «ATROPELLO CON FUGA», pero las letras bailan frenéticamente ante mis ojos. Necesito toda mi fuerza de voluntad para seguir leyendo más allá de ese punto. Incluso cuando consigo leer las palabras, su significado se me escapa por un momento.

Furgoneta roja. Turismo gris. Dos personas en el hospital.

Respiro hondo mientras asimilo el significado.

No somos nosotros. La orden de búsqueda no es sobre nosotros.

Sunny me alcanza. Dos pasos detrás de ella, los ojos preocupados del doctor Grant se encuentran con los míos. He aprendido a temer su perturbador escrutinio.

—¿Qué pasa, Amanda? —pregunta con voz amable. Tiene el ceño ligeramente fruncido y las manos hundidas en los bolsillos.

—Ya sabes lo que pienso sobre esto —digo, señalando la orden de búsqueda—. Siempre lo he dicho. No tenemos derecho a llamar a la policía para denunciar a las personas que vienen aquí en busca de ayuda.

Respiro con dificultad, mi pecho se agita bajo las fuertes emociones que siento: alivio, miedo, vergüenza.

¿Así va a ser mi vida a partir de ahora? ¿Sintiendo un nudo en el estómago cada vez que la policía de Los Ángeles envíe una orden de búsqueda por atropello con fuga? ¿Temblando, sudando y temiendo

por mi futuro cada día, aterrorizada por perder a Tristan?
¿Mintiendo a todos los que me rodean?

—No, no tenemos derecho —responde el doctor Grant en voz baja y preocupada—. Pero tenemos la obligación legal de hacerlo, por muy desafortunada que sea.

Sunny me mira primero a mí y luego al doctor Grant, con ojos curiosos e inquietos. Solo quiero que todo esto desaparezca.

—Es lo que impide que la gente reciba la ayuda que necesita —susurro, bajando la mirada al suelo para ocultar las emociones encontradas que amenazan con llenarme los ojos de lágrimas—. Por eso este hombre prefirió arriesgarse a morir en la calle en lugar de venir aquí después de tener el accidente.

—No digo que esté bien —dice el doctor Grant, alargando el brazo para cogerme la mano.

Me aparto de él, sobre todo porque todavía llevo puestos los guantes. Despacio, me los quito y los tiro a la papelera, preguntándome por qué hago todo lo que hago cuando él está involucrado. No debería haber salido del box de traumatología sin tirar los guantes; es el procedimiento. Y lo he incumplido.

—Estoy diciendo que tenemos que hacerlo —continúa—. Es la ley. Lo miro un instante.

—Según esta orden, es ciudadano mexicano. Puede que no esté aquí legalmente. ¿Qué le ocurrirá?

Sunny se acerca a mí y me toca el antebrazo.

—¿Recuerdas a esa niña del viernes pasado que gritaba por su papá? Este es el hombre que la puso en esa situación y que podría haberlos matado a los dos. El tipo al que no le importaba lo suficiente la vida de otro ser humano como para detenerse y ayudarlos o llamar a una ambulancia. Simplemente se marchó como el mierda que es. En mi opinión, se merece morir en la cárcel. —Me aprieta el antebrazo hasta que me giro y la miro—. Como diría mi madre, no quemes ofrendas de papel en la tumba equivocada. Deja que la policía se ocupe de él. No es nuestro problema.

Asiento en silencio.

—Voy a llamar.

—Puedo encargarme yo, si quieres —dice Sunny.

—Es mi obligación —replico en voz baja, quitando el aviso de búsqueda de la pared.

Antes de marcar el número impreso en el papel, me fijo en cómo

me mira el doctor Grant. Como si lo supiera. Como si se hubiera dado cuenta de que las palabras de Sunny me han atravesado como una navaja.

«Se merece morir en la cárcel».

Algún día descubrirán lo que he hecho.

No sé cómo sobreviviré.

PAUL DAVIS

No esperaba que la oficina de Larry Chapelle estuviera en un rascacielos del glamuroso Wilshire Boulevard. Pensaba que estaría escondida en un edificio de una sola planta algo decrepito, en la zona más decadente de Main Street, o en un centro comercial de segunda categoría, donde el hedor de la comida frita se mezcla con los aromas más sofisticados que emanan de la peluquería de al lado. Tampoco esperaba que sus oficinas fueran tan lujosas ni que su recepcionista estuviera tan guapa con su traje de minifalda roja.

Sí esperaba que su bufete fuera más bien el negocio de una sola persona, y en eso acerté. Su local tiene varias oficinas con paredes de cristal que están solo parcialmente amuebladas y vacías. El propio Chapelle está instalado en la oficina de la esquina y parece estar ocupado cuando su recepcionista llama a su puerta de cristal mate y asoma la cabeza.

—Tengo aquí a Paul Davis —dice, haciendo un gesto discreto. Un tono de emoción tiñe su voz.

—¿Quién?

—Eh, Paul Davis —repite ella, bajando la voz hasta convertirla en un susurro emocionado—. ¿El periodista?

No puedo contener una sonrisa. No estoy sobre el terreno con la frecuencia suficiente. Resulta que puede ser gratificante.

—¿Qué? Hazlo pasar —oigo decir a Chapelle. Luego le dice a alguien que lo llamará enseguida y cuelga el auricular del teléfono de su mesa.

Con una sonrisa radiante, la recepcionista me invita a entrar en la oficina de Chapelle. Él se levanta y rodea su enorme escritorio para saludarme con un apretón de manos.

—Señor Davis —dice—, ¡qué honor! Soy un gran admirador de su programa.

Su apretón de manos es fuerte y entusiasta, tal y como me gusta,

pero ahí es donde termina su atractivo. Con unos cuarenta años, tiene un aspecto pulido, quizá demasiado impecable, con su traje blanco roto y su camisa rosa claro. Su cabello, cada vez más ralo en las sienes, está teñido para ocultar las canas, y necesita otro tratamiento porque las raíces están empezando a verse. El bigote, espeso y perfectamente recortado, casi parece un accesorio, parte de una fachada construida con el máximo cuidado. Sus ojos pequeños y brillantes son agudos pero calculadores mientras me evalúa, con un leve destello depredador que sugiere que siempre está buscando un ángulo favorable, una forma de manipular las cosas a su favor.

Justo lo que esperaba.

Nos sentamos a su mesa de conferencias y voy directo al grano.

—Señor Chapelle, he oído cosas maravillosas sobre su trabajo.

Él sonríe, mostrando dos hileras de dientes blancos y un poco torcidos.

—Gracias. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Me impresionan sus esfuerzos por proteger los derechos de las personas discapacitadas en nuestra comunidad. No permite que las empresas depredadoras puedan abusar impunemente de los menos afortunados, y eso requiere ser un tipo especial de persona: un líder y un protector. Un héroe, si se me permite expresarlo así. Su reciente demanda colectiva contra los restaurantes Embers Steakhouse nos ha abierto los ojos. Ahora se lo pensarán dos veces antes de recortar gastos en accesibilidad para sillas de ruedas.

—Oh, gracias —responde, tartamudeando un poco—. Hago mi trabajo lo mejor que puedo.

El rubor de su rostro es genuino, al igual que el sudor que brota de la raíz de su cabello ralo.

—Me gustaría invitarlo a mi programa, *La pregunta final*. ¿Quizá ha oído hablar de él?

Apenas puede contener su emoción. Entrelaza las manos y sonríe de oreja a oreja.

—Por supuesto que lo conozco. ¿Quién no? —Se retuerce las manos, nervioso, y habla con entusiasmo, casi sin aliento—. Lo veo todos los viernes. —Se aclara la voz en silencio y consigue ralentizar su discurso a un nivel más profesional—. Me encantaría participar en su programa, señor Davis. Le agradezco la invitación. Solo tiene que decirme cuándo y dónde —añade, moviéndose en su asiento.

Nos damos la mano de nuevo.

—Bien —digo despacio, recostándome en el cómodo asiento de cuero y mirándolo fijamente—. Le cuento cómo será el programa.

—Ajá —responde, asintiendo con la cabeza mientras hablo.

—Lo presentaremos y hablaremos un poco sobre los últimos casos que ha ganado en defensa de los derechos de las personas discapacitadas de Los Ángeles. —Hago una pausa efectista y noto que contiene la respiración—. Luego, lo desenmascararé como el completo fraude que es, allí mismo, en directo por televisión. Puede que incluso invite a algunas de sus víctimas al programa, personas a las que ha fingido representar, personas que no tienen ni idea de que existe. Personas cuyas identidades ha utilizado en su propio beneficio.

Chapelle jadea, palidece y se queda rígido. Su mandíbula se descuelga y sus manos van hacia la garganta como si se estuviera ahogando. Por un momento, temo haber ido demasiado lejos, pero no está sufriendo un ataque al corazón. Se afloja la corbata con dedos temblorosos, mirándome conmocionado.

—Para cuando salgan los créditos, la policía lo habrá esposado.

—¿De qué, eeeh..., me está hablando? —Intenta fingir sorpresa, pero fracasa estrepitosamente.

Cruzo las piernas y pliego las manos en mi regazo, y luego lo miro en silencio por un momento, evaluando el impacto de mis palabras. Está destrozado. Sus ojos recorren la habitación como si apenas pudiera evitar salir corriendo por la puerta. Probablemente no se detendría hasta cruzar la frontera con México.

—Al principio, no sabía si dirigía una fábrica de acuerdos extrajudiciales o qué. Resulta que todo era falso, incluso las notas de los médicos que presentaba como prueba en sus expedientes para cerrar acuerdos. Podría acabar con sus intrigas ahora mismo, y con su libertad. Con una sola llamada telefónica.

Chapelle me observa con los ojos como platos y las pupilas dilatadas.

—¿Qué quiere, señor Davis? Puedo darle una parte.

Su oferta me hace reír. Meto la mano en el bolsillo, saco un billete de cinco dólares y lo tiro sobre la mesa.

—O podría representarme.

Traga saliva con dificultad. Sus dedos tiemblan mucho cuando extiende la mano y coge el billete. El miedo en sus ojos es inconfundible.

—S-sí, claro. Lo que usted quiera.

—Entonces, ¿ahora tengo el privilegio abogado-cliente? —pregunto, observando cómo se guarda el billete en el bolsillo.

—Sí, señor.

Es una pregunta ridícula. Lo sé. ¿Qué le impedirá infringir esta ley, además de todas las demás que ha pisoteado? Pero, aun así, significa algo para él. La gente como él, y como yo, por cierto, entiende el valor de un contrato.

—En ese caso, me enviará a alguien en quien pueda confiar para un asunto relacionado con un coche. —Se me seca la garganta al pronunciar estas palabras. Una vez dichas, mi secreto ya no es un secreto. Mi futuro está en manos de escoria como Larry Chapelle y sus secuaces.

—¿Un mecánico? —pregunta, vacilante y con expresión confusa.

—¡Vamos! Seguro que es usted más inteligente —le espeto—. Pensaba que se necesitaba algo de cerebro para orquestar el tipo de estafas que ha estado llevando a cabo, ¿o quizá me equivoco? ¿Cualquier idiota puede hacerlo?

Me mira fijamente, como si le diera miedo incluso respirar.

Me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo, así que voy al grano.

—Necesito a alguien que me consiga piezas de coche bajo cuerda, sin dejar rastro. Alguien discreto, que mantenga la boca cerrada para siempre, alguien en quien pueda confiar. Alguien a quien compensaré justamente por sus esfuerzos. Le pagaré el doble si me ayuda a instalar esas piezas. —Me detengo y observo su rostro atónito y pálido—. ¿Conoce a alguien así?

Asiente enseguida, con entusiasmo. Seguro que se muere de ganas de verme salir de su elegante oficina.

—S-sí, conozco a alguien. Es discreto. Lo ayudé a...

Levanto la mano.

—No necesito saberlo. —Empujo un trozo de papel sobre la mesa, con el número de mi nuevo teléfono desechable—. Dígale que me llame. Hoy.

—Eso está hecho.

Me levanto, pero él permanece sentado, perplejo y respirando con dificultad. Salgo de su oficina, incluso lo saludo con la mano antes de cerrar la puerta detrás de mí.

Y, mientras le sonrío a la ardiente morena de copa E sentada

detrás del mostrador de recepción, lo único en lo que puedo pensar es en que quizá haya cometido el mayor error de mi vida.

AMANDA DAVIS

—Busco a Amanda Davis —dice el hombre, mostrando una placa. Ha entrado hace un momento, un poco indeciso, y se ha interpuesto en el camino de una emergencia. Rápido, se ha hecho a un lado y se ha quedado mirando la camilla durante un rato, como si el paciente fuera alguien que conocía.

La enfermera sentada detrás del mostrador de recepción me lanza una mirada y me acerco a él, con las rodillas flojeándome. Es policía, pero nunca lo había visto antes.

—Soy Amanda Davis —digo con calma—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Inspector Eckhart —contesta, mostrando de nuevo su placa. Parece joven—. Nos ha llamado por una orden de búsqueda.

—Ah, he hablado con otro inspector... ¿Jazinski, quizá?

El agente sonríe.

—Es mi compañero. Tenía algo urgente que hacer y me ha enviado a mí en su lugar. —Se encoge de hombros y sonríe.

—Muy bien, entonces. Sígame, por favor.

Me dirijo al box de traumatología dos, donde el paciente está sedado e intubado.

—Me temo que no podrá interrogarlo ahora ni en un futuro próximo, inspector.

—Lláname Perry, por favor. —Tiene una bonita sonrisa, pero sigo sin poder mirarlo a los ojos.

—Perry —respondo en voz baja. No es raro que los policías y las enfermeras de urgencias se tuteen. Es algo habitual en este ámbito—. Danny suele encargarse de estos casos.

—¿Quién?

—Danny Bilger. Se encarga de los casos de tráfico al sur de la interestatal.

Se mueve incómodo, cambiando el peso de un pie a otro.

—Bueno, yo no trabajo en Tráfico. Estoy en Homicidios.
Siento un escalofrío.

—¿En serio? No creía que hubiera muerto nadie...

—Solo ayudo con el trabajo, nada más —se apresura a explicar, como si le diera vergüenza—. ¿Ha venido alguien a verlo? —Sigue de pie en la puerta, algo indeciso a la hora de acercarse al paciente.

—N-no, que yo sepa no —respondo, atragantándome con mis propias palabras—. No llevaba cartera ni teléfono. No hemos podido avisar a nadie. ¿Es este el hombre que buscas?

Comprueba algo en su teléfono y luego mira el rostro del paciente.

—Sí, es él.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Entonces, te avisaremos cuando recupere la conciencia, pero debo advertirte que va a necesitar cirugía.

—¿Qué le sucede?

Me cuesta revelar esa información. No he visto ninguna orden judicial ni citación. Lo mejor que puedo hacer es revelar lo mínimo posible.

—Fractura de esternón, fractura de costillas y una pequeña hemorragia en el pulmón. Estará fuera de combate durante un tiempo.

El inspector mira al hombre durante un momento, en silencio, y luego revisa las imágenes de su teléfono.

—Es posible que venga una mujer a verlo. Rubia, de unos treinta y cinco años, raza blanca. Puede que sea su mujer, su pareja o alguien de su trabajo. Aún no lo sabemos. Pero te agradecería que me llamaras en cuanto aparezca. —Me entrega su tarjeta de visita.

La curiosidad puede más que yo.

—¿Cómo sabes que vendrá?

—Estaba con él en la furgoneta en el momento del accidente. — Me muestra una imagen de una cámara de tráfico en su teléfono—. ¿Ves aquí? Está un poco borrosa, lo sé, pero estaba allí. Tenemos que hablar con ella.

—¿Sobre el accidente?

—Sobre huir del lugar del accidente. Amanda, ¿verdad?

Sonríó débilmente y asiento con la cabeza.

—Sí.

—Esta mujer es tan responsable como él.

—Pero ella no conducía —respondo con voz un poco aguda,

delatando mis temores—. ¿Cómo se la puede culpar?

—No es responsable del accidente en sí, solo de no haber denunciado al hombre por haberse dado a la fuga después del atropello. Podría pasar mucho tiempo en la cárcel por eso. Depende del fiscal y del juez. —Vuelve a encogerse de hombros—. Mi trabajo termina cuando les pongo las esposas.

Apenas puedo oír sus palabras. El corazón me late con fuerza en el pecho, ahogando el sonido de su voz. La idea de que podría ir a la cárcel por no denunciar el accidente de Paul me atraviesa, fría y sobria. Ay, Dios. Y todo lo demás que he hecho desde entonces.

No me parece justo. Paul es mi marido, para bien o para mal.

—¿Incluso si es su mujer? Pensaba que las esposas...

—Ah, te refieres al privilegio conyugal —me interrumpe—. Tiene derecho a no testificar contra su marido, pero eso no abarca encubrir sus delitos. Eso es complicidad, y es un delito grave, y menos mal que no ha habido víctimas mortales, porque sería aún peor.

Se me revuelve el estómago.

—Entiendo. Si alguien hubiera muerto en el accidente, ¿la mujer estaría en un lío más gordo?

—Un lío del tipo veinte años de cárcel —explica el inspector con frialdad, mientras yo agarro el pomo de la puerta corredera para mantener el equilibrio—. Depende del grado de implicación, de lo que haya hecho desde el accidente, de si tuvo la oportunidad de denunciar el delito y todo eso. Por eso tenemos que hablar con ella.

El pitido del monitor del paciente es lo único que puedo oír entre el torbellino de pensamientos aterradores que se agolpan en mi mente. Aquí es donde trajeron a Marisol la semana pasada, al box de traumatología dos. Esa hermosa muchacha murió aquí mientras su madre se sentaba a su lado, con la mano tapándole la boca abierta para que no gritara.

—¿Me llamarás? —pregunta el inspector, y luego sonríe—. ¿Si ves a esta mujer o tienes alguna pregunta? ¿O si, de repente, te apetece tomar un café?

Asiento con la cabeza, incapaz de abrir la boca y articular palabra. Sigo mirando al paciente, pero no lo veo *a él*. Veo a Marisol. Como si la máquina siguiera conectada a su pecho, espero que los pitidos empiecen a desvanecerse y luego se conviertan en el sonido de advertencia de un corazón que deja de latir. Y sé que no me apresuraría a reanimarla... La dejaría ir.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Estás pálida.

—Eh, sí, estoy bien —contesto, esbozando una débil sonrisa de disculpa—. Solo estoy pensando en las cosas que hace la gente. —Sin ganas de decir nada más, me doy la vuelta para marcharme.

—Ni me hagas hablar de eso —dice, caminando a mi lado hacia la salida—. Encantado de conocerte, Amanda. —Me da la mano y me mira con atención—. Creo que te conozco de algún sitio, ¿no?

Me encojo de hombros y escondo las manos en los bolsillos, donde no pueda ver cómo tiemblan.

—No creo.

Una sonrisa tímida se dibuja en sus labios por un breve instante, pero luego asiente con la cabeza y se aleja. Regreso a la zona de recepción. Sunny hace uno de sus comentarios habituales sobre las reacciones de los hombres ante mis encantos, y yo decido ignorarlo. Agotada, mareada y destrozada por dentro, me apoyo contra la pared.

Las palabras del inspector aún resuenan en mi cabeza.

«Veinte años de cárcel».

PAUL DAVIS

Estoy tan tenso que podría romper algo, sobre todo el cuello de alguien.

El tipo de Larry Chapelle no me llamó ayer. Revisé el teléfono, incluso me llamé yo mismo para asegurarme de que funcionaba. Pero no recibí ninguna llamada del hombre del abogado canalla. Estoy tentado de conducir hasta Wilshire Boulevard y echarle un buen rapapolvo a ese capullo baboso. O tal vez descubra que se ha esfumado, que su teléfono está desconectado y que su secretaria está llorando en la cola del paro.

En cualquier caso, le dije a Aidan que Chapelle no encajaba bien en el programa y que debía buscar a otra persona.

Por otro lado, mi querida mujer decidió seguir la táctica de no dirigirme la palabra en toda la noche. Al principio no me importó, pero me puse nervioso cuando me di cuenta de que no era para nada normal. Cuidó de Tristan, sonrió y charló con él, lo ayudó con los deberes..., pero apenas interactuó conmigo. Estos días no recibo más que miradas de reojo, ceños fruncidos y profundos silencios. Cuando se encerró en la habitación de invitados nada más acostar a nuestro hijo, pensé que quizá estaría hablando por teléfono con uno de sus preciados amigos policías. Entonces encontré su teléfono. Lo había dejado en la mesa del comedor.

Me costó varios intentos, pero al final descifré su contraseña y miré su actividad reciente. Nada. No había llamado ni enviado mensajes a nadie después de contactar con las empresas de alquiler de coches el viernes por la mañana. Qué raro. A lo mejor ella también tiene un teléfono desechable escondido en algún lugar seguro. Uno que no se olvida en la mesa del comedor para que yo lo encuentre.

Si algo tengo claro, es que ya no puedo confiar en ella. Quiere que me vaya, que desaparezca de su vida, y quiere la custodia exclusiva de mi hijo. Puede esperar sentada.

Cuando llego al trabajo el miércoles por la tarde, tengo en la cabeza a la policía, junto con escenas del crimen y a mi mujer traidora vendiéndome por cuatro duros, como si fuese una noticia que ya no le interesara a nadie. Conduzco mi coche hasta mi plaza habitual y empiezo a dar marcha atrás para aparcar, como siempre hago, pero entonces me quedo paralizado. ¿Y si viene la policía a comprobar el número de bastidor? No coincide con el registrado con la matrícula. Mascullando palabrotas, salgo, me recompongo y luego aparco en la plaza frente al muro.

Creo que me estoy volviendo loco. ¿Por qué iban los policías a patrullar el aparcamiento de la cadena de televisión y comprobar los números de bastidor?

Salgo del coche y doy un portazo. Cuando me giro hacia los ascensores, me encuentro con Latesha, que está cerrando su coche con el mando a distancia. Está con un asistente de producción, un chico joven cuyo nombre no recuerdo. Esa zorra está en todas partes, como si me estuviera acosando.

Se me huela la sangre al pensarlo.

—Buenas tardes —los saludo con naturalidad, como si nada me preocupara en este mundo.

Ella sonríe y asiente con la cabeza, y luego se queda mirando mi coche.

—¿A qué viene el cambio, Paul? —inquieta—. ¿Hay algo que debamos saber?

—¿Como qué?

Ella se ríe y su acompañante la imita.

—Bueno, no lo sé. Dímelo tú.

Estamos en los ascensores y, al pulsar un botón, las puertas se abren. Entramos y me miro en el espejo, luego enderezo la postura y me paso los dedos por el pelo, peinándolo hacia atrás.

—Me temo que no hay nada que decir. Pero te sugiero que busques aficiones más significativas que obsesionarte con lo que hacen los demás.

El ascensor emite un pitido y las puertas se abren.

—No los demás, Paul. Solo tú. —Me lanza una rápida sonrisa mientras sale del ascensor con su amigo siguiéndola.

Me quedo atrás, luchando por tragarme la ira mientras Latesha habla descaradamente de mí con ese joven asistente de producción.

—Este tipo es increíble —dice ella, sin bajar apenas la voz—. ¿Te

puedes creer que desenterró y añadió el apellido de soltera de su madre al suyo cuando empezaron a hacer cambios en el personal del programa porque solo había gente de raza blanca? Durante un tiempo se hizo llamar Paul Davis Gonzales.

—¿Cómo? —responde el hombre—. ¿Dice que es latino? Pues no lo parece con esos ojos azules.

—Sí, mestizo, supongo, si es que es cierto. Eso no le impidió acostarse con su copresentadora de entonces, Carly Crown. Todo el mundo hablaba de ello. Al parecer, ella es de las que gritan mucho.

—No me digas —dice el hombre, tocándole un momento el antebrazo antes de echarse a reír.

Luego, ambos desaparecen en la sala de redacción para la reunión a la que se supone que debo asistir.

Unos momentos más tarde, estoy sentado a la mesa con todo el equipo, y Carly está repartiendo el guion del día.

Durante un rato, el único sonido es el del crujir del papel. Nadie habla antes de que yo tome la palabra.

Echo un vistazo rápido al guion, pero mi mente está en otra parte. Elijo algo al azar.

—Esta noticia debería ir primero —digo—. Hay que reestructurar el orden. El caso judicial del incendio forestal es noticia de apertura.

—No estoy de acuerdo —replica Latesha—. Deberíamos empezar con los cambios en la política federal. Es una noticia de ámbito nacional.

Le sonrío con suficiencia y me quedo mirándola, pero ella me desafía con descaro.

—Esto se enseña en primer año de Periodismo, Teesh. El bloque A es para las noticias más importantes y las de última hora. El bloque B es para las nacionales. Quizá te convenga leer las reglas del guion, ya que eres graduada en Marketing y tal, pero no tienes ni idea de periodismo.

Justo cuando está a punto de ponerse desagradable conmigo como ha hecho antes, suena mi teléfono desechable. Salgo corriendo de la sala para contestar la llamada y me dirijo a toda prisa a mi camerino.

—Hola —digo, un poco sin aliento.

—¿Qué necesitas, colega?

—¿Perdón?

—Mi abogado dice que necesitas algunas piezas. ¿Me estaba

vacilando o qué?

—No, es cierto, necesito algunas piezas. ¿Puedes conseguirlas? —
Se ríe burlonamente y no responde. Lo tomo como un sí—. Necesito
la parrilla y el parachoques...

—¿Marca y modelo?

Cierro la puerta del camerino detrás de mí y me dejo caer en un
sillón.

—Cadillac XT6, modelo del año pasado.

—¿Acabado?

—Eh, lujo prémium. Negro. —Mi voz suena un poco temblorosa,
ahogada. ¿Y si este tipo es policía? ¿Y si ese canalla de Chappelle me
ha vendido? ¿Y si ha hecho un trato con ellos?

—Entendido. ¿Qué te has cargado?

Respiro hondo para tranquilizarme.

—La parrilla delantera. El parabrisas. El parachoques. El bloque
del faro izquierdo. Y abollé el capó.

—¿Los airbags?

—No.

—¿Y dentro? ¿El radiador? ¿Alguna cosa?

Joder. No lo he mirado.

—Que yo haya visto, no. ¿Puedes conseguirlo todo?

—Por algo me llaman Foster Vía Rápida. —Se ríe, una carcajada
ronca que me irrita como uñas en una pizarra—. Pero te va a salir
caro. ¿Solo la entrega? ¿O también la instalación? Eso será el doble.

Algo me dice que regatear o pedir un descuento no servirá para
conseguir cerrar el trato.

—De acuerdo. Siempre y cuando las piezas sean originales y el
coche quede como nuevo cuando termines.

—Vale, pero después no digas que no te avisé.

—¿Cuánto tiempo?

—Mañana lo tendrás todo.

La llamada termina con un clic, justo después de darle mi
dirección. Supongo que volverá a llamar cuando tenga las piezas.

Un suave clic me hace levantar la vista y sobresaltar. Carly está
apoyada en la puerta del camerino, sonriendo, con los párpados
bajos y las piernas cruzadas por los tobillos. Luego, cierra la puerta
con un rápido giro del pestillo.

¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cuánto ha oído? Hija de puta.

Me mira con esa chispa familiar en los ojos. Conozco esa mirada.

Joder, la he visto cientos de veces en cientos de caras. Pero ¿en ella? Tiene un significado diferente. Uno que he estado evitando. Aun así, el recuerdo de su cuerpo frotándose contra el mío en el evento de la semana pasada me excita por debajo del cinturón.

—¿Alguna emergencia personal? —pregunta con voz suave, avanzando hacia mí con el contoneo de caderas justo para recordarme lo que me he estado perdiendo. Ahora está cerca..., lo bastante como para percibir el más leve aroma de su perfume.

—La verdad es que no. —Mantengo un tono ligero, observándola mientras se desliza hasta el borde de mi tocador, y, con los dedos, juguetea con mi corbata como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Hace tiempo que no... hablamos, ¿verdad, Paul?

Desde el jueves, en realidad. No es tanto tiempo, pero ella no se refiere a hablar. Podría hacerme el tonto, pero eso no es lo que ella quiere. Y, qué coño, yo tampoco. Si ha oído algo, lo que estoy a punto de darle borraré ese recuerdo.

Sonrío, inclinándome un poco hacia atrás, dándole espacio para que continúe. Ella tira de mi corbata, con sus labios a pocos centímetros de los míos, y sí, sin duda es una mala idea. Pero eso nunca me ha detenido antes. Y ella lo sabe.

—Cuidado, Carly —le susurro, lo bastante cerca como para sentir su aliento—. Ya sabes lo que pasa cuando empiezas cosas que no puedes terminar.

Ella levanta una ceja, desafiante.

—¿Quién dice que no puedo terminarlo?

Eso es todo lo que necesito oír. Acorto la distancia, la beso con fuerza y la atraigo hacia mí. Ella arquea la espalda y hunde las manos en mi pelo, y yo la cojo por la cintura; no tiene sentido fingir que no es lo que queremos los dos.

Y sé que me arrepentiré cuando ella me pida algo a cambio de su atención. Pero, ahora mismo, no me importa en absoluto.

AL JAZINSKI

Es curioso cómo una llamada de la excelentísima señora restaura mi reputación ante el teniente. Así, sin más, como chasquear los dedos, nos retiran de ese estúpido caso de tráfico y nos asignan un homicidio. Siempre ha sido así. Hago lo que ella quiere como una simpática marioneta. Entonces, las cosas empiezan a salirme bien.

Me pregunto qué va a hacer respecto a ese imbécil de Paul Davis. Me dijo que le diera tiempo.

Estoy a punto de coger el expediente del caso y marcharme cuando entra Eckhart, con una estúpida sonrisa en la cara. Agito el expediente en el aire.

—Han encontrado un cadáver, compañero. Prepárate.

Su reacción es desconcertante. Esperaba que se emocionara y empezara a imitar a su actor favorito al instante. Cuando lo hace, su voz se vuelve más grave y sus frases se acortan. En realidad, es divertido de ver. En cambio, está decepcionado.

—¿Qué hay del atropello con fuga? He encontrado al tipo. Está...

—Los de Tráfico se encargarán de eso. Lieu se lo ha pasado a su sargento.

Respira hondo y se encoge de hombros, fingiendo indiferencia. No me engaña ni por un segundo.

—Vale, entonces, ¿qué tenemos?

Abro el expediente del caso. Solo hay una página: el informe del incidente.

—Es todo lo que tengo.

Mientras conduzco, él lee las notas escritas a mano.

—Un paseador de perros ha encontrado el cuerpo. Está en Malibu Canyon Road, en el barranco.

Eso ya lo sé. Mientras me abro paso entre el denso tráfico, echo un vistazo rápido a Eckhart. No está mal y, desde luego, la vejez aún no le ha afectado. Tiene los abdominales marcados y tonificados y la

espalda recta, y la barba de tres días le queda muy bien. Si la llevara yo, parecería desaliñado. La vida no es justa, pero apuesto a que sé por qué no le hace demasiada gracia dejar pasar ese caso de atropello con fuga.

—¿Has conocido a alguien interesante en el hospital? —le pregunto, mientras tomo el carril izquierdo para entrar en Malibu Canyon Road y enciendo las luces y la sirena. El carril derecho está completamente bloqueado, pero no viene nadie de la montaña. Seguro que la carretera ya está cerrada.

—¡Joder, compañero! —se ríe—. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Tienes que preguntarlo? —replico, riéndome a carcajadas mientras me detengo en la escena del crimen.

Ya está acordonada. Se ha asegurado una gran parte de la carretera. La científica está inspeccionando la zona y la furgoneta de la forense está aparcada de lado, con la parte trasera mirando hacia el barranco.

Un par de especialistas en inspección ocular están agachados cerca del guardarraíl recogiendo pruebas en pequeñas bolsas de plástico. Las sellan rápidamente, firman las líneas punteadas y luego las depositan en un contenedor de plástico, una tras otra, como si fuera una cinta transportadora de pruebas. Otro agente de la científica está tomando fotografías y colocando marcadores amarillos numerados en diversos puntos donde se van encontrando nuevas pruebas.

Eckhart y yo salimos del coche y caminamos hacia el equipo de la científica. El aire está cargado de la bruma salada del océano y el olor seco y polvoriento del cañón.

—Inspectores. —Uno de los agentes asiente con la cabeza cuando nos acercamos y señala los marcadores de pruebas esparcidos por la carretera—. Parece un atropello con abandono del lugar y encubrimiento. Muy feo. —Señala algo cerca del guardarraíl—. La calzada estaba limpia, pero aquí hay restos del accidente, entre la tierra.

Con un gemido, me arrodillo cerca del guardarraíl, donde fragmentos de plástico y cromo brillan bajo la linterna del agente de la científica. Es un trozo, del tamaño de una palma, de la parrilla de malla hexagonal de un coche, muy agrietado y arañado. Eckhart se agacha a mi lado y entrecierra los ojos mientras examina los restos.

—Parece un modelo reciente —murmura el agente, pasando los

dedos enguantados por el borde irregular—. Quizá una berlina. De gama alta. El plástico es nuevo y de buena calidad.

—Así parece —digo, tomando nota mental de esa idea—. ¿Me dirás la marca y el modelo?

—Probablemente —responde, llevándose dos dedos a la frente en un burlón saludo militar.

No puede tener más de veinticinco años, pero lo conozco. Es muy bueno en lo que respecta a la investigación forense moderna. Ahora todo es una gran base de datos.

Nos detenemos al borde del barranco. No es muy profundo, el fondo está cubierto de arbustos. Se ha retirado parte de la vegetación para dejar al descubierto el lugar donde tiraron el cadáver.

A unos metros de distancia, cerca del borde del barranco, la forense, la doctora Evans, está de pie junto al cadáver, con las manos enguantadas en las caderas. Lleva uno de esos monos blancos de plástico de la policía científica; debe estar asándose. Las cuerdas siguen atadas a la camilla de rescate que ha utilizado para recuperar el cadáver. Me sorprende un poco que no me haya esperado antes de sacarlo de allí, pero, conociéndola, tendrá sus razones.

La doctora Evans inspecciona los alrededores con el rostro impassible. Al ver que nos acercamos, levanta la vista y asiente con la cabeza.

—Hola, inspectores. La víctima es una mujer de unos cincuenta años. Recibió un golpe muy fuerte. Por lo que parece, murió en el acto. —Señala el cadáver que yace en la camilla—. Tiene múltiples fracturas en el lado izquierdo: cuello, caja torácica, brazo, pierna. Y... —apunta hacia el cuero cabelludo, pero no estoy lo bastante cerca para ver lo que me está mostrando— este pequeño recuerdo. Lo confirmaré en la autopsia, pero apostarí a que es cristal de automóvil.

Eckhart cambia de postura, con la mirada fija en el cuerpo.

—¿Y la sangre?

La doctora Evans asiente.

—Estas lesiones debieron sangrar mucho. La científica ha encontrado un pequeño charco de sangre seca debajo de una roca. Tendré que confirmarlo, así que no me citen, pero hay pruebas de que la mataron justo antes de que empezara la tormenta de la semana pasada. Por lo tanto, puedo darles una hora preliminar de la muerte con bastante precisión. El jueves por la noche, entre la

medianoche y la una y media. Lo sabré con más exactitud una vez que lo confirme con el Servicio Meteorológico.

Eckhart silba.

—Impresionante, doctora. Pero, entonces, ¿cómo es que hay sangre...? —empieza a preguntar Eckhart, pero ella lo interrumpe.

—Estaba bajo el guardarraíl y debajo de una roca. No hay mucha, pero sí la suficiente como para intentar comparar el ADN con el de nuestra víctima.

Eckhart se agacha para examinar el lugar que señala el agente de la científica, una roca marcada con una etiqueta de escena del crimen.

—¿Quizá la lanzó el impacto? —pregunto, escudriñando la zona—. ¿En lugar de tirarla por encima de la barrera a propósito?

El agente de la científica habla desde detrás de nosotros.

—Encontramos rastros de sangre debajo de esa roca y en algunos otros lugares, como si la hubieran arrojado o hubiera rodado un poco antes de detenerse allí, en el fondo del barranco. Sin embargo, no hay nada en la carretera superior, por lo que parece que el impacto ocurrió justo aquí.

Eckhart se levanta y se ajusta la chaqueta.

—Entonces, probablemente se trate de un atropello con abandono del lugar del accidente. No hay marcas de frenada ni de derrape. El conductor la atropelló, le entró pánico y siguió adelante.

La forense frunce el ceño.

—Mire, es imposible que una persona atropellada por un coche haya caído tan perfectamente recta y alineada con el lado de la carretera como lo ha hecho esta. Tuvieron que empujarla. El conductor la atropelló y ella cayó en la calzada. Intentó ocultar su cuerpo y luego se marchó.

—Entendido —respondo—. ¿Nos lo confirmará?

La doctora Evans ríe burlonamente.

—¿Cuándo no lo he hecho?

Sonríó a modo de disculpa y levanto las manos en un gesto conciliador.

—Es usted la mejor, doctora.

Eckhart sigue observando el guardarraíl, rascándose la cabeza, y luego se agacha de nuevo.

—O llovió y el agua lo limpió todo en la carretera principal, y la arrastraron y la tiraron por encima del guardarraíl.

—Por debajo —replica la doctora Evans—. ¿Ve aquí? —Señala con un dedo enguantado el borde de la carretera, donde termina el asfalto y comienza la tierra compactada—. La grava suelta de aquí está removida. ¿Ve esta sección, más o menos de la longitud de nuestra víctima, que parece como si la hubieran barrido? Su cuerpo fue arrastrado por debajo del guardarraíl y empujado al barranco, justo aquí.

Sigo la dirección de su mirada.

—¿Tengo que bajar?

—Usted mismo, pero, si no les importa, me gustaría continuar antes de que oscurezca.

—Me parece bien —respondo, después de echar un vistazo rápido a Eckhart. Sigue agachado junto al especialista en inspección ocular, examinando la sangre que se ha encontrado en el arcén—. ¿Ya tienen alguna identificación?

La forense niega con la cabeza.

—No lleva cartera ni teléfono, y las huellas dactilares no están en nuestro sistema.

—¡Vaya! —respondo—. ¿Hay algo más que pueda decirme?

—Sabré más después de la autopsia. La hora de la muerte, las lesiones exactas, su identidad..., o eso espero. Pero puedo decirle que fue una colisión a alta velocidad.

Un agente de la científica se acerca con una pequeña bolsa de pruebas con otro trozo de cristal y algunas motas de pintura negra. Otra bolsa contiene una pequeña partícula de algo rojo y brillante.

—Esto se ha recogido de la tierra de debajo del guardarraíl. Parece que podríamos tener el color del vehículo.

Eckhart me lanza una mirada cómplice.

—Pintura negra, vehículo de gama alta, fragmentos de la parrilla. Eso reduce las posibilidades.

—¿Qué es eso rojo? ¿Hubo más de un vehículo implicado?

—Tendría que investigarlo. No es pintura de coche. Parece recubierto de esmalte protector.

Lo miro, sin saber muy bien qué significa eso.

—Como el que se encuentra en la insignia de un coche —añade—. Aún no estoy seguro de que sea del mismo coche, pero, si lo es, esto nos ayudaría a reducir las posibilidades con rapidez. ¿Entiendes?

Justo lo que quería oír. Asiento con la cabeza, sintiendo que las piezas empiezan a encajar.

—Sí, está claro. Una parrilla destrozada encaja bien con una insignia dañada. Veremos si alguien vio o escuchó algo: luces de coche, un ruido, cualquier cosa.

Mientras Eckhart empieza a hablar con otro agente, miro hacia la carretera, con el aire pesado de la tarde a mi alrededor. Más allá de la cinta que delimita la escena del crimen, el tráfico está detenido y la mayoría de los coches tienen el motor apagado. Escucho un momento y no oigo mucho, salvo algún que otro trino de pájaros. En lo que respecta a los accidentes, diría que este es el lugar ideal para atropellar a alguien y salir impune. Lo más probable es que nadie viera ni oyese nada.

Miro a mi alrededor y observo el entorno. Rocas escarpadas a la izquierda de la carretera. Un barranco de seis metros de profundidad a la derecha, donde se ha encontrado a la víctima. Al menos un kilómetro y medio hasta la vivienda más cercana. ¿Qué hacía aquí esta mujer de cincuenta años? ¿Estaba sola?

Este caso se acaba de poner mucho más interesante.

PAUL DAVIS

—Adiós, papá —dice Tristan desde la puerta, arrastrando su mochila por el suelo con esa pereza y descuido que me vuelve loco. La ropa del colegio le queda grande, como si se la hubiera puesto a última hora, completando su aspecto desaliñado.

Lo saludo con la mano sin apartar la mirada de Amanda. Ella tira, impaciente, de la mano de Tristan, pero él mira hacia atrás como si se hubiera olvidado algo. Solo puede ser una cosa.

—¿Has cogido el almuerzo?

—Ay, no. —Mira el suelo y juega con la correa de la mochila.

Amanda gruñe y vuelve corriendo a la cocina. Abre la nevera, saca la bolsa del almuerzo de Tristan y cierra la puerta de golpe.

—¿Vas a regresar antes de tu turno? —le pregunto con naturalidad, mientras doy otro sorbo al café.

Dejo la taza y sigo abrochándome la camisa. Aunque sea viernes, aún me quedan unas cinco horas para ir al trabajo y me encantaría pasar unos minutos a solas con mi mujer. Apenas hemos hablado esta semana y estoy seguro de que tiene muchas cosas en la cabeza que sería mejor que yo supiera.

—No —responde con frialdad—. Me iré directa al trabajo después de dejar a Tristan. Y también tenemos que recoger a Dylan.

El sonido de la puerta del garaje al cerrarse con fuerza resuena en el silencio. ¿Se lo estará contando todo a alguien? No puedo pensar en nada más. Me la imagino traicionándome, vendiéndome, porque le vendría de perlas. Si me condenan, ella obtendría el divorcio, la custodia total, la casa y todo lo demás. Justo como a ella le gustaría. Entonces, ¿por qué no me han arrestado todavía? ¿Qué le impide llamar a la policía? ¿Qué narices está pasando?

Termino de vestirme y empiezo a dar vueltas por la habitación, con la mirada clavada en mi teléfono desechable. El tipo de las piezas no me ha devuelto la llamada y ya han pasado dos días. ¿Cuánto

tiempo se tarda en conseguir unas pocas piezas de coche hoy en día? Intenté llamarlo anoche, y no conseguí nada. Algo me dice que el precio sube con cada llamada que no contesta.

Furioso, guardo el móvil en el bolsillo, me termino el café y decido ir temprano al trabajo. Quizá Carly esté de humor para uno rapidito antes de la reunión de redacción. Necesito liberarme. Sé lo que quiere: recuperar su puesto de copresentadora, pero no voy a decirle que eso no depende de mí. El bueno de Raymond no necesita el tipo de atención que ella le presta. Que siga esperando. Dicen que la esperanza es buena para el alma. Sin duda, es buena para la mía.

Una vez en mi Cadillac de alquiler, pongo el motor en marcha y la puerta del garaje se abre con un zumbido. Apenas he salido cuando una vieja camioneta Chevy destartada retumba en la entrada, bloqueándome la salida. Piso el freno con fuerza, agarrándome al volante, y me detengo a pocos centímetros de necesitar piezas para otro Cadillac.

Salgo del coche y levanto las manos.

—¡Eh! —Mi gesto lo dice todo: «¿Qué coño quieres?».

El conductor sale despacio, con su metro ochenta y cinco de estatura. Tiene los brazos gruesos cubiertos de tatuajes de presidiario y el cuello lleno de músculos, y su piel brilla con el sudor bajo el sol de la tarde. Lleva el pelo muy corto y está bien afeitado, lo que delata que acaba de salir de la cárcel. Vestido con vaqueros descoloridos y una camiseta sin mangas raída, sonríe, mostrando las fundas de oro de sus dientes anteriores mientras se acerca con un aire arrogante y lleno de intención en cada paso, como si fuera el dueño de mi entrada.

Mira el Cadillac y lo rodea despacio, con las manos en las caderas. Sus brazos parecen gruesos como troncos de árbol, con músculos suficientes para romperme como un lápiz.

Luego me mira, confundido.

—¿Para qué necesitas las piezas?

Exhalo, aliviado pero tenso.

—¿Es usted... el señor Foster?

—Así es como me llaman. —Sonríe aún más, con los ojos brillantes—. Pero no lo digas con tanta formalidad. Foster es suficiente. Además, no es mi verdadero nombre.

—Ah, vale. —Lo escruto de arriba abajo, fijándome en las cicatrices y los tatuajes—. Encantado de conocerte..., Foster.

Se apoya una mano en la cadera y entrecierra los ojos.

—¿Vamos a hacer esto aquí mismo, al sol, o quieres enseñarme lo que hay que arreglar antes de que nos salgan canas y arrugas a los dos?

Trago saliva, con la garganta seca de repente.

—Sí. Por aquí.

Lo llevo al garaje y le señalo el Cadillac accidentado. Lo examina lenta y minuciosamente, pasa los dedos por el parachoques e inspecciona cada arañazo y abolladura. Cuando ve el plástico agrietado cerca del guardabarros, silba en voz baja.

—No ha sido un golpecito, ¿eh? —Me mira con una sonrisa de superioridad, y sus ojos captan el destello de algo a lo que prefiero no enfrentarme—. Y tienes dos Cadillacs iguales.

—Quería vender este —digo, encogiéndome de hombros y evitando su mirada—. Pero... pasaron cosas.

Me observa durante un largo segundo y luego suelta una breve risita.

—Lo que tú digas, colega.

—¿Puedes encargarte?

—Por algo me llaman Foster Vía Rápida. —Esboza una sonrisa, pero solo la transmiten sus dientes. Sus ojos siguen siendo mortalmente fríos.

Miro hacia la calle y veo a unos pocos transeúntes paseando a sus perros o dirigiéndose a algún sitio.

—Entonces..., ¿crees que podríamos, eh, hacerlo con discreción?

Se ríe sacudiendo la cabeza.

—Quita el otro coche del medio para que pueda meter la camioneta. Es mejor que los vecinos no me vean descargar todas estas «piezas a medida». ¿Lo pillas?

Se me contrae el estómago y mis pensamientos se aceleran. Este tipo podría matarme con una sola mano. Y aquí estoy, siguiendo órdenes como un idiota. Mis zapatos valen más que su camioneta y estoy a punto de encerrarme en el garaje con él.

—De acuerdo —digo, y me apresuro a apartar el coche de alquiler. Una vez que él está dentro, corro a cerrar la puerta del garaje, para que nadie pueda fisgar.

Él ya está descargando, apoyando piezas contra la pared del garaje. Ninguna de ellas está en cajas. Me imagino a algún tipo

lamentándose por su XT6 robado, que habrá sido desguazado en algún garaje de Boyle Heights, un barrio de pandilleros.

—No mencionaste que estos embellecedores estaban agrietados —dice, golpeando el plástico sobre el parachoques—. Los conseguiré, pero no me ocultes cosas.

—Vale, vale. —Me aclaro la garganta—. ¿Puedes empezar mañana? Estaré aquí para... ya sabes, ayudar.

—Intentaré que sea mañana, pero no estoy seguro. —Se rasca la cabeza y me mira despacio, evaluándose—. Te costará veinticinco mil pavos. En efectivo. Billetes pequeños.

Suelto un silbido bajo antes de poder evitarlo. Él se da cuenta y su rostro se endurece.

—¿Vamos a tener un problema?

—Ningún problema. —Esbozo una sonrisa forzada, tratando de parecer despreocupado—. Lo tendré listo mañana. —No sé cómo, pero lo haré. Tengo que hacerlo.

Su sonrisa vuelve, aún fría como el hielo. Me da una fuerte palmada en el hombro y tengo que hacer un gran esfuerzo para no dar un respingo.

—¡Así se habla, colega! Vamos por buen camino.

Lo veo acercarse otra vez al Cadillac e inspeccionar la parrilla de cerca. Entonces se detiene y levanta una ceja.

—Te has dejado algo aquí —dice, señalando la parrilla dañada—. Hay sangre. Apuesto a que también hay más debajo del capó.

Siento un nudo en el estómago y una oleada de náuseas. Me acerco, con el corazón laténdome con fuerza, para ver a qué se refiere.

—¿Dónde?

—Te pillé. —Suelta una risita ahogada y aplaude como si acabara de ganar la lotería—. Y eso hace cincuenta mil, señor Davis, ahora que sé qué tipo exacto de reparación estamos haciendo.

Lo miro con la ira invadiéndome, a pesar de mi miedo.

—De acuerdo. Pero eso es todo. Ni un centavo más, o verás que también tengo habilidades callejeras.

Él solo se ríe, con un sonido profundo y burlón.

—Lo que tú digas, colega.

Mientras lo veo alejarse en su coche, mi mente va a mil por hora. No hay nada que impida a Foster Vía Rápida dejarme sin un centavo durante el resto de mi vida.

Estoy jodido.

AMANDA DAVIS

No sé por qué dije que sí.

Como si mi vida no fuera ya lo bastante complicada sin tener que almorzar con mi jefe. Luego, después de aceptar, cuando quiso llevarme a un lugar más elegante en West Hollywood, me dio demasiada vergüenza decir que no, aunque me habría gustado más compartir algo rápido en el restaurante de enfrente, donde suele ir el personal del hospital.

Todavía con la bata puesta, destacamos entre el escaso público de media tarde. Vamos a comer tarde, pero nuestro turno no es que sea de nueve a cinco. La comida está deliciosa y la presencia del doctor Grant es tranquilizadora, reconfortante y agradable. No es la emoción, la pasión y el amor desesperado que aún recuerdo de mis primeros días con Paul, pero menos mal, ¿y por qué se me ha venido a la cabeza eso? Lo que está sucediendo tampoco es la tensión hostil de mis últimos años con Paul. Es simplemente bueno..., como debe ser una comida con un amigo.

Eso es lo que el doctor Grant es para mí. Un amigo del trabajo.

Al principio, la conversación es animada, ya que hablamos sobre todo de los casos del día y de curiosidades del comportamiento humano que a ambos nos gusta analizar. Lo que hizo aquel hombre cuando descubrió que su mujer estaba embarazada a los cuarenta y seis años. Cómo reaccionaron ante la noticia los hijos adultos del hombre de setenta y nueve años que acababa de sufrir un derrame cerebral.

Pero luego comienza a haber silencios más largos y nos movemos hacia las preguntas personales que tanto temo. Aun así, una forma de mantenerlas controladas es hacerlas, en lugar de responderlas.

—¿Cuál es tu mayor desafío en estos momentos? —le pregunto, aferrándome con uñas y dientes al tema del trabajo. Mirando fijamente mi ensalada como si tuviera alguna respuesta, pincho un

picatoste con el tenedor y mástico despacio, con naturalidad, esa delicia crujiente.

—¿En mi vida personal? —pregunta, tragándose el último trozo de filete que queda en su bol—. Diría que las citas. Son horribles, no son lo mío. Toda esta forma remota y *online* de conocer gente es una locura. Impersonal. Es como si fueran transacciones huecas.

—Ah... Pensaba que estabas casado —le digo, ya que él ha sacado el tema. Creo recordar que llevaba una alianza hace unos meses.

—Viudo. Aneurisma cerebral.

—Lo siento mucho —susurro. Me daría de tortas ahora mismo—. ¿Qué edad tenía?

—Veintisiete. Era un defecto congénito. Estaba embarazada y se le disparó la tensión. —Juega con los trozos de lechuga que quedan en su bol, empujándolos con el tenedor—. Los perdí a los dos ese día.

—Lo siento mucho. —Mi instinto toma el control. Me inclino sobre la mesa y le aprieto la mano con suavidad, como hago con mis pacientes. Entonces, al darme cuenta de lo que estoy haciendo, me aparto enseguida—. Lo siento —susurro, sintiendo que me arde la cara.

Él sonríe.

—¿Y tú? ¿Por qué tengo la sensación de que las cosas no van tan bien para la pareja perfecta de Los Ángeles?

Me repatea que la gente nos llame así. Desde la gala benéfica, lo he oído por todas partes porque, claro, todo el mundo la ha visto en la televisión y se sienten obligados a comentarlo. Pero me incomoda responder. Mi respuesta no sería más que un montón de mentiras bien construidas.

—¿En serio? ¿Por qué dices eso?

—Pareces... sería y triste. Como si estuvieras de duelo o atravesando alguna dificultad personal.

—Ah, entiendo. —Respiro, sintiéndome un poco aliviada—. Es agotador, toda la atención mediática que recibe mi marido y mi papel en sus iniciativas. Pero es por una buena causa y sigo haciéndolo, aunque a veces... —Me detengo, un poco emocionada.

Él se inclina sobre la mesa y me aprieta la mano.

—Eso no es todo, ¿verdad?

Al oír su voz suave, siento el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Deberíamos irnos. Se está haciendo tarde.

—Amanda...

—Por favor, doctor Grant, vamos...

—Me llamo Michael —responde con una sonrisa amable

Retiro mi mano de la suya, arrepintiéndome.

—Bueno, Michael..., mi jefe, el doctor Grant, me sancionará si llego tarde al trabajo —digo, escondiéndome detrás del humor como si fuera un manto—. Gracias por una comida maravillosa.

Me levanto mientras él se apresura a ir al mostrador para pagar la cuenta. Lo observo y me fijo en cosas que antes no había visto. Cómo algunos mechones de su cabello revuelto le caen sobre la frente. Cómo la camarera lo trata con la deferencia adecuada, probablemente en respuesta a su bata azul oscuro. Estoy acostumbrada a que las mujeres saliven con mi marido como si fuera un trozo de carne, cazándolo como si fueran zombis sexuales sin cerebro. Resulta alentador presenciar una interacción normal.

—¡Amanda! Qué sorpresa tan agradable. —La voz detrás de esas palabras me sobresalta.

Reconocería el tono de voz de esa mujer en cualquier lugar: suave y perfectamente modulado, con una pronunciación pausada y nítida. Me doy la vuelta como si hubiera oído el silbido de una serpiente en la hierba.

—Oh, Carly, me alegro de verte.

Ella besa el aire alrededor de mis mejillas y yo finjo disfrutar de la interacción. Su perfume me resulta vagamente familiar, pero no es la primera vez que me abraza. Es un aroma empalagoso, floral, sofisticado y memorable.

—Lo siento, llevo la ropa del hospital —digo como excusa para alejarme, consciente de lo ridículo que suena.

Ella le resta importancia a mi preocupación con un gesto de la mano, con la generosidad de alguien que siempre ha vestido a la última y lo sabe. Yo quería decir que me apartaba por los gérmenes, no por la moda, pero es obvio que ella no lo ha entendido así.

—¿Y quién es este? —pregunta, evaluando con todo el descaro al doctor Grant.

—Es mi jefe —respondo con bastante frialdad—, el doctor Grant.

—¡Ah, así que estás *trabajando*, supongo! —Se ríe, con la mano aún en el apretón que le da el doctor Grant—. Qué bien —añade, con un doble sentido muy evidente. Luego, me hace un guiño y me abraza de nuevo—. Bueno, tengo que irme. Llego tarde a una reunión con *mi* jefe.

Se refiere a Paul, y ella sabe que yo lo sé.

La miro marcharse, estupefacta. No estoy celosa, como el doctor Grant parece haber pensado por un momento.

—Debe ser difícil saber que tu marido está rodeado de todas estas mujeres. Pero, si se le ocurre siquiera mirar en su dirección, es un idiota —dice.

«Uy, está haciendo mucho más que mirar», estoy por decir. Pero eso no es asunto del doctor Grant.

Durante todo el trayecto de vuelta al hospital, permanezco en silencio en mi asiento, tratando de mantener una leve sonrisa en mi rostro y fracasando. La preocupación crece dentro de mí como las mareas. ¿Y si Carly abre su boca y le cuenta a Paul que he estado almorzando con alguien y que nos hemos cogido de la mano, si es que lo ha visto? ¿Y si alguien más nos ha visto?

Podría llevar a Paul al límite, y no se sabe lo que podría hacer entonces.

PAUL DAVIS

Cuando llego a la cadena, ya es tarde y la reunión de redacción ha comenzado sin mí. Interrumpo la habitual discusión sobre el orden de los segmentos en el programa. Sin disculparme, ocupo mi lugar en la cabecera de la mesa y las animadas conversaciones se calman lo suficiente como para que los demás me saluden mientras leo la lista preparada por Carly, a la que no veo por ninguna parte; es raro, pero será mejor así, debido a lo que tengo que decir.

Dejo la lista sobre la mesa y levanto las manos para que todos se callen. Las discusiones se apagan.

—¡Esto es aburrido, gente! No voy a salir en antena con estas tonterías sin sentido. ¿Me estáis diciendo que no ha pasado nada digno de mención en Los Ángeles desde ayer? ¿Nadie ha muerto? ¿Ninguna estrella de cine ha sido detenida por conducir borracha? ¿Nadie ha estrellado su Lamborghini contra un poste?

—Si hubieras llegado puntual —dice Latesha con una sonrisa—, sabrías que en realidad estamos discutiendo sobre el puesto tres y siguientes. Carly está redactando la noticia principal mientras hablamos.

—¿Cuál es la noticia principal? —pregunto, intrigado. Debe ser algo importante si Carly ha abandonado la reunión para escribirla ella misma.

La sonrisa de Latesha es aún más molesta que sus miradas fulminantes. Los impecables dientes blancos, el color intenso de los labios, las chispas de arrogancia narcisista en sus ojos.

—Te encantará —responde con aire enigmático.

Me encojo de hombros, negándome a darle la satisfacción de insistir.

—¿Y cuál es nuestra segunda historia?

—Un yate volcado a una milla del muelle de Santa Mónica.

Vuelvo a encogerme de hombros y sigo hojeando la lista de los

segmentos.

—Espera a oír de quién es el yate —susurra Aidan, inclinándose hacia mí.

Miro a mi asistente, pero me niego a hacer la pregunta. Él sabe que no tiene que esperar a que yo pregunte.

—El jefe de policía estaba en él —añade, emocionado—. Sin su mujer. Y en horario laboral.

Eso logra captar mi atención. Malditos polis.

—¿Con quién estaba?

—Con dos chicas, una de ellas de apenas dieciocho años. El barco se lo prestaron sin papeleos, del depósito de incautaciones. Y el jefe estaba en pelota picada cuando los guardacostas lo sacaron del agua.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Ah —digo, frotándome las manos—. Me encanta. ¿Y esto ocupa el segundo lugar? Entonces, ¿cuál es la noticia principal? ¿Quién ha muerto?

Los tacones de Carly trotan al ritmo de su emoción mientras se acerca a la mesa de conferencias.

—¡Si hay sangre, vende! —Reparte el texto de una página de la noticia principal a todos los que estamos sentados a la mesa—. Sigo esperando la segunda confirmación de la historia del yate, y ya podremos sacarla esta noche.

—¿A qué esperas? La Guardia Costera debería poder confirmar el incidente.

—La cuestión no es que el yate haya volcado o no —responde, inclinándose sobre la mesa lo suficiente como para mostrar una vista de primera clase de su escote—. Parece que la chica de apenas dieciocho cumple años el mes que viene, o sea, que tendría casi dieciocho, lo que llevaría al jefe de policía al terreno de los delitos graves. *Eso* es lo que tenemos que confirmar dos veces.

—Vaya, vaya —reacciono, aunque mi entusiasmo por dar una noticia tan jugosa se ve algo empañado por la preocupación de verificar los hechos y los planes de adquisición de Raymond. Lo último que necesitamos es enemistarnos con la policía—. ¿Y esto no ocupará el primer lugar? ¿Por qué?

La sonrisa de Carly se amplía mientras señala la hoja de papel que tengo en la mano.

—Léelo tú mismo.

El titular capta toda mi atención y la sangre se me hiela en las

venas. Se me corta la respiración y soy incapaz de respirar, pensar o incluso ver con claridad. Las palabras se difuminan en la página, pero no puedo apartar la mirada. Cada frase me golpea como un puñetazo en el estómago. «Un misterio inquietante... el cuerpo de una mujer... Malibu Canyon Road». El pulso me late con fuerza en los oídos, ahogando las voces que me rodean en la reunión. Ni siquiera puedo oír las risas por algún chiste mal contado sobre el interminable surtido de dramas que nos proporciona Malibú. Nada de eso me llega.

La página tiembla entre mis dedos, arrugándose ligeramente. Me obligo a respirar, a mantener la calma, pero es como si mi cuerpo se hubiera rebelado. Tengo las manos pegajosas y siento el sudor resbalándome por la nuca. Me obligo a leer cada palabra mientras todo mi ser grita en silencio.

TITULAR: Atropello mortal sin resolver en Malibu Canyon Road

PAUL:

Última hora esta noche: un inquietante misterio en las colinas de Malibú. Las autoridades están investigando el hallazgo del cadáver de una mujer en Malibu Canyon Road, la cual se cree que ha sido víctima de un atropello mortal en el que el autor se habría dado a la fuga. Ocurrió probablemente la semana pasada, en algún momento antes de que la tormenta del jueves azotara la zona.

REPORTERO (en el lugar de los hechos):

Aquí, en Malibu Canyon Road, conocida por sus curvas cerradas y sus escarpados barrancos, los investigadores están reconstruyendo lo sucedido. Las pruebas encontradas en el lugar, entre las que se incluyen fragmentos de la parrilla de un coche, cristales rotos y salpicaduras de sangre, sugieren que la colisión se produjo antes de que descargaran las fuertes lluvias en la zona el jueves por la noche.

Pero aún quedan muchas preguntas sin responder... La identidad de la víctima, por ejemplo. ¿Por qué estaba aquí, en este tramo aislado de la carretera? ¿Y por qué el conductor desapareció sin dejar rastro?

PAUL (imágenes de Malibu Canyon Road):

Los inspectores buscan respuestas y tratan de comprender el panorama completo que se oculta detrás de este trágico incidente. ¿Podría haber algo más en esta historia?

REPORTERO:

Por ahora, las autoridades piden que cualquier persona que haya notado algo inusual en Malibu Canyon Road la semana pasada lo notifique. Esto es todo lo que se sabe de momento, les mantendremos informados a medida que haya novedades.

—¿Estás bien? —La mano de Carly me toca el brazo, devolviéndome a la realidad.

Asiento con la cabeza y la miro, aturdido y saliendo de la pesadilla. Parece preocupada de verdad, y eso es justo lo que no puedo permitir que pase.

—Estás pálido —añade, tocándome la frente con el dorso de la mano como si fuera un niño.

Me aparto.

—Estoy bien, solo un poco cansado. Y tengo hambre —añado, lanzando una rápida mirada a Aidan.

El joven no necesita más indicaciones. Sale corriendo de la habitación. Dentro de unos momentos, volverá con una selección de mis donuts favoritos y un café fuerte que me ayudarán a sobrevivir al día.

Miro la hoja impresa. Es demasiado específica, cada detalle me acerca más al precipicio. Mi mente da vueltas buscando excusas, mentiras plausibles, algún tipo de explicación que pueda dar si me miran con demasiada insistencia. Me digo a mí mismo que aún no lo saben, que es imposible que lo sepan. Pero es como si estuviera al borde de un acantilado y un movimiento en falso, una respiración equivocada, pudiera hacerme caer.

—¿Tienes a un equipo en el sitio? —le pregunto a Carly.

Ella asiente.

—Sí, se marcharon hace treinta minutos. Les he enviado el texto por correo electrónico. Estará todo listo a tiempo, no te preocupes.

Miro a Latesha y me pregunto si debería dejarla dar la noticia principal, para variar. Me da miedo que se me seque la garganta como la arena y me ahogue mientras la leo. Las opciones de hoy son todas una mierda: la historia de mi propio delito y una noticia que va a enemistarme con el jefe de policía y buena parte de su ejército de uniforme.

Pero no puedo hacer ningún cambio en nuestra rutina establecida; eso llamaría demasiado la atención. Peor aún, se le

subiría a la cabeza a Latesha y la haría aún más insufrible de lo que ya es. Yo soy el presentador principal, así que doy la noticia de apertura. Siempre. Y solo es una historia más... Se olvidará.

¿Seguro que se olvidará?

AMANDA DAVIS

No recupero el aliento después del almuerzo con el doctor Grant, ni siquiera después de horas. Las urgencias se suceden una tras otra, sin dejarme tiempo para pensar o intentar no estar a solas con él en la sala de descanso. No hay posibilidad de descansar y, por una vez, estoy agradecida. Esa comida fue una mala idea, y no solo porque me he encontrado con Carly, sino porque la he disfrutado. La conexión con el doctor Grant me parece auténtica, como algo que no sentía desde hacía tiempo.

Y ahora me arrepiento. No puedo evitar temer que esto genere un ambiente incómodo entre nosotros en el trabajo.

El último paciente ha sido atendido y enviado arriba al quirófano, y es el turno de Sunny de encargarse del traslado. Me quedo en la zona de recepción, donde la tele de la pared muestra los gráficos de introducción de las noticias de la noche. Está sintonizada en GSB News, como siempre: aquí todo el mundo siente que tiene que apoyar a la cadena de Paul. «Paul es parte de la familia», dijo una vez la doctora Martínez.

Pero ahora, al escuchar el tema de las noticias en silencio, pongo los ojos en blanco discretamente. Luego, cuando Sunny regresa corriendo de los ascensores y sube el volumen, vuelvo a ponerlos en blanco. Creo que está un poco pillada de mi marido. Si ella supiera...

Los gráficos desaparecen y la imagen pasa al plató. Me acerco unos pasos, atraída por la pantalla, y luego me detengo. Algo no está bien. Observo cierta tensión alrededor de la boca de Paul. Tiene la mandíbula apretada, incluso cuando fuerza una sonrisa y dice su saludo inicial. Sus ojos, por lo general firmes y seguros, parecen un poco más oscuros, y se dirigen al teleprónter.

Entonces empieza a hablar. Sus manos, que forman un triángulo con los dedos juntos hacia arriba sobre el escritorio frente a él, tiemblan ligeramente.

Nerviosa, le quito el mando a distancia a Sunny y subo aún más el volumen.

—... en las colinas de Malibú. —La voz firme de Paul llena el aire—. Las autoridades están investigando el hallazgo del cadáver de una mujer en Malibu Canyon Road, la cual se cree que ha sido víctima de un atropello mortal en el que el autor se habría dado a la fuga. Ocurrió probablemente la semana pasada, en algún momento antes de que la tormenta del jueves azotara la zona.

Me quedo paralizada, con un escalofrío recorriéndome la piel a pesar del calor. No me parece real escuchar su tono firme y sereno relatando los detalles del horrible secreto que hemos estado guardando. Cada frase se retuerce como un cuchillo en mi estómago. Mareada y con náuseas, retrocedo hasta apoyarme en el mostrador de recepción.

La imagen cambia al reportero en el lugar de los hechos, y reconozco dónde está. Nunca olvidaré ese lugar. Está justo donde se acumuló la sangre a mis pies aquella noche.

—Aquí, en Malibu Canyon Road, conocida por sus curvas cerradas y sus escarpados barrancos, los investigadores están reconstruyendo lo sucedido —detalla el reportero, mientras yo jadeo, sin aliento—. Las pruebas encontradas en el lugar, entre las que se incluyen fragmentos de la parrilla de un coche, cristales rotos y salpicaduras de sangre, sugieren que la colisión se produjo antes de que descargaran las fuertes lluvias.

Sus palabras se difuminan mientras mi pulso se acelera y una oleada de náuseas me invade, aguda e implacable. Me cuesta respirar. Mi cara arde, luego se enfría, mis manos tiemblan mientras me agarro al borde del mostrador de recepción, desesperada por encontrar algo sólido a lo que aferrarme.

La voz de Paul regresa, acompañada de algunas imágenes de Malibu Canyon Road desde el lugar exacto donde ocurrió. Ahora vuelve a tener su aspecto normal, tranquilo y carismático, con la dosis justa de empatía y seriedad. Mi pecho se oprime por la culpa y el temor mientras el hombre en quien solía confiar relata con calma nuestro crimen como si fuera cualquier otra historia.

El estómago se me revuelve, y a duras penas consigo agacharme y buscar a ciegas la papelera debajo del mostrador. Mi cuerpo me traiciona, rebelándose contra la realidad que no estoy preparada para afrontar, y vomito en la papelera, débil y expuesta. El sabor acre

persiste, la bilis me pica en la garganta mientras intento recuperar el aliento.

Sunny viene corriendo a mi lado.

—Amanda, ¿estás bien?

No puedo mirarla. Aún no puedo hablar. Sigo agarrada al borde del mostrador, mirando fijamente la papelera. Me da unos pañuelos de papel y, luego, un vaso lleno de agua del dispensador, que ha traído enseguida el doctor Grant.

Humillada y temblorosa, me enderezo, manteniendo la mirada baja.

—Debo estar incubando algo —susurro—. Lo siento... ¡Qué vergüenza!

—Sabes que no tienes por qué disculparte por las funciones de tu cuerpo, ¿verdad? —dice Sunny, pasando la mano por mi espalda en un gesto tranquilizador.

El doctor Grant me observa, pero no dice nada.

Incluso después de que las náuseas hayan pasado, el pánico y la vergüenza se aferran a mí, apretándome la garganta. Me limpio la boca, con la mente dando vueltas, preguntándome cuánto tiempo más podré mantener la compostura en un mundo en el que la voz de Paul, tranquila y entrenada, oculta la pesadilla que compartimos mientras se la transmite a todo el mundo. En el fondo, sé que esto es solo el principio, y eso me aterroriza más que cualquier otra cosa.

Justo cuando el doctor Grant empieza a decirme que debería irme a casa por hoy, un pensamiento comienza a darme vueltas en la cabeza, como un animal enjaulado desesperado por liberarse.

«Tengo que encontrar una forma de salir de esto».

PAUL DAVIS

En cuanto entro por la puerta, veo a Amanda. Está de pie en el pasillo, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, el rostro pálido y la mirada dura. Siento una oleada de ira y miedo a la vez, que me invade antes de que pueda recuperar el aliento. ¿Cómo se atreve a juzgarme? No tiene ningún derecho.

Nuestras miradas se cruzan y, en un segundo, nos acercamos el uno al otro, susurrando en tonos urgentes y furiosos, apenas conteniendo la tensión que se ha creado entre nosotros.

—No podemos hablar aquí —sisea—. Tristan...

Miro hacia la sala de estar, donde mi hijo se ha quedado dormido viendo la televisión mientras estaba tumbado en el suelo; el sonido de los dibujos animados nos llega débilmente. Estamos atrapados. No hay ningún sitio donde enviarlo, ni siquiera por unos días, ni siquiera por una noche. El padre de Amanda, el curtido lobo de mar ese, está con su barco Dios sabe dónde, y mis padres se pasan el día trabajando en Nueva York.

—Está bien —digo entre dientes—. Pero baja la voz.

Ella se muerde la lengua para no replicar y veo cómo aprieta la mandíbula mientras lucha por mantener la compostura. Su rostro está tan pálido que parece que le hubieran succionado la vida. Así que ya somos dos.

—¿Qué creías que estabas haciendo —susurra con fiereza— al contarle en directo por televisión?

Está siendo irracional, y lo sabe.

—¿Crees que tenía otra opción? —le respondo—. No puedo ocultar una noticia cuando los productores me la dan. ¡Se darían cuenta! Estoy seguro de que otras cadenas también la tenían. —Me paso los dedos por el pelo—. Ahora ya se ha difundido. Y mañana encontrarán otro cadáver y esta mierda se olvidará. Esto es Los Ángeles, ¿recuerdas?

Me lanza una mirada asesina y aprieta los labios hasta convertirlos en una línea fina y dura.

—Sigue repitiéndote eso —dice, al fin—. ¿Te acuerdas de aquel policía? ¿El que se detuvo junto a nosotros cuando volvíamos a casa? Cuando vea las noticias, ¿no crees que atará cabos?

La idea me atraviesa como un cuchillo.

—Sí. Está eso... o encontrarán algo —digo finalmente, ahogado por la ola de ansiedad que se me está tragando entero—. Peinarán esa carretera, cada puñetero centímetro. ¿Y si dejamos algo atrás? No lo comprobamos...

—La lluvia —interrumpe ella, con voz temblorosa pero firme—. Lo arrastró todo. ¿Recuerdas? Llovió a cántaros durante horas. Todo lo que pudiéramos haber pasado por alto... ha desaparecido.

Sus palabras deberían tranquilizarme, pero no lo hacen. Solo logran que el miedo sea más intenso, más difícil de contener.

—No ha desaparecido. Encontraron trozos de la parrilla y sangre. ¿Y aquí? —pregunto en voz baja—. ¿Y si hay algo aquí? Podrían llamar a la puerta en cualquier momento con una orden de registro.

Sus ojos se agrandan al darse cuenta de lo que estoy pensando. Sin decir nada más, pasa corriendo a mi lado y entra en el cuarto de la lavadora. La sigo, con el pulso acelerado. Coge una botella de peróxido del armario de la limpieza, con las manos temblando, y le quita el tapón. Luego, le coloca el pulverizador de una botella de limpiacristales y se dirige al garaje.

—¡Amanda, para! —digo, tratando de sonar tranquilo—. Esa noche pasamos tres veces por el túnel de lavado. Apenas había sangre en el interior.

—¡Pero había un poco! —me espeta, rociando peróxido sobre un trapo—. Unas gotas. No lo vimos todo, no en el estado que nos encontrábamos, no..., no entonces. —Se sube al Cadillac, rocía los asientos y el salpicadero y luego frota los bordes del parabrisas agrietado, observando cómo el peróxido burbujea y hace espuma al depositarse en las grietas.

—Amanda, basta —susurro, con la voz quebrada—. Lo hemos revisado todo. El parabrisas se va a cambiar. Lo que quede será..., no es nada.

—Aún pueden encontrarlo. —Se echa hacia atrás, con las manos temblorosas, mientras mira fijamente los puntos donde el peróxido sigue burbujeando—. El peróxido no hace espuma a menos que

queme materia orgánica, como sangre o saliva. Así que aún hay *algo*. —El silencio entre nosotros es denso, opresivo, hasta que, por fin, ella dice—: ¿Y la ropa?

La ropa. Los zapatos. Las cosas que llevábamos puestas esa noche, metidas en la lavadora en medio del pánico. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Se lavó —respondo, con voz apenas audible—. Esa noche. Lo lavaste todo, ¿recuerdas? Incluso mi ropa interior.

Me mira con los ojos como platos y el miedo grabado en cada rasgo de su rostro.

—Una vez no es suficiente —replica con voz temblorosa—. Nunca es suficiente.

Sale disparada del garaje, dejándome paralizado en el sitio, y oigo cómo se abre la puerta del cuarto de la lavadora y cómo rebota con estrépito la tapa de la lavadora. Unos instantes después, vuelve del piso de arriba con los brazos llenos de ropa y sosteniendo el par de zapatos que llevaba yo esa noche. Lo deja todo en el suelo y empieza a rociarlo con peróxido, con movimientos frenéticos. Desesperados.

—¡Amanda, para! —le susurro, agarrándole la mano—. Vas a estropearme los zapatos. Que son de Hermès, joder. Te estás pasando.

—¡No me importa! —replica con voz ronca y los ojos vidriosos por el pánico—. ¡No me importa si se estropean! No podemos permitir que encuentren nada, Paul. Ni una gota ni una mota. Y la sangre se esconde. En las costuras, en los extremos de los cordones..., puede estar en cualquier sitio, y la encontrarán.

Está siendo irracional. Según su lógica, deberíamos tirarlo todo a la basura y ya está. Me vuelve loco cuando se pone así de frenética.

Vuelve a mojar los zapatos, apretando el peróxido hasta que empapa el cuero, hasta que las suelas gotean, con las manos temblorosas mientras busca cualquier señal, cualquier rastro que se nos haya escapado. Yo solo la observo, sintiendo cómo mi propio miedo me devora, como si cada burbuja que se desvanece, cada gota de peróxido, llevara consigo el peso de lo que podría pasarme.

Cuando por fin se detiene, me mira con el rostro pálido como un fantasma. Tiene las manos mojadas y los zapatos que sostiene apenas se reconocen, pues el cuero está manchado y empapado. Los deja sobre la alfombrilla de goma con un largo suspiro de agotamiento.

—Vale —dice, con una voz que apenas es un susurro—. Ya está.

Tiene que ser suficiente.

La puerta del cuarto se abre de golpe y me sobresalta. Amanda da un respingo y casi se le cae la botella de peróxido.

—¿Mamá? —Es Tristan, arrastrando los bajos de sus pantalones de pijama por el suelo y pisándolos, con los pies descalzos. ¿Qué estáis haciendo?

Amanda le sonríe, pálida como un fantasma.

—La colada, cielo. En un minuto terminamos. ¿Te apetece comer algo?

—Ajá —dice, cambiando el peso de un pie al otro, indeciso. Nos mira con el ceño fruncido por la preocupación—. Tengo hambre.

—Ve a ver los dibujos animados. Te prepararé algo en un momento —responde Amanda. Su voz suena normal, como si nada pasara.

Mi mujer es la mentirosa perfecta.

La puerta chirría al cerrarse. Entonces se oyen de nuevo los dibujos animados, un poco más altos que antes.

—Creo que con esto basta —dice, después de rociar con abundante peróxido la ropa que ha metido en la lavadora.

Cierra la tapa, programa el ciclo más largo y añade un aclarado extra. Seguro que la pondrá una y otra vez, igual que hice yo con el Cadillac en el túnel de lavado.

Nada parece suficiente. Ni la lluvia ni el peróxido ni el frotado ni el silencio. Es como si el miedo..., como si se hubiera infiltrado en nosotros, como una mancha que no podemos quitar por mucho que lo intentemos. Eso es lo que Amanda debe estar intentando desesperadamente limpiar de mi esmoquin Ralph Lauren destrozado, solo que no puede, porque nadie puede. Es ridículo que no se dé cuenta.

Y lo que me revienta es que no fue culpa mía. Esa mujer no debería haber estado allí a esas horas de la noche, vestida de negro. Joder, estaba pidiendo a gritos que la atropellaran.

Seguimos aquí, en el cuarto de la lavadora, con el aire impregnado del olor débil y acre del peróxido. Nos miramos fijamente, con la respiración entrecortada y acelerada. Desde algún lugar del pasillo llega la risa de Tristan, que imita la de los dibujos animados, un recordatorio de la vida a la que me aferro, de todo lo que tengo que perder.

Lo único en lo que puedo pensar es que esto no ha terminado. Ni

mucho menos.

AL JAZINSKI

Estoy a mitad de tomar notas cuando Ben Flannagan se aleja, con la mirada perdida hacia la vista del cañón desde su porche. Está casi completamente oscuro y se está levantando viento, formando pequeñas nubes de polvo. Su casa es la que está más cerca de la escena del crimen, justo al norte, pero hay casi dos kilómetros desde aquí hasta el lugar donde mataron a la mujer. De las personas con las que hemos hablado al sur de la escena, nadie ha visto ni oído nada, ni recuerda lo que oyó o vio. Los testigos son famosos por su falta de fiabilidad por una razón: la gente rara vez presta atención.

Flannagan es el típico habitante de Malibú: jubilado a los cincuenta años, bronceado por una vida de ocio, con el último Apple Watch brillando en su muñeca. El tipo de persona que ha visto mucho, pero que aún se anima con la emoción de algo fuera de lo común.

—Sí —dice finalmente, tocándose la barbilla con el dedo índice—. Vi algunos coches que se dirigían hacia el norte la noche de la tormenta. Eran bastante lujosos. Debía ser cerca de medianoche. Lo recuerdo porque justo después empezó a soplar el viento y luego se puso a llover, y yo estaba fuera, esperando a que mi hijo volviera a casa. —Se encoge de hombros y sonríe—. Cómo somos los padres, ¿eh?

Eckhart y yo intercambiamos una rápida mirada. Levanto una ceja y apunto: «Coches lujosos en dirección norte, a altas horas de la noche».

—¿Tarde, eh? ¿Podría concretar la hora?

Flannagan me mira y se encoge de hombros ligeramente.

—Entre las once y la una de la madrugada, quizá. Podría haber sido más tarde, pero no lo recuerdo con exactitud. Después de las diez, aquí suele estar todo en silencio, como en una tumba. Pero pasaron varios coches, todos de alta gama, todos pisando el

acelerador. También había gente con esmoquin, según me contó mi hijo. Famosos.

—¿Su hijo los vio? —pregunta Eckhart.

Él asiente.

—Sí, mi hijo, Kyle. Esa noche estaba trabajando en la gala para recaudar fondos para las campañas contra la conducción bajo los efectos del alcohol, en la universidad. Un gran evento, con gente elegante de todo Hollywood. Estaba aparcando coches, así que pudo ver bien quién iba y venía.

Una gala benéfica. Lo apunto en el margen del bloc de notas.

—¿A qué hora terminó esa noche?

Flannagan se rasca la cabeza, pensando.

—Dijo que el evento comenzó alrededor de las seis, así que supongo que estuvo trabajando hasta bien pasada la medianoche. Es posible que viera algunas caras famosas: gente de la televisión, actores, ya sabe a qué tipo de personas me refiero. Se pasó un par de días comentándolo, pero no le presté mucha atención.

—¿Le importa si hablo con él?

Flannagan asiente con la cabeza hacia la casa y luego llama a Kyle, que aparece un minuto después. Vestido con pantalones de chándal y camiseta, el chico es alto y desgarbado, con el pelo revuelto y una sonrisa tímida. Parece que preferiría estar en cualquier otro sitio menos aquí. Sus ojos se mueven rápidamente de Eckhart a mí y viceversa, como si estuviéramos a punto de detenerlo por algo.

—Hola, Kyle —empiezo, manteniendo un tono informal—. ¿Estuviste trabajando en la gala benéfica la semana pasada?

—Sí, toda la noche del jueves —responde, metiendo las manos en los bolsillos—. Estuve aparcando coches todo el tiempo. Fue en el campus de la universidad. El sitio estaba a reventar.

—¿Algo inusual esa noche? ¿Viste algo de camino?

Se encoge de hombros.

—La verdad es que no. Fui por Malibu Canyon Road sobre las cinco de la tarde, justo antes de que empezara el evento. Todo parecía normal. No vi ninguna señal de accidente, cristales rotos ni nada por el estilo. Y regresé a casa poco después de la una. Estaba diluviando. No vi nada.

—¿Recuerdas algún nombre? —le pregunto, con el bolígrafo en ristre—. ¿Algún famoso?

—Oh, sí, montones. Seguro que reconocería a la mitad de ellos. —

Sonríe, y su rostro se ilumina un poco—. Estaba la actriz que sale en la nueva serie judicial, Kelsie Crichton. La conoce, ¿verdad? —Niego con la cabeza, pero tomo nota—. Ah, también estaba Paul Davis, el presentador de noticias y todo su equipo, como su antigua compañera, Carly... Crown, creo, y la nueva, la que presenta las noticias con él ahora, la guapa, Latesha Jones. Y algún actor más de televisión y un par de directores. Davis incluso dio un discurso, así que todo el mundo estaba entusiasmado.

—¿Por qué estaban entusiasmados por un discurso? A mí esas cosas me dan sueño.

El muchacho suelta una breve carcajada.

—Se ve que dijo muchas palabrotas. Lástima que no nos dejaran escuchar.

—¿Nos? —inquire Eckhart.

Se encoge de hombros y mira el suelo un momento.

—A los aparcacoches. —Cuando me mira, está un poco ruborizado—. Pero conseguí buenas propinas.

No dejo que mi expresión cambie, aunque el nombre se me clava como una piedra en el estómago.

—Así que Davis dio un discurso, ¿eh?

Kyle asiente con la cabeza y su sonrisa se amplía.

—Sí, en realidad, es bastante enrollado. Muy diferente de la imagen que da en la televisión. Me dio una propina de veinte dólares.

—¿Estaba bebiendo? —quiero saber—. ¿Los demás conductores olían a alcohol?

Se ríe entre dientes.

—Casi todos, pero nadie se arrastraba a cuatro patas hasta su coche, si sabe a lo que me refiero. Teníamos un procedimiento que seguir si alguien estaba ebrio.

Solo asiento con la cabeza, tratando de no delatar el subidón de adrenalina que me hace querer salir pitando de aquí.

—Gracias por tu ayuda, Kyle.

Kyle asiente y da un paso atrás, luego me estrecha la mano apresuradamente, con los dedos húmedos y fríos como el hielo.

Flannagan me dedica una media sonrisa y me saluda con la mano, pero yo ya estoy volviendo al coche, con la mente a mil por hora.

En el coche, Eckhart me mira con las cejas levantadas.

—¿Y bien? —Cierro la puerta, mirando al frente mientras exhalo—. ¿Por quién crees que deberíamos empezar? —pregunta.

—Por el puñetero Paul —mascullo, mirando mis notas.

Dudo un momento, sabiendo que no tengo ninguna razón en particular para ir primero a por Davis, pero me parece lo correcto. *Quiero* que sea lo correcto, cuando, quizá, debería mantenerme alejado de él, sabiendo el daño que puede hacerme.

Pero a la mierda con eso. La idea de que él esté detrás de todo esto es más tentadora de lo que mi razón puede soportar. Podría liberarme de él y borrarle esa sonrisa de satisfacción de la cara con un solo tintineo de mis esposas.

Hago una búsqueda rápida en la base de datos del Departamento de Tráfico en mi teléfono.

—Davis vive al norte de aquí, en Oak Park. Y apostaría mi placa a que tomó esta carretera para regresar a casa después de la gala. El chico ha dicho que nadie estaba ebrio, pero... es imposible que Davis aguantase una gala entera sin tomarse unas copas. Nadie aguanta.

Eckhart se recuesta en su asiento y cruza los brazos.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos a por tu presentador de televisión favorito?

El sarcasmo no le sienta tan bien a Eckhart como él cree, y casi se lo digo. En lugar de eso, sacudo la cabeza, con la frustración a flor de piel. Aunque me sienta tentado, no voy a dejar que mis prejuicios personales arruinen una investigación, pero, si resulta que Davis está detrás de esto, me aseguraré de que no se salga con la suya.

—Todavía no. No podemos actuar contra él sin un proceso, sin una causa. Ya sabes cómo funciona con la gente como él. Tendremos que ir con cuidado, con mucho cuidado. Hay que tratar a este tipo con guantes de seda, Eckhart. Es peligroso y tiene gente que lo protege.

Eckhart resopla, con la voz cargada de sarcasmo.

—Peligroso, ¿eh? No sabía que los presentadores de noticias dieran tanto miedo.

—¡Este sí! —le respondo, con más dureza de la que pretendía. Todavía recuerdo sus notas durante mi entrevista. No utilizó lo que sabía cuando tuvo la oportunidad, y todavía no sé por qué. Pero estoy seguro de que no dudaría en esgrimir el historial de mi mujer en mi contra si se viera entre la espada y la pared. Sin embargo, no puedo contárselo a mi compañero—. Sabe cómo manipular las cosas, cómo manejar al público. Si nos precipitamos, conseguirá que parezca que queremos hacer sangre. Tenemos que investigar, conseguir una lista

de todos los que asistieron al evento y quizá algún vídeo. Quiero saber exactamente cuándo se marchó cada uno de los invitados, dónde viven y si tomaron Malibu Canyon Road para regresar a casa esa noche. Alguien tuvo que ver algo.

Eckhart mira por la ventana, con la mandíbula tensa mientras lo medita.

—Pues iremos despacio. Muy despacio. Entendido.

—Mejor eso que no que nos den una paliza por un arresto precipitado —murmuro, tamborileando con los dedos en el volante, y me pregunto qué puedo decirle a Eckhart—. Este tipo tiene contactos. Lo conocí en persona y lo sé. No quiero dar un paso en falso y que nos hunda. Es de los que nos demandarían solo para divertirse. Pero sí quiero tantear el terreno..., hacerle una o dos preguntas preliminares. Él era el organizador de la gala, ¿verdad? Usa eso si necesitas una excusa para empezar por él.

Eckhart arquea una ceja.

—Parece un auténtico hijo de puta.

Suelto una risa amarga.

—No tienes ni idea.

Eckhart toma algunas notas en la *tablet* y me mira con una sonrisa burlona.

—¿Te importa encargarte tú solo de él mañana? —le pregunto—. Tengo cita con el dentista. —La mentira me sale con facilidad.

Él se ríe y pone los ojos en blanco.

—Sí, claro, como si me lo fuera a tragar. Pero no pasa nada, Al, lo entiendo si tienes cuentas con pendientes con ese tipo. Seré muy suave y amable. Ni siquiera se dará cuenta de lo que le ha pasado.

Esbozo una sonrisa sombría mientras arrancamos y las luces de la residencia Flannagan desaparecen por el retrovisor. Mi mente ya está barajando todas las pistas que debemos seguir: la gala, la lista de invitados, los coches de lujo que pasaron por el lugar justo antes de que estallara la tormenta. La forense, para que nos dé la hora exacta de la muerte.

Y la identidad de la víctima. ¿Quién era esa mujer? ¿Y por qué no hay nadie buscándola?

PAUL DAVIS

El fin de semana pasó volando, devorado por la ansiedad y las innumerables discusiones a susurros con Amanda. Esa mujer es el ejemplo perfecto de la rigidez mental. Su foto debería aparecer en el diccionario bajo la definición de *intransigencia*, joder.

Foster Vía Rápida se presentó el lunes por la mañana después de dejarme plantado el sábado y también el domingo, sin ni siquiera una llamada telefónica. Aparcó su cutre Chevy en mi entrada y me hizo sacar el Cadillac de alquiler del garaje para tener espacio para sus reparaciones. Ahora está colocando sus cajas de herramientas en el suelo del garaje, alineándolas contra la pared.

—Lo tengo casi todo —dice, hablando despacio.

—¿Casi? —Podría estrangularlo ahora mismo.

Tiene el descaro de reírse de mí.

—No te molestaste en mencionar ese embellecedor agrietado que hay justo ahí, encima del parachoques. —Imperturbable, sigue descargando cosas.

Su silencioso trabajo provoca otra pelea con mi mujer.

—¡Ni hablar! —sisea ella, mirando de reojo a ambos lados de la calle—. Ese hombre no puede estar trasteando con tu coche ahí dentro todo el día. ¿Qué dirán los vecinos? ¿Y si te preguntan qué estás haciendo? Llévalo a ese sitio de Westwood, a última hora de la noche, cuando nadie te vea.

Estamos justo fuera del garaje, con la puerta doble medio bajada para mantener alejados a los fisgones. Levanto los brazos en el aire y luego los dejo caer, frustrado.

—¡No puedo andar por ahí con un coche accidentado con la cantidad de cámaras de tráfico que hay y esperar que no me echen el guante! —Ojalá pudiera gritarle tan fuerte que las ventanas vibraran—. Quieres que me pillen por esto, ¿verdad? —le pregunto,

susurrando mi rabia cerca de su cara. Ella ni se inmuta—. ¿Eso es lo que buscas?

—No, solo...

—Oye, me las piro —dice Vía Rápida, saliendo del garaje—. Os dejo un rato para que os aclaréis.

Joder. Quiero que trabaje en ese coche como si no hubiera un mañana. Mi querida Amanda nunca deja de joderme las cosas.

Foster se apoya contra el muro de la casa, con sus abultados bíceps a pocos centímetros de mi cara.

—Pero quiero mi dinero ahora.

No tiene sentido discutir. Entro en el garaje y regreso con un grueso sobre de papel manila. Lo coge y mira dentro, luego levanta una ceja e inclina la cabeza como diciendo «¿En serio?».

—Ahí tienes veinticinco mil —digo con calma—. El resto te lo daré cuando el coche esté como nuevo. Ese era el trato.

No me gusta cómo se le tensan los músculos bajo la piel cuando aprieta la mandíbula. Se guarda el sobre en la parte trasera de sus vaqueros gastados y sucios y masculla una palabrota.

—Estaré aquí el miércoles a primera hora. A ver si os habéis aclarado, ¿vale? Última advertencia.

Amanda lo mira con la boca ligeramente abierta. Yo hago todo lo posible por mantener la calma, pero me cuesta. Foster se sube a su Chevy y enciende el motor. Una fuerte música rap retumbante suena a todo volumen desde el interior de la camioneta.

Amanda me aprieta el brazo y me giro para mirarla. Mientras tanto, un Ford Explorer negro se detiene frente a mi casa. Tiene luces rojas y azules ocultas en la parrilla. Se me corta la respiración.

Me cago en todo.

Un hombre de unos treinta años, vestido con un traje gris barato, se apea del coche y se acerca a nosotros, mirando a Foster con gran recelo. Foster también lo mira, pero luego da marcha atrás rápidamente y se va.

Echo un rápido vistazo por encima del hombro. La puerta del garaje está medio bajada, lo suficiente para ocultar el segundo Cadillac, pero el ángulo podría delatar algo si este tipo se fija demasiado. Se me acelera el pulso.

Después de observar con atención el Chevy de Foster, que se aleja, el hombre se acerca y saca una placa de su bolsillo.

—¿Paul Davis? —Trago saliva y asiento—. Inspector Perry

Eckhart, policía de Los Ángeles. ¿Tiene unos minutos? —Su voz es informal, pero su mirada no lo es en absoluto. Sus ojos pasan de mí a Amanda, a quien parece reconocer. Mis nervios se disparan.

¿De qué conoce a mi mujer?

Entonces dirige la vista a la camioneta de Foster, que ahora se encuentra a mitad de la calle y se acerca a la esquina. Me sorprende a mí mismo deseando que Foster no elija este momento en particular para saltarse la señal de *stop*.

—Inspector —digo, esbozando mi mejor sonrisa profesional—, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre su regreso a casa la noche de la gala benéfica —dice, señalando con la cabeza el Cadillac que está fuera del garaje. Su tono es bastante amistoso, pero hay un brillo en sus ojos del tipo que revela que es más observador de lo que aparenta.

—Por supuesto —digo, mirando a Amanda, que está pálida, con los labios rígidos mostrando una sonrisa educada. Doy un paso adelante con naturalidad, colocándome de modo que Eckhart no pueda ver el interior del garaje—. Supongo que me pregunta por la mujer que encontraron ayer, ¿verdad?

—Exacto. —Su actitud es relajada y cómoda, pero sus ojos dicen lo contrario.

—En realidad, fue un viaje tranquilo. Salimos tarde y tomamos Malibu Canyon Road para volver a casa.

Él asiente con la cabeza y se acerca unos pasos. Yo me muevo un poco, tratando de bloquear su avance hacia el garaje. Pero él no mira en esa dirección, sino hacia el Cadillac alquilado que está en la entrada.

—Un viaje de vuelta largo —dice, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Algún problema en el trayecto? ¿Vieron algo fuera de lo normal? ¿Algún problema con la lluvia esa noche?

Amanda y yo intercambiamos miradas.

—No, nada fuera de lo normal —digo, manteniendo un tono de voz tranquilo—. Llegamos a casa alrededor de la una, diría yo, justo antes de que empezara a llover fuerte.

—Entonces, ¿no llovía cuando se marcharon de la gala? —Eckhart me estudia con expresión impenetrable y siento un hilo de sudor que me resbala por la espalda.

—No, no llovía —dice Amanda—. Lo recuerdo bien, porque

esperamos mucho tiempo a que nos trajeran el coche. Nos habríamos empapado.

El policía da otro paso hacia el coche de alquiler y lo mira con atención, caminando despacio a su alrededor.

—Entonces, este Cadillac —dice, señalando el capó—, ¿es el que llevaban esa noche?

—Y también a la mañana siguiente —respondo, con demasiada rapidez. Es como si mi cerebro se negara a mentir y ofreciera esta afirmación en su lugar, porque es cierta. Siento un nudo en el estómago, pero mantengo la compostura—. De hecho, si no me cree, puede comprobar las cámaras de vigilancia del aparcamiento de Golden State. Tienen imágenes mías en el coche a la mañana siguiente, e imágenes de todo el personal de nuestra cadena. Estoy seguro de que el local de la gala también tenía cámaras de vigilancia.

Él asiente despacio, entrecerrando los ojos mientras lo considera.

—Es bueno saberlo. Quizá valga la pena investigarlo. Había mucha gente allí esa noche.

—Sí, fue todo un éxito —digo, mostrando mi sonrisa poderosa y fingiendo entusiasmo—. Recaudamos más de cinco millones de dólares esa noche. Es un récord para nuestra organización.

—¿Vio a alguien conduciendo en estado de embriaguez?

—No —respondo demasiado rápido. Quiero darme de tortas.

Los ojos de Eckhart se dirigen al vehículo y luego vuelven a mí, imposibles de descifrar.

—Bien, gracias por responder a mis preguntas. Si se les ocurre algo más, llámenme. —Me tiende su tarjeta de visita, que cojo y guardo en el bolsillo. Luego nos damos la mano.

—Ningún problema —digo, relajando un poco los hombros—. ¿Algo más?

—No —responde con voz titubeante, como si algo lo estuviera frenando—. En estos casos, siempre son los pequeños detalles, ¿sabe? Algo en lo que nadie pensó.

Sonrío mientras el sudor me corre por la espalda.

—Me lo imagino.

Él no me devuelve la sonrisa, solo asiente una vez, un poco demasiado despacio, como si estuviera esperando a ver si me derrumbo ante el silencio. Pero me mantengo firme, con el corazón aún acelerado, mientras sigo con mi mejor cara de póquer. Por fin, da un paso atrás y echa un último vistazo a la puerta del garaje antes

de girarse hacia la calle. Desde su posición, solo se ve la parte trasera del Subaru de mi mujer, pero la puerta del tercer garaje está cerrada.

Da unos pasos por el camino de entrada, pero luego se detiene y se gira ligeramente.

—Una cosa más —dice, mirándome a los ojos—. Su amigo, el de la camioneta. Parecía un tipo interesante. ¿Trabaja con él?

Mi pulso se acelera, pero me encojo de hombros con indiferencia.

—¿Ese? Es nuestro manitas —digo, restándole importancia—. Me ayuda en el jardín de vez en cuando.

Eckhart levanta una ceja y asiente despacio.

—Muy bien. Me pondré en contacto si surge algo más.

Esbozo una sonrisa con los labios apretados y asiento con la cabeza.

—Por supuesto, inspector. Ya sabe dónde encontrarme.

Tras una última mirada prolongada, regresa a su coche. Me obligo a mantener la calma, con los brazos relajados a los lados, aunque mi mente va a mil por hora. En cuanto arranca, miro a Amanda, que ha estado todo el rato a mi lado con expresión rígida.

—Ha estado cerca —susurra con voz tensa, sin apartar la mirada de la entrada, como si esperara que el policía regresase.

Asiento con la cabeza y trago saliva.

—Sí, demasiado cerca.

Y ha tenido que encontrarse con Foster, de entre todas las personas. Últimamente, la suerte me trata como el culo. Lo investigará, descubrirá en qué anda metido... y no necesitará mucho más para conseguir una orden de arresto. Seguro que puede pillar a Foster por algo y luego presionarlo hasta que confiese todo sobre nuestro pequeño trato.

La idea me paraliza de miedo.

Nos quedamos mirando hasta que el coche de Eckhart desaparece por la carretera, pero, incluso entonces, no puedo quitarme la sensación de que sus ojos siguen sobre nosotros, esperando un paso en falso.

Volverá. Lo sé.

Todo esto se está desmoronando rápidamente. Necesito pensar...

Necesito un abogado.

PAUL DAVIS

Después de que el coche de Eckhart gira la esquina, Amanda y yo entramos en el garaje. Ambos estamos en silencio y tensos. Siento un nudo en el estómago por el miedo. No recuerdo haber tenido tanto miedo en toda mi vida. No puedo ir a la cárcel. Ni siquiera puedo pensar en lo que haré si empiezan a sospechar de mí. Perdería todo por lo que he trabajado.

Y eso no puede suceder, joder. Cueste lo que cueste.

Me apresuro a cerrar la puerta del garaje una vez que los dos estamos dentro. La luz del día se desvanece con el descenso de la puerta y pronto nos envuelve la luz amarillenta que proviene de las lámparas del techo. Estoy a punto de abrir la puerta del cuarto de la lavadora para dirigirme a la sala de estar, donde los dibujos animados de Tristan suenan demasiado alto, pero Amanda me bloquea el paso. Está furiosa, con los labios apretados y los ojos muy abiertos.

—¿En qué narices estabas pensando? —me pregunta, casi gritándome, y se apoya las manos en las caderas—. ¡No deberías haber dicho eso!

Frunzo el ceño, odiando cómo me hace sentir esta mujer, como si fuera un idiota.

—¿A qué puñetas te refieres?

—¡Las cámaras de seguridad del estudio! —Hace una pausa, respirando con dificultad—. Has dado demasiado, demasiado pronto.

Me burlo, frustrado como el demonio.

—Todo el mundo sabe que los policías revisan las cámaras de vigilancia. Sale en todas las series policiacas, joder.

—Sí, pero lo has propuesto muy rápido. Eso revela que ya lo habías pensado. Como haría una persona culpable.

Siento cómo se me va la sangre de la cara. Una debilidad se

apodera de mí, dejando a su paso una ola de pánico, y tengo que apoyarme en el capó de su Subaru para recuperar el equilibrio.

Me obligo a respirar, a pensar con claridad, mientras mis ojos se desplazan hacia el Cadillac accidentado que está aparcado en la tercera plaza del garaje. Pero no tengo nada de qué preocuparme. El coche de alquiler es idéntico al mío, hasta en el más mínimo detalle. Las ventanas tienen un tinte ligeramente más oscuro que las mías, cierto, pero ¿quién va a darse cuenta? Por eso cambié los neumáticos y todo lo demás. Ese tal Eckhart verá los vídeos, aunque piense que le he dado esa información demasiado rápido, y verán que es el mismo coche, así que tacharán mi nombre de la lista. Fin de la historia.

No tendré ningún problema.

—¿Y? —respondo, con el tono más despreocupado que puedo—. ¿Qué más da? Verán...

Amanda suspira, una larga exhalación apenada, como hace con Tristan cuando el niño la decepciona.

—La pegatina para aparcar, Paul.

Se me huela la sangre.

—Joder... Se me había olvidado eso.

Amanda niega con la cabeza y entra en casa. Cuando abre la puerta, se cuecen los sonidos de la televisión, y las carcajadas de los dibujos animados reflejan cómo me va la vida en estos momentos.

—¿Crees que se darán cuenta? —pregunto en voz baja, aunque Tristan ya se ha ido al colegio.

Ella se encoge de hombros y me mira con lástima.

—No lo sé, Paul. Lo único que sé es que aún puedes hacer lo que debes y salvarte a ti mismo, *salvarnos* a todos de esta pesadilla. Cuando se den cuenta, será demasiado tarde.

La rabia me invade el pecho y me ahoga. Golpeo el marco de la puerta con el puño. Estoy atrapado, acorralado, sin salida.

—Está bien —digo finalmente—. Buscaré un abogado.

Ella me mira con un desprecio abrasador.

—Hoy, Paul. Busca un abogado hoy mismo.

AL JAZINSKI

Eckhart se reclina en su silla, con la *tablet* en la mano, y se desliza por las imágenes de la gala benéfica. Aprieta los labios y entrecierra los ojos mientras estudia cada fotograma. Yo estoy frente a la pizarra, rotulador en mano, dibujando en el mapa que cogí de la pared de la cafetería, al estilo antiguo, bajo la mirada de desaprobación de Eckhart. Una estrella para el lugar del evento. Malibu Canyon Road, serpenteando hacia el norte en dirección a la autopista 101. Una serie de direcciones numeradas por toda la ciudad marcadas con puntos rojos: la red de posibles sospechosos se complica por momentos.

Y estas son solo las personas que nos constan. No podemos tener en cuenta a los viajeros que podrían haber pasado por Malibu Canyon Road esa noche sin haber asistido a la gala.

—Tenemos marcas de tiempo claras de la mayoría de los principales asistentes a la gala —explica Eckhart, con voz baja y concentrada—. Tu hombre, Davis, se marchó a las doce y cuarto en su Cadillac negro. Su jefe se fue diez minutos antes, en la misma dirección. Una actriz, justo después de Davis. Carly Crown, su antigua copresentadora de las noticias, se fue a las once y cincuenta y ocho en un BMW rojo. Le siguieron dos productores de Hollywood y, aquí viene lo bueno, dos de los miembros de la junta, uno de ellos en dirección sur, así que ese no cuenta. Pero estos son solo los que se marcharon tarde. Entre las diez y las once y media se marcharon unos cien más.

Inclina la *tablet* para que pueda ver las imágenes granuladas. Una fila de faros sale del aparcamiento, uno tras otro, y es imposible no imaginarlos serpenteando por Malibu Canyon Road bajo ese cielo negro salpicado de relámpagos.

Anoto los nombres en la pizarra debajo de donde he escrito «Ruta Malibu Canyon».

—Siete personas —murmuro.

—Siete personas que tomaron esa carretera hacia el norte entre las once y media y las doce y media, según muestra la cámara de tráfico del semáforo. Y empezó a llover a las...

—Las doce y treinta y siete —interrumpe Eckhart—. Eso es lo que dijeron los del Servicio Meteorológico. Al principio fue una lluvia ligera y luego se intensificó. Entró desde el océano.

—Así que el margen es estrecho —digo, trazando una línea en la cronología—. El accidente tuvo que ocurrir antes de que empezara a llover. La forense dijo que el suelo estaba seco debajo del cuerpo de la víctima. La arrojaron al barranco antes de la tormenta. —Eckhart arquea una ceja—. Tiene que ver con la actividad de los insectos.

—Vale, pero ¿cómo sabemos que no la mataron antes? ¿A las siete, a las nueve o a cualquier otra hora?

Aprieto el puño hasta que me crujen los nudillos.

—No lo sabemos. Estamos haciendo una suposición. Un accidente más temprano habría tenido testigos. Alguien habría visto algo. Como mínimo, la mancha de sangre en la calzada.

Eckhart asiente con la cabeza y deja a un lado la *tablet*.

—Supongamos que fue un accidente —comienza, inclinándose hacia delante—. La mujer camina por la carretera, sin farolas, en la más absoluta oscuridad. El conductor no la ve hasta que es demasiado tarde.

—La atropellan —continúo con la idea, con voz inexpresiva—. Muere en el acto. No hay posibilidad de ayudarla. Pero se detuvieron. La víctima no se cayó al barranco sola.

—Correcto —dice Eckhart—. Pero entonces, en lugar de llamar a la policía, se asustan. Arrastran el cuerpo fuera de la carretera y lo arrojan al barranco. Para que parezca una caída, tal vez, o simplemente con la esperanza de que nadie lo encuentre. Ese tipo de conmoción..., se necesitarían unos minutos para poder pensar con claridad.

—¿Diez minutos? ¿Quince? —Me paseo delante de la pizarra, golpeando la palma de la mano con el rotulador—. El tiempo suficiente para que la carretera estuviera despejada, pero no tanto como para que los pillaran allí sentados si pasaba alguien más. Sobre la una y diez, cuando Kyle Flannagan regresaba a casa bajo la lluvia torrencial, todo había terminado.

—Ajá... Me gusta esto. Podemos mirar los intervalos de tiempo entre las salidas hacia el norte desde el recinto. Ver quién tuvo

tiempo de hacer todo esto sin que lo viera el siguiente coche. —Se rasca la barbilla, pensativo—. O tal vez necesitaron menos de diez minutos —añade Eckhart con tono sombrío—. Algunas personas no se quedan paralizadas en el momento, sino que actúan y se ponen manos a la obra. ¿Dos minutos?

Dejo de dar vueltas y me quedo mirando la pizarra.

—¿Y luego qué? ¿Siguieron camino a casa como si nada hubiera pasado?

—Exacto —opina Eckhart, señalando el nombre de Davis—. Salió del recinto a las doce y cuarto. Con el trayecto hasta el lugar de los hechos, serían entre las doce y veintiséis y las doce y media. Justo antes de que empezara a llover a las doce y treinta y siete. Encaja. Más o menos.

—¿Por qué más o menos?

—Porque su coche está intacto. Dijo que lo llevó al trabajo a la mañana siguiente. Parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Y tú le creíste? —Mi compañero aún es joven. A mi edad, sé que la gente miente. Mucho. Acerca de todo.

—Yo mismo vi el coche. Está impecable. Sin daños. Se nota que no lo han reparado hace poco. Está cubierto de polvo por todas partes.

—Mierda. —Respiro hondo, con un nudo cada vez más apretado en el estómago—. Davis vive al norte del cañón, pero también otras seis personas de este grupo, y no hemos visto sus coches. ¿Quién dice que los seis se fueron directos a casa desde el lugar del evento, o que algunos de los otros cien tampoco? A lo mejor se quedaron en Malibú, fueron a repostar o algo así, y luego subieron por Canyon Road, después de Davis. —Mientras digo estas palabras, siento una pizca de pesar por no poder endosarle la responsabilidad a ese arrogante hijo de puta—. No podemos actuar sin pruebas.

—Pues vamos a conseguirlas —resuelve Eckhart, enderezándose—. Tenemos marcas de tiempo. Rutas. Hagamos un mapa de todos los invitados a la gala benéfica que tomaron Malibu Canyon Road esa noche y veamos las marcas de tiempo al otro lado. Hay un hotel al norte de la carretera. Estoy dispuesto a apostar más que un donut a que tiene cámaras. Veamos quién tardó demasiado en subir por el cañón.

Asiento con la cabeza, retrocedo hacia la pizarra y añado más líneas y conexiones. Los nombres se acumulan: Davis, su jefe, Crown

y los otros productores, la actriz esa, el miembro de la junta. Es una telaraña, desordenada y extensa, pero es un comienzo.

Eckhart inclina la cabeza, observándome trabajar.

—Crees que fue Davis, ¿verdad?

Hago una pausa y me giro para mirarlo. Puedo ser sincero con mi compañero, pero solo hasta cierto punto.

—Mi instinto me dice que fue él, pero las pruebas no lo respaldan. Encaja en el perfil: un tipo al que le entraría pánico, pero que borraría sus huellas; alguien que carece de empatía y remordimientos, que se gana la vida haciendo daño a la gente en su programa y disfruta con ello. Como todos los demás, tiene mucho que perder si esto sale a la luz. Aun así, no tenemos nada contra él.

Eckhart suelta un silbido por lo bajo.

—Eso nunca nos ha detenido.

Asiento despacio y tapo el rotulador.

—Necesitamos el informe completo de la forense antes de presionar demasiado. No hagamos suposiciones hasta que sepamos con certeza lo que pasó. Pero al menos tenemos una buena hora de la muerte.

Eckhart se reclina de nuevo y se pasa la mano por el pelo.

—¿Crees que fue solo mala suerte? ¿El lugar equivocado en el momento equivocado?

Dudo, observando el tablero y las líneas que se entrecruzan entre el cañón y la ciudad.

—Tal vez. Pero la mala suerte no arroja un cuerpo a un barranco.

La sala se queda en silencio, solo se oye el leve zumbido del aire acondicionado y el suave murmullo del ordenador de Eckhart. Echo un vistazo al calendario de la pared. Ya han pasado dos semanas desde que ese río atmosférico azotó la ciudad. Cuanto más se alargue este caso, más temo que acabe en la pila de expedientes sin resolver, y no puedo permitir que eso suceda. De una forma u otra, vamos a encontrar lo que nos falta, y, cuando lo hagamos, me aseguraré de que quienquiera que haya hecho esto no se vaya de rositas.

Y, si me acompaña un poco de suerte, el culpable resultará ser Paul Davis.

AMANDA DAVIS

No hay cantidad de corrector posible que pueda ocultar las ojeras bajo mis ojos. Ni la hinchazón de la hora que pasé haciendo las tareas domésticas y llorando, manteniendo el ruido lo bastante bajo como para que Tristan no me oyera. No puedo ocultar todo eso con maquillaje, no a mi padre.

Hago una pausa y miro hacia fuera. Aún no ha llegado, pero nunca llega tarde.

Mi pecho se agita mientras contengo un sollozo. Hace dos meses que no lo veo, desde que zarpó con su buque mercante, el Sea Titan. Estos dos meses han sido insoportables. Hemos hablado un par de veces desde la noche del accidente, pero no pude contarle lo que había ocurrido, por mucho que quisiera hacerlo. No encontré las palabras ni el momento adecuado.

Cuando suena el timbre, me sobresalto y se me cae el pintalabios en el lavabo, dejando una mancha roja en la porcelana blanca. Lo dejo y corro hacia la puerta.

Veó la cara de papá a través de las ventanas laterales y siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Ha perdido algo de peso esta vez. Sus pómulos están más marcados y tiene la piel quemada por el sol. Sus cejas son gruesas y algo rebeldes, y su alborotado cabello blanco, más largo de lo que recuerdo. Aún no habrá ido a ver a su peluquero.

Abro la puerta de un golpe y me lanzo a sus brazos. Su abrazo es firme y seguro, y por un momento vuelvo a sentirme a salvo. El aroma de su *aftershave* me invade la nariz, intenso y reconfortante a la vez. Pero entonces me aparto de mala gana. El momento de absoluto consuelo y seguridad se desvanece, y el miedo vuelve con fuerza.

—Pasa —le digo, apartándome—. Te he echado de menos. —Mi voz suena un poco extraña.

Su mirada penetrante me escruta, su frente se arruga con

preocupación.

—¿De verdad? Podrías haberme engañado.

Su intento de humor no funciona. Está preocupado y las preguntas están por llegar. Me entretengo en la cocina, sirviéndole una taza grande de café preparado a su gusto: denso y sin leche.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

Da un sorbo al café, se relame los labios y deja la taza sobre la mesa.

—Un par de semanas, y luego volveré a Shanghái.

—¿Esa es tu ruta ahora? —le pregunto, preparándome un expreso. Estoy de espaldas, lo que me da tiempo para recuperar la compostura.

—Sí, ya hace un tiempo. —Da otro sorbo—. Pero no es por eso por lo que estoy aquí, ¿verdad?

Apago la cafetera sin haber espumado la leche. Simplemente la vierto sobre el café y me siento a su lado en la barra.

—No —digo en voz baja, apretando las manos—. Quería saber si podrías quedarte con Tristan durante una semana más o menos.

Sus dedos me levantan la barbilla con delicadeza. Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Qué pasa, Mandy? —Su voz es firme, pero deja traslucir su preocupación.

Me escuecen los ojos y aparto la mirada. Solo él me llama así.

—Venga, venga —dice con suavidad, secándose una lágrima que se desliza por mi mejilla—. Mírame. ¿Qué pasa?

Me lleno los pulmones de aire y me tranquilizo.

—Solo..., solo necesito un poco de tiempo, eso es todo.

Cruza los brazos, se inclina hacia atrás y exhala con fuerza.

—De acuerdo. Me quedaré aquí sentado y fingiré creerlo. Cuando estés lista para recordar quién soy, puedes decirme la verdad. —Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja mientras yo miro la taza de café que sostengo entre las manos—. Puedes contarme cualquier cosa, pequeña. Eres mi niña. ¿Te está engañando otra vez?

Niego con la cabeza, sin atreverme a decir mentiras. Tras un largo momento, levanto la vista y lo miro, sabiendo que él nunca me juzgaría. Nunca me culparía. Aun así, lo único que consigo es envolver el secreto que no puedo compartir con una fina capa de verdad.

—Hemos tenido algunos... problemas.

—¿Discutís mucho?

Asiento con la cabeza.

—¿Se puede arreglar?

—No... No lo sé.

—¡Abuelo! —grita Tristan desde lo alto de las escaleras, y luego baja corriendo, saltándose el último escalón y aterrizando con un golpe sordo. Veo cómo se suaviza el rostro de papá y abre los brazos justo a tiempo para atrapar a Tristan cuando se lanza hacia él.

—¡Hola, chaval! —dice papá, riendo mientras levanta a Tristan—. ¿Me echabas de menos?

Tristan sonríe ampliamente, mostrando los dientes.

—¿Qué me has traído? —pregunta, retorciéndose en los brazos de papá.

Los observo con el pecho oprimido. No puedo perder a mi hijo. Cueste lo que cueste.

Papá baja a Tristan y saca un pequeño objeto de su bolsillo. Tristan lo agarra con entusiasmo, lo gira y le da la vuelta entre sus manos.

—¿Qué es? —pregunta con voz llena de curiosidad.

—Es una brújula —explica papá—. Te dice dónde está el norte. Una vez que tienes el norte localizado, ¿qué más puedes saber?

Los ojos de Tristan se iluminan.

—¿Cómo volver a casa?

Papá sonríe, lo abraza con fuerza y le da un efusivo beso en la mejilla. Tristan se ríe y se libera, pero no demasiado rápido, como si disfrutara de la atención más de lo que quiere admitir.

—¿Quieres ver lo que he encontrado? —pregunta Tristan, metiendo la mano en el bolsillo.

La forma y los colores del objeto hacen que me dé un vuelco el corazón. Me muevo antes de darme cuenta, pero no lo bastante rápido. Papá ya lo tiene en la mano: el preciado hallazgo de Tristan en el suelo del garaje.

—¿Qué es? —pregunta papá, examinando la insignia rota del Cadillac. Le falta una esquina, una de las secciones rojas ha desaparecido. Entrecierra ligeramente los ojos mientras le da la vuelta.

—Lo encontré en el suelo —dice Tristan con orgullo—. Mola, ¿eh?

Papá me dirige una mirada penetrante e inquisitiva.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta en voz baja.

Me obligo a sonreír y extendiendo la mano.

—Tristan, tienes que devolver eso. No es un juguete.

Tristan duda con cara de decepción, pero me lo da. Cierro los dedos alrededor de los bordes irregulares, y las esquinas afiladas se me clavan en la palma de la mano.

—Ve a hacer la maleta, cariño —le digo, y luego lo miro mientras sube las escaleras, abatido.

Papá endereza la espalda, con una expresión indescifrable.

—Por supuesto que me lo llevaré —dice con voz queda—. Nos lo pasaremos muy bien mientras tú decides qué debes hacer respecto a... todo esto. —Hace un gesto vago, pero su significado es muy claro.

Cuando se marchan unos minutos más tarde, me cuesta mucho no aferrarme a ambos. Pero, una vez que se cierra la puerta detrás de ellos y el coche de papá sale del camino de entrada, exhalo un suspiro tembloroso.

Lo difícil solo acaba de empezar. Paul se va a reunir hoy con un abogado. Y ya sé cómo va a ir. Va a encontrar la manera de venderme.

Necesito un plan para salvarme.

PAUL DAVIS

«¿Qué les pasa a estas mujeres?».

Esa idea me ronda por la cabeza mientras estoy sentado educadamente y escucho a la abogada que cobra mil dólares la hora sermonearme sobre lo que está bien y lo que está mal, salpicando su discurso con jerga legal. He oído el mismo discurso de mi mujer más de una vez. Qué forma de malgastar el tiempo y el dinero.

Naomi Hedman está apoyada en su mesa, en su elegante oficina de Santa Monica Boulevard. Su traje azul marino a medida resalta su figura de reloj de arena. Debe tener los brazos muy delgados, porque su americana es el equivalente en la parte superior del cuerpo a unos vaqueros ajustados. La blusa blanca que lleva debajo le da un aspecto formal. Su melena castaña podría suavizar su actitud implacable si no fuera por la expresión firme y serena de su rostro. En sus ojos veo el juicio que se ha formado sobre mí, y no es nada halagador.

Tampoco es lo que he venido a buscar en esta luminosa y temprana mañana de miércoles, demasiado temprano para mi gusto. Me he tomado el día libre para encargarme de todo lo que tengo que hacer.

Sus penetrantes ojos parpadean cuando frunzo el ceño. Rápidamente deja de darme su sermón sin sentido.

—Señor Davis, permítame que deje esto muy claro. Mientras no haya una orden de arresto contra usted, mientras la policía no llame a su puerta, aún puede negociar, porque tiene ventaja. Una vez que no la tenga... —Hedman hace un gesto desdeñoso con su mano de manicura perfecta.

—Ya me lo ha dicho —respondo con impaciencia—. Da igual lo bien que podamos negociar esto, me destrozaría.

Ella asiente despacio, sin parecer convencida.

—Quizá su reputación se vería afectada, pero podría evitar la cárcel.

La miro con frialdad.

—¿Eso es lo que haría usted en mi lugar?

Ella se burla en voz baja.

—Yo no habría huido de la escena, conociendo la ley como la conozco, pero no estamos hablando de mí. Hablamos de usted y de su futuro, señor Davis. El futuro de su familia.

Por supuesto, quiere que me entregue y que negocie una reducción de la condena. ¿De qué otra manera podría facturarme más horas? No me fío de nada de lo que dice.

—Quizá no me he expresado con claridad, señora Hedman. Necesito una alternativa a entregarme. Una opción real que no me destruya.

Me mira en silencio durante un momento.

—¿Qué quiere decir?

—Menos del diez por ciento de los casos de atropello con fuga en California se resuelven. No voy a renunciar a una ventaja del noventa por ciento así como así. Pero, en caso de que me toque la pajita más corta, necesito que elabore una estrategia para contener inmediatamente los daños.

Ella me mira con incredulidad.

—Bueno, llegado el momento, podríamos negociar una reducción de la condena, por supuesto. Tendrá mi apoyo todo el tiempo...

—¡No me refiero a eso! —respondo, enfadado. Me levanto y empiezo a dar vueltas por su oficina. No tiene sentido intentar incitarla a que encuentre la respuesta correcta—. ¿Puedo echarle la culpa a otra persona?

Sus ojos se agrandan.

—¿A quién?

—A mi mujer, por ejemplo. Estaba allí conmigo y me ayudó a... hacer todo lo que era necesario. —Me detengo junto a la ventana y contemplo el paisaje urbano teñido por el amanecer.

Ella se acerca y se apoya contra la ventana.

—Señor Davis, ¿sabe lo que significa *schadenfreude*?

—No.

—No hay un equivalente en nuestro idioma para esta palabra alemana. Cuando se percibe que una persona famosa como usted ha hecho algo malo o se la acusa, las mismas masas que la han impulsado a la fama y la fortuna se vuelven contra ella. De forma

cruel. Disfrutan derribándola, viéndola fracasar y arrastrándola por el barro.

—¿Se refiere a la cultura de la cancelación?

—Es más que la cultura de la cancelación, señor Davis. Es una forma más agresiva de acoso social. Es casi excitante para las masas. Cuanto más alto está, peor se pone. —Cruza los brazos sobre su pecho plano—. No deje que esto termine en los tribunales, señor Davis.

La miro con incredulidad. No quiere ayudarme. Es así de simple y obvio.

—No creo que tengan pruebas suficientes para condenarme —digo, sintiéndome bastante seguro de mi afirmación.

—Si no me equivoco, el accidente ocurrió después de un evento en el que se le vio y grabó tomando varias copas. Usted es una persona reconocible, y eso hará que el testimonio del camarero sea bastante interesante. Para añadir más leña al fuego, si no recuerdo mal, usted mismo leyó la noticia del incidente en las noticias el viernes pasado. No imagine que eso no saldrá a relucir y no se utilizará para pintarle como una persona fría y sin remordimientos, quizá un sociópata.

No puedo soportar ni un minuto más sus chorradas.

—De acuerdo, lo pensaré. Hasta entonces, ¿puedo contar con su discreción?

—Ha contratado formalmente mis servicios. Tiene derecho al privilegio abogado-cliente.

Nos damos la mano, más por costumbre que por otra cosa. Sus dedos están flácidos y helados.

—Ya hablaremos —digo desde la puerta, sin estar seguro de si contaré con ella si llego a necesitar un abogado. Quería a la mejor que hubiera, un tiburón legal que nada en las sangrientas aguas de la industria del entretenimiento de California. Todo el mundo decía que esta mujer era la indicada, la mejor a la hora de manejar los errores de juicio de los famosos.

Pues no me ha impresionado. Debería haber elegido a alguien de la Ivy League, la flor y nata de las universidades norteamericanas. Alguien en quien de verdad pudiera confiar. Alguien que me tomara en serio.

Sin embargo, de camino a casa, sus palabras siguen resonando en mi cabeza. Empiezo a entender cómo podría ocurrir esa forma de acoso con ese nombre alemán tan pomposo que ha mencionado. Ha

ocurrido antes, a personas más famosas y poderosas que yo, por hacer cosas mucho menos importantes, como chocar estando drogado contra un poste o ser acusado —no condenado— de contacto inapropiado, sea lo que sea eso.

Al llegar a casa, me encuentro a Foster Vía Rápida en la entrada, sentado en una de las rocas decorativas del jardín. Solo él, sin su camioneta. Me detengo frente al garaje, dejando la puerta cerrada, y salgo del coche.

—¿Qué quería? —me pregunta, con sus manos carnosas apoyadas en las caderas. Parece amenazador, con el rostro arrugado por la ira. Su piel tatuada está cubierta de sudor, lo que no es de extrañar bajo el cálido sol del mediodía.

—¿Quién?

—El madero ese —dice, riéndose de mi pregunta—. ¿Es que creías que no iba a darme cuenta de que era poli?

Esto podría acabar muy mal.

—Solo quería hacerme algunas preguntas sobre un evento al que asistí, eso es todo.

Una sonrisa torcida se dibuja en sus labios.

—¿Te refieres a la elegante gala benéfica a la que asististe la noche en la que esa mujer murió atropellada y el tipo se dio a la fuga? Qué casualidad, ¿no?

Me quedo blanco. ¿Cómo ha podido atar todos los cabos? Enmudezco. No se me ocurre nada que pueda decir que no empeore las cosas.

—¿Cuándo vas a arreglarme el coche? —le pregunto, con voz firme a pesar del ritmo frenético de mi corazón.

—Tengo la última pieza en la camioneta. Puedo empezar a trabajar más tarde. —Da un par de pasos hacia mí y me agarra del brazo con fuerza—. ¿Qué le dijiste a ese poli sobre mí?

No me inmuta ni dudo:

—Que eres mi manitas y me ayudas en el jardín.

—Verás, ahora tenemos un problema, Paul. —Su mano sigue sobre mí, apretándome el hombro—. Me ha visto la cara. Y no quiero polis en mi vida, ¿lo pillas?

Asiento con la cabeza.

—Perfectamente.

—Tengo que desaparecer. Así, cuando vengán a preguntarme por ti, no caeré en la tentación de llegar a un acuerdo.

El sudor me gotea por la nuca. Tiro de la corbata, aflojándola un poco. No puedo respirar. Esto nunca terminará.

—Arregla el coche —le digo en un susurro—. Y tendrás tu dinero.

—Cien mil pavos —contesta, sonriendo—. Creo que cien mil podrían ser suficientes para que me ponga a currar. De momento.

—¿Debería llamar a Larry Chapelle para que te explique cómo funcionan las cosas? —Mi pregunta es un intento desesperado, confiando en que el baboso abogado pueda tener alguna influencia sobre este bruto.

—Claro, adelante —dice Foster, dándome un puñetazo simulado en el brazo—. Y, mientras lo haces, llamaré a la policía local y les hablaré de este cliente que tengo, un tipo un poco raro, muy sospechoso. Me preocupa que esté tratando de ocultar algo.

Durante un momento, nos miramos sin pestañear. Veo en sus ojos inyectados en sangre que no tengo opción.

—Está bien —digo finalmente—. Arregla el puñetero coche como acordamos y setenta y cinco mil dólares serán tuyos.

Él sigue clavando la mirada en mí, como si intentara averiguar si soy de fiar. Luego, sonríe y me da otra palmada en la espalda, y yo me tambaleo bajo su pesada mano. Cuando se marcha, mira a izquierda y derecha, como si esperara encontrar policías por todas partes.

Quizá tenga razón. ¿Y si me están vigilando? La idea me hiela hasta la médula.

Mientras se aleja con su paso relajado y arrogante, me hago una pregunta inquietante.

¿Cómo coño puedo deshacerme de Foster Vía Rápida?

AMANDA DAVIS

De pie en la oscuridad, oculta tras las cortinas de la sala, observo la interacción de Paul con ese matón, Foster. Si contengo la respiración, puedo oír las palabras que pronuncian en voz baja y apresurada. Y estoy aterrorizada. ¿Qué impedirá que este hombre nos chantajee durante el resto de nuestra vida? Lo veo poner la mano sobre mi marido y se me escapa un grito ahogado, pero el contacto no va más allá de una postura de macho alfa.

Sin embargo, Paul no tendría ninguna oportunidad con este tipo. Lo rompería como una ramita.

Cuando el matón se marcha, Paul no mete el coche de alquiler en el garaje. Entra en la casa por la puerta principal y yo estoy allí esperándolo, echando humo.

—¿Setenta y cinco mil? —le pregunto, antes de que tenga oportunidad de decir nada—. ¿Y cuántos cientos más después de este pago? ¿Cómo has podido ser tan imprudente?

Por un momento, me mira boquiabierto. Luego, la ira se apodera de él, brillando en sus ojos y tensando su mandíbula.

—¿Qué otra opción tenía, joder? ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? Ese coche hay que arreglarlo. Perdona que no lo haya llevado al concesionario Cadillac para que lo reparasen.

Me muerdo el labio, deseando poder callarme antes de decir algo de lo que me arrepienta.

—Podrías haber salido de California y comprado las piezas aquí y allá, pagándolas en efectivo. Podrías haberlas pedido en eBay o algo así, y haberlas enviado a la dirección de tus padres en Nueva York, y luego haber conducido hasta allí para traerlo todo a casa. Cualquier cosa menos esto. —Cruzo los brazos sobre el pecho y respiro con dificultad—. Este hombre ahora es nuestro dueño, Paul —digo, y mi voz se quiebra—. Y él lo sabe.

—No es para siempre —replica con suavidad, acercándose un par

de pasos—. La abogada me ha dicho que el plazo de prescripción es de seis años.

—¡Seis años! —A mí me parece una eternidad. Seis años viviendo con él así, atrapada en esta pesadilla. No puedo... Un sollozo me corta la respiración—. ¿Cómo vamos a aguantar seis años, Paul, si mi corazón se detiene cada vez que un coche desconocido entra en nuestra calle?

Se acerca y abre los brazos, pero no quiero que me abracen. No quiero que me abrace él. Me aparto, pero a él no le importa. Me envuelve entre sus brazos y me susurra al oído:

—Todo va a salir bien, cariño. Ya lo verás.

Mis fosas nasales se llenan de una fragancia que reconozco. Es un perfume caro, floral y desagradablemente dulce que se me pegó como alquitrán en un zapato después de que Carly me abrazara el viernes pasado. Me aparto enfadada.

—No te me acerques, mentiroso de mierda. —Me mira con los ojos como platos—. Puedo olerla en ti.

—Amanda, no —dice, tratando de agarrarme del brazo, pero me escabullo, corriendo hacia la puerta y con el teléfono bien agarrado en la mano. No sé a dónde voy. Solo quiero alejarme de aquí, de esta casa. De él.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí, pero no dejo de correr. No hasta que doblo la esquina hacia Thousand Oaks. Estoy sin aliento y cubierta de sudor, todavía vestida con la ropa del hospital. No tengo las llaves del coche, pero no importa. Mi coche está en casa y no pienso volver allí. No esta noche.

Saco el teléfono del bolsillo y miro las llamadas recientes. El número de papá es uno de los últimos. Mi dedo se cierne sobre su nombre, pero no toca la pantalla. Vendría a buscarme en un minuto, pero con él habría preguntas que no podría responder y decisiones que tomaría en mi lugar. Y tiene a Tristan con él. Verme así asustaría a mi pequeño.

El nombre de Michael Grant está justo debajo del de papá, y lo pulso. Mientras suena el teléfono, me apoyo en una farola, todavía respirando con dificultad. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué voy a hacer? ¿Pedirle que me rescate de la esquina como si fuera un cachorro perdido?

Quizá no... Quizá tan solo me vendría bien una taza de café y una cara amiga. Un poco de compañía hasta que recupere la compostura

y decida qué camino tomar. Pero no contesta. Salta directamente el buzón de voz.

Guardo el teléfono en el bolsillo y sigo caminando sin rumbo fijo, sabiendo que no puedo volver atrás. Después de casi un par de kilómetros más, llego a un bar deportivo por el que he pasado mil veces. Tengo la garganta seca. Sin pensarlo mucho, entro y me siento en un taburete en la barra. El local está lleno de gente, sus voces ebrias y sus carcajadas se mezclan con las voces de los comentaristas deportivos que salen del gran televisor de la pared. El lugar huele a sudor alcohólico agrio y a cerveza derramada.

—¿Qué te pongo? —me pregunta el camarero.

Apostaría mi último dólar a que sabe exactamente por lo que estoy pasando. Quizá no todos los detalles, pero la mirada que me lanza lo dice todo.

—Cerveza —digo, en lugar de agua, sorprendiéndome a mí misma—. Pero solo si puedo pagar con esto. —Le enseño mi teléfono.

Él asiente y llena el vaso del grifo, luego lo coloca delante de mí sobre un pequeño posavasos.

—¿Mal día?

No respondo, solo lo miro durante un momento antes de beberme la mitad del vaso de un trago.

—No tienes ni idea —murmuro, rompiendo el contacto visual.

Él capta el mensaje y me deja sola.

Contemplando las burbujas de espuma que se mueven lentamente en el vaso, me dejo llevar por mis pensamientos. ¿A dónde voy desde aquí? ¿Qué puedo hacer? Por mucho que me duela admitirlo, lo más probable es que tenga que regresar corriendo a casa y pedirle a Paul que me perdone por mi arrebató. Si no, se volverá loco y hará alguna estupidez. Algo que podría llevarnos a los dos a la cárcel durante años.

Doy otro trago a la cerveza y me limpio la boca con el dorso de la mano. Lucho por contener las lágrimas de frustración, pensando que él podría echarme la culpa de todo y salirse con la suya. Todo el mundo cree lo que Paul Davis les dice. Todos quieren salir en su estúpido programa y venderían su alma por un momento de fama. ¿Cómo puedo luchar contra esto y sobrevivir?

—Debe ser un idiota especial.

Una voz masculina me saca de mi ensimismamiento autocompasivo. Pertenece a un hombre corpulento, de unos treinta y

cinco años, alto y de hombros anchos. Me sonrío con un destello de picardía en sus ojos color avellana. Tiene el pelo negro revuelto y una ligera sombra de barba en la mandíbula, lo que le da un aire masculino, del tipo que se ve en las revistas de moda, aunque él no parece de ese estilo.

—¿Quién? —pregunto, consciente de que lo estoy evaluando con todo el descaro.

—El hombre que te ha hecho llorar.

Me seca una lágrima de la mejilla con la punta del dedo. Me aparto con suavidad, pero lo cierto es que no quiero hacerlo. Necesito escapar de mi realidad, aunque solo sea por un momento.

Hay algo magnético en él, algo en lo que estoy demasiado ansiosa por confiar, pero bajo ese encanto se oculta algo ligeramente perturbador..., un destello en sus ojos o su sonrisa incisiva, una sutil señal que no acabo de entender, pero que decido achacar a lo ilícito de la situación.

Una cerveza más tarde, consciente de que no es la decisión más sensata, salgo del bar con un hombre cuyo nombre no sé.

Me alegro de que él tampoco sepa el mío.

AMANDA DAVIS

Mientras salgo del bar de la mano de ese apuesto desconocido, sigo diciéndome a mí misma que no pasa nada. No debería sentirme culpable por querer vivir un poco. Paul me engaña todos los días. ¿Por qué va a ser el fin del mundo que yo pase la noche con alguien que me parece atractivo? ¿Con alguien que está dispuesto a tratarme bien?

No vive lejos. El trayecto en coche dura solo unos minutos y nos lleva a las pequeñas calles de Thousand Oaks. Estoy tentada de decirle que me lleve de vuelta al bar, pero parece tener una extraña habilidad para leerme la mente. Su mano busca la mía y ya no tengo tantas ganas de irme a casa.

Entra en el garaje doble de una pequeña casa independiente. El nombre que aparece en el buzón es Greg Hollen. Me pregunto si habrá una señora Hollen que vaya a notar mi olor en su marido, como me ha ocurrido a mí con Paul. Pero la casa parece pertenecer a un soltero. No hay decoración extra en la cocina ni artículos de aseo femeninos en el baño que utilizo para refrescarme rápidamente.

Cuando termino, lo encuentro en el sofá del salón, viendo la televisión. Su chaqueta de cuero está abandonada en una silla, y su polo de golf se ciñe a su amplio pecho. Al acercarme, se levanta y me envuelve en un ardiente abrazo que al principio es emocionante, con sus labios presionando contra los míos y sus manos deslizándose por mi espalda con un deseo que no sentía desde hacía años. Su boca es cálida, su aliento sabe a *whisky* y a algo más oscuro, y lo beso con más fuerza de la que debería.

El calor entre nosotros crece cuando me da la vuelta y me empuja contra la pared, inmovilizándome las muñecas por encima de la cabeza, sin dejar de besarme. Por un momento, es embriagador y excitante, casi demasiado. Entonces, su agarre se vuelve más fuerte. Demasiado.

—Eh —susurro, tratando de liberar mis manos—. Me haces daño. Suéltame.

Su sonrisa se convierte en una mueca escalofriante. Sus ojos arden.

—Vamos, te gusta un poco duro, ¿a que sí?

Se me revuelve el estómago, el efecto del alcohol se está desvaneciendo rápido. Niego con la cabeza e intento apartarlo.

—No. He dicho que no. Suéltame.

Pero no me suelta, sino que me aprieta con más fuerza. Su cuerpo es un muro de fuerza bruta. Mi corazón late con fuerza, y el pánico se apodera de mí. Empujo su pecho, pero apenas se mueve. Su sonrisa desaparece, sustituida por una mirada oscura.

—Has venido aquí para esto, ¿a que sí? —Su voz es baja, amenazante—. Apuesto a que no te dan suficiente de esto en casa. — Su mano suelta mis muñecas y se posa en mi cintura, clavándose en mi carne sin piedad.

—Me voy. —Mi voz tiembla, pero intento empujarlo para pasar.

Alarga la mano como un rayo y me sujeta del brazo con violencia. Bloquea la puerta, con sus anchos hombros llenando el marco.

—No vas a ir a ninguna parte —gruñe—. No he terminado contigo.

La adrenalina se dispara. No puedo llegar a la puerta con él en medio. Libero mi brazo, paso corriendo a su lado y subo las escaleras hacia la primera planta. Mi único pensamiento es escapar, poner tanta distancia como pueda entre nosotros. Respiro entrecortadamente mientras tropiezo en el rellano y escruto el oscuro pasillo en busca de otra salida. La puerta de un dormitorio está entreabierta, pero apenas me doy cuenta antes de oírlo subir las escaleras detrás de mí.

—¿A dónde crees que vas? —grita, y su voz resuena en las paredes. Sus pasos son pesados, implacables.

Retrocedo, con el pecho agitado, mientras él llega a lo alto de las escaleras. Su rostro está desencajado por la ira, sus ojos son salvajes. Antes de que pueda reaccionar, se abalanza sobre mí, me agarra por el hombro y me empuja contra la barandilla. Un dolor agudo me atraviesa el costado y grito, agarrándome a la barandilla para apoyarme.

—¡No! —grito, pero él no se detiene. Su mano se cierne sobre mi garganta, apretando lo suficiente como para hacer que me entre pánico. Me estoy ahogando, incapaz de respirar.

El instinto se apodera de mí. Me debato, arañándole el brazo e intentando liberarme. Mi rodilla encuentra su inglete y lo golpeo con toda la fuerza que puedo. Él grita, aflojando su agarre solo por un segundo. Es suficiente.

Lo empujo con todas mis fuerzas, utilizando la barandilla como apoyo. Él tropieza hacia atrás, agitando los brazos mientras intenta recuperar el equilibrio.

Entonces cae.

El sonido de su cuerpo golpeando las escaleras es repugnante: un golpe tras otro y un aterrador crujido de huesos rotos hasta que aterriza abajo del todo, donde queda tendido e inmóvil como un cadáver. Un charco de sangre se extiende bajo su cabeza. Mi pecho se agita mientras me agarro a la barandilla, mirándolo, demasiado conmovida para moverme. El silencio que sigue es siniestro y espeluznante, solo roto por mi respiración entrecortada.

Se me doblan las rodillas y me hundo en el suelo, todavía agarrada a la barandilla, mientras las lágrimas me nublan la visión. El peso de lo que acaba de suceder me abruma, pero, en algún lugar del caos de mis pensamientos, una única verdad sale a la superficie.

«Dios santo... He matado a un hombre».

Las palabras llenan mi mente, me resuenan en la cabeza entre la conmoción y el miedo, con temblores que debilitan mi cuerpo. A medida que empiezo a asimilar la realidad, jadeo en silencio, cubriéndome la boca con una mano temblorosa para ahogar un sollozo. Con los ojos como platos, observo el cuerpo que yace inmóvil al pie de las escaleras, con la incredulidad aferrándose a mí en pensamientos dispersos y respiraciones ansiosas.

¿Qué he hecho?

AL JAZINSKI

Alguien ha apestado toda la comisaría calentando en el microondas algo que huele a pies. O a queso en mal estado. Incluso mi café sabe ahora a eso. Lo tiro todo a la basura, incluido el vaso de papel, y resisto la tentación de coger otro. Olería igual. Me levanto de mi destartalada y chirriante silla, y me dirijo hacia la pizarra blanca.

Eckhart se reclina en su silla y golpea con el bolígrafo la superficie rayada de mi mesa. La pantalla de la *tablet* está encendida, pero no la mira, sino que sonríe con ese aire de suficiencia que tiene cuando cree que está en lo cierto.

—Tengo que admitir —comienza— que me gusta la idea de Davis.

Como si no tuviera ya suficientes ganas de vomitar. Me detengo a mitad de camino entre la pizarra y mi escritorio.

—¿Qué idea?

Eckhart gira la *tablet* para mostrarme la pantalla. Son imágenes tomadas en un aparcamiento, congeladas en el tiempo, en toda su gloria pixelada y en escala de grises.

—Me sugirió que revisara las imágenes del día después de la gala. Estas son del aparcamiento de la cadena.

—¿Y?

—Dijo que así se demostraría que usó el mismo coche, su Cadillac negro, para ir al trabajo a la mañana siguiente. Sin abolladuras, sin cristales rotos. Lo exculpa perfectamente, y es cierto.

Hijo de puta. El nudo en mi estómago se aprieta.

—Y él dijo eso, ¿eh? ¿Lo sugirió sin más? ¿Sin contexto?

—Sí, sin contexto. —Eckhart se encoge de hombros y se inclina hacia delante—. No es mala idea. Nos ahorra tiempo y nos permite confirmar...

—Déjame que te interrumpa —le corto, levantando una mano—. No es que esté siendo servicial. Es que se está cubriendo las espaldas.

Sabe lo bien que quedará: «Oh, miradme, mi coche está impecable, no hay necesidad de investigar más». Muy conveniente, ¿no crees?

La sonrisa burlona de Eckhart se desvanece, sustituida por un ceño fruncido.

—Sí, claro. Pero, aun así, merecía la pena comprobarlo. Estamos tratando de eliminar sospechosos, no de tener favoritos. Y su coche, lo he visto yo mismo. No atropelló a esa mujer. No es tu hombre.

Cojo el rotulador de la pizarra y lo golpeo contra mi palma, paseándome de un lado a otro.

—No se trata solo del coche. Es el momento, el comportamiento. Davis no sugiere nada a menos que sepa que lo beneficia. Ese tipo es un profesional manipulando la historia. Lo que necesitamos es alguna prueba que él no haya podido manipular.

—¿Y estas imágenes no son una prueba? —me desafía Eckhart, enderezándose en la silla—. Veremos quién conducía qué al marcharse de la gala y al llegar al trabajo a la mañana siguiente, y si hay algo que no cuadra. Supongo que podemos averiguar fácilmente dónde trabaja cada uno, ¿no?

Suspiro y me froto el puente de la nariz.

—Vale. Revisa todas las puñeteras imágenes de la salida de la gala y de los lugares de trabajo de todos, y pierde el tiempo con eso. Pero no creas que eso exculpa a Davis.

—¿Cómo no va a exculparlo? —pregunta Eckhart, alzando la voz con frustración—. ¿Qué quieres decir? ¿Que tuvo un accidente con el coche a la una de la madrugada y, aun así, consiguió llevarlo al trabajo al día siguiente sin un solo rasguño?

—Estoy diciendo que se apresuró demasiado al ofrecerte esta *solución* —replico, haciendo comillas con los dedos—. Dijiste que te lo sugirió él. Como si hubiera pasado algún tiempo pensándolo. Como si supiera que íbamos a venir. Y eso me incomoda, y me pone la mosca detrás de la oreja.

Eckhart frunce el ceño y se afloja la estrecha corbata con un dedo.

—Entonces, a pesar de todo esto, ¿sigue siendo sospechoso? —pregunta, señalando la *tablet*.

Me encojo de hombros y exhalo largamente.

—Por supuestísimo. Hasta que encontremos al culpable, o hasta que escuche una razón satisfactoria por la que tenía su coartada envuelta para regalo y atada con un lazo, esperándonos bajo el puto árbol de Navidad.

—No es una coartada envuelta para regalo, Al. Es él yendo al trabajo como siempre, en el mismo coche de siempre. No estás siendo razonable.

—Da igual —mascullo, enfadado con él porque tiene razón.

Eckhart se encoge de hombros y coge la *tablet*, pero sus ojos reflejan un rastro de duda.

—Sabes que nos ahorra tiempo. Tenemos las imágenes del aparcamiento y podemos ver a todos los que están en nuestra lista: qué coche conducían, a qué hora llegaron. Podemos ampliar esto a todos los invitados de la lista, da igual dónde trabajen. Luego, los eliminamos como sospechosos.

—Sí —digo, apoyando la mano en la cadera sin soltar el rotulador—. Todos excepto Davis —grüño, frotándome las sienes. Toda esta situación con Davis me está dando dolor de cabeza. ¿Quién sabe lo que hará ese cabrón privilegiado si se ve acorralado?—. Le quitas toda la gracia al trabajo policial, ¿sabes? Se acabó llamar a las puertas, se acabó ver a la gente sudar y ponerse pálida. Solo archivos y grabaciones. Qué emocionante.

Eckhart sonríe.

—Se llama eficiencia, viejo. Bienvenido al siglo XXI.

Mi dedo corazón responde con un movimiento brusco.

Eckhart se ríe y luego se alisa la corbata con la mano. La *tablet* está colocada en posición vertical sobre la mesa frente a él.

—Luego está la otra cuestión sobre Davis.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué otra cuestión?

—Vi a un tipo en su casa —responde, con un tono más serio—. Alguien que no parece pertenecer a su círculo de amistades. ¿No te lo había dicho?

Niego con la cabeza, incrédulo, mientras mi pulso se acelera.

—No, parece que omite detalles importantes. ¿Qué tipo?

—Se marchaba justo cuando llegué a casa de Davis. Estoy dispuesto a apostar más que un dónut a que ha cumplido una condena larga. Tiene tatuajes, músculos, todo eso. Lo conozco de algún sitio. Anoté la matrícula de su camioneta.

—¿La has comprobado? —le pregunto, hablando con la mayor calma posible, cuando lo que me gustaría es gritarle que espabile de una vez. Si no lo hace, algún día este chico va a conseguir que lo maten en el trabajo.

Sus dedos comienzan a teclear en la pantalla de la *tablet*.

—La estoy comprobando ahora —murmura, y luego sus ojos se enfocan en la pantalla como un láser—. Malik Foster, alias Foster Vía Rápida. Vaya...

Me giro hacia la pizarra y garabateo el nombre en letras grandes junto al de Davis.

—¿Qué pasa?

—Es un delincuente. Mi antiguo compañero lo trincó hace un tiempo. —La cara de Eckhart se ilumina. Se reclina y entrelaza los dedos detrás de la cabeza.

Tiene algo más que decir, pero quiere que se lo suplique. Me dan ganas de darle una bofetada. No voy a rebajarme a su nivel.

—¿Quieres saber por qué lo arrestaron?

Mi sentido del humor se ha esfumado.

—Si quieres seguir trabajando en la policía de Los Ángeles, te sugiero que lo sueltes ya.

—Te va a encantar —dice, y luego hace una pausa mientras lo fulmino con la mirada—. Principalmente bandas de coches: robo, desguace, reventa. También algunos cargos por agresión. Al principio no lo reconocí, pero ahora lo tengo claro. Tienes un instinto aterrador, Al, aterrador. Tu Paul Davis estaba hablando con un tipo de un desguace ilegal, joder.

—Entonces, Foster no es un visitante cualquiera —digo, entrecerrando los ojos—. Estaba allí por una razón. ¿Qué le suministra?

—Podría ser cualquier cosa —responde Eckhart—. Piezas, tal vez. Davis no tendría a un tipo como él en casa a menos que necesitara algo turbio. De hecho, le pregunté, y me dijo que Foster era su manitas, que los ayudaba en el jardín. Pero no me lo creí.

Asiento despacio, encajando las piezas.

—Tenemos que encontrar a ese tal Foster.

—Ya he emitido un aviso de búsqueda —dice Eckhart, terminando de escribir en la pantalla de la *tablet*—. Me he imaginado que querías hablar con él cuanto antes.

—Por supuesto —digo, tapando el rotulador antes de tirarlo sobre la mesa—. Davis es de los que no se asustan con facilidad. Si Foster está relacionado con Davis, quizá por fin podamos encontrar una grieta en su armadura. Algún punto débil. Presionaremos a Foster hasta que cante como una diva.

Eckhart se reclina de nuevo, sonriendo otra vez.

—¿Crees que Foster es tan tonto como para quedarse? Los tipos como él no se quedan cuando las cosas se ponen feas. Sabía que yo era policía. Estoy seguro.

—Los tipos como él tampoco se esfuman sin más —replico—. Habrá dejado un rastro. Solo tenemos que encontrarlo. Tiene amigos, quizá alguna novia, tal vez una madre. Alguien sabrá dónde está.

Eckhart asiente, pero su sonrisa burlona persiste.

—Le tienes ganas a Davis, ¿verdad?

—Pues sí —respondo bruscamente, girándome hacia la pizarra—. Todo el mundo mete la pata alguna vez. Nuestro trabajo es descubrir dónde. Por ahora, me conformo con pruebas suficientes para conseguir una orden judicial.

—Claro —dice Eckhart, levantándose antes de estirarse—. Pero ¿sabes qué? No creo que Davis sea tan tonto como para dejar sangre en su garaje o piezas por ahí tiradas. Si está involucrado, ya lo habrá limpiado todo. Puede que lo tuviera todo limpio al día siguiente, cuando llegó al trabajo.

—Quizá —admito en voz baja—. Pero, si Foster está involucrado, debe haber algo más. Y pretendo averiguar qué es.

Eckhart asiente con la cabeza, su sonrisa burlona ha desaparecido, sustituida por la concentración que sé que es capaz de alcanzar.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Nos repartimos el trabajo —respondo, cogiendo el rotulador de la pizarra, y marco con un círculo los nombres que aparecen en ella—. Tú te encargas de las imágenes del aparcamiento. Yo seguiré la pista de Foster. Veamos a dónde nos lleva este laberinto.

Eckhart vuelve a sonreír.

—¿Y si las imágenes no revelan nada sospechoso?

Le lanzo una mirada.

—Entonces, llamaremos a las puertas, haremos sudar a la gente y veremos quién se derrumba. Alguien debe haber visto o hecho algo. Siempre es así, y luego mienten al respecto.

Se ríe entre dientes.

—Te encantan tus tácticas de la vieja escuela, ¿verdad?

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué te voy a decir? No hay nada mejor.

PAUL DAVIS

Primero, mi mujer sale furiosa de casa y desaparece sin decir palabra, dejándome aquí esperando a que vuelva. No sé nada de ella durante dos horas. Luego, me llama y noto que está muy alterada. Su voz se entrecorta con respiraciones rápidas y temblorosas, pero se las arregla para darme una lista completa de cosas que tengo que llevarle: alcohol isopropílico al noventa y ocho por ciento; peróxido, la versión extrafuerte que guarda en el armario del cuarto de la lavadora; una botella con pulverizador; y guantes de nitrilo. Y, después, me da una dirección en Thousand Oaks y me dice que meta el coche en el garaje cuando llegue allí, que lo encontraré abierto.

Pero ¿qué coño?

¿Quién vive allí?

«Bueno, estoy a punto de averiguarlo», me digo a mí mismo mientras giro hacia la calle. La casa es una vivienda unifamiliar de dos plantas, envuelta en la oscuridad, pero la puerta del garaje se abre cuando entro en el camino de acceso. Hay otro coche dentro, un Mazda que no había visto nunca.

Entro en el garaje con las luces apagadas y apago el motor. La puerta se cierra detrás de mí y luego se enciende la luz. Amanda está de pie en la puerta, pálida y temblando, con las manos entrelazadas.

—¿Qué coño está pasando? —pregunto, saliendo del Cadillac de alquiler—. ¿De quién es esta casa?

—Por favor —dice, sollozando de repente—, yo... yo no...

—¿No qué? —inquiero, empujándola a un lado, y entro en la sala de estar.

Está oscuro dentro, excepto por la tenue luz que proviene de una lámpara nocturna enchufada junto a las escaleras. Busco a tientas el interruptor de la luz en la pared y lo pulso.

Y suelto un grito ahogado.

—¡Mierda! —digo, mirando el cuerpo que yace a mis pies—. ¿Qué

has hecho? —pregunto, girándome hacia Amanda.

Ella niega con la cabeza, llorando con la boca abierta.

—Lo siento, yo no..., simplemente ha sucedido.

Tiene la muñeca izquierda muy magullada y la garganta teñida de tonos morados. Ese cabronazo ha intentado estrangularla. Pero ¿qué puñetas hacía ella en su casa?

Más le vale decirme que la ha secuestrado.

—¿Quién es este tío, Amanda?

—¡Quería llamar a la policía! —contesta, con la voz entrecortada por los sollozos—. Pero quería que estuvieras aquí, porque no ha sido culpa mía. ¡Tristan no puede perdernos a los dos! No sé qué hacer.

—¿Quién es? —vuelvo a preguntarle, sin intención de ofrecerle ningún gesto de consuelo. Puta zorra. Esto no me lo esperaba.

—Un tío cualquiera —susurra—. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta que he visto su nombre en el buzón.

Joder.

—¿Sueles hacer esto? ¿Irte a casa con desconocidos con los que ligas... dónde, exactamente?

Las lágrimas se le secan al instante y la rabia le hincha el pecho.

—¡Ni se te ocurra! ¡Hoy no, cuando apestas al perfume de Carly! Ni se te ocurra juzgarme. ¡No había hecho esto nunca y ni se me había pasado por la cabeza!

—¿No? ¿Seguro? ¿Y qué me dices de coger de la mano a tu jefe durante el almuerzo? ¿Eso también fue la primera vez?

Amanda cierra los ojos y gira la cabeza. Una lágrima le resbala por la mejilla.

—No sigas por ahí —dice finalmente—. ¿Vas a ayudarme o no?

—¿Por qué debería ayudarte?

Sus ojos vuelven a ser fríos como el hielo, despiadados. Esta mujer es más voluble que una tormenta en el Pacífico: primero, en calma y, un momento después, desata el infierno. Luego, calmada de nuevo.

—Porque si te detienen por el atropello, y a mí por esto, Tristan nos perderá a los dos.

Me encojo de hombros, indiferente. Hemos discutido la cuestión de «qué pasará con Tristan» innumerables veces desde el accidente.

—Y porque me lo debes —añade—. Yo te ayudé a encubrir el tuyo, ¿no?

—¡Esto no es un accidente, joder!

—Cierto, no es un accidente —admite—. Es defensa propia. La cuestión es: ¿queremos que la policía nos investigue ahora mismo? ¿A los dos? ¿O quieres ayudarme?

Reflexiono un momento sobre su preocupación. Entonces me doy cuenta de la oportunidad que me brinda este incidente. Se me ha puesto en bandeja.

—Te ayudaré —respondo. Pero no es por bondad. En absoluto. Es porque ahora tendré algo con lo que chantajearla, para evitar que se vuelva contra mí. Para evitar que se divorcie de mí y se lleve a mi hijo si me meto en problemas por ese estúpido accidente. Apenas puedo contener una sonrisa—. ¿Qué quieres que haga?

—Hay un arcón congelador allí —dice, señalando el comedor—. Esperemos que haya espacio. Pero, primero, déjame envolverle la cabeza con una bolsa de plástico. ¿Has traído lo que te he pedido?

Le doy la bolsa con los suministros del coche y se pone un par de guantes con movimientos expertos y precisos. A continuación, saca un par de bolsas de basura de un rollo que encuentra en un cajón y se las pone al hombre en la cabeza. Se mueve con rapidez, y me da órdenes como probablemente hace con sus enfermeras en el trabajo.

Meter al tipo en el congelador nos cuesta bastante, pero lo conseguimos después de pasar varias bandejas de carne al congelador del frigorífico. Acto seguido, Amanda limpia el suelo con papel higiénico, que queda empapado en sangre, y luego lo tira por el inodoro. El peróxido disuelve los restos de sangre. Deja que empape las juntas entre los paneles, rociándolo por todas partes en un frenesí de limpieza. Luego, limpia las escaleras, el pasamanos y algunas barandillas, hasta llegar al piso de arriba. Abajo, termina con los grifos del baño, la palanca del inodoro, el interruptor de la luz y el pomo de la puerta a ambos lados.

—¿Has tocado algo más?

Ella no responde. Por un momento, se queda mirando la ventana, luego agarra el alcohol y limpia la varilla de las persianas y un par de lamas.

—Creo que ya está todo.

Se dirige al termostato y lo baja, luego recoge el alcohol y el peróxido, y los vuelve a meter en la bolsa que he traído.

—¿Hay algún sistema de alarma en esta casa? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—No me he fijado, no. Ve al coche y sácalo. Yo cerraré la puerta

del garaje y saldré por delante.

Hago lo que me dice y la espero en la entrada con las luces apagadas y el motor en marcha. Cierra la puerta detrás de ella con suavidad y luego pulsa un botón en la cerradura eléctrica.

Durante todo el trayecto a casa, permanecemos en silencio. Amanda ya no llora, pero parece tener frío y tiembla a veces, aunque es una noche cálida. Cuando llegamos a casa, no me dirige la palabra. Se va corriendo al baño de la planta baja y se encierra allí.

Estará llorando. No puedo saberlo con certeza, ya que la ducha está abierta, pero ¿a quién le importa? Si pensaba que yo ya no era lo bastante bueno para ella, espero que ese tipo le haya dado una lección que no olvide nunca.

«Gracias, hombre muerto del congelador, seas quien seas —me digo a mí mismo, levantando una copa de *bourbon* en un brindis solitario—. Hoy me has hecho un gran favor. Ahora no podrá dejarme. Nunca. No podrá contarle a la policía lo de mi accidente. No podrá hacer nada de nada, salvo intentar complacerme».

Me río y me sirvo otra copa. Al fin y al cabo, ha sido un buen día.

AMANDA DAVIS

Salgo de la ducha, con la piel enrojecida por el agua hirviendo, y la toalla tiembla en mis manos mientras me froto el cuerpo. Sigo teniendo frío, como si fuera hielo lo que corre por mis venas. El vapor empaña el espejo, pero no necesito ver mi reflejo para saber lo destrozada que estoy. Tiemblo por el agotamiento, por la adrenalina que aún me inunda y por el peso de lo que acabamos de hacer.

Lo que *acabo* de hacer.

Todo es culpa mía. *Todo*. Y no estaba preparada para nada de esto.

Cuando abro la puerta del baño, Paul está esperando al otro lado del pasillo. Está apoyado contra la pared con un vaso de *bourbon* en la mano, la corbata aflojada y la camisa desabrochada en el cuello. El olor a alcohol me golpea antes que sus palabras.

—Esto no ha sido un atropello mortal con fuga —dice, con la voz llena de veneno y algo más que no logro identificar. Algo oscuro y amenazador.

Me ajusto más la toalla y lo miro con ira.

—No, cierto. Pero tampoco ha sido culpa mía.

Paul suelta una risa amarga y se acerca.

—¿Que no ha sido culpa tuya? Tú eres la que me ha llevado a una casa desconocida para limpiar tu desastre, Amanda. Tú eres la que se ha ido a casa con él.

El hecho de que tenga razón me quema como un veneno al rojo vivo.

—¡Ya te lo he dicho, no fue así! —Mi voz se quiebra y odio lo débil que suena—. Yo no estaba...

—¡Anda, ahórratelo! —me interrumpe, haciendo girar el *bourbon* en su vaso—. ¿Ahora quieres hacerte la santa? Vale, pero no finjamos que no estabas buscando problemas cuando has entrado en ese bar.

Sabe exactamente qué teclas tocar para sacarme de quicio. Agarro

el borde de la toalla, la tela húmeda bajo mis dedos.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad? ¿Crees que puedes juzgarme cuandoapestas al perfume de Carly?

Aprieta la mandíbula y, por un momento, veo culpa en sus ojos. Pero desaparece tan rápido como ha llegado y es sustituida por esa sonrisa burlona que me enfurece.

—No hablamos de mí —dice con voz baja y peligrosa—. Estamos hablando de ti. Y de lo que has hecho. Y del cadáver que acabas de meter en un congelador.

Se me revuelve el estómago y siento náuseas. Doy un paso atrás y mis talones rozan el frío suelo de baldosas.

—No he tenido otra opción, Paul. Ha intentado matarme. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Dejarlo?

—Qué buena idea. —Su risa es mordaz. Cruel—. No, ya lo entiendo. Solo querías un polvo rápido, ¿verdad? Y ahora los dos estamos metidos en este lío. Otro puto secreto más que añadir a la lista.

El aire entre nosotros crepita de tensión, cada palabra corta más hondo, cada respiración supone un esfuerzo ingente. El corazón me late desbocado en el pecho, mi miedo se mezcla con la ira que coincide con la rabia en sus ojos.

—¿Y ahora qué? —pregunta, acercándose. Su voz es más tranquila, pero no menos peligrosa—. ¿Cuál es el plan, Amanda? Parece que tienes todas las respuestas. ¿Cómo crees que vamos a sobrevivir a esto?

Lo miro fijamente, con la garganta apretada y la vista borrosa.

—Déjame ir —susurro.

Él se queda paralizado, con el vaso a medio camino de sus labios.

—¿Qué?

—Déjame ir —repito, esta vez más alto—. Ya tienes suficiente contra mí. Suficiente para saber que nunca le contaré a nadie lo del accidente. Estamos en paz, en una forma de retorcida justicia poética. Así que... déjame ir. Deja que me quede con Tristan y desapareceré de tu vida. Puedes quedarte con tu carrera, tu reputación, tu libertad. Puedes verlo tan a menudo como quieras. No quiero ni un solo centavo tuyo. Solo déjame criar a mi hijo.

Su risa es gélida.

—¿Crees que voy a dejarte marchar? ¿Después de lo que me has hecho hacer? Ni lo sueñes, cariño. Olvídalo.

Niego con la cabeza, con las manos temblorosas.

—Lo digo en serio, Paul. Esto ya no es un matrimonio, es una cárcel. Tú no me quieres y yo no te quiero, ya no. Dejemos de fingir. Es tan buen momento como cualquier otro.

Sus ojos se oscurecen y se acerca, elevándose sobre mí, empujándome contra la pared. Su puño se estrella contra la pared justo al lado de mi cabeza, haciendo un agujero en el yeso. Me estremezco, pero mis ojos permanecen fijos en los suyos.

Se acerca más a mí, hasta que puedo sentir su aliento en mi cara, abrasador, repugnante.

—No vas a ir a ninguna parte. Vas a ser la mujer más leal, fiel y atenta que nadie haya visto jamás. Cada vez que me apetezca follar, abrirás las piernas y me sonreirás. Y, el día veintisiete, vendrás conmigo a la reunión de la junta directiva y serás encantadora.

Parpadeo, pillada por sorpresa.

—¿Qué reunión de la junta?

Él sonríe con aire burlón y da otro sorbo a su *bourbon*.

—He visto una nota en la mesa de Ray. Van a evaluarme para un nuevo puesto. Aún no es oficial, pero está al caer. Y, cuando sea el momento, vas a sonreír y brillar como la mujer perfecta. ¿Te queda claro?

Siento náuseas y la habitación da vueltas a mi alrededor.

—¿Y si no te eligen? Entonces, ¿qué?

Su sonrisa se desvanece y aprieta con fuerza el vaso.

—Me elegirán. No tendrán más opción. Me he asegurado de ello.

Niego con la cabeza y doy un paso atrás.

—Estás loco.

—Quizá —dice con voz baja y fría—, pero no te vas a marchar. Ni ahora ni nunca. ¿Y Carly? Acostúmbrate a ella. Es mejor follando de lo que tú has sido jamás.

El peso de sus palabras me oprime, me asfixia. Mi mente se acelera, desesperada por encontrar una solución, pero todos los caminos parecen callejones sin salida.

Paul se dirige a la cocina, se termina la copa y deja el vaso sobre la encimera con un tintineo seco. Puedo verlo desde el pasillo, donde estoy apoyada contra la pared del baño, agotada, demasiado cansada para moverme.

—Duerme un poco —dice con voz inexpresiva—. Lo vas a necesitar.

Sube despacio las escaleras, dejándome sola con mis pensamientos, mis miedos y la aplastante realidad en la que se ha convertido mi vida.

Nunca me libraré de él. No si quiero conservar a mi hijo.

AMANDA DAVIS

Anoche no pude dormir. Acurrucada en el sofá del salón y envuelta en una manta, me quedaba dormida por momentos, solo para despertarme sobresaltada con un grito ahogado en la garganta. Era casi de madrugada cuando dejé de intentar descansar. En cambio, mantuve los ojos bien abiertos, mirando al techo y repasando todo en mi cabeza, una y otra vez.

Todo se remonta al día de la gala benéfica.

Está claro que no era feliz antes de ese día. Estaba atrapada en un mal matrimonio. Quería divorciarme y no conseguía avanzar con Paul al respecto, pero no me sentía tan acorralada como ahora. No me enfrentaba a la posibilidad de ir a la cárcel ni de perder a mi hijo. Aun así, no puedo evitar sentirme culpable, en más de un sentido. Por lo que hice el día del accidente. Por no llamar a la policía en lugar de ayudar a Paul. Pero, sobre todo, por lo de ayer. ¿En qué narices estaba pensando al ligar con un desconocido en un bar e irme a su casa con él? ¿Qué esperaba que pasara?

Esto no, por supuesto.

Cuando entro en urgencias, faltan unos veinte minutos para que empiece mi turno. Tengo los ojos secos, pero inyectados en sangre y algo hinchados, a pesar de la bolsa de guisantes congelados que he usado como mascarilla. Llevo un jersey de cuello alto negro que oculta bien mis moratones. Hago todo lo posible por sonreír y comportarme con normalidad, pero mis pensamientos van a mil.

¿Qué voy a hacer? O, mejor aún, ¿qué *debería* hacer? ¿Cuál es la forma más inteligente de salir de este lío?

A veces, cuando me cuesta encontrar la respuesta correcta sobre cómo seguir adelante, me imagino a mí misma viendo la escena en una película y preguntándome: ¿qué le diría a la protagonista que hiciera? La metáfora disociadora y tranquilizadora de una película me ayuda a ver respuestas que de otro modo se me escaparían.

Solo que ahora probablemente cambiaría de canal.

Una risa amarga se escapa de mis labios cuando entro en la sala de descanso y me dirijo a la cafetera. Alguien ya ha preparado una jarra y me apresuro a llenar una taza. Tiene un aroma dulce a vainilla francesa que me gusta.

Con la taza de café en mis manos heladas, me siento en el sillón desgastado. Doy pequeños sorbos y el líquido caliente tiene el efecto que esperaba. Me aclara la mente y organiza mis pensamientos.

Fue en defensa propia. Tengo los moratones que lo demuestran.

Y me entró pánico, igual que le sucedió a Paul después del accidente. Él no tiene más ventaja sobre mí que yo sobre él. Pero lo más importante, en realidad, es que él todavía me *necesita*. Para su ascenso profesional, para su insaciable búsqueda de poder. Su necesidad es mi ventaja, si juego bien mis cartas.

Y yo necesito a un abogado..., alguien que me ayude a salir de este marrón. Pero no se me ocurre nadie en quien pueda confiar. Los secretos que guardo no son del tipo que se comparten con alguien que aparece en un directorio en línea de caras sonrientes y trajes carísimos.

Con un largo y apenado suspiro, debo admitir que lo lógico sería buscar un abogado y llamar a la policía. Pero la idea me aterroriza. La idea de estar encerrada, aunque sea solo un día o los que sean necesarios hasta que se convenzan de que actué en defensa propia, me paraliza. Estar aún más lejos de Tristan de lo que estoy ahora, echándolo de menos y sin poder hacer nada al respecto, es inimaginable.

¿Y si no me creen? Ya ha pasado antes. Hay personas inocentes que han sido encarceladas por asesinatos que no cometieron. Los policías tienen cuotas que cumplir cada mes, jefes idiotas que pueden presionarlos para que obtengan resultados. Los abogados también pueden estropearlo todo.

Y Paul... No puedo permitirme olvidar que es la persona que mejor mente de todas las que conozco. Puede convencer a cualquiera de cualquier cosa y no dudaría en traicionarme, aunque fuera por una ganancia mínima. Tejería una historia tan buena... que no habría vuelta atrás.

No. Tengo que ser más inteligente.

Me termino el café y dejo la taza sobre la mesa, luego miro el reloj. Todavía me quedan un par de minutos. Me sorprendo a mí

misma deseando que sea un día ajetreado, y enseguida me arrepiento, como si mi deseo fuera la única fuerza responsable de la llegada de sufrimiento humano a través de nuestras puertas correderas dobles.

Un momento después, mientras enjuago la taza, la puerta se abre.

—Buenos días —saluda el doctor Grant.

Me giro y sonrío, una reacción rápida y tímida.

—Hola.

La puerta se cierra detrás de él mientras se acerca a mí.

—Sobre lo de ayer, me pillaste en la ducha. No vi que me habías llamado hasta casi las once. —Su voz es baja pero cálida—. Lo siento mucho, Amanda. ¿Puedo compensarte invitándote a comer?

Niego con la cabeza y me seco las manos con una toalla de papel.

—No tienes que compensar nada, Michael. Está bien.

«Ahora es demasiado tarde —quiero decir, en realidad—. Demasiado tarde».

Me doy la vuelta para marcharme, pero él extiende la mano y me agarra la mía.

—Por favor...

Hago un gesto de dolor y retiro la mano, pero no antes de que él se fije en el moratón que tengo en la muñeca. Avergonzada, tiro de la manga y lo cubro. Mantengo la mirada fija en el suelo.

—Amanda —dice, con un susurro apenas audible—, ¿qué ha pasado?

—Nada —respondo, apartándome con rapidez.

—Déjame ayudarte. Por favor.

—No hay nada que puedas hacer, Michael. No ha pasado nada. —Lo miro brevemente y luego miro el reloj. Llego dos minutos tarde a mi turno.

—Hemos visto estos casos aquí. Todos los días vemos al menos a una víctima de violencia doméstica —insiste—. Los dos sabemos cómo termina esto. No hay nada de qué avergonzarse. Por favor, puedo...

—No hay ningún problema —digo, mirándolo a los ojos—. Solo un resbalón, eso es todo.

Veo en sus ojos que no se lo cree, pero no puede hacer nada al respecto. Me mira con preocupación evidente y un atisbo de algo que detesto más que nada.

Lástima.

—Puede que te sientas impotente —insiste con delicadeza—, pero tienes poder en las decisiones que tomas. Y puedes contar conmigo.

Al oír sus palabras, me doy cuenta de que sé exactamente lo que tengo que hacer. Tengo poder sobre Paul, aunque él no lo crea así.

Cuando la sirena rompe el tenso silencio entre Michael y yo, soy la primera en salir corriendo, cogiendo un par de guantes por el camino. Él se une a mí junto a las puertas correderas, con su actitud profesional y toda su atención puesta en el paciente que están trayendo.

—Mujer de veinticuatro años, dolor abdominal intenso que irradia a la espalda —informa la técnica de emergencias con tono seco—. Tensión arterial 85/60, frecuencia cardiaca ciento treinta, saturando al noventa y dos por ciento. Diaforética, defensa abdominal, posible hemorragia interna. Canalizada vía periférica, un litro administrado.

—¡Box de trauma dos! —grita Sunny desde el mostrador.

Las ruedas de la camilla chirrían mientras los técnicos la empujan, y los gemidos de la paciente se elevan por encima del caos controlado.

—Inicio súbito, dolor en epigastrio medio, no cede con cambios posturales —añade la técnica.

Entramos con la camilla en el box de traumatología dos y el doctor Grant cuenta hasta tres para hacer la transferencia.

—¡Necesito pruebas de imagen aquí ya! —grita—. Quiero un hemograma, bioquímica completa, gasometría, coagulación, amilasa, función hepática y grupo y cruzadas.

Mientras Sunny se apresura a extraer sangre, yo coloco el carro de ecografía en su sitio y aplico un poco de gel sobre el abdomen de la paciente. El doctor Grant me coge el transductor de las manos y comienza la exploración. En la pantalla aparece una imagen gris y borrosa, pero yo no la estoy mirando. Como hipnotizada, observo el rostro torturado de la paciente, su cabello empapado en sudor, los mechones pegados a la frente. Tiene la boca abierta, jadeando en busca de aire entre gritos de dolor.

Un pensamiento inquietante aflora desde lo más profundo de mi memoria.

Esta chica se parece mucho a Marisol.

AL JAZINSKI

La comisaría apesta a café malo y vidas desperdiciadas, pero sigo adelante y me detengo frente a la pizarra. Cojo el rotulador y lo golpeo contra mi mano mientras Eckhart se desplaza por la *tablet* y su cara muestra esa imitación engreída de la sonrisa de Neeson que pone cuando cree que me lleva ventaja.

—¿Algún avance? —pregunto, con un tono más severo de lo que pretendía.

Se reclina y lanza la *tablet* sobre mi mesa como si fuera una mano ganadora en el póquer.

—Algo interesante. Kelsie Crichton, ¿sabes?, la chica *sexy* que actúa en esa serie judicial de televisión. Se marchó de la gala en su Mustang. Al día siguiente, llegó al rodaje conduciendo un BMW azul.

Dejo de dar vueltas y entrecierro los ojos.

—¿También es suyo?

—Sí —dice, haciendo girar la silla con pereza—. La gente como ella tiene más de un coche. Puede que no sea nada. No tengo ni idea de qué le pasó al Mustang, si es que le ocurrió algo. Aún tengo que investigarlo. —Sonríe y se sonroja un poco—. No me importaría hacerla sudar un poco.

—Qué canalla —murmuro, frotándome la sien, donde empieza a brotar el augurio de una migraña—. Fijo que no te importaría. ¿Algo más?

—Raymond Cook, el presidente y director ejecutivo de Golden State Broadcasting. Fue en taxi a la mañana siguiente —dice Eckhart en tono despreocupado, pero puedo sentir el peso de sus palabras.

—¿Cómo llegó a la gala?

Eckhart hojea su bloc. Me sorprende que mi compañero, adicto a la tecnología, sepa lo que es el papel.

—Aún no está claro. Solo pude ver una berlina negra, pero se

detuvo en el extremo más alejado de la acera y un árbol obstruye la vista de la cámara.

—Interesante. ¿Y su coche? —digo, dejando el rotulador suspendido sobre la pizarra antes de trazar una línea entre el nombre de Cook y el lugar de la gala, y luego poner un signo de interrogación encima—. ¿Qué coche suele llevar y dónde narices está?

Eckhart se encoge de hombros, pero hay un punto de irritación en su voz.

—Un Audi, y no está en el aparcamiento de la cadena. Lo investigaré un poco más. No hay informes de que lo hayan retirado con la grúa ni de accidentes. Simplemente... no está allí. Podría tenerlo en casa.

—Sí, y podría estar dañado. Escondido en el garaje, donde no podemos entrar sin una puta orden judicial. —Observo la pizarra, las líneas que se entrecruzan entre nombres y lugares, la cronología esbozada debajo en una línea roja atravesada por flechas verticales negras.

—Hablaré con él —decide Eckhart—. Y con la chica de la tele también.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Ya, apuesto a que empezarás por ella.

—Pues no —replica, guiñándome un ojo, y se arregla el nudo de la corbata con gestos exagerados—. Me guardo esa experiencia para última hora de la tarde. Quizá así dure más, ya me entiendes.

Me dan ganas de abofetearlo con el manual de la policía de Los Ángeles. En cambio, me río a carcajadas, pero mis ojos están clavados en la cronología.

—¿Alguna novedad sobre la víctima? —pregunta, sacándome de mis pensamientos confusos.

—Aún no hay identificación —respondo—. La forense dice que han enviado los registros dentales. Está esperando a ver si hay alguna coincidencia. Las huellas tampoco están en ninguna base de datos.

Eckhart suspira, con la misma frustración que yo.

—¿Se ha confirmado que la hora de la muerte fue entre la medianoche y la una y media?

—Exacto. La doctora mencionó algo sobre agua de lluvia acumulada en ciertas zonas y no en otras, y algunos bichos. Pero aún no hay identificación.

—Es un fantasma.

—No del todo —preciso, golpeando con la punta del dedo la cronología, que no quiere írseme de la cabeza—. La forense encontró algo. La víctima se estaba muriendo de cáncer. En fase avanzada. Le quedaban meses, quizá semanas. Y la doctora dijo que la enfermedad avanzada la hizo equivocarse en su estimación preliminar de la edad de la víctima. Solo tenía cuarenta y tantos, no cincuenta y tantos. —Aprieto el rotulador con más fuerza, mirando fijamente cronología—. ¿Qué leches hacía allí, en medio del bosque, a esa hora, con ese tiempo? ¿Se había perdido? ¿Tenía alzhéimer?

Eckhart niega con la cabeza.

—¿Tan arriba en la montaña? No puede ser. Debía estar en esa carretera por alguna razón. No es como si la hubieran atropellado en el aparcamiento de un supermercado.

—Quizá alguien la dejó allí —digo en voz baja, con un nudo en el estómago. ¿Quién podría dejar a una paciente de cáncer frágil y moribunda en una carretera desierta en mitad de la noche? ¿Alguien la llevó allí? ¿Quizá un Uber? No se encontró ningún teléfono ni cartera junto a la víctima. Si los llevaba consigo, el autor del crimen debió quitárselos o tirarlos en algún sitio para mantenernos en la ignorancia—. Vamos a enviar solicitudes de información a través de los Portales de Respuesta de Seguridad y Salud Pública de Uber, Lyft, las compañías de taxis... A lo mejor tenemos suerte. Y vamos a hablar con la científica. Espero que hayan encontrado el teléfono y la cartera.

La sala queda en silencio, salvo por el leve zumbido de las luces del techo. Echo un vistazo a la pizarra, con la cronología rondándome la cabeza sin motivo aparente. Es como si estuviera olvidando algo importante. Quizá otro trago de café me ayude a recordar.

Ayer fue una noche dura. María no estaba bien, lloraba e intentaba echarse atrás en su decisión de volver a rehabilitación. Eso me sacó de mis casillas, el tipo de enfado que necesita mucho *whisky* para desaparecer. Y ahora estoy hecho un trapo.

—¿Y Foster? —pregunta Eckhart, con un tono más sombrío—. Es bastante inverosímil suponer que su visita a Paul Davis no tenía nada que ver con un coche.

La tensión se apodera de mis hombros mientras miro el nombre garabateado en grandes letras junto al de Paul Davis.

—Él es la clave para resolver esto. Si averiguamos qué hacía en casa de Davis, descubriremos lo que Davis está ocultando. Pero el hijo de puta se ha esfumado y los jefes no aprobarán que una unidad vigile la dirección de Davis.

—¿Crees que Foster volverá a casa de Davis?

Me encojo de hombros.

—Si aún no ha terminado con lo que sea que estaba haciendo, sí, claro. Pero el teniente no lo autorizará, por el presupuesto y tal. Los contables nos tienen agarrados por las pelotas.

Eckhart se levanta y se estira con un gemido.

—¿Quieres que siga con lo de las cámaras? ¿A ver si podemos obtener una cronología más precisa de los asistentes a la gala? ¿Quizá ver algunas imágenes de cámaras situadas más al norte, en Agoura o en la 101?

—Sí —digo con voz tensa—. Revisemos a todos los que pasaron por Malibu Canyon Road esa noche. Es posible que el autor no fuera un invitado a la gala, sino un conductor cualquiera. —Me rasco la frente con la punta del dedo índice—. Ah, y tenemos otras cuarenta y ocho horas. Si seguimos sin tener nada, el teniente nos sacará del caso.

—Mierda —dice Eckhart, cogiendo su chaqueta—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Voy a por el coche.

Antes de salir, echo otro vistazo a la cronología. Hay un detalle que no aparece en la pizarra: la fecha de mi entrevista televisiva. Ahora entiendo por qué Paul Davis no me machacó en el programa ese día.

Mi entrevista tuvo lugar el viernes por la noche, el día después del atropello mortal. Davis me tenía en el punto de mira, pero probablemente decidió que no era el mejor momento de su vida para meterse con un policía, teniendo en cuenta lo que había hecho la noche anterior. Es lo único que encaja. Y eso me demuestra que él es el conductor que estamos buscando.

Añado un asterisco a la cronología para marcar el día de la entrevista y luego me quedo mirando el nombre de Paul Davis garabateado con rotulador negro.

Deberías haberme rematado cuando tuviste la oportunidad, hijo de puta.

PAUL DAVIS

Mientras aparco en mi plaza de la cadena, de cara al muro, aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula. Mis nudillos están blancos sobre el volante y el miedo se enrosca en mis entrañas como una serpiente de cascabel.

No puedo creer que haya dejado a Foster solo en mi garaje.

Cuando ha aparecido esta mañana, sin llamar por teléfono ni nada, esperaba que yo me quitase del medio y lo dejara trabajar en el coche a él solo. No he discutido. Habría sido inútil. Las discusiones son para gente dispuesta a llegar a un acuerdo, mientras que el Foster de las narices solo amenaza con el máximo perjuicio; es de los que van en plan «o si no, verás...». No veo el momento de deshacerme de él. A pesar de que lo llaman Foster Vía Rápida, desde luego que no es tan rápido cuando se trata de dar el callo o arreglarme el coche.

Cuando he salido del garaje, me he alegrado de ver que al menos su camioneta destartada no estaba allí para llamar la atención de todo el mundo. No sé cómo habrá llegado a mi casa, y no me importa. Pero ahora está allí, solo, libre para hurgar en mis cajones y meter las narices por todas partes. No creo que mi cutre sistema de alarma suponga ningún reto para él.

¿Quién sabe lo que va a hacer?

Luego, he tenido que pasar por el banco y sacar setenta y cinco mil dólares en efectivo. He vaciado mi cuenta de ahorros y he echado mano de mi línea de crédito. No me ha gustado nada la mirada de la cajera ni sus preguntas. Y también se ha presentado el gerente, por supuesto. Estos bancos siempre están dispuestos a aceptar tu dinero, pero ¿devolverlo? Es como si tuvieras que ganártelo de nuevo. ¿Y qué coño les importa a ellos para qué lo necesito? ¡Es mi dinero!

Hasta que se me ha aclarado un poco la cabeza, no me he dado cuenta de que el banco podría informar de la retirada a los

organismos policiales. Porque vivimos en un estado policial, ¿no? Y ahora no se me ocurre ninguna explicación válida si vienen y me preguntan en qué he invertido mis setenta y cinco mil dólares. Podría decir que quería comprar bitcoins. O donarlos de forma anónima a algún sitio. O hacerme una operación de cirugía plástica. O algo por el estilo.

Joder.

Mientras tanto, Foster podría estar revisando todas mis cosas y decidiendo pedir aún más dinero, porque ¿por qué no?

Llego a la reunión de redacción con diez minutos de retraso, y mi aparición interrumpe una alegre charla. Observo al grupo con mirada crítica, como preguntándoles si les queda algo de sentido de la responsabilidad. El silencio se convierte en una tensión que me irrita los nervios como el sonido de las uñas en una pizarra.

Me siento a la cabecera de la mesa, tamborileando con los dedos sobre la fría superficie de cristal, y aprieto la mandíbula mientras reviso el orden de los segmentos para las noticias de esta noche. Es un trabajo descuidado y apresurado, por decir lo menos. Aidan está sentado dos sillas más allá, encorvado sobre la *tablet*, con el aspecto de un colegial culpable que ha olvidado los deberes. Carly está reclinada en su silla, con los brazos cruzados, fingiendo una confianza despreocupada que ha perfeccionado. Cuando nuestras miradas se cruzan, ella pestañea y se muerde con discreción el labio inferior, y sé que me desea.

Lástima que yo no esté de humor.

Latesha hojea el resumen sin levantar la vista, golpeando rítmicamente con el bolígrafo el borde de la mesa. Los dos productores de segmentos, en el otro extremo de la mesa, evitan el contacto visual como si yo fuera una bomba de relojería.

—¿Dónde está la noticia principal, Aidan? —le espeto, dejando que mi voz resuene en la sala como un latigazo.

El chico da un respingo y, con los ojos como platos, rebusca entre sus documentos impresos y, luego, en la *tablet*.

—Eh... Carly te envió el borrador por correo electrónico anoche —balbucea, pasando las pantallas como si eso fuera a salvarlo—. Vamos a seguir adelante con el incendio del puente de la interestatal I-15 como noticia principal. Pensaba...

—Pensaste mal —lo interrumpo, inclinándome hacia delante. Golpeo la mesa con la mano para enfatizar. El sonido resuena en las

paredes de cristal y todo el mundo se pone tenso—. Si lo tuviera, ¿crees que estaría preguntándotelo? ¿O es que tengo que llevarte de la mano para que hagas algo?

—Paul —interviene Carly con voz suave y controlada, como si intentara calmar a un perro rabioso. Se inclina un poco hacia delante y me devuelve la mirada con esa irritante frialdad que la caracteriza—. Anoche lo envié todo. Centrémonos en el guion. Podemos retocar la noticia principal después de la reunión.

Dirijo mi mirada furiosa hacia ella, sintiendo cómo me sube la temperatura. Sabe que no debe desafiarme en público.

—Gracias por tu aportación, Carly. No me había dado cuenta de que eres la encargada de dirigir esta reunión.

—Y no la dirijo —replica, tan tranquila como siempre—. Pero alguien tiene que mantener la productividad.

—La productividad —repito, soltando una risa seca—. Tiene gracia, viniendo de ti. Que yo sepa, eres tú la que no nos deja avanzar. —No puedo evitarlo. La irritación, el estrés, el peso de todo lo que está sucediendo fuera de esta sala... Todo sale a borbotones.

Carly ni se inmuta y no muerde el anzuelo. Solo inclina la cabeza y aprieta los labios formando una línea fina.

—Si has terminado —dice con tono tranquilo—, tenemos que planificar el orden de los segmentos.

La tensión en la sala sube otro punto, el silencio zumba en mis oídos. Miro a los productores al otro lado de la mesa. Uno de ellos está garabateando algo en un bloc; el otro finge leer el guion como si su vida dependiera de ello. Latesha finalmente levanta la vista de sus papeles, con una expresión de cautelosa neutralidad, pero sus ojos dicen que está disfrutando del espectáculo.

Estoy cayendo en su trampa. Me cago en todo.

Cuando la veo sacar el teléfono y escribir un mensaje rápido, me enfurezco aún más.

Respiro hondo, tratando de controlarme.

—Bien —digo, reclinándome y frotándome el puente de la nariz—. Aidan, tráeme todos los textos al final de esta reunión. Carly, asegúrate de que la unidad móvil esté lista para el reportaje sobre el incendio del puente. Y que alguien me traiga un café que no sepa a sobras de ayer.

Nadie se mueve durante un segundo. Entonces Aidan se levanta apresuradamente y murmura algo sobre la sala de descanso. Carly

me mira con una ceja levantada, pero no dice nada. Latesha vuelve a escribir mensajes de texto en su teléfono, cada uno acompañado del sonido que confirma el envío.

Niego con la cabeza, frustrado hasta decir basta. Este es mi circo, mis monos. Y, algunos días, juraría que todos se han confabulado para volverme loco.

Cuando levanto la vista, Ray me observa desde la puerta de la sala de conferencias. Latesha debe haberlo llamado. Por supuesto. Muchas gracias, joder.

Mi jefe me hace una señal y salgo al pasillo. Me rodea los hombros con un brazo, justo cuando Aidan pasa con una taza de café grande en la mano. Se la cojo y le hago un gesto con la mano para que se vaya.

—Paul, quería preguntarte algo —dice, acercando la cabeza a la mía para que no nos oigan—. ¿No quieres tomarte un par de días libres? Has estado a tope de cosas.

Un escalofrío me recorre la espalda. Me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos, buscando respuestas. Pero es imposible descifrar su expresión.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes: organizar la gala, el programa, todo lo que haces. Estás a tope todo el tiempo. No debe ser fácil.

—Ah, eso —digo, sonriendo—. No es ningún problema, estoy bien. Él frunce un poco el ceño, estudiándome de cerca.

—Entonces, ¿qué mosca te ha picado? Tu gente se está quejando, y creo que no necesitas pistas para saber quién.

Me río y respondo sin pensarlo mucho.

—La policía ha estado en mi casa. ¿Te lo puedes creer? Por ese atropello con fuga que cubrimos la semana pasada. Parece que ocurrió cuando todos salíamos de la gala.

Ray se ríe y me da una palmada en la espalda.

—También han hablado conmigo. Esta mañana.

—¿En serio? —Siento una oleada de alivio.

—Sí. Porque cogí un Uber la mañana después del evento. —Se encoge de hombros y se ríe un poco más—. Al parecer, eso es motivo suficiente para sospechar que mi coche resultó dañado en ese atropello mortal.

¿No sería increíble que sospecharan de Ray durante un tiempo? O para siempre, en realidad.

—¿De verdad? —le pregunto, animándolo a seguir hablando.

—Sí. Les he dicho que siempre bebo en esos eventos, porque todo el mundo quiere tomar una copa conmigo. Voy y vuelvo en limusina. Y, al día siguiente, tenía demasiada resaca para conducir. Eso es lo que les he dicho. —Se ríe de nuevo y me da un codazo en el costado—. Se han marchado con el rabo entre las piernas.

—¿Eran dos?

—Sí. Uno se llamaba Eckhart, era más joven, y el otro era ese policía al que entrevistaste en *La pregunta final* hace un par de semanas. Tenía un nombre polaco, ¿Jazinski, quizá?

Se me hiela la sangre. Esto no puede estar pasando. Sabía que me había ganado la enemistad de ese inspector en el programa, cuando vio que yo sabía lo de que habían pillado a su mujer conduciendo borracha. ¿Y ahora está trabajando en este caso? Me llevo la mano al cuello y me aflojo un poco la corbata. No puedo respirar.

—Pues que le den al Departamento de Policía de Los Ángeles, porque no saben lo que hacen —dice Ray, sonriendo—. Te necesito en plena forma el próximo jueves por la noche, a las siete y media. La junta ampliada quiere conocer formalmente al futuro presentador principal nacional de la cadena. Es una sesión conjunta de nuestra junta y la junta directiva de KCLA. Trae a tu mujer, por favor. Queremos proyectar la imagen de una voz digna de confianza, de un hombre de familia que merece ser invitado a los hogares de la gente cada noche a la hora de las noticias. La votación sobre la adquisición es a principios del mes que viene. Esta es la recta final, compañero.

—Por supuesto —respondo con entusiasmo. Es la primera buena noticia que recibo en mucho tiempo—. Puedes contar conmigo, Ray. Conseguiremos que la fusión se lleve a cabo.

Nos estrechamos la mano y nos damos una palmada en la espalda. A través de las paredes de cristal, Latesha nos mira con desprecio sin ningún disimulo. Le sonrío con dulzura y observo cómo eso la saca de quicio.

Cuando por fin termina la reunión de redacción, salgo al aparcamiento. Quiero celebrar la noticia con una comida lujosa, sin que me moleste la presencia de otras personas. De camino a mi coche, saco el teléfono para llamar a Amanda y avisarla de la cita de la semana que viene. Si necesita ir a la peluquería o algo así, ahora es el momento de pedir hora. No puede llegar ni un minuto tarde.

Hay una llamada perdida suya, recibida alrededor de una hora

antes, cuando todavía estaba en la reunión, junto con un mensaje de voz. Pulso el botón de reproducción y me acerco el teléfono al oído.

—Paul, te sugiero que escuches lo que tengo que decirte y prestes atención. —Su voz suena fría en el mensaje de voz, seca y amenazante—. Sabes que guardaré tus secretos y yo sé que tú guardarás los míos. No tenemos otra opción. Pero eso es todo. No volveré a acompañarte a ningún evento de negocios hasta que firmes los papeles del divorcio. Los he redactado para que los revises. Están en la encimera de la cocina. Podemos mantener el divorcio en secreto y yo seguiré apoyando tu carrera hasta que Tristan sea mayor de edad, dentro de nueve años. O puedes negarte, en cuyo caso tendrás que arreglártelas solo. Adiós, cariño. Quizá quieras borrar este mensaje, por si acaso alguien revisa la actividad de tu teléfono.

La grabación hace clic al llegar al final. Miro la pantalla con incredulidad. La rabia me invade, me quema por dentro y me hace apretar los puños.

—¡¡¡Joder!!!

El rugido de mi propia voz resuena en el aparcamiento mientras pateo un cubo de basura con todas mis fuerzas. Traquetea ruidosamente y rueda por el cemento, ante mis atónitos ojos.

Pero no lo veo. Lo único que veo es la superficie gris y manchada del suelo del aparcamiento, que baila ante mis ojos como si estuviera a punto de abrirse y tragarme por completo.

¡Esa puta zorra!

AMANDA DAVIS

Sentada en el sofá de mi padre, es la primera vez que me siento segura en semanas. Tristan está tumbado con la cabeza en mi regazo y el brazo alrededor de mi cintura, medio dormido. No me atrevo a moverme ni un milímetro por miedo a que se escape; aún no he tenido suficiente de él, lo he echado demasiado de menos.

Siento los ojos pesados y me tienta dormirme solo un minuto, pero no puedo permitírmelo. Respiro hondo y me obligo a mantenerme despierta. Papá está preparando algo en la cocina. Oigo el familiar ruido de objetos y puertas de armarios, y luego el grifo abierto. Sigue chirriando cuando lo cierra. No recuerdo ningún momento en el que no lo haya hecho.

Miro a mi alrededor, la habitación que me resulta tan familiar. No ha cambiado mucho con los años, probablemente porque él se va durante meses. La foto de mamá sigue en la misma estantería, colocada en el ángulo perfecto para verla desde el sofá en el que estoy sentada. Otra foto, de los tres, tomada cuando yo tenía unos doce años, está enmarcada en un cuadro grande sobre la repisa de la chimenea. El lugar sigue oliendo ligeramente a humo de puro y piñas. Papá las recoge en sus paseos y las deja en la chimenea para que se sequen y perfumen la habitación.

Tristan se retuerce en mis brazos, bosteza y se estira. Luego, se da la vuelta, me sonríe con la boca abierta y se frota los ojos con los puños. Se ha acabado nuestro momento de mimos. Darme cuenta de ello me produce una pizca de pesar.

—¿Quién quiere chocolate caliente? —pregunta papá, entrando en la sala con una bandeja con tres tazas grandes cubiertas con nata espolvoreada con cacao en polvo.

Tristan se levanta de un salto y se apresura a coger una taza con el entusiasmo de alguien que se muere de sed, y quizá también de hambre.

—¡Yo! —chilla, antes de llevarse la taza a los labios y sorber ruidosamente. La nata montada se le queda pegada al labio superior.

—Te está saliendo bigote de leche, jovencito —le dice papá, riéndose de él.

Se limpia enseguida la boca con la mano y luego se lame los dedos.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué buenos modales —digo, sonriendo mientras le cojo el chocolate caliente de la mano a papá—. Pero es tarde, papá. Estará despierto toda la noche.

Hoy he salido temprano del trabajo, pero son casi las siete. Demasiado tarde para un chocolate caliente. Él le resta importancia a mi preocupación con un gesto de la mano y se sienta en el sofá a mi lado.

—Hay problemas más graves ahí fuera. Ojalá este sea el peor de los nuestros.

Doy un sorbo al chocolate caliente. Está delicioso, con un toque de canela. Me recuerda, de forma dulce y dolorosa a la vez, a mi infancia, a las vacaciones de Navidad que pasaba echándolo de menos, a los exóticos regalos que me traía de los distintos destinos a los que viajaba.

—Está delicioso. No puedo creer lo mucho que añoraba esto.

Tristan corre hacia el televisor y lo enciende. Sin dudarlo, navega por los menús y pone una película de Disney. Me acerco la taza a la cara para respirar el aroma, levanto las rodillas y me giro hacia un lado para mirar a papá.

Lo veo mirándome con una intensidad en los ojos que no recuerdo haber visto en mucho tiempo, tal vez desde que le dije que me iba a casar y con quién. Nunca le ha gustado demasiado Paul. Ahora, desearía haberle hecho caso.

—¿Qué pasa? —pregunta, con esa voz baja e intensa que hace que la tripulación del barco contenga la respiración para escuchar lo que tiene que decir.

—Nada —respondo demasiado rápido, y al instante me arrepiento de la mentira. Se merece mucho más que esto, pero la verdad le haría más daño—. Solo tenemos que resolver algunas cosas.

Tristan gira la cabeza hacia mí.

—¿Cuándo puedo volver a casa?

Creía que no estaba escuchando.

—Pronto, cariño —respondo, sintiéndome tentada de mentir para calmar sus miedos—. Estamos haciendo limpieza y pintando la cocina. No te gustaría. Hay mucho ruido y huele mal.

—¿Poniendo una mano de pintura nueva en las grietas de los cimientos y la suciedad asquerosa? —pregunta papá, en un susurro lento y mesurado.

No puedo evitar sonreír. Siempre ha tenido facilidad de palabra.

—Estamos renovando la casa, no el matrimonio, papá —digo en voz queda, haciendo un gesto hacia Tristan.

Una profunda arruga surca la alta frente de papá.

—No me gusta lo que te está haciendo. Estás demacrada, pálida, seguro que no comes bien. —Se detiene un segundo, mirándome hasta que bajo la mirada, admitiendo que tiene razón—. Estás estresada mientras él se codea con los peces gordos, aprovechándose de tu duro trabajo para su beneficio personal. En mi opinión, es un parásito.

Otro momento de profundo silencio mientras lucho por contener las lágrimas. Me da vergüenza mirarlo a los ojos.

—No te voy a preguntar si eres feliz —susurra—. No soy ciego. Te voy a preguntar: ¿por qué sigues con él?

Estoy temblando, a pesar de la taza de chocolate que me calienta las manos. Doy otro sorbo y luego lo miro, fijándome en las ojeras que tiene debajo de los ojos, el peso que ha perdido y lo marcados que tiene los pómulos. Detrás de todo eso, hay un núcleo de acero, una fuerza sobrehumana que siempre he admirado. Siempre ha sido mi héroe.

—Quiero el divorcio —digo finalmente, con un tono tan bajo que apenas puedo oírme—. Se lo he pedido, pero no cede. —Miro a Tristan, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con los ojos pegados a la pantalla mientras se ríe del colorido caos animado—. No puedo perderlo, papá. —Un temblor me recorre el cuerpo—. No puedo. Y Paul me ha jurado que lo perdería.

Papá deja la taza sobre la mesa y entrelaza las manos en su regazo.

—No estamos en la Edad Media, Mandy. Las mujeres tienen derechos. Los derechos de las madres están protegidos.

—No lo conoces, papá. Es poderoso. Tiene influencia sobre la gente, la policía, los jueces..., sobre todo el mundo, en realidad. Podría conseguir la custodia sin ninguna dificultad. La negociaría

entre bastidores. Luego, se mudaría quién sabe dónde, solo para poner distancia entre Tristan y yo. Me lo ha dicho.

Papá aprieta la mandíbula. Ahora me arrepiento de haber dicho nada. No puedo dejar de preocuparme por haber empeorado las cosas. Papá no sabe todo lo que ha ocurrido. El accidente. El hombre al que maté en defensa propia. Ya no sabe quién soy. Yo tampoco lo sé.

Tiemblo.

—Pero estaré bien —digo, respirando hondo—. Encontraré una solución. No te preocupes por mí.

Más tarde esa noche, cuando me voy de casa de papá, me demoro en abrazarlos a ambos, sabiendo cuánto los extrañaré. Inspiro el aroma de Tristan con los ojos cerrados, esperando que permanezca conmigo durante un tiempo, grabado en mi memoria. Entonces papá me envuelve entre sus brazos y me susurra unas palabras al oído:

—Te mereces algo mejor, Mandy.

Tiene razón. Merezco algo mejor.

PAUL DAVIS

Sigo temblando mientras conduzco a casa, agitado y cabreado de cojones. Me duele el puño derecho por el golpe que le he dado al volante del coche. Puede que me haya roto algo.

Maldita sea esa mujer. Me cago en ella.

Si Amanda cree que voy a ir corriendo a firmar los papeles del divorcio, está muy equivocada. Pero asistirá a la reunión de la junta, o tendré el cadáver de otra zorra que tirar por un barranco. Se lo he dicho y se lo he repetido: nadie me va a quitar a mi hijo.

Durante un rato, conduzco en el silencio aturdido de mis pensamientos. No puedo creer que de verdad me esté planteando esto, pero las cosas serían mucho más fáciles si ella tuviera algún tipo de accidente. Quizá Foster Vía Rápida podría organizarlo. Ya le pago lo suficiente, y seguro que seguiré pagándole hasta el día de mi muerte. O hasta que él caiga muerto como el indeseable que es.

Miro la hora en el salpicadero y aprieto los dientes. Son casi las ocho, y apuesto a que lo encontraré todavía trasteando en el garaje, esperando su paga. Amanda estará sentada en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho, enfadada porque he dejado a Foster solo en casa. Como si tuviera otra opción, joder.

Me saco el teléfono móvil desechable del bolsillo y busco uno de los dos números que tengo guardados. Marco y me pregunto si ese abogado de mierda se atreverá a contestar mi llamada.

—¿Hola?

Reconozco la voz de Larry Chapelle, aunque suena ahogada y entrecortada. Seguro que ya se ha cagado en los pantalones.

—¿Sabe quién soy? —pregunto con frialdad.

—Sí, señor Da...

—Nada de nombres, por favor.

—Sí, claro. —Una pausa—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Puedes empezar por decirle a ese mierdecilla que me has

enviado que no soy su puta vaca lechera, ¿me oyes? —Respiro con dificultad por el esfuerzo que estoy haciendo para no arremeter contra él con todas mis fuerzas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con voz temblorosa, reducida a un susurro tenso.

—Me está chantajeando, eso es lo que ha pasado. Quiere setenta y cinco mil más, además de los veinticinco que ya le pagué. No es lo que acordamos tú y yo. No me dijiste que ibas a enviar a alguien a chantajearme.

—S-sí, tiene razón. Se suponía que no le iba a cobrar nada. Hablaré con él y...

—El pago de hoy es el último, ¿me oyes? Asegúrate de que le quede claro. Cien mil dólares son suficientes para un montón de piezas y para mantener la boca cerrada para siempre. Más que suficientes.

Se produce un breve silencio en la línea abierta. Ni siquiera oigo respirar a Chappelle.

—Sí, está claro —responde al cabo de un rato. Su vacilación inicial ha desaparecido, como si hubiera descubierto lo que tiene que hacer para que Foster se comporte—. No volverá a pasar.

—¿Me lo garantizas personalmente?

—Sí.

La respuesta es breve, concisa y extrañamente tranquilizadora. No se me ocurre ninguna razón por la que debería creerle, pero lo hago. Es algo en la forma en la que lo ha dicho.

—¿Ha terminado el trabajo? —pregunta Chappelle cuando estoy a punto de colgar.

—Lo sabré dentro de unos minutos. Si no ha terminado, no cobrará.

—Entiendo. ¿Me confirmará que ha terminado? Basta con un mensaje de texto a este número.

—Eso sí puedo hacerlo. —Suelto un largo suspiro—. No me hagas volver a llamarte.

Cuelgo mientras tomo la salida de la autopista en dirección a casa. Más vale que Foster sepa gastar con prudencia, porque no volverá a ver ni un centavo mío.

Mientras espero a que el semáforo se ponga en verde, un pitido me avisa de que tengo un nuevo mensaje. Abro la aplicación y maldigo en voz alta. Mi suegro ha escrito: «Paul, hace tiempo que no

hablamos. Compartamos una comida como Dios manda a bordo del Sea Titan, algo sustancioso, al estilo de los marineros. El martes que viene a las doce en punto. Atracaremos en el puerto de Los Ángeles, puerta catorce. Pide acceso con mi nombre. No llegues tarde».

Pero ¿qué coño?

Miro fijamente el mensaje, tratando de recordar la última vez que mi suegro y yo fuimos a comer juntos. ¿Qué puñetas le ha estado contando Amanda sobre mí? Solo mentiras, imagino... Pero ahora tengo que contener esta situación.

Un claxon enfadado me devuelve a mi asiento y arranco con un chirrido de neumáticos. Utilizo el sistema multimedia del coche para responder a su mensaje con un simple y seco «Allí estaré».

Porque que me parta un rayo si voy a achantarme ante lo que sea que ese viejo cabrón tenga que decirme. No le tengo miedo.

Cuando giro hacia mi entrada, veo a Foster sentado en la roca del jardín, como antes. Sonríe mientras se acerca a la puerta de mi coche.

—Todo listo, colega —dice—. ¿Tienes la pasta?

AL JAZINSKI

La oficina de la forense me da escalofríos, como siempre. Huele a lejía y a algo metálico e indescriptible, pero no siento curiosidad por saber qué es. Eckhart y yo encontramos a la doctora Evans hablando con alguien que está llorando; probablemente habrá venido a identificar a un ser querido. No les envidio en absoluto. No puedo contar las veces que he temido que esto me pasara a mí, que María tome las decisiones equivocadas. Cada vez que no contesta al teléfono, o cuando llego a casa y no está porque se ha ido a Dios sabe dónde, mi imaginación hiperactiva pinta esta misma escena.

Le damos un minuto a la forense para que termine. Cuando acaba, nos saluda con la mano, con las gafas colocadas en la punta de la nariz y su habitual expresión seria. A sus cuarenta y cinco años, ha visto más cadáveres que yo horas extras, y su pasión y profesionalidad son solo algunas de las cosas que admiro de ella.

—Caballeros —dice, invitándonos a entrar—. Tengo respuestas para ustedes. Algunas, al menos.

Eckhart y yo la seguimos por el pasillo iluminado hasta su oficina, pasando por delante de la sala de identificación. Bien. No necesito volver a ver a la víctima, a menos que sea necesario. Evans abre una carpeta que tiene sobre la mesa y nos indica que nos sentemos.

—Empezaré por lo que sabemos —comienza, echando un vistazo a sus notas—. La hora de la muerte: puedo situarla con precisión en un intervalo de veinte minutos. Mi estimación preliminar se ha confirmado. Murió casi al instante del impacto, y las pruebas señalan que el accidente ocurrió entre las doce y media y la una menos diez de la madrugada del jueves pasado.

Eckhart arquea una ceja.

—¿Tan preciso?

Evans asiente.

—El agua de lluvia y los restos de sangre. Su ropa estaba seca

cuando murió, lo que significa que la atropellaron antes de que empezara a llover a las doce y treinta y siete. Pero, cuando la arrojaron al barranco, acababa de empezar a llover, lo que empapó la capa superior de su ropa. Eso concuerda con la hora en que el Servicio Meteorológico informó de que la tormenta se desplazaba hacia el interior. Luego, la lluvia depositó arena y suciedad alrededor de su cuerpo, pero no debajo de él. Además, la actividad de los insectos en el cuerpo, en concreto las larvas de mosca azul, indica un intervalo de siete días entre el momento de la muerte y el momento en el que se halló el cadáver.

Suelto un silbido por lo bajo.

—Nunca deja de sorprenderme, doctora.

Ella me lanza una rápida mirada.

—Tuvimos suerte. Si no hubiera sido por la lluvia de ese día, y la sequía desde entonces, lo máximo que habría conseguido sería darles un intervalo de veinticuatro horas.

Asiento con la cabeza. Tener suerte nunca ha perjudicado a un policía. Jamás.

—¿Qué más?

Evans se sube las gafas y pasa a otra página.

—La causa de la muerte fue un traumatismo craneal grave, compatible con el impacto de un vehículo a alta velocidad. Sufrió una fractura en la base del cráneo; básicamente, la base del cráneo se le destrozó por la fuerza del impacto. Fue instantáneo. No sintió nada.

Eckhart se inclina hacia delante, con las manos formando un triángulo con los dedos juntos hacia arriba.

—¿De qué velocidad estamos hablando?

—Basándonos en las lesiones de su cuerpo, el vehículo circulaba a aproximadamente ciento diez kilómetros por hora. El tipo de fractura, la gravedad de los daños en la caja torácica, la columna vertebral y el fémur izquierdo, y la trayectoria de su caída sugieren que se trataba de una berlina o un SUV. —Hace una pausa—. Fue limpio. Sin frenada, sin vacilación antes del impacto, pero la científica ha podido determinar que hubo una frenada significativa después. Quienquiera que la atropellara ni siquiera redujo la velocidad antes de golpearla, pero se detuvo por completo después.

Intercambio una mirada con Eckhart. El conductor no intentó evitarla.

—¿Han podido ubicar el lugar exacto donde la atropellaron?

—Sí. Basándonos en los restos de sangre encontrados bajo el guardarraíl, pudimos determinar dónde cayó *después* del impacto. El resto lo hizo un modelo informático.

—¿Algo más? —pregunto.

Evans pasa a la página siguiente.

—Era una paciente con cáncer de mama en fase terminal, estaba en tratamiento con quimio. Tenía un catéter central en el pecho, así como restos químicos compatibles con un tratamiento de quimioterapia específico. Basándome en los fármacos identificados, me puse en contacto con los hospitales de la zona que cuentan con servicios de oncología. —Saca una hoja de la carpeta y la desliza por el escritorio—. A alguno de ellos debe faltarle una paciente que coincida con su descripción general.

—¿Faltarle? —repite Eckhart, frunciendo el ceño—. ¿Les envió su foto?

La doctora Evans niega con la cabeza.

—Eso no serviría de mucho. Está irreconocible debido al accidente. Pero hay otros datos específicos que he podido compartir. Radiografías de sus pechos, raza, altura, peso, edad aproximada... Esto debería ser suficiente para identificarla con seguridad.

—¿Así que no tienen ni idea de quién falta a su tratamiento programado? ¿En serio? —Dejo que mi frustración se refleje en mi voz.

—Es algo más complicado —señala Evans, con cierta frustración en la voz—. Cuando los pacientes no acuden al tratamiento, los centros oncológicos pueden suponer varias cosas, incluido que hayan fallecido. Algunos pacientes se rinden y quieren que los dejen tranquilos para morir en paz. Otros se sienten demasiado débiles para seguir luchando. Estos centros tardarán uno o dos días en darnos una identificación positiva.

Asiento con la cabeza, tomando nota mentalmente.

—¿Y los historiales dentales?

—Aún no he recibido respuesta —contesta ella—. Mientras tanto, estoy esperando una identificación positiva de los centros oncológicos. No debería tardar mucho.

Eckhart da unos golpecitos con los dedos en el borde de su mesa.

—¿Hay algo más reseñable? ¿Algo que se nos escape?

Evans se reclina en su silla y cruza los brazos.

—Los restos químicos en el catéter son lo bastante fuertes como

para indicar que recibía un tratamiento agresivo. No era alguien en cuidados paliativos. Todavía estaba luchando. —Hace una pausa y su voz se suaviza—. Pero su pronóstico no habría sido bueno. Ese es el tipo de tratamiento que se utiliza para los casos en fase terminal. Un mes o dos, como mucho.

La sala se queda en silencio. Siento el peso de sus palabras posarse sobre nosotros como una espesa niebla. Una mujer que se estaba muriendo de cáncer, atropellada por un coche y abandonada en un barranco. Es cruel y desgarrador a un nivel que ni siquiera puedo expresar con palabras.

Evans carraspea, rompiendo el silencio.

—También encontré un ligero residuo de alcohol y rastros de analgésicos recetados en su organismo. Ninguno de los dos en cantidades que la afectaran de forma significativa, pero sí lo suficiente como para sugerir que no se encontraba bien. Por qué estaba allí, en medio de la nada, sigue siendo un misterio.

—¿Podemos suponer que quería suicidarse siendo atropellada? —pregunto.

La doctora Evans se encoge de hombros.

—Suponer es su trabajo. Yo solo me ocupo de los hechos científicos. Pero, si tuviera que formular una hipótesis, diría que sí, que sin duda es una posibilidad. Malibu Canyon Road a esa hora de la noche está muy oscura y no hay mucho tráfico, pero los vehículos que circulan por allí van a gran velocidad. Sería una buena opción si se quisiera hacer algo así.

Me levanto y estiro la espalda dolorida.

—Gracias, doctora. Manténganos informados sobre la identificación.

—Por supuesto —dice ella, levantándose también—. Espero tener la confirmación pronto. En un día o dos como mucho.

Eckhart y yo salimos al luminoso pasillo, con sus últimas palabras siguiéndonos como un eco. En la calle, el sol nos parece demasiado cálido, demasiado brillante.

—Ya se estaba muriendo —murmura Eckhart, casi para sí mismo—. Vaya mierda.

—Sí —respondo, sacando mi bloc, y paso a una página nueva—. Pero alguien decidió tirarla a una zanja. Esa persona se merece un lugar especial en el infierno.

AMANDA DAVIS

Los lunes por la mañana, el servicio de urgencias se llena de infartos, sobredosis y traumatismos por accidentes de tráfico, las reacciones habituales de la gente al comenzar una nueva semana laboral. Los lunes se produce un aumento del trece por ciento en los infartos de miocardio en comparación con la media del resto de la semana. Hasta ese punto odia la gente ir a trabajar.

Pero yo no.

El hospital se ha convertido en mi refugio, un lugar donde Paul no puede alcanzarme y donde mi matrimonio destrozado y mi vida arruinada no pueden consumirme. Cuando estoy trabajando en una sobredosis crítica como la que acabamos de estabilizar, no hay tiempo para pensar, para recordar.

Paul no firmó los papeles del divorcio. Ni siquiera los leyó. Se comportó tal y como esperaba. Me amenazó. Dio puñetazos en las paredes. Me gritó, con la cara enrojecida y las venas de las sienes hinchadas, como si estuviera a punto de sufrir un derrame cerebral. No sé qué da más miedo: su temperamento o el hecho de que sabe que está perdiendo el control sobre mí.

Me costó mucho esfuerzo no irme de casa, pero también es mi casa.

«Volver a casa para enfrentarme a él fue una estupidez —me digo a mí misma—. No es el hombre que creías que era. La seguridad es lo primero, ¿recuerdas?».

El pensamiento cruza mi mente y me produce un escalofrío. No me haría daño..., ¿verdad?

—¿Doctor Grant? ¿Amanda? La jefa os quiere a los dos en su oficina —anuncia Sunny desde fuera de la puerta del box de traumatología tres.

No necesito preguntar a quién se refiere. La doctora Kenna, la jefa

de personal del departamento, es la única a la que llamamos «la jefa».

—¡No hemos terminado! —le espeta el doctor Grant, con el estetoscopio sobre el pecho del paciente—. Vigila ese ritmo, parece que está pasando a taquicardia ventricular.

—Sí, doctor —respondo, sin apartar la vista del monitor.

—Cuando podáis —dice Sunny, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

Ella y yo nos miramos a los ojos. Le hago una pregunta silenciosa, pero ella niega con la cabeza. No sabe de qué se trata.

Unos minutos más tarde, cuando el paciente está en la segunda planta e ingresado en la UCI, el doctor Grant y yo nos dirigimos al despacho de la doctora Kenna. Hay una incomodidad persistente entre nosotros, un silencio pesado que me da miedo romper.

El doctor Grant me abre la puerta y entro en el despacho de la jefa.

—¿Querías vernos?

Ella levanta la vista de la pila de papeles que tiene delante.

—Sí, pasad.

Una oleada de ansiedad me recorre el cuerpo. El pulso se me acelera mientras ella revisa una pila de carpetas y saca una. Reconozco de inmediato las pestañas codificadas por colores: el historial de un paciente.

—Los dos tratasteis a Marisol Sosa, ¿verdad?

Oír su nombre es como un golpe físico. Intercambio una mirada con el doctor Grant, que está de pie junto a mí, rígido, con las manos en los bolsillos de la bata. Asiento con la garganta apretada.

—Sí, la recuerdo —contesto—. Hace unas tres semanas, quizá un mes.

—La policía ha estado preguntando por ella. ¿Hay algo que deba saber? —pregunta la doctora Kenna. Su voz es tranquila, pero sus ojos son afilados como cuchillas.

Mi visión se estrecha y se forman manchas negras en los bordes. Siento las rodillas como gelatina. No, no, no. Esto no puede estar pasando. Me obligo a respirar, a mantenerme de pie.

—¿Amanda? —pregunta el doctor Grant con preocupación.

Parpadeo, tragándome el pánico que me invade.

—No —consigo decir, con la voz temblorosa—. Solo..., solo una historia muy triste. Una chica tan guapa... y un accidente absurdo. —

Mi voz vuelve a fallar, pero sigo adelante—. No había nada que nadie pudiera hacer.

La jefa me mira por encima de las gafas.

—He leído las notas, pero ¿puedes darme más detalles? Cuéntame los antecedentes.

Miro al doctor Grant, esperando que me ayude. Mi voz me traiciona.

—Marisol quedó atrapada en el derrumbe de un andamio cuando salía de un centro comercial —explica él, con palabras precisas y ponderadas—. La estructura cedió y parte del andamio cayó encima de ella, causándole lesiones catastróficas. Sufrió una fractura de la columna cervical en las vértebras C5-C6, con una compresión medular grave y una probable sección incompleta. Eso la dejó tetrapléjica y apenas capaz de respirar por sí misma.

—Entiendo —dice la doctora Kenna, frunciendo el ceño mientras examina la historia clínica.

El doctor Grant hace una pausa y me mira antes de continuar.

—La conectamos a un respirador artificial, pero las lesiones eran letales. Solo el daño espinal ya garantizaba que nunca recuperaría la respiración autónoma ni la movilidad. Además, sufrió quemaduras extensas de segundo y tercer grado en más del cuarenta por ciento de su cuerpo.

—¿Quemaduras? —repite la jefa, con voz ahora un poco más seca. Hojea con rapidez el expediente del caso, probablemente buscando detalles.

—Un derrame de disolvente —aclara el doctor Grant—. El líquido se incendió al entrar en contacto con un cable eléctrico expuesto del andamio caído. Eso fue lo que dijo el equipo de emergencias médicas. Marisol quedó prácticamente atrapada en un incendio. Las quemaduras por sí solas eran incompatibles con la vida, pero la verdadera causa de la muerte fue la lesión medular.

Tengo las manos sudorosas y me las froto contra la bata, tratando de tranquilizarme. Cada palabra me parece un golpe.

—Entonces, ¿no hay nada por lo que deba perder el sueño? —inquire la jefa.

El tono del doctor Grant se vuelve firme.

—No. Absolutamente nada. Le prestamos toda la asistencia posible, documentamos cada paso. Por desgracia, sus lesiones eran incompatibles con la continuación de la vida. La madre tomó la

difícil pero humana decisión de interrumpir el tratamiento que habría prolongado su sufrimiento unos días más.

—¿La madre optó por suspender las medidas para prolongar la vida? —pregunta la jefa. Veo mi propio dolor reflejado en sus ojos.

—Sí —confirma el doctor Grant.

—Falleció en menos de una hora —añado en voz baja. Mi voz tiembla al recordar el rostro angustiado de Marisol. Sus ojos aterrorizados, su cuerpo destrozado.

Los ojos de la doctora Kenna se cruzan con los míos.

—¿Tenéis idea de por qué la policía anda haciendo preguntas?

Lo único que puedo hacer es negar con la cabeza.

—No —responde el doctor Grant, firme e imperturbable—. No se me ocurre ninguna razón. El caso está completamente documentado y se siguieron todos los protocolos.

Cierra el expediente y lo vuelve a colocar encima de la pila. Hay un momento de silencio antes de que la jefa vuelva a hablar, con un tono más ligero.

—De acuerdo, perfecto. Gracias por aclarármelo. Si la policía se pone en contacto con alguno de vosotros, avisadme de inmediato.

—Por supuesto —dice el doctor Grant, y sale de la oficina de la doctora Kenna detrás de mí.

Durante un rato, caminamos en silencio uno al lado del otro, en dirección a urgencias. Mantengo la mirada al frente; el largo pasillo me resulta tan desconocido como si nunca hubiera estado aquí. Como si estuviera atrapada en un laberinto del que no hay escapatoria.

—Tienes que hablar conmigo —dice el doctor Grant cuando estamos en el ascensor. Su voz es amable. Comprensiva.

—No puedo. —Mis ojos se cruzan con los suyos durante una fracción de segundo, pero luego aparto la mirada—. No es nada que afecte a nuestro trabajo. Algunos casos simplemente... me impresionan. —Me atraganto con mis propias palabras y hago una pausa. Respiro hondo para tranquilizarme—. El de Marisol fue uno de estos casos. Me persigue.

Ojalá pudiera decirle la verdad, pero nadie debe saber lo que estoy ocultando. La policía no pregunta por Marisol por lo que ocurrió en el hospital.

Hay otra razón.

AMANDA DAVIS

Me apresuro a desaparecer después de mi turno, antes de que el doctor Grant pueda acorralarme y continuar una conversación que no puedo permitirme el lujo de tener. Tomo el ascensor hasta la última planta y me cuelo en el almacén. Está vacío a esta hora, y probablemente no vendrá nadie hasta el comienzo del siguiente turno.

La sala huele a lejía y a limpiador con aroma a pino, y la iluminación es muy tenue. No me importa. La puerta que cierro con suavidad detrás de mí tiene una ventana estrecha con rejas, y las luces tenues llamarán menos la atención. En un pequeño escritorio hay un ordenador antiguo con el monitor apagado. Lo enciendo y tarda un momento en iluminarse. El sistema de inventario de suministros ocupa toda la pantalla. Cojo el anticuado ratón y busco un navegador que pueda usar de incógnito.

Marisol no es el único fantasma que me persigue. Desde el miércoles pasado, he estado buscando la oportunidad adecuada para averiguar quién era Greg Hollen. No quería buscarlo desde mi teléfono ni desde el ordenador de casa. Ya no hay privacidad... Y algún día, cuando la policía encuentre su cuerpo y empiece a buscar respuestas, cuando rastreen su último paradero y me vean en las imágenes de la videovigilancia del bar, más me vale no tener ninguna relación con él.

Escribo su nombre en el navegador y espero a que se cargue la página de resultados. El ordenador es bastante antiguo y emite un sonoro runrún mientras funciona. Me desplazo por los resultados con impaciencia, sin prestar apenas atención a los que no son correctos. Un par de obituarios. Varios perfiles con su nombre en LinkedIn y algunos otros en redes sociales. Un estudiante de la Universidad de Florida. Un paisajista en Nebraska. Y, por fin, el que estoy buscando.

Paso a los resultados de imágenes y me quedo sin aliento. El hombre que aún me persigue en mis pesadillas posa delante de una tabla de estatura mientras sostiene un cartel de identificación policial con el escudo de la policía de Los Ángeles. La fecha es de hace tres años.

Mientras estudio su rostro con atención, casi no lo reconozco. Las comisuras de sus labios están hacia abajo; la nariz, arrugada en una expresión de disgusto. Sus ojos son lo que más me perturba. No puedo creer que pensara que este hombre era atractivo, aunque fuese solo durante un minuto de borrachera y enfado. La maldad que brilla en sus iris es escalofriante.

Escruto el rostro que aparece en la vieja y polvorienta pantalla del ordenador, dudando de mi cordura mientras trato de pensar. Necesito saber más. Para empezar, qué hizo, aunque tengo una idea. Si cumplió condena. Por un momento delirante, me pregunto si podría llamar a Danny Bilger o a otro de los agentes que conozco bien. Pero eso sería lo peor que podría hacer.

Opto por consultar los registros de reclusos en la página web de la Oficina del Sheriff del Condado de Los Ángeles. Me lleva un tiempo encontrar el lugar adecuado, pero al fin doy con lo que busco. Y es una lista larga. Los antecedentes penales de Greg Hollen dibujan la imagen de un depredador sexual violento, sin remordimientos y sin posibilidad de redención.

Empezó joven, a los trece años, pero esos antecedentes están sellados. Luego, se puso serio. A los veinte, le rompió una botella en la cabeza a un hombre durante una pelea en un bar. A los veintiséis, fue condenado por agresión sexual y violación. Con los ojos como platos por la estupefacción, cambio al motor de búsqueda del sistema judicial y leo el testimonio que detalla la agresión. La víctima necesitó puntos de sutura en la cara y el pecho. Le aplastó la tráquea. Estuvo en el hospital durante semanas.

Esa mujer podría haber sido yo.

Hollen fue condenado a ocho años por eso. Ni de lejos suficiente. Salió en seis por buen comportamiento y, ese mismo año, fue acusado de nuevo por agresión y tentativa de violación. Hace cuatro meses, volvió a salir en libertad y está —estaba— en libertad condicional.

Mis dedos tiemblan ligeramente sobre el ratón.

Ahora sé cómo descubrirán su cadáver. No será por un alquiler o

una hipoteca impagados ni por un corte de electricidad que descongele su cuerpo hasta que el hedor haga que los vecinos den el aviso. No... Será su agente de libertad condicional, que tirará la puerta abajo cuando no se presente a la cita prevista.

Pensaba que tendría uno o dos meses hasta que encontraran el cuerpo.

Tendré suerte si me queda otra semana.

PAUL DAVIS

Últimamente vivo día a día, y eso me está matando. Algo más debió pasar la noche de aquel puñetero accidente. Es como si el universo se hubiera vuelto loco y las cosas ya no tuvieran sentido. Le dije a Foster que quería que el coche quedara como nuevo, y él intentó engañarme, diciendo que había terminado sin sustituir el embellecedor agrietado debajo del faro. Debe pensar que soy idiota.

Luego está mi mujer y su increíble desfachatez. ¿Se creía que lo único que tenía que hacer era imprimir una plantilla de acuerdo de divorcio sacada de internet y hacerme firmarla? Últimamente, no está demostrando mucho sentido común. Tiene hasta mañana para entrar en razón o, de lo contrario, la pondré en su lugar, aunque tenga que arrastrarla por el pelo.

Mañana, a las siete y media, las dos juntas directivas se reunirán en una sesión conjunta para conocerme y evaluarme como presentador principal nacional de la futura cadena. En palabras del propio Raymond: Amanda y yo somos ahora una marca, la «pareja perfecta» de Los Ángeles que lucha contra la conducción bajo los efectos del alcohol y marca la diferencia, todo ello bajo el resplandeciente logotipo dorado de Golden State Broadcasting. Y que gana millones mientras se dedica a ello. Esa es la diferencia que me importa. Amanda no lo sabe, pero yo me llevo una parte del pastel, al igual que mi jefe.

Y ahora, esto. Otra locura con la que tengo que lidiar: la invitación a almorzar de mi suegro. En un día normal, ese capullo y su montón de basura flotante no habrían entrado en mi agenda. ¿Y almorzar en un carguero comercial? Puaj. Es probable que necesite la antitética después de eso.

El hombre flacucho que lleva un uniforme de seguridad portuaria sonríe de forma extraña cuando menciono el nombre de mi suegro.

—Está allí. —Señala con un dedo sucio hacia un gran barco que

están descargando—. El Sea Titan.

Como si no lo supiera.

La barrera se levanta y conduzco hacia el barco. A medida que me acerco, su tamaño me parece surrealista. Las grúas de barco a tierra bailan frente a él mientras cogen contenedores y los depositan sobre camiones. Una larga fila de camiones espera su carga. El barco todavía tiene cientos de ellos a bordo.

Es enorme, una masa gigantesca de acero, tocada por el óxido y unida por remaches del tamaño de latas de refresco. El nombre del buque, Sea Titan, está escrito en letras negras y gruesas del tamaño de un pequeño bloque de pisos.

Al detenerme junto a la pasarela, levanto la vista y entrecierro los ojos ante la luz del sol, tratando de ver si ese cabrón está ahí esperando. No veo nada. Cuando salgo del coche, tiemblo bajo el viento frío que atraviesa la chaqueta de mi traje.

La pasarela es empinada y resbaladiza por las salpicaduras del mar. El olor a salitre lo impregna todo. Camino con cuidado, agarrándome a la gruesa barandilla de cuerda trenzada como si mi vida dependiera de ello, y probablemente sea así. Miro hacia abajo mientras asciendo y veo el estrecho espacio entre el muelle y el casco del barco, golpeado sin piedad por cada ola. Caer sería una sentencia de muerte instantánea.

En lo alto, el propio lobo de mar me espera, con las piernas abiertas y los pies bien plantados, los brazos cruzados sobre el pecho. La fuerte brisa agita su barba blanca. Asiente con la cabeza y me da un firme apretón de manos.

—Bienvenido a bordo. —No hay ni rastro de bienvenida en sus ojos ni en su voz.

—Me alegro de verlo, capitán —digo, esbozando una sonrisa forzada—. Gracias por la invitación.

No responde. Solo me mira fijamente durante un breve segundo antes de indicarme con un gesto que lo siga.

Me lleva por pasillos estrechos y por unas empinadas escaleras de rejilla que resuenan bajo mis pies. La tripulación asiente con la cabeza al pasar, algunos con una sonrisa tensa y otros evitando mi mirada por completo. Me pregunto cuánto sabrán sobre la vida personal de su capitán, sobre mí, el famoso yerno que todos conocen por las noticias de la televisión.

La visita es breve pero exhaustiva, cada detalle nos recuerda que

estamos en su territorio. La cavernosa bodega de carga. El puente, con su laberinto de controles y luces parpadeantes. La sala de máquinas, una cacofonía de metal chirriante y turbinas al ralentí. Es impresionante, incluso abrumador, y huele a moho salado y suciedad, y no veo el momento de salir de aquí. Esto no es lo mío. Pero no puedo evitar la sensación de que no se trata de presumir de su barco. Cuando pasa por el comedor de los oficiales sin reducir la velocidad, estoy seguro de ello.

Por fin, salimos a la cubierta del puente, con la vasta extensión del Pacífico extendiéndose ante nosotros. El ruido metálico, el zumbido y los golpes secos de las grúas continúan en la cubierta inferior. La luz del sol se refleja en las olas y tengo que entrecerrar los ojos después de haber estado dentro durante un rato. Debería haber traído las gafas de sol.

Mantengo la mirada fija en el horizonte. Mirar hacia abajo me da vértigo. Debemos estar al menos a treinta metros sobre el nivel del mar.

Mi suegro se apoya en la barandilla.

—Es precioso, ¿verdad? —me pregunta, mirándome.

—En efecto —respondo, aunque en este momento no soy capaz de apreciar su belleza.

Sus ojos se desvían hacia el horizonte.

—En el mar, no podemos permitirnos ser sensibles o educados en lo que respecta a la basura. —Su voz es ese susurro bajo y amenazador que tanto detesto.

No entiendo cómo su voz puede sobreponerse al ruido de fondo, pero lo hace. Es escalofriante.

Hace una pausa y luego continúa:

—Simplemente la lastramos para que nunca vuelva a salir a la superficie y apeste el aire. Y la tiramos por la borda. Así es como trato los problemas desagradables y malolientes de mi vida. ¿Me entiendes, mi querido Paul?

Aprieto la mandíbula.

—Creo que sí.

Se acerca a mí, con el olor a sal y aceite de motor pegado a él.

—Soy el hijo de puta más cruel y feroz que desearías no haber conocido nunca. —Sus susurros me hielan la sangre—. No ha sido una gran comida, ¿verdad? Pero espero que nuestra conversación te haya resultado inspiradora. Y que quizá hayas aprendido algo de ella.

No respondo. Tengo la boca seca y el pulso me retumba en los oídos. Sus palabras flotan entre nosotros como una nube de tormenta, llenando el aire de electricidad.

¿Me está amenazando?

Sin duda alguna. Entonces tiene la desfachatez de sonreír, solo un ligero movimiento de sus labios, suficiente para asegurarse de que capto el mensaje. Me da una palmada en la espalda mientras yo lucho por encontrar las palabras para escupirle en la cara.

—Espero que el divorcio de mi hija sea un asunto sencillo y sin complicaciones, y eso incluye la custodia —continúa, con un tono tan afilado como un cuchillo—. Mi nieto debería crecer sabiendo que su madre y su padre están vivos y bien, ¿no crees? —Su sonrisa se amplía, alimentando mi ardiente ira.

¿Quién coño se cree que es? Lo voy a destrozar, joder.

Cuando me indica que me acerque a la puerta del puente, lo sigo, pero, después de dar un par de pasos, lo agarro del brazo para detenerlo. Se da la vuelta. Le suelto el brazo, le agarro la solapa del uniforme y me acerco a su cara, lo suficiente como para oler el aroma a puro cubano de su aliento.

—Puede que aquí, donde este remolcador es tu reino, te creas un puto pirata, pero en tierra firme puedo destrozarte la vida de cincuenta maneras diferentes. ¿Me oyes? Ándate con ojo, viejo. Te tengo calado.

El no se inmuta. Con los ojos fijos en los míos, susurra:

—Quiero ver cómo lo intentas.

Por un momento, nos quedamos así, inmóviles, respirando el aliento ardiente del otro, mi mano agarrada a su solapa, sus ojos clavados en los míos, inquebrantables. Entonces lo suelto.

Abro la puerta con un golpe furioso y me dirijo al puente para encontrar la salida desde allí. Puedo oírlo caminar detrás de mí, a un par de pasos de distancia. Me acompaña así hasta la pasarela, pero se detiene antes de subir a ella. No me giro para mirarlo. Sé lo que vería: a él, de pie, con las piernas ligeramente separadas, imperturbable ante el ligero movimiento del barco que me da náuseas, mirándome como si yo fuera a ser la noticia principal de mañana: «Apreciado presentador de noticias hallado muerto en circunstancias misteriosas».

Bueno, que le den a él y a la barcaza que empuja.

Me agarro a la barandilla de cuerda para ir bajando. Mis zapatos

Ferragamo resbalan sobre la superficie metálica estriada, lo que hace que mi descenso sea peligroso.

Estoy a punto de llegar a tierra firme cuando uno de los oficiales con los que me he cruzado antes comienza a subir por la pasarela. Asiente y sonrío profesionalmente, y luego dice:

—Espero que nos volvamos a ver pronto.

—No si puedo evitarlo, joder —mascullo después de pasar, mientras me pongo al volante de mi Cadillac de alquiler. Las ruedas chirrían cuando arranco en dirección a la puerta.

Estoy deseando llegar a casa esta noche, después del trabajo. Es hora de que Amanda y yo tengamos una charla seria. No va a joderme la vida.

AL JAZINSKI

Eckhart lleva horas pegado a la dichosa pantalla. Su silla de oficina cruje cada vez que se inclina hacia delante, con la *tablet* en la mano iluminada por esas imágenes granuladas en blanco y negro. Es como un perro con un hueso, se niega a rendirse, aunque ya hayamos roído todo lo que había que roer.

Sin embargo, el teniente está de acuerdo con él. Nos ha dado unos días más para encontrar al culpable. Eckhart es capaz de convencer a cualquiera para que haga cualquier cosa. Pero no va a ser suficiente.

De vez en cuando, anota algo en su libreta. Códigos de tiempo, notas y, por lo general, los nombres de los sospechosos a los que perseguimos.

Me reclino en mi silla y lo observo con el rabillo del ojo. Tiene esa mirada, la que tiene cuando cree que está a punto de descubrir algo importante. Me gustaría creerlo, pero, después de días mirando coches, marcas de tiempo y ángulos de aparcamientos, mi fe se está agotando. Hasta ahora no tiene nada, nada más que excusas por el tiempo que está perdiendo. Parece que todos los que asistieron a esa gala se las arreglaron de alguna manera para llevar sus propios coches al día siguiente.

Quizá lo estamos abordando de forma equivocada.

—Bueno —digo finalmente, rompiendo el silencio—, ¿alguna novedad o seguimos viviendo en la tierra de los casi?

Eckhart no levanta la vista.

—Dame un segundo. —Pausa la grabación, la rebobina y vuelve a pausarla—. Te juro que aquí hay algo.

—Siempre «hay algo aquí», compañero. El problema es que no suele ser suficiente para que podamos utilizarlo en contra de alguien.

—No, lo digo en serio —insiste, tocando la pantalla—. Mira esto. ¿Ves la pegatina en el parabrisas de Davis?

Cuando oigo el nombre, aguzo el oído. Me acerco a su mesa y

entrecierro los ojos inclinándome para ver la imagen. Está muy borrosa, como todas las de esa cámara del aparcamiento.

—Sí, la veo, como ya la he visto mil veces. Ya hemos comprobado que llevó el mismo coche al día siguiente. ¿Igual que, cuántos, veintisiete de sus compañeros de trabajo? —No puedo evitar ser un poco capullo con esto. A este caso le faltan cuatro horas para unirse a la pila de casos sin resolver que se acumulan en mi mesa.

Eckhart pasa a otra marca de tiempo y a un ángulo diferente.

—Fíjate: el mismo coche, la misma pegatina, pero hay algo que no cuadra.

Cruzo los brazos y frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir con que no cuadra?

Hace *zoom*, pixelando aún más la imagen.

—El tintado del parabrisas es diferente. Más intenso en esta, más claro en la otra. Y fíjate en la posición de la pegatina: ahora está un poco más alta. ¿Lo ves?

—¿Y esto lo deduces de esta imagen tan granulada? ¿Estás seguro de que no es el sol?

El gruñe y hace rodar la silla hacia un lado, luego se inclina hacia la mesa de otra inspectora y le quita la *tablet* de las manos sin pedir permiso.

—¡Oye! —exclama ella—. ¿Qué coño haces?

—Es solo un segundo, ¿vale? —Eckhart esboza una sonrisa y me señala—. Hay gente que no lo entiende sin los accesorios adecuados.

Apoyo las manos en las caderas.

—¿En serio? —No puedo creerme el descaro de este tipo.

No se molesta en responderme. Simplemente toca la otra *tablet* durante un momento interminable y luego las coloca una al lado de la otra.

—Este es Paul Davis llegando al trabajo el jueves por la mañana, antes de la gala benéfica —dice, señalando la *tablet* de su izquierda—. Fíjate en la fecha. Y este es él el viernes por la mañana. El mismo ángulo, la misma cámara, el mismo tiempo soleado.

Hay que fijarse mucho para detectarlo, pero, una vez que lo ves, no puedes dejar de verlo. Está ahí. El tintado más oscuro en el vehículo de Paul Davis el jueves. La posición más alta y torcida de la pegatina el viernes por la mañana.

—Lo pillo —digo, rascándome la barbilla—. Las pegatinas de

autorización para aparcar no suelen moverse solas, pero el tintado del parabrisas también es más claro. ¿Crees que lo cambió?

Eckhart asiente con la cabeza, cada vez más entusiasmado.

—Exacto. Si el parabrisas tenía daños, eso podría significar que había pruebas en él. Sangre, tal vez. Fragmentos de cristal del impacto con la víctima.

—O —respondo— lo cambió porque se le agrietó con una piedra en la autopista. Es algo que pasa constantemente. El resto del coche no tiene daños. Tú mismo lo has dicho. Tenía polvo, ¿no?

—Vamos, Al —insiste Eckhart—. Creía que querías trincar a este tío. ¿No crees que vale la pena investigar esto?

—Vale la pena pensarlo —digo con cautela—. Pero a ver si consigues una orden judicial basándote en una pegatina borrosa y algunas discrepancias en el tintado. Ningún juez la aprobará cuando el tipo en cuestión es una estrella mediática.

Eckhart se reclina en su asiento, desinflado.

—¿Y qué? ¿Lo dejamos pasar?

Niego con la cabeza.

—No, no lo dejamos pasar. Solo necesitamos un enfoque diferente.

—¿Como qué?

Me toco la barbilla, con una sonrisa en la comisura de los labios.

—No iba solo en el coche, ¿verdad? Davis tiene mujer, la otra mitad de su montaje de «pareja perfecta». —Cojo una de las *tablets* y cambio la pantalla al sistema del Departamento de Tráfico, luego busco su expediente—. Amanda Davis. Ella estaba con él esa noche. Los he visto en la televisión y aparecen en los vídeos del recinto, saliendo juntos.

—Un momento, la conozco. —Eckhart mira la foto del Departamento de Tráfico y la amplía con los dedos—. Nos hemos visto dos veces. Trabaja en el Hospital Sunset Valley.

—Sé que es enfermera, pero... —Me rasco la cabeza—. ¿Cómo es que la conoces?

—¿Recuerdas aquel atropello con fuga entre una furgoneta y una berlina que nos hizo investigar el teniente? Ella respondió a nuestra orden de búsqueda. Y la volví a ver cuando fui a interrogar a Davis. Tú estabas ocupado ese día, fui solo y ella también estaba. ¿Crees que sabe algo?

—Piénsalo —digo, inclinándome hacia él—. Si Davis estuvo

involucrado en ese atropello, ella lo sabe. Iba con él y seguro que estará muerta de miedo. Ella es nuestra vía de acceso.

—Probemos primero en el hospital y luego en su casa. —Coge las llaves de su coche de la mesa—. ¿Y si no dice nada? —pregunta Eckhart, cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla.

Sonríó, sintiéndome optimista por primera vez desde mi entrevista en *La pregunta final* con ese imbécil.

—Entonces, aumentaremos la presión.

AMANDA DAVIS

Anoche hice un turno extra. No podía volver a casa; no podía estar sola con Paul. No pienso cambiar mi decisión de dejar de ayudarlo en su carrera a menos que entre en razón con respecto al divorcio.

Y sé que eso podría llevarlo al límite.

No llego a casa hasta las seis y media de la mañana, agotada, contenta de tener el día libre. Anoche me envió un mensaje para saber dónde estaba. Se lo dije. No le gustó. Me di cuenta por los tres puntos que bailaron en la pantalla durante un rato y que luego desaparecieron sin que me llegara ningún mensaje.

Cuando se abre la puerta del garaje, encuentro a Paul agachado en el suelo, estudiando la reparación de su coche con una potente linterna. Lleva vaqueros y una vieja camiseta de Metallica, la ropa que suele llevar cuando corta el césped. Dejo el Subaru en la entrada y entro deprisa, luego cierro rápidamente la puerta del garaje, con la esperanza de que los vecinos que pasan por allí no se den cuenta de que hay dos Cadillacs idénticos en el garaje.

—¿Está listo? —pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho. Todavía llevo puesta la bata y tengo un poco de frío. O tal vez sea su mirada la que me hiela la sangre.

—Está listo. Hoy voy a llevarlo al trabajo.

Sé lo que eso significa.

—Pues venga, hagámoslo cuanto antes.

Como si fuera un baile bien ensayado, seguimos los pasos para preparar su coche, en el orden inverso al de aquel viernes por la mañana después del accidente. Una por una, cambia las ruedas entre los dos coches, maldiciendo en cada momento crítico, mientras yo traslado sus objetos personales del coche de alquiler al suyo.

Ropa. Llave. Objetos de la guantera. Comprobar el maletero para ver si se ha quedado algo. Mirar debajo de los asientos. Despegar la

pegatina de autorización para aparcar. Pegarla en el nuevo parabrisas, asegurándome de que quede recta y nivelada.

—¿Es este el lugar correcto? —digo, preguntándome cómo es que nunca presto atención a estas cosas.

Suelta la llave de cruz, que cae al suelo con un fuerte estrépito que me sobresalta.

—Sí, creo que sí. —Frunce el ceño y se frota la frente, probablemente tratando de recordar.

Me enfado con él por no haberlo comprobado mientras el parabrisas antiguo todavía estaba aquí. Debía saber que teníamos que hacerlo todo a la perfección. Pero, por otra parte, yo tampoco lo comprobé. Y soy tan culpable como él.

Sigue afanándose en cambiar la última rueda cuando se detiene en medio de lo que está haciendo y me mira durante un largo momento.

—Siento haber sido un capullo —dice. Sus ojos se desvían de los míos hacia el suelo y, luego, hacia un lado. Entrelaza las manos, nervioso.

No recuerdo ninguna ocasión en la que mi marido se haya disculpado conmigo y lo haya dicho en serio. Me pongo en guardia y doy un paso atrás.

—Me has apoyado más que nadie desde que aquella estúpida zorra se puso delante de mi coche aquella noche.

Ahí está. Su maldad asomando la cabeza detrás de unas palabras sin sentimiento. Su asombrosa falta de remordimientos. Si tenía alguna confianza en que su disculpa fuera sincera, ahora se ha esfumado.

—Gracias —respondo con calma, resistiendo el impulso de dar otro paso atrás—. Acabemos esto de una vez y esperemos que no vuelva para atormentarnos.

—Sí, jefe —bromea, agarrando la llave para apretar las tuercas del coche de alquiler. La broma que hace no suaviza la mirada mordaz que me lanza. No me hace sonreír.

Hago una última inspección de los coches. Todo parece estar en orden. Cuando estoy a punto de entrar en casa para cambiarme antes de devolver el coche de alquiler, echo otro vistazo a los dos vehículos. Una oleada de ansiedad me invade, ahogándome. Me doy cuenta de que han pasado casi tres semanas. Tres semanas viviendo este infierno.

Y aún no ha terminado.

La llave de cruz repiquetea al guardarla en la caja de herramientas. Luego, vuelve a colocar la caja y el gato en el coche de alquiler. Ha terminado. Se limpia las manos en los vaqueros y se acerca a mí.

—¿Cuándo quieres irte?

—Después de la hora punta. Primero, me daré una ducha y comeré algo.

Él duda un poco, cambiando el peso de un pie al otro, con las manos apoyadas en las caderas.

—Eh, y te acuerdas de que mañana a las siete y media tenemos reunión con Raymond y las dos juntas, ¿verdad?

Sonríó con amargura. Para eso era la falsa disculpa.

—No, Paul, no estaré allí. No asistiré a tus reuniones de la junta directiva ni a ningún evento relacionado con tu carrera. —El brillo de sus ojos se vuelve gélido—. Lo último que necesitas es más poder.

La ira centellea en sus ojos durante una fracción de segundo antes de que su mano se cierre alrededor de mi garganta, apretándola. Me empuja contra la pared, golpeándome con fuerza, y los pulmones se me quedan sin aire. Sus dedos dudan, pero no aflojan el agarre.

Mis ojos se clavan en los suyos mientras mis manos permanecen bajadas a lo largo de mi cuerpo, en contra de mi instinto de liberarme de ese agarre asfixiante.

—¿Estás preparado para cumplir condena por asesinato, Paul? —digo, ahogada, con la voz ronca y estrangulada.

Al instante me suelta, como si mi piel le quemara.

—Andas contando mentiras a la gente sobre mí. ¡Vas a arruinar la vida de los dos! —grita, con la boca tan cerca de mi cara que siento la vibración de su voz contra mi piel.

—¿Qué mentiras? —pregunto, confundida.

Él se burla con ira.

—No me digas que no lo sabes. ¿Qué le has estado contando a ese amargado saco de estiércol marino?

Nunca le ha gustado mi padre, pero nunca lo había insultado así delante de mí. Nunca.

—Decirle a mi padre que quiero el divorcio es la verdad. Lo sabes.

—Su mano vuelve a buscar mi garganta, titubeante. Puedo ver en sus ojos la furiosa batalla que se libra en su interior. Si pudiera salir impune, me mataría con sus propias manos. Aquí y ahora—. Eso

hará que tu juicio por asesinato sea mucho más interesante —consigo decir.

Me suelta y retrocede un par de pasos, apartando la mirada como si se sintiera avergonzado. Pero no me lo creo. Seguro que sigue pensando en cómo conseguir que vaya a la reunión de mañana.

Ni en broma pienso ir.

Me agarro al pomo de la puerta para mantener el equilibrio mientras recupero el aliento.

—Si vuelves a ponerme las manos encima... —empiezo a decir, pero él me interrumpe.

—No volverá a ocurrir, lo prometo. —Me mira a los ojos, sin rastro de ira ya.

Un destello de algo indefinido me da escalofríos, pero su voz suena sincera y calmada, como si hubiera tomado una decisión, y me doy cuenta de cuál podría ser esa decisión.

Va a llegar a un acuerdo con la policía y va a delatarme.

PAUL DAVIS

Joder.

Ahora tengo que mitigar los daños con Raymond, y no va a ser nada agradable.

Son casi las once cuando entro en su oficina, haciendo todo lo posible por parecer relajado y dejar de rechinar los dientes. Traigo su café favorito de Starbucks, con la esperanza de que lo aplaque cuando oiga lo que voy a decirle.

Durante el trayecto, no he dejado de pensar en las razones que podría alegar para justificar la ausencia de mi mujer en la reunión. Me comprometí a algo y, joder, ella me obliga a incumplirlo. Podría inventarme una emergencia hospitalaria y esperar que nunca se entere. ¿Un fallecimiento en la familia? No colaría. ¿El niño se ha puesto enfermo? Uf... Mejor decirle que no puede venir y punto. Es difícil manejar tantas mentiras.

—Pasa —dice Ray, levantándose de su silla para recibirme. Dejo los vasos de café sobre su mesa y nos damos la mano—. Siéntate —me invita, cogiendo el vaso con su nombre.

—Gracias. —Doy un sorbo a mi café y lo encuentro más amargo de lo habitual. Durante un momento, nos quedamos sentados en silencio, disfrutando del placer de nuestra costumbre compartida de la tarde—. ¿Ya ha dejado la policía de preguntarte por ese estúpido atropello con fuga? —le pregunto, esforzándome por sonar despreocupado.

—No he sabido nada de ellos desde que les dije que tenía resaca y que no había conducido. —Se ríe, aparentemente impresionado consigo mismo—. ¿Y tú? ¿Te llevó a casa tu preciosa mujer aquella noche?

Casi me atraganto con el café.

—No, conduje yo, pero estaba bien —me apresuro a explicar—. No bebí tanto. Tenía que dar el discurso final y tal.

—¿Estás listo para esta noche? —pregunta, con la voz llena de emoción. Se inclina sobre la mesa y me da un puñetazo en el hombro en broma—. ¡Lo vamos a conseguir! Lo presiento.

—Sí, por supuesto —digo, sonriendo mientras me pregunto cómo voy a abordar el tema.

Suena el intercomunicador. Se levanta de un salto y se dirige al escritorio. Parece veinte años más joven, como si la inminente fusión hubiera inyectado nueva vida en su alma hastiada y marchita.

Pulsa un botón del teléfono de su escritorio.

—¿Sí?

—Latesha quiere verlo.

Me mira y pone los ojos en blanco.

—Que pase.

Me cuesta contener un taco. ¿Qué coño quiere ahora?

La puerta se abre y Latesha entra, caminando con confianza sobre sus tacones de siete centímetros. El traje pantalón le queda muy bien. Si no fuera una víbora, me la tiraría una vez. Quizá dos.

—Hola —saluda a Raymond con una sonrisa radiante, y luego me ve a mí, todavía sentado en la pequeña mesa de reuniones. Su sonrisa se desvanece—. Ah, hola, Paul.

—Siéntate —dice Ray—. Paul y yo ya estábamos terminando.

—Genial. —Se sienta frente a mí y sonríe. Sus ojos van de mí a Ray y viceversa, pero al final se quedan posados en él—. Por mí no os preocupéis.

—Entonces, ¿estamos listos para esta noche? —me pregunta Ray, refiriéndose a la reunión de las juntas.

—Allí estaré. —Hago una pausa, deseando que Latesha no estuviera en la sala—. Amanda no podrá venir. Pide que la disculpes... Tiene una formación con un especialista que solo está en la ciudad hoy. —La expresión de Ray cambia, primero a decepción, luego a frustración—. Los dos lo sentimos mucho, pero puedes contar conmigo. Estaré allí y lo conseguiremos, tal y como lo hemos hablado.

Ray aprieta los labios y deja escapar un suspiro de frustración.

—Vaya... Me gusta mucho ese aire de hombre de familia que tienes. Reaccionaron muy bien a eso en la gala benéfica. Es justo lo que todo el mundo busca.

Maldigo en mi interior. Ahora mismo odio a Amanda. Sus problemas, sus amenazas, cada vez que respira.

—Lo lograremos, Ray, tú y yo. Amanda trabaja en el servicio de urgencias de un hospital. La gente lo entenderá.

Se rasca el brillante cuero cabelludo. Veo cómo se le tensa la mandíbula.

—¿Seguro que no puede venir?

Miro fijamente la superficie brillante de la mesa durante un momento, esperando que la rabia no siga centelleando en mis ojos cuando lo mire.

—Volveré a preguntarle, pero estoy bastante seguro de que no podrá.

—Pero yo sí que puedo —interviene Latesha—. Sea lo que sea, yo puedo echarle un cable, Ray.

Le lanzo una mirada fulminante, pero ella permanece impávida.

—Hmm, no sé —dice Ray—. Ya he enviado el programa de la reunión con el nombre de Paul. Quizá sea mejor ceñirnos a lo que se ha comunicado. No creo que la ausencia de Amanda sea un impedimento. Habría estado bien reafirmar los valores familiares de nuestro presentador principal con una imagen potente, pero...

—Añade mi nombre a la lista. Estoy felizmente casada y mi marido podrá venir, aunque lo avise con muy poca antelación. A cualquier hora del día o de la noche. —Se inclina sobre la mesa como si estuviera a punto de subirse a ella y gatear hasta Ray a cuatro patas, lista para chuparle la polla. Desde su posición privilegiada, Ray puede echar un vistazo muy satisfactorio a su escote.

—¿A qué se dedica? ¿Quedaréis bien ante la cámara?

La sonrisa de Latesha se amplía. Me lanza una mirada triunfante.

—Júzgalo tú mismo. Es jefe de bomberos.

Contemplo, impotente, cómo se ilumina el rostro de Raymond. Luego, los dos discuten emocionados sobre la próxima reunión y el papel de Latesha en ella, como si yo ni siquiera estuviera aquí. Todo termina antes de que pueda pensar en una forma de contener esto.

Ray nos despide a ambos con un gesto, luego se gira hacia mí y me pregunta:

—Vendrás igualmente, ¿verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo —respondo, y salgo por la puerta.

Alcanzo a Latesha junto a los ascensores y nos subimos en el mismo. En cuanto se cierran las puertas, la miro a los ojos.

—Echa el freno, joder —siseo—. Aún no estoy muerto. Todavía

tengo garras. Esta no es tu oportunidad, ¿me oyes?

Ella me mira, divertida.

—Claro que lo es, mi querido Paul. O si no, le diré a la policía que ibas borracho como una cuba aquella noche cuando te vi ponerte al volante.

Suelto un grito ahogado.

—¡Putra mentirosa de mierda! No te atreverás.

Ella se ríe en mi cara.

—Ah, espera, ¿quizá añada el hecho de que has empezado a aparcar tu coche de forma diferente desde ese día? ¿O que has solicitado una nueva pegatina de autorización para aparcar? —Se ríe a carcajadas mientras el ascensor reduce la velocidad—. Marjorie, de Recursos Humanos, me lo contó hace un par de días mientras tomábamos un café. No se le ocurría ninguna razón por la que necesitaras una para el mismo vehículo. Están fabricadas para durar.

El ascensor se detiene. No puedo respirar. No puedo controlar el ácido que me sube por la garganta, las ganas de chillar. La miro boquiabierto, atónito. Entonces la realidad se impone y el corazón comienza a latirme con fuerza.

Estoy jodido.

Las puertas se abren, y ella pasa a mi lado, haciendo sonar sus tacones, y me da una palmadita en el brazo.

—Estoy segura de que no fue tu intención —dice, caminando por el pasillo al ritmo de mi paso vacilante—. He oído que la pobre mujer quería suicidarse. —Se encoge de hombros y me guiña un ojo, justo antes de entrar en su camerino—. Lástima que estuvieras borracho. Y que huyeras del lugar.

Su puerta se cierra de golpe en mi cara.

Siento cómo se me hiela la sangre, acumulándose en una ola que amenaza con ahogarme por dentro. La presión en mi pecho es insoportable. Lo único que oigo es el latido desesperado de mi propio corazón, resonando con los pensamientos acelerados que se me cruzan por la cabeza.

Después de un momento a solas en mi camerino, solo me queda un pensamiento, que toma forma con claridad en mi mente. Tengo que controlar esta situación. Ya mismo, joder.

AMANDA DAVIS

Devolver el coche de alquiler es tan fácil como esperaba. Llevo gafas de sol y una gorra, y sonrío con educación, ansiosa por salir de aquí. Me ofrecen un servicio de transporte al aeropuerto, pero lo rechazo. Los minibuses tienen cámaras de vídeo.

En su lugar, camino, sin percibir el cálido sol y el cielo azul, buscando alejarme de la oficina de alquiler de coches y llegar al lugar desde donde llamaré a un Uber.

Pero nunca llego. Una llamada de Paul interrumpe mi paso firme.

—¿Ya está? —pregunta, sin molestarse en saludarme.

—Sí. —Suelto una profunda exhalación.

—¿Dónde estás?

—Volviendo. ¿Por qué? —Un escalofrío recorre mis venas, poniéndome la piel de gallina. Algo debe haber pasado.

—Tenemos que hablar. Voy a recogerte.

—Voy por la avenida Vineland, a la altura de la calle Oxnard. Seguiré caminando hacia el sur. ¿Cuánto tardarás?

—No mucho —responde, y cuelga.

Me trago mi irritación por su comportamiento. Es como si mi tiempo no importara. Se supone que debo esperar... ¿cuánto tiempo, exactamente, antes de rendirme y llamar a un taxi? Por un momento, ensayo en mi cabeza el sermón que pienso soltarle. Pero sería inútil.

Nunca va a cambiar.

Unos quince minutos más tarde, se detiene junto al bordillo y me subo a su coche. Arranca sin decir una palabra. Parece tenso y pálido, incluso asustado. Sus manos aprietan con fuerza el volante. El silencio entre nosotros es pesado y alimenta mi ansiedad.

—¿Qué ha pasado? —pregunto al final.

—La gente se ha fijado en cosas —responde—. La gente del trabajo. Y lo están comentando.

Se me detiene el corazón.

—¿Qué cosas? ¿La pegatina?

—Una *barbie* de Recursos Humanos se lo comentó a Latesha, que luego ha dicho que yo estaba borracho cuando me fui de la fiesta. La Latesha de los cojones. —Da un puñetazo en el volante.

—¿Qué quiere?

Aprieta los dientes con fuerza durante un instante. Las venas se le hinchan en las sienes.

—Todo. —Se gira un momento para mirarme—. Mi trabajo, mi puesto como número uno de Ray, todo lo que tengo. Y es culpa tuya.

Por supuesto que es culpa mía. Todo lo que ha salido mal en la vida de mi marido, él ha encontrado la manera de echarme la culpa. No me sorprende en absoluto que diga eso. Pero eso no significa que tenga que estar de acuerdo.

—¿Cómo que es culpa mía?

—Esto no sería un problema si hubieras hecho lo que te pedí y hubieras acudido a la reunión de mañana.

Maldita sea.

Tengo ganas de gritarle hasta quedarme sin voz. Pero no lo haré.

—Algo me dice que ella se dio cuenta esa noche de que, estando borracho, te pusiste al volante...

—¡No estaba borracho! —grita, sobresaltándose. Los gritos en espacios cerrados y estrechos me afectan. Mi miedo y mi preocupación se transforman en resentimiento.

—Yo estaba allí, completamente sobria, pero tú tenías que conducir, ¿verdad? Estúpido cabezota —añado en voz baja, luchando contra las lágrimas y perdiendo. ¿Qué pasará conmigo? ¿Y con Tristan?

—Fue un accidente —añade, sin sonar muy convencido.

Respiro despacio, armándome de valor.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto al cabo de un rato.

—No lo sé —responde, girando hacia nuestra calle—. Mañana llamaré a mi abogada. Quizá pueda vernos a primera hora.

Me giro para mirarlo, preguntándome cómo alguien con tanto éxito puede tener tan poco sentido práctico. Apenas es mediodía.

—Llámalala hoy, Paul. *Hoy*.

—Cállate —dice en voz baja, accediendo a nuestra entrada—. Pase lo que pase, no digas nada.

Miro por la ventanilla y me quedo paralizada. Hay dos hombres delante de nuestra puerta. Uno de ellos es el policía que estuvo aquí

la semana pasada, Eckhart. El otro, un hombre mayor, también me resulta familiar, pero no consigo ubicarlo.

Paul detiene el Cadillac antes de llegar a la puerta del garaje, pero la deja cerrada. Cuando salgo del coche, siento las rodillas débiles y temblorosas.

—Inspectores —los saluda Paul con naturalidad, en apariencia relajado. La capacidad de este hombre para mentir nunca deja de sorprenderme—. ¿En qué podemos ayudarlos?

Muestran brevemente sus placas.

—Inspectores Jazinski y Eckhart.

El inspector mayor saluda a Paul con un gesto de la cabeza, me murmura un «hola» a mí y luego procede a inspeccionar minuciosamente el Cadillac. El otro lo sigue enseguida, señalando con el dedo el capó y luego el guardabarros.

—Buen trabajo de reparación —dice Jazinski, helándome la sangre en las venas con esas cuatro palabras—. No se nota nada.

—¿De qué habla? —pregunta Paul.

—Del polvo, señor Davis. —Se ríe por lo bajo. Hay un destello de alegría en los ojos cansados e inyectados en sangre del policía—. Los guardabarros tienen polvo, pero el capó no. Debería haberlo pasado un par de veces por el túnel de lavado después de que se lo arreglaran.

Se lleva la mano a la espalda. El ruido de las esposas me provoca un nudo en el estómago.

—Paul Davis, Amanda Davis, quedan detenidos por el delito de atropello con abandono del lugar del accidente que causó la muerte de Esperanza Sosa.

AMANDA DAVIS

Me parece irreal. Paralizante. Cuando las frías esposas metálicas se aprietan alrededor de mis muñecas, una oleada de pánico me invade el cuerpo y me llena de terror. La mano de Eckhart sobre mi cabeza, presionándola mientras me empuja para que entre en el asiento trasero de su SUV sin distintivos. El leve olor a vómito y sudor que percibo antes de que las lágrimas inunden mis ojos y me taponen la nariz.

Los dos inspectores se suben al coche, dan un portazo y charlan con aire despreocupado, ignorándonos por completo.

El suave zumbido del motor del vehículo policial llena el silencio, roto de vez en cuando por el crepitar de la radio. Me siento rígida en el asiento trasero, con las muñecas doloridas por las esposas que se me clavan en la piel.

Miro a Paul y no lo reconozco. Parece estupefacto. Mira al frente, con el rostro pálido como un fantasma y el labio inferior ligeramente tembloroso. Respira con dificultad, como si no pudiera tomar suficiente aire.

—Conozco el procedimiento —dice Eckhart, dando golpecitos con los dedos en el volante—. Hay que pedir una orden judicial, registrar la casa. Meter en una bolsa todo lo que parezca remotamente útil.

Jazinski gruñe en señal de acuerdo.

—Primero, el garaje. Ese Cadillac es la prioridad número uno. Lo llevaremos directo al depósito. La científica lo desmontará.

—¿Crees que encontrarán algo? —pregunta Eckhart, con un asomo de curiosidad en la voz—. ¿Aparte de polvo?

—No hace falta —responde Jazinski, reclinándose en su asiento—. Las pruebas de los vídeos son contundentes. Entre eso y el hecho de que lo han reparado hace poco, no necesitamos nada más. Pero si hay sangre, fibras, cualquier cosa que relacione el Cadillac con la

víctima... —Suelta un silbido por lo bajo—. Eso sería el golpe de gracia.

Eckhart se ríe secamente.

—Sí, bueno, esperemos que no hayan desinfectado todo el coche.

—Lo dudo —replica Jazinski—. ¿Este tipo de gente? Siempre se creen más listos que nosotros. Apuesto a que se les habrá pasado algo por alto.

Sus palabras me revuelven el estómago. Miro a Paul, que está sentado inmóvil, con la mandíbula apretada. No me mira.

—Disculpe —digo—, ¿por qué me están arrestando a mí?

Paul me lanza una mirada fulminante. Quiere que me calle, y probablemente tenga razón.

—Está arrestada por sospecha de participación en un atropello con abandono del lugar del accidente con resultado de muerte. —El inspector Jazinski me mira un momento a los ojos a través del espejo retrovisor.

Eckhart mira hacia atrás.

—Si tiene más preguntas, puede hacérselas a su abogado.

—¿Por sospecha? ¿Basada en qué? —pregunto, consciente de que no es lo más sensato. Me leen mis derechos. Debería utilizarlos.

—Basándonos en las pruebas, señora Davis. Eso es todo lo que podemos decir por ahora.

Se me llenan los ojos de lágrimas, intentando no pensar en Tristan en este momento. No puedo. Me destrozaría el corazón.

—¿Y en la casa? —Eckhart continúa con la conversación anterior—. ¿Qué estamos buscando?

—Lo mismo —responde Jazinski—. Zapatos, ropa. Cualquier cosa que pudieran haber llevado puesta esa noche y que pudiera tener sangre. Quizá *tickets* de haber comprado productos de limpieza. Qué caramba, incluso una etiqueta de la tintorería podría ser útil. La científica lo recogerá todo.

Eckhart resopla.

—Apuesto a que su abogado ya está preparando alguna defensa de mierda. «Mis clientes son solo víctimas del exceso de celo de una investigación». Bla, bla, bla.

—Sí, bueno, déjalos —dice Jazinski, encogiéndose de hombros—. No cambia lo que tenemos.

Se produce un momento de silencio antes de que Eckhart vuelva a hablar:

—¿Qué les espera a estos dos? ¿Celdas de detención en el centro?

Paul exhala bruscamente a mi lado, perdiendo la compostura por un momento. Cierro los ojos, luchando contra el pánico que amenaza con abrumarme. Una oleada de náuseas me invade cuando el SUV toma una curva cerrada.

La rodilla de Paul toca la mía y lo miro. La conversación entre los dos policías se desvanece cuando los susurros de Paul llegan a mis oídos.

—Deja de hablar —dice—. Por el amor de Dios, Amanda, basta. Buscaré un abogado y resolveremos esto.

—De acuerdo —respondo, pero he perdido toda la confianza. Sé que me va a traicionar. Lo veo en sus ojos. Y estoy aterrorizada.

—Te lo juro por Dios, Amanda, si dices una palabra más, te...

—¡Eh, cállense ahí atrás! —espeta Eckhart—. Que esto no es una cafetería.

—Discúlpeme, inspector —responde Paul con calma—. Solo estábamos hablando de a qué abogado llamar. Si al suyo o al mío.

AL JAZINSKI

Me apoyo contra el cristal de observación con los brazos cruzados y la mirada fija en Amanda Davis. Lleva más de dos horas sentada en la sala de interrogatorios, con las manos cruzadas en el regazo y la mirada clavada en algún punto del suelo. No está hablando con su abogado. Su reflejo me devuelve la mirada desde el espejo unidireccional, pálida y angustiada.

Su abogado, Dennis Patricio, es un tipo con el que he trabajado antes. No es muy agresivo, como los que cobran demasiado, pero sabe lo que hace y tengo que andarme con cuidado. Me sorprendió que tuviera que llamar a una empresa de servicios jurídicos para contratar uno. No estaba preparada para esto, a pesar de que mi compañero recordaba que había hablado con ella en el hospital sobre otro caso de atropello con fuga y sobre cómo se podía acusar al copiloto en esos casos. Ella debía saber lo que se avecinaba.

Es curioso que una situación tan similar reuniera a Amanda Davis y a mi compañero hace una semana. Una casualidad total y absoluta, como una advertencia del destino.

Y, aun así, no contrató a un abogado.

Bueno, algunas personas creen en los milagros. Ella debe ser una de ellas.

Eckhart mastica una barrita proteica a mi lado, con la mirada alternando entre la sala de Amanda y la de al lado, donde Paul Davis reposa como si estuviera esperando mesa en un restaurante de moda. Su carísima abogada está sentada frente a él, una mujer cuyo traje probablemente cuesta más que el sueldo mensual de Eckhart. Paul no parece ni un poco afectado. ¿Amanda, en cambio? Está destrozada.

—Bueno —dice Eckhart con la boca llena de granola—. ¿Por quién quieres empezar?

Miro hacia la sala de Paul. Está sonriendo, reclinado en su silla,

charlando tranquilamente con su abogada.

—Con él no. Todavía no. Es demasiado astuto, está demasiado cómodo. Solo perderíamos el tiempo.

—Me lo imaginaba —murmura Eckhart—. ¿La mujer, entonces?

Asiento con la cabeza, golpeando el vaso con los nudillos.

—Ella es el eslabón débil. Mírala. Apenas es capaz de mantener la compostura. —Me giro hacia Eckhart—. Tengo una corazonada sobre ella.

—Cuéntame.

Cambio el peso de mi cuerpo y aprieto la mandíbula.

—¿Recuerdas aquella entrevista en televisión? Paul podría haberme machacado con aquellas denuncias por uso excesivo de la fuerza, pero no lo hizo. Quizá este fuera el motivo. Quizá ella esté más involucrada en este marrón de lo que creemos y esté a punto de irse de la lengua.

Eckhart arquea una ceja.

—¿Crees que va a delatarlo?

—Tiene el aspecto de alguien que se está quedando sin opciones. Veamos si podemos darle un empujón.

Él asiente, arruga el envoltorio de su barrita proteica y lo tira a la basura.

—De acuerdo. Mientras tanto, yo vigilaré al guaperas.

Entro en la sala de interrogatorios, cierro la puerta despacio detrás de mí y me tomo mi tiempo para ponerla nerviosa. Amanda levanta la vista y sus ojos se fijan en la carpeta que tengo en la mano. Está asustada, pero intenta ocultarlo.

—Señora Davis —comienzo, sacando una silla, y me siento frente a ella. Su abogado se arregla la corbata, pero permanece en silencio—. Soy el inspector Jazinski, vamos a hablar.

Sus manos se aferran al borde de la mesa.

—Ya le he dicho que no tengo nada que decir.

La ignoro, abro la carpeta y saco dos fotografías de Malik Foster, alias Foster Vía Rápida. En una, aparece flotando bocabajo en las aguas de Marina del Rey. En la otra, está bocarriba en la mesa de la forense, con un profundo tajo que le atraviesa la frente hasta la sien izquierda, con los bordes descoloridos e irregulares. La forense dijo que debía haber sido un hacha pequeña.

Deslizo las fotos por la mesa. Con los ojos como platos, las mira y

luego desvía la mirada enseguida, y su rostro pierde el poco color que le quedaba.

—¿Reconoce a este hombre? —le pregunto con voz tranquila pero firme.

Ella traga saliva con dificultad, su abogado se inclina para darle instrucciones, pero ella se le adelanta.

—No.

—¿Está segura? —insisto, endureciendo el tono—. Porque su marido le dijo a mi compañero que era su manitas, y ahora está muerto. Creemos que tiene algo que ver con usted y su marido.

Se lleva la mano a la boca y se le corta la respiración.

—No... no lo conozco —balbucea, gesticulando nerviosamente—. Lo juro. Jamás he hablado con él. —Su abogado la agarra del antebrazo y ella se queda quieta.

Ahora mismo podría darle una patada en los testículos a Patricio. Pero así es como se juega este juego.

Me inclino hacia delante y bajo la voz.

—Señora Davis, tiene ante sí una lista de cargos que le daría vértigo: encubrimiento, manipulación de pruebas, homicidio imprudente con abandono del lugar del accidente. Y, ahora, tal vez incluso complicidad en asesinato. Algo me dice que este lío no es culpa suya. ¿De verdad quiere ir a la cárcel por todo eso?

Me mira fijamente sin decir nada.

—Quizá nos habría llamado, pero tenía miedo de su marido. Temía por su vida. ¿Es eso lo que pasó? Porque si no colabora...

Su abogado se endereza en su asiento y por fin se anima a hablar:

—Inspector, si está intentando intimidar a mi cliente...

—¿Intimidar? —lo interrumpo con desdén—. No, solo estoy exponiendo los hechos. Su cliente se enfrenta a unos cargos muy graves. Hay dos personas muertas. Acabará hundida, a menos que tenga algo que decir que pueda ayudarla en su juicio.

Las manos de Amanda tiemblan mientras coge las fotografías y las mira con horror en los ojos, como si Foster pudiera volver a la vida. Le tiembla la voz cuando finalmente habla.

—Si lo que dice es cierto —comienza, con la mirada aún fija en la foto— y me pueden acusar de encubrimiento y complicidad, no solo por el atropello con fuga que ha mencionado, sino por... esto —desliza las fotos hacia mí con dedos temblorosos—, entonces, quiero un acuerdo. Sobre la mesa. Antes de decir nada.

Me reclino en mi asiento, ocultando mi satisfacción.

—¿Qué tipo de trato?

Su abogado interviene, con la confianza reforzada por la determinación de ella.

—Inmunidad total, ilimitada y general para todas y cada una de las acciones comprendidas entre la fecha de la gala benéfica y el momento en que mi clienta fue detenida —dice, con voz firme ahora—. A cambio, le entregamos a Paul Davis, bien atado con un lazo.

Observo a Amanda, escrutando su rostro pálido y sus manos temblorosas. Es más inteligente de lo que pensaba. Más inteligente que su marido, eso seguro.

—Veré qué puedo hacer —digo, poniéndome de pie—. Más le vale que lo que tiene que ofrecernos merezca la pena.

Salgo de la sala, cierro la puerta tras de mí y encuentro a Eckhart esperando en el pasillo. Me mira expectante.

—¿Y bien? —pregunta.

—Está dispuesta a hablar —digo, con una sonrisa sombría en los labios—. Pero solo si no la acusamos de nada. Va a echar a Paul a los leones.

Eckhart silba en voz baja y niega con la cabeza.

—Vaya, ha ido más rápido de lo que pensaba.

—Está aterrorizada. El asesinato de Foster la ha conmocionado y no está dispuesta a cargar con la culpa de algo que no ha hecho. Es obvio que no sabía nada. —Echo un vistazo a la sala, con la mente ya a mil por hora—. Esto se va a poner muy interesante.

—¿Y Paul Davis? —pregunta Eckhart.

Sonrío, ansioso por lo que está por venir.

—Ahora le toca a él.

PAUL DAVIS

Han pasado horas y seguimos esperando.

Hijos de puta.

A mi abogada le da igual, teniendo en cuenta los mil cien dólares que cobra por hora. Está leyendo sus correos en el móvil, sin levantar apenas la vista de la pantalla, mientras que yo me estoy volviendo loco.

Tengo muchas ganas de ir al baño. Pero ni se me ocurre pedir un descanso para eso. Apuesto a que lo hacen a propósito, pretenden ponerme nervioso para que cometa errores y diga más de la cuenta. Cosas que pueden usar en mi contra en el juicio. Pero están muy equivocados... No soy tan tonto.

Me pregunto por qué tardan tanto. ¿Estarán hablando con Amanda? ¿Es eso lo que está pasando? ¿Está contándolo todo? No puede ser tan estúpida.

—Señora Hedman —digo, y mi abogada levanta la vista de la pantalla—, ¿es normal tener que esperar tanto tiempo?

—No. —Se mueve en su asiento y mira rápidamente hacia el espejo—. De hecho, es bastante inusual. En particular, con ciertas personas. ¿Hay algo que no me esté contando sobre su situación?

Ignoro su pregunta.

—¿*Ciertas personas*, como... famosas? ¿O qué?

—Más bien, representadas por un determinado tipo de abogados. No de oficio, ya me entiende. Personas que podrían demandarlos.

—¿Podemos?

—¿Demandarlos? Todavía no, señor Davis. Están en su derecho de retenerlo durante cuarenta y ocho horas sin presentar cargos, y solo lleva aquí seis.

—Estupendo —refunfuño, poniendo los pies sobre la mesa rayada y abollada.

La sala es pequeña y está sucia, con rayas y manchas en las

paredes, y además huele mal. No esperaba un alojamiento de cinco estrellas, pero al menos un mínimo de decencia. Y acceso a un baño.

Cuando por fin se abre la puerta, me levanto de un salto. Mi abogada me lanza una mirada fulminante y vuelvo a sentarme en la pequeña silla metálica.

Es el propio Jazinski, seguido por el otro policía, Eckhart. Se sientan al otro lado de la mesa y Eckhart deja un expediente encima. Tiene un número largo estampado en tinta roja.

—Cuéntenos sobre la gala benéfica, señor Davis —pregunta Jazinski, hablando despacio—. ¿Bebió algo?

Mi abogada asiente. Me da permiso para responder.

—¿Se refiere a alcohol? Sí. Tomé un par de copas, nada más.

—¿Estaba borracho cuando se marchó?

—No. —Mi voz suena firme y sincera, y recupero la confianza en mí mismo—. Comí alimentos grasos en el evento y tomé una, quizá dos copas en toda la noche.

—¿Cerveza?

—*Whisky*.

—¿Y ni siquiera estaba un poco achispado?

Mi sonrisa profesional aparece en mis labios.

—Tenía que dar el discurso de clausura esa noche. Nadie paga por asistir a un evento como ese si el orador principal farfulla y está confuso. Sobre todo porque mi organización lucha contra la conducción bajo los efectos del alcohol y recauda fondos para promulgar leyes a favor de la causa.

Jazinski y Eckhart intercambian rápidas miradas y ambos asienten despacio.

—¿Y cómo fue el regreso a casa? —inquire Eckhart—. ¿Quién condujo? ¿La señora Davis?

Mis ojos se dirigen rápidamente a mi abogada. Ella asiente con la cabeza.

—No. Conduje yo.

—¿Y qué ocurrió de camino a casa? —pregunta Jazinski.

Me encojo de hombros involuntariamente.

—Nada. Cuando estábamos llegando, empezó a llover. Muy fuerte.

La mano de Hedman se posa en mi antebrazo.

—Mi cliente y yo necesitamos un descanso, si no les importa.

Jazinski le lanza una mirada fulminante, y no es el único. Estoy

en racha, vendiendo mi historia, y veo que se la están creyendo. ¿Y ella quiere que pare ahora?

Jazinski gruñe y luego se levanta, agarrándose al borde de la mesa para apoyarse.

—Está bien, les daremos unos minutos. Pero que sea rápido.

La puerta se cierra detrás de ellos con un chirrido y se bloquea con un fuerte clic.

—¿Qué coño pretende? —le pregunto, esforzándome por mantener la voz baja.

—Señor Davis, como su abogada, no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que cometa perjurio. Tiene derecho a permanecer en silencio. Puede negarse a responder a cualquier pregunta. Pero, si decide responder y comete perjurio, se le impondrán más cargos penales.

Me llevo la mano a la frente. Me levanto y empiezo a dar vueltas por la habitación, furioso. Luego, me giro hacia ella, con las manos en las caderas.

—Lo he visto en sus ojos. Andan a la caza de información. No tienen nada.

—Señor Davis, mi trabajo es protegerlo, pero no puedo hacerlo si sigue por este camino. Todo lo que diga debe ser verdad o mejor que no diga nada. ¿Está claro?

La severidad de sus palabras cala hondo, helándome la sangre. Ya les he mentado al decirles que no ocurrió nada de regreso a casa.

—Pero, si me niego a responder, pareceré culpable de narices —objeto débilmente.

—Es usted culpable de narices, señor Davis —me susurra con calma—. Haga el favor de no complicarme el trabajo. Cállese y ya habrá tiempo para negociar.

—¿Cuándo?

—Cuando el fiscal mencione la palabra «acuerdo». Hasta entonces, ni una palabra. —Me mira fijamente hasta que asiento con la cabeza. Luego, llama al cristal de doble cara.

Jazinski abre la puerta casi de inmediato y entra. Solo está él.

—Muy bien, ¿por dónde íbamos? —dice, tomando asiento.

—Inspector, esta línea de interrogatorio no beneficia a mi cliente. Invoco su derecho a permanecer en silencio por ahora, y no haremos más declaraciones hasta que lo hayamos reevaluado.

Veó cómo aprieta la mandíbula y se le oscurecen los ojos. Está

furioso, pero no dice nada. Se limita a abandonar la sala y los dos volvemos a esperar.

Mi abogada acaba de confirmar a la policía que fui yo. Hasta ahora solo podían sospechar, pero ahora lo saben. Si no, ¿por qué no iba a querer responder a las preguntas sobre el viaje de regreso a casa?

Qué jodido estoy.

AL JAZINSKI

Eckhart se apoya en su mesa, mordisqueando la punta de un bolígrafo como si fuera lo último que fuese a probar en su vida. Tiene la mirada fija en la pizarra blanca que hay frente a nosotros, donde están garabateadas con rotulador negro irregular cronologías, nombres y pruebas, o la falta de ellas. Me reclino en mi silla y me froto la nuca para aliviar la tensión que se acumula allí. Va a ser una jornada larga y frustrante.

Acabo de hablar por teléfono con la científica y no puedo creer lo que acabo de oír.

—No han encontrado nada —mascullo, rompiendo por fin el silencio—. Ni una gota de sangre. Ni una maldita mancha en ningún sitio del coche, ni por dentro ni por fuera. Está limpio como una patena.

Eckhart me mira, con el bolígrafo todavía entre los dientes.

—¿Y los zapatos? ¿Las prendas de la gala?

Niego con la cabeza.

—Nada. Los agentes de la científica lo han revisado todo: la ropa, los zapatos, el suelo del garaje, todo. Cero patatero. Incluso han tomado muestras de la lavadora, de cada maldito rincón. El mismo resultado.

—¿Te imaginas lo que hará la defensa con eso? —Eckhart lanza el bolígrafo sobre la mesa—. Joder. Alguien en esa familia sabe limpiar.

—No hay sangre, ADN ni fibras. Las reparaciones eran impecables y se borró toda la información electrónica. No hay datos del GPS, nada. Quienquiera que haya manipulado ese coche sabía muy bien lo que hacía.

—¿Y la lista de reparaciones? ¿Coincide con el perfil del accidente? —pregunta Eckhart, con voz cada vez más frustrada.

—Dicen que sí. La parrilla delantera, el parabrisas, el parachoques... Todo concuerda con un impacto a alta velocidad. Pero

eso no prueba nada. Podría ser de cualquier incidente, en cualquier momento. Negarán tener conocimiento de ello o se negarán a hablar, y no tendremos nada a lo que agarrarnos.

Eckhart resopla.

—No hay sangre ni pruebas que los sitúen allí. Entonces, ¿qué tenemos?

—Las pruebas recogidas en el lugar de los hechos: los fragmentos de la parrilla y la escama roja de esmalte, que coinciden perfectamente con el Cadillac de Paul Davis. Tenemos eso, por circunstancial que sea. Sin embargo, podría haber sido cualquier Cadillac XT6. No pueden afirmar que pertenezcan al suyo debido a las reparaciones.

—Es algo, pero no mucho. ¿Algo más?

—Una señora que está dispuesta a soltar todo lo que sabe a cambio del trato adecuado. Tenemos que conseguir ese trato, porque no parece que tengamos muchas más opciones. Estoy escribiendo un correo electrónico rápido a la Oficina del Fiscal del Distrito, esbozando los términos del trato.

—Es un poco inesperado que la señora Davis pida inmunidad general, ¿no crees? Eso lo hacen los mafiosos, no las enfermeras de urgencias que tuvieron un accidente de coche sin siquiera conducir el vehículo.

Eckhart se encoge de hombros y le sobresalen los huesos por debajo de la camisa.

—La gente ve demasiada televisión. Es la maldición de nuestros tiempos. Pero tengo que decir que habría estado bien disponer de los datos del GPS de ese Cadillac. Habrían demostrado que se detuvieron y pasaron un tiempo en el lugar del accidente.

—Apuesto a que pagaron una fortuna por esa reparación. Me pregunto dónde la hicieron. Estoy bastante seguro de que se encargó Foster, pero ¿dónde? ¿En su garaje? Espero que no... Estaría bien contar con un testigo, o varios. Una cámara de tráfico que mostrara que el coche tenía daños sería aún mejor. —Reviso mi correo electrónico, pero es demasiado pronto para que haya llegado una respuesta de la Oficina del Fiscal del Distrito.

—¿Estás seguro de que nos va a dar lo que necesitamos? —Tira el bolígrafo mordido a la basura y coge otro—. Parecía sinceramente sorprendida al ver las fotos de Foster. No creo que sepa nada de eso.

—Una cosa debió llevar a la otra. Foster se dedicaba a desguazar

coches, ¿no?

—Exacto. —Su voz se ralentiza un poco mientras consulta sus notas—. Sí, se dedicaba a todo eso: robar, desguazar, revender y todo lo demás. ¿Por qué? ¿Qué te dice tu instinto?

Inclino la cabeza mientras reviso las opciones.

—Apuesto a que sé qué ocurrió para que el señor Foster recibiera un hachazo en la cabeza, si asumimos que Foster era el encargado del trabajo.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues creo que se volvió codicioso. Empezó la reparación, encontró sangre y quizá oyó hablar de la víctima en la tele.

—Ajá, parece lógico. Pidió más dinero —dice, y empieza a rebuscar entre los papeles apilados en su mesa. Su espacio de trabajo parece el de un adolescente, como si un tornado hubiera arrasado la ciudad. Es un caos de notas, blocs, faxes, expedientes y extractos bancarios. No sé cómo puede trabajar así.

—Aquí está —dice, alegre, sacando unos papeles de la pila: tres hojas grapadas juntas—. Los extractos bancarios de Paul Davis.

—¿Cómo es que no me has dicho que tenías esto?

—Te lo digo ahora —responde, en un tono que se supone que debe calmarme, pero que, en cambio, me cabrea. Echa un vistazo rápido a los extractos—. No lo vas a adivinar —dice, sonriendo.

Me entran ganas de darle un puñetazo en la cara.

—No quiero adivinarlo —respondo con frialdad—. ¿Quieres vivir?

Niega con la cabeza, como diciendo que soy una aguafiestas, pero deja de intentar cabrearme aún más.

—Una semana después del accidente, Paul sacó veinticinco mil de su cuenta de ahorros. Luego, otra semana más tarde, setenta y cinco mil más. Creo que lo estaban desplumando. Tenías razón, una vez más.

—Mierda —susurro, mirando la pizarra—. Puede que me haya equivocado.

—¿En qué? Es justo lo que has dicho.

—Excepto que Paul tenía el dinero y estaba dispuesto a pagar. Nos estamos perdiendo algo. A menos que se cansara de pagar.

Un pitido de mi ordenador llama mi atención. Es el acuerdo de la Fiscalía. Abro el archivo, lo leo rápidamente y lo envío a la impresora.

—Quizá la señora pueda indicarnos el camino correcto —digo,

dirigiéndome despacio hacia la impresora, para que le dé tiempo a ese viejo trasto a hacer su trabajo.

Eckhart me mira.

—¿Estás convencido de que fue Davis?

Me inclino hacia delante y apoyo la mano en su escritorio.

—¿El atropello con fuga? Apostaría mi casa y mi gato por ello. Pero el homicidio de Foster..., no estoy tan seguro.

Eckhart se ríe entre dientes.

—Tú no tienes gato.

—Mi mujer sí, y detesto a ese bicho. Perdería la apuesta solo para librarme de él.

Él se ríe, pero la risa se desvanece enseguida.

—Entonces, ¿cómo puñetas pudo llevar el coche al día siguiente? Eso es lo que no consigo entender. Atropellas a alguien a ciento diez kilómetros por hora a medianoche y, a la mañana siguiente, ¿tu coche está bien? ¿Cómo es posible?

Me encojo de hombros.

—Esa es la pregunta del millón, ¿no? ¿Cambió el parabrisas? ¿Le hicieron una reparación rápida porque es el Paul Davis de las narices y conoce a gente? ¿Cambió de coche? ¿Qué hizo?

—Sin duda, cambió el parabrisas. El tintado era diferente, y está lo de la pegatina. Pero es imposible que lo hiciera a las tres de la madrugada, ¿no? —Eckhart ladea la cabeza—. Entonces, ¿cómo? ¿Crees que alquiló uno igual? ¿El mismo modelo? ¿Dónde iba a encontrarlo?

Sonríó con aire burlón.

—Esto es Los Ángeles, compañero. En esta ciudad todo se alquila.

AMANDA DAVIS

Mi abogado está cada vez más ansioso. Se mueve, inquieto, en su sitio; luego, se levanta y empieza a dar vueltas por la pequeña y lúgubre sala de interrogatorios. Unos minutos más tarde, se calma un poco, habla por teléfono y vuelve a dar vueltas.

—¿Crees que va a funcionar? —le pregunto, sintiendo que se me seca la garganta—. Hacen acuerdos así todo el tiempo, ¿no?

—Sí —responde Patricio, y el tono de su voz me llena el corazón de temor—. Pero ellos no *han ofrecido* el trato. Lo hemos pedido nosotros. Podría salir bien o mal. Depende de qué más tengan.

Siento cómo se me va la sangre de la cara.

—Entiendo. —Me retuerzo las manos, más que nada para evitar que tiemblen.

Se detiene a mi lado y me pone una mano en el hombro.

—Mantengamos la calma. Estas cosas se negocian. Ni siquiera hemos empezado todavía.

No me tranquiliza. Hay demasiado en juego. Pienso en Tristan por un momento y noto cómo me escuecen las lágrimas en los ojos. Parpadeo rápidamente y me obligo a pensar en otra cosa. En los platos sucios que he dejado en el fregadero esta mañana, antes de salir para devolver el coche de alquiler. Hago un inventario mental de todos los vecinos que tienen cámaras en el timbre, preguntándome si la policía estará revisando los vídeos para ver quién conducía el Cadillac esta mañana.

Me verán a mí al volante. Luego, unos treinta minutos más tarde, verán a Paul llevando el otro.

Niego con la cabeza y me cubro la cara con las manos. Perdiendo la noción del tiempo, me concentro en mi respiración durante un rato. Necesito estar serena, concentrada. Y necesito ser valiente.

No se sabe lo que podría pasar. Solo Dios sabe que nunca tuve intención de llegar a esto.

La puerta se abre con un chirrido y entra el inspector mayor con una carpeta delgada bajo el brazo.

—Inspector —dice Patricio, girándose hacia él—, ¿tenemos un trato?

—Sí —responde Jazinski, dejando la carpeta sobre la mesa.

Me siento aliviada. He conseguido lo que necesitaba. Pero la finalidad del documento no es algo que pueda aceptar con facilidad. Necesito estar segura. Por mí misma, por todas las preguntas que me asaltarán cuando todo esto termine. Por mi hijo.

—Antes de hablar de esto, ¿podría ver un minuto a mi marido? —pregunto, sorprendida de que mi voz suene tan normal.

Los dos hombres se quedan mirándome.

—No es así como hacemos las cosas, señora Davis —objeta Jazinski—. Le sugiero que lo firme y haga su declaración. Este acuerdo expira en dos horas.

—Solo necesito un minuto, por favor. Usted puede estar presente, y los abogados también. —Entrelazo las manos en un gesto suplicante—. Por favor.

—Su conversación no será confidencial —señala Jazinski—, aunque sus dos abogados estén presentes.

—Ningún problema. —Una leve sonrisa se dibuja en mis labios.

Arruga el ceño mientras intenta comprender mis razones. Se lleva la mano a la frente y se la masajea despacio.

—De acuerdo, señora Davis. Un minuto. Y, por favor, no me haga arrepentirme de esto. Podría coger su acuerdo y romperlo yo mismo.

—Está claro —respondo, dudando de mi propia cordura. Pero es algo que siento que debo hacer.

Jazinski nos lleva al otro lado del pasillo, a la sala de interrogatorios donde se encuentra Paul. Se sorprende al verme entrar. Sus ojos se abren con miedo, pero me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos.

—No pueden oír ni una palabra —le susurro al oído, tan bajo que ni yo misma puedo oírme. Sé que me oye, porque me rodea la espalda con los brazos, atrayéndome hacia él, y me hace estremecer—. ¿Lo sientes?

—¿Qué? —Su aliento me roza la oreja.

—Todo lo que pasó... ¿Lo sientes?

Su gemido de frustración aterrizo en mi cabello.

—Por el amor de Dios, Amanda, tú estabas allí. Fue un accidente.

—Sí, cierto —le susurro—. Aguanta. Pronto habrá terminado.

Me aparto y él me mira con miedo en los ojos. Un miedo inconfundible.

—¡Amanda! —grita cuando ya casi estoy en la puerta. Su abogado se apresura a hacerlo callar.

Me giro y le sonrío débilmente, intentando hacer un gesto tranquilizador con la cabeza.

—Todo irá bien, Paul. Te lo prometo.

Patricio me sigue a la otra sala de interrogatorios y la puerta de la de Paul se cierra detrás de mí con un fuerte estrépito. Doy un respingo. Tengo las manos heladas y respiro con dificultad.

Unos instantes después, sentada a la mesa, miro fijamente el acuerdo de inmunidad que me ha presentado Jazinski. Patricio lo lee con detenimiento mientras yo contengo la respiración.

—Todo correcto —me dice, empujando el documento hacia mí—. Puedes firmarlo.

Empiezo a leerlo, pero la jerga legal baila ante mis ojos y no le encuentro sentido. Me obligo a reducir la velocidad, a leerlo todo, a entenderlo. Echo un rápido vistazo a mi abogado, cojo el bolígrafo y lo abro, lista para firmar.

—¿Y es inmunidad general? ¿Cubre absolutamente cualquier cosa?

Patricio se inclina y señala un párrafo con su cuidado dedo.

—¿Ves aquí, donde dice: «La Fiscalía acuerda conceder a Amanda Davis inmunidad total e ilimitada frente a cualquier acción, hecho u omisión», etcétera? Esa es la declaración de inmunidad general. — Me aprieta la mano con suavidad—. Está bien, Amanda. Puedes firmarlo. —Abre el acuerdo por la última página y da unos golpecitos con el dedo en la línea de la firma.

La punta del bolígrafo se queda suspendida, temblando ligeramente en el aire sobre la línea punteada. Una vez que lo firme, no habrá vuelta atrás. No quedará nada. No habrá futuro para Paul y para mí, no habrá forma de evitar lo que se avecina. Tristan será el hijo de un delincuente condenado.

Lo peor de todo es que tendré que testificar en el juicio. Mi hijo me verá testificar contra su querido padre y nunca me lo perdonará. No podré evitarlo; querrá estar junto a su padre. Intentar impedírselo solo empeorará las cosas entre nosotros. Y, cuando

escuche mi testimonio, sabrá que soy responsable de haber enviado a su padre a la cárcel. De haberle roto el corazón.

Pero al menos crecerá con una madre.

Todo lo que tengo que hacer después de firmar es decir la verdad, y nada más que la verdad. Aunque quizá no *toda* la verdad. Algunos secretos están destinados a morir conmigo.

El bolígrafo raspa el papel mientras firmo con mi nombre, sonriendo con amargura al ver el apellido que Paul me dio. Esto también desaparecerá. Luego, dejo el bolígrafo y empujo los papeles hacia Jazinski.

—Bien —dice, comprobando la firma, y guarda el documento en la carpeta, que cierra con cuidado—. La escucho.

Se me seca la garganta cuando estoy a punto de hablar. Un escalofrío me recorre el cuerpo, llenándome la sangre de carámbanos. Pasa un largo momento de tenso silencio, pero luego me aclaro la garganta.

Cuando hablo, mi voz suena extraña, como si perteneciera a otra persona. Empiezo por lo que más me ha estado pesando en el ánimo. Y le debo a la imprudencia de Paul el haber podido liberarme de lo que ocurrió aquella noche.

—Dos semanas después de que Paul matara accidentalmente a Esperanza Sosa en un atropello la noche de la gala, yo maté a un hombre.

PAUL DAVIS

La sala de interrogatorios parece más fría desde que Amanda se ha ido. ¿Qué coño pretendía preguntándome si lo siento? ¿Por qué debería sentirlo? Nada de esto ha sido culpa mía.

Apuesto a que eso se ha dicho aquí un millón de veces antes. Clavo la mirada en la mesa, rayada y abollada, y me pregunto cuántas vidas se habrán arruinado en esta sala. Es probable que la mía sea la siguiente.

Naomi Hedman está sentada a mi lado, con la *tablet* abierta y sus uñas de manicura impecable haciendo clic en la pantalla. No me ha mirado desde que Amanda ha estado aquí, y no hace falta que lo haga. Sé lo que está pensando: que mi querida mujer me ha traicionado.

La puerta se abre y el inspector Jazinski entra primero. Parece cansado, pero veo un brillo en sus ojos y un vigor en su paso que me ponen los nervios de punta. Está demasiado seguro de sí mismo. Eckhart lo sigue, ansioso, con una sonrisa altanera que apenas puede contener. Se sientan frente a nosotros con movimientos apresurados y dejan un grueso expediente sobre la mesa.

—Señor Davis —dice Jazinski, reclinándose en su silla—, gracias por quedarse.

—Como si tuviera otra opción —murmuro, lo bastante alto como para que mi abogada me oiga.

Ella no reacciona. Es como una piedra, sólida, inamovible y fría.

Jazinski abre la carpeta, le echa un vistazo y luego me mira a los ojos.

—Hablemos de su coche.

—Es un coche estupendo —digo, forzando una sonrisa y fingiendo indiferencia—. Conducción suave. Excelentes calificaciones de seguridad.

Hedman suspira audiblemente.

—El señor Davis no responderá preguntas sobre su vehículo.

—Puede permanecer en silencio, pero yo puedo seguir hablando —replica Eckhart, con una amplia sonrisa y un poco demasiado complacido—. ¿Ve su Cadillac? Lo han desmontado. La científica se lo ha pasado bomba.

Siento un vuelco en el estómago, pero mantengo la cara impassible.

—Qué curioso —comento, reclinándome en el asiento—. Creía que era ilegal destruir propiedad privada sin las debidas garantías procesales.

—¿Se ha emitido una orden judicial? —interviene Naomi Hedman.

—Por supuesto —responde Jazinski, mostrando un papel—. Firmada, sellada y entregada. El coche de su cliente es ahora una prueba de una investigación en curso.

—¿Se refiere al atropello mortal con fuga del que ha estado hablando? —pregunto, haciéndome el tonto—. No deja de hacerme todo tipo de preguntas, inspector, pero no veo qué tiene que ver esto conmigo.

—Pues tiene mucho que ver con usted —dice Jazinski, inclinándose hacia delante con una mirada de acero—. ¿Las reparaciones de ese coche? Un trabajo impecable, por cierto. Quienquiera que lo haya hecho es un artista. Pero aquí está la cuestión: sabemos exactamente qué se reparó. El parabrisas, por ejemplo. Un trabajo de sustitución tan limpio que es casi invisible. Casi.

—Casi —repite Eckhart, ampliando su sonrisa—. Luego está la parrilla, el parachoques, los faros... Todo coincide con el perfil de un vehículo que atropelló a alguien a ciento diez kilómetros por hora.

Miro de Jazinski a Eckhart y viceversa, con la mente paralizada por la incredulidad.

—Inspectores, si están intentando relacionar estos hallazgos con mi cliente sin pruebas directas, aconsejo a mi cliente que no diga nada más —interviene Hedman con voz firme.

—Hay pruebas —añade Jazinski, hablando despacio, como si disfrutara torturándose—. La científica encontró restos en el lugar del accidente, trozos de una parrilla y una escama de esmalte rojo de una insignia de coche. Encajan perfectamente con su Cadillac.

Se me seca la boca. Intento tragar saliva y casi me atraganto.

—No sé de qué me hablan —digo—. Llevé ese coche al trabajo al día siguiente. Comprueben las imágenes de las cámaras de vigilancia de la cadena.

—Ya las hemos comprobado —aclarar Jazinski, con un tono casi aburrido—. Por cierto, buen truco. Cambiar un coche con daños por uno impecable en un tiempo récord. Debió tener ayuda.

Miro a mi abogada, pero ella no me mira. Tiene los ojos clavados en Jazinski y la preocupación le arruga el ceño.

—¿Quién lo ayudó, señor Davis?

Hedman levanta la mano.

—Basta. Mi cliente no va a especular sobre sus teorías. Presenten sus pruebas o damos por concluido el interrogatorio.

—Y, entonces —continúa Jazinski, ahora con voz más fría—, se le ocurrió hacer algo realmente estúpido.

—En efecto —añade Eckhart, riéndose—. Una suprema tontería.

—¿De qué puñetas hablan? —espeto, perdiendo la paciencia.

Jazinski saca una foto de la carpeta y la desliza por la mesa. Reconozco el rostro al instante. Es Foster. Tumbado bocarriba sobre una mesa de acero inoxidable, hinchado, con la cabeza aplastada, cubierto con una sábana hasta la barbilla.

La sala empieza a dar vueltas a mi alrededor, primero despacio y luego más rápido. Siento que se me revuelve el estómago, amenazando con vomitar con la siguiente respiración. Me agarro a los bordes de la mesa para mantener el equilibrio mientras en mi mente grito.

¿Foster está muerto? ¿Cómo rayos ha pasado eso?

Hedman me mira largamente, pero no dice nada. Sus labios están apretados en una línea fina y tensa.

—Conoce a este tipo, ¿verdad? —dice Jazinski—. Malik Foster, alias Foster Vía Rápida. Su proveedor de repuestos. El tipo que le arregló el coche a la perfección e incluso borró el historial del GPS para usted.

Hace una pausa mientras mis pensamientos se aceleran. Están tratando de endosarme el asesinato de Foster.

—No mienta, señor Davis —dice Jazinski, reclinándose en su silla—. Mi compañero lo vio salir de su casa la semana pasada. Usted dijo que era su manitas. —Me mira a los ojos—. ¿Por qué lo mató? ¿Empezó a volverse codicioso?

—Eso es mentira —digo, alzando la voz—. ¡Yo no lo maté!

Se ríen. Se *ríen* de verdad. Es el tipo de risa que no pretende ser graciosa, sino que te cala hondo. Quiere volverte loco.

—Es lo que se llama karma instantáneo —dice Eckhart, sin dejar de sonreír—. Intenta arreglar un lío y otro lo pillas por sorpresa.

—¡Yo no lo maté! —grito ahora, dando un puñetazo en la mesa.

Hedman se estremece ligeramente y susurra:

—Señor Davis, deje de hablar ahora mismo.

Yo solo le lanzo una mirada fulminante. No puedo permitirme seguir su consejo. Si lo hago, me juzgarán por asesinato.

—¡Juro por Dios que no fui yo! Le pagué, ¿vale? Setenta y cinco mil dólares, en efectivo. Eso es todo. ¿Por qué iba a pagarle y luego matarlo?

La sala se queda en silencio, asimilando el peso de mis palabras. Me doy cuenta de que he hablado demasiado, pero ya es demasiado tarde.

Acabo de confesar el atropello mortal y que me di a la fuga.

Jazinski arquea una ceja.

—¿Setenta y cinco mil? Es mucho dinero para un tipo que supuestamente se encarga del jardín.

—Señor Davis —dice Hedman, poniendo su cuidada mano en mi antebrazo—, le ruego que deje de hablar.

Los policías se miran entre sí, luego se levantan y se van. Antes de que se cierre la puerta, oigo a Jazinski decirle a Eckhart:

—Acusa a Davis de asesinato en primer grado. Ya hemos acabado.

Me levanto de un salto y corro hacia la puerta. Aprieto el pomo y tiro, pero no se mueve.

—¡Eh! —grito, mientras golpeo el metal con los dos puños—. ¡Eh! ¡Que no lo maté, joder! ¡Vuelvan aquí!

—¡Señor Davis, haga el favor de sentarse! —me susurra mi abogada—. ¿Tiene idea de lo que acaba de hacer?

La ignoro y me acerco al espejo de doble cara. Sé que están mirando desde la otra sala. Golpeo el cristal y grito:

—¡Eh! ¿Me oyen? ¡Yo no lo maté, pero sé quién lo hizo!

Sin aliento y muerto de miedo, me dejo caer en la silla cochambrosa. Respiro con dificultad, presa del pánico y la desesperación. Mi vida no puede acabar así. Esto no puede pasar.

La puerta se abre y Jazinski regresa. Se detiene junto a la pared, con las manos apoyadas en las caderas.

—De acuerdo, lo escucho —dice, mirándome como si fuera basura

—. Dígame por qué debería creerlo.

Recuerdo cómo sonaba la voz de Chapelle cuando le dije que ese día iba a pagarle a Foster. Decidida. Como si supiera que iba a matarlo y que nunca más volvería a molestarme. Incluso quería que le confirmase cuando el trabajo estuviera hecho y pagado. Para saber exactamente cuándo atacar.

Sigo jadeando y, cuando intento hablar, empiezo a toser. Al cabo de un momento, consigo aclararme la garganta y volver a respirar.

—Alguien sabía que le iba a pagar los setenta y cinco mil dólares ese día.

—¿Quién?

Miro brevemente a Hedman y ella niega con la cabeza, pero sigo adelante. Es mi única oportunidad.

—Un canalla de abogado, Larry Chapelle. Es un estafador. Dirige una fábrica de acuerdos extrajudiciales y presenta demandas en nombre de personas discapacitadas que en realidad no lo son.

Jazinski pone los ojos en blanco.

—¡Un ciudadano ejemplar! ¿Y de qué conoce usted a ese Chapelle?

Hedman se levanta bruscamente, haciendo que su silla se desplace hacia atrás y golpee el suelo con estrépito.

—Señor Davis...

Dudo, con el pulso latiéndome con fuerza en los oídos.

—Chapelle lo sabía todo —continúo, ahora con voz firme—. Él organizó el trato de las piezas para el coche. Debería hablar con él, no conmigo.

Naomi levanta la cabeza de golpe, con los ojos como platos por la sorpresa.

—¡Señor Davis! —exclama con brusquedad, pero yo no le hago caso.

Jazinski asiente despacio, mirándome con un destello de satisfacción en los ojos.

—Muy bien, señor Davis, ya hablaremos. —Aprieta la manilla de la puerta, a punto de salir, y luego se ríe mientras me mira—. Apuesto a que no esperaba que volviéramos a estar en la misma sala tan pronto después de esa entrevista en su programa, ¿verdad, señor Davis?

Su comentario me deja boquiabierto y estupefacto. Esto era personal. Todo ello.

Ese día, durante la entrevista en *La pregunta final*, se me cayó el bloc con las anotaciones de Aidan: que habían pillado a la mujer de Jazinski conduciendo borracha, y cómo él la había encubierto. No estaba seguro de que él hubiera visto lo que estaba escrito. Hasta ahora.

Sabía que yo estaba al tanto de los problemas de su mujer y de sus encubrimientos. Yo soy el próximo encubrimiento, la limpieza que necesita hacer para no terminar en la cárcel.

Va a enterrarme.

Cuando la puerta se cierra de golpe detrás de él, me desplomo en la silla, con el pecho agitado. Hedman se inclina hacia mí, con los ojos ardientes de ira.

—Acaba de meterse usted solo en un juicio —sisea—. Y vamos a necesitar un milagro.

AMANDA DAVIS

Cuatro meses después

El aire es denso en la sala del tribunal. Finas partículas de polvo bailan en el haz de luz que proviene de la lámpara del estrado del juez. Es un hombre intimidante de al menos sesenta años, encorvado y con sobrepeso, y probablemente con dolor de espalda. De su dirección llega un leve olor a Voltadol Forte. Cada pocos minutos, se mueve en su asiento, a todas luces incómodo. Lo veo con claridad desde el estrado de los testigos.

En fin, esta terrible experiencia pronto terminará. Soy una de las últimas testigos en subir al estrado.

Miro hacia la zona del público, donde Tristan está sentado junto a papá. Mi pequeño está pálido, demacrado, y sé que ha estado llorando toda la noche. Sigue sin hablarme, aunque papá le susurre al oído, probablemente ofreciéndole las mismas palabras de ánimo que recuerdo que me decía a mí cuando tenía su edad y estaba desconsolada por la muerte de mamá. Pero mi hijo sigue sin mirarme. No deja de mirar a su padre, con los ojos brillantes por las lágrimas. Está aquí por él, no por mí.

Paul está sentado en la mesa del acusado, vestido con uno de sus trajes gris oscuro. Casi no lo reconozco. No ha vivido en casa desde que salió bajo fianza. Siguió el consejo de su abogada y se mantuvo alejado de mí, y yo no he derramado ni una lágrima por ello. Ha pasado por la escuela de Tristan un par de veces, pero no ha montado ninguna escena. Su abogada lo tiene bien controlado.

Nuestras miradas se cruzan. Es como si mirase a los ojos a un extraño. No muestra odio ni su habitual arrogancia. Tiene miedo y trata de ocultarlo. Me suplica sin decir una palabra.

El mazo del juez impone el orden en la sala y mis pensamientos vuelven a los primeros días de nuestra relación. Cuando estábamos tan enamorados que todo parecía posible, incluido nuestro propio y

especial «felices para siempre». Y ahora, preparándome para testificar contra él, acabo de jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la esperanza de poder hacerlo. Depende de las preguntas que me hagan.

La fiscal es una mujer alta y huesuda, con la piel como pergamino y el pelo rubio pajizo cortado recto a la altura de los hombros. Lleva tacones y un traje que se ajusta a su figura. Sus zapatos repiquetean sobre el suelo cuando se acerca a mí. Me preparo, cruzando las manos en mi regazo. He oído rumores sobre lo que es capaz de hacer.

—Señora Davis, describa con sus propias palabras lo que ocurrió la noche del accidente.

Trago saliva con dificultad. Tengo la garganta seca como el papel de lija y el pecho oprimido bajo el peso de cien ojos clavados en mí. La mirada de Paul desde la mesa de la defensa se intensifica. Puedo sentir cómo me anima a decir lo correcto..., lo que tenga más probabilidades de conseguirle la absolución.

—Volvíamos a casa después de la gala benéfica —comienzo, con la voz algo temblorosa—. Era tarde, pasada la medianoche. La carretera serpenteaba en la oscuridad. Había empezado a lloviznar, solo una ligera neblina, en realidad. —Mis ojos se dirigen un momento hacia Paul. Su expresión es indescifrable, mantiene la mandíbula apretada—. Ella... Ella se puso justo delante del coche.

—¿A quién se refiere con «ella», señora Davis?

—A la víctima —digo con voz quebrada—. Esperanza Sosa.

—Describa lo que sucedió ante el tribunal.

—Apareció de la nada —digo, con las palabras saliéndome demasiado rápido—. Se metió en la carretera... como si estuviera esperando algo. Fue... deliberado.

—¿Qué quiere decir?

—Se puso delante del coche justo antes de que la atropellara. El sistema anticolidión del coche no tuvo tiempo de reaccionar.

—En su opinión, ¿ella estaba esperando un coche? —insiste la fiscal, levantando las cejas.

—Sí —susurro—. Un coche a gran velocidad.

—¿Quién conducía, señora Davis?

—Mi marido, Paul Davis.

—¿El acusado? —pregunta, señalando a Paul.

Detesto estos gestos teatrales, pero a la gente le encantan. Se

podría oír caer un alfiler. Todo el mundo contiene la respiración, incluidos los miembros del jurado.

—Sí.

—¿Conducía su marido con exceso de velocidad, señora Davis?

—No estoy segura. Estaba cansada y no iba mirando el velocímetro. Nunca me fijo.

—¿Iba rápido?

Dudo un momento.

—Sí.

—El límite en ese tramo de carretera es de cincuenta kilómetros por hora. ¿Es posible que fuera a ciento diez?

—Como he dicho, no estoy segura.

Desde la segunda fila, el inspector Jazinski frunce el ceño y me mira con dureza.

La fiscal camina despacio, con los tacones resonando contra el suelo.

—¿Ciento diez kilómetros por hora, en la oscuridad, en una carretera llena de curvas?

Me encojo de hombros.

—No estoy segura.

—Protesto —dice el abogado defensor—. Pregunta ya respondida.

—Se acepta —dictamina el juez, moviéndose en su asiento y haciendo una mueca de dolor—. Continúe, letrada.

La mirada penetrante de la fiscal me atraviesa.

—¿La reconoció en el lugar de los hechos?

—No —respondo, negando con la cabeza con firmeza—. Ella estaba... —Mis palabras se entrecortan. Miro al jurado, cuyos rostros reflejan una mezcla de lástima y escrutinio—. Estaba irreconocible.

—Como enfermera, ¿le tomó el pulso o intentó pedir ayuda?

—Sí. Había muerto en el acto. En retrospectiva, a esa velocidad, y sabiendo lo que sé ahora sobre el estado de su cuerpo tras tres rondas de quimioterapia y un cáncer agresivo en fase terminal, no es de extrañar.

—¿Estaba su marido ebrio esa noche?

Mis ojos se encuentran con los de Paul. Dudo, sabiendo que no podrán demostrar su nivel de embriaguez sin un testimonio corroborado. Eso fue lo que dijo mi abogado. Estoy tentada de decir la verdad, pero veo los ojos de Tristan y vacilo.

—No.

—Hoy hemos escuchado aquí testimonios de que Paul Davis tomó varias copas en el evento. ¿Es eso cierto?

—No puedo corroborar un testimonio que no he escuchado. Puedo decirle que mi marido tomó un par de copas en mi presencia. Eso es todo lo que puedo confirmar.

Oigo el gemido de frustración de Jazinski desde el estrado de los testigos. No me perturba.

La fiscal entrecierra los ojos.

—Aclaremos esto. Hemos escuchado a los testigos y hemos visto pruebas en vídeo de que el señor Davis consumió al menos cinco chupitos de licor y dos cervezas a lo largo de la noche. ¿Es eso correcto?

—Protesto —reacciona Naomi Hedman—. Ya se ha respondido.

—Retiro la pregunta. —La fiscal se pasea despacio de un lado a otro durante un momento—. Señora Davis, ¿conocía personalmente a la señora Sosa?

La pregunta me sacude. Se me oprime el pecho y me agarro a la barandilla del estrado.

—No —respondo demasiado rápido—. No la conocía.

—¿Sabe que la hija de la víctima, Marisol Sosa, murió bajo su cuidado?

La sala se estremece y todos contienen el aliento al unísono. Los miembros del jurado estiran el cuello para mirarme mientras yo siento que no puedo respirar.

—¡Protesto, señoría! —La voz de Naomi Hedman está tan conmovida como la mía—. ¿Relevancia?

—Lo diré con otras palabras —propone rápidamente la fiscal. Se acerca, con la mirada implacable—. ¿Tiene alguna opinión sobre la coincidencia de que ella se pusiera delante del coche de su marido en concreto? ¿La madre de una antigua paciente que murió bajo su cuidado?

—No —respondo, negando con la cabeza con vehemencia—. Ninguna. Es mera coincidencia. Marisol Sosa falleció a consecuencia de sus lesiones a las dos horas de su llegada a urgencias. Ocurrió unas semanas antes de esa noche. Todo un equipo de médicos y enfermeros trabajamos en su caso, no solo yo.

—¿Y no recuerda haber conocido a su madre, Esperanza Sosa?

—No, lo siento —respondo, consciente de que mi voz se quiebra—. No la recuerdo.

La fiscal me observa durante un largo y tenso momento, y luego da un paso atrás. Echa un vistazo a sus notas y pasa una página con lentitud—. Una pregunta más, señora Davis. —Su tono se suaviza, volviéndose casi amable, pero sé que no debo fiarme—. Después del accidente... ¿su marido expresó arrepentimiento o remordimientos por la muerte de Esperanza Sosa?

Mis ojos se fijan en los de Paul por un momento, y entonces él cierra los suyos, aislándose de mí, de mi pregunta tácita. El corazón me late con fuerza en el pecho mientras jadeo en busca de aire. Los recuerdos inundan mi mente, alimentando mis pensamientos acelerados. La noche del accidente, cuando empujó el cuerpo de Esperanza al barranco y me desafió a detenerlo. La forma en que miró su cuerpo, con una expresión de puro desdén en su rostro. La forma en que se frotó las manos después de empujarla por el precipicio, llamándola idiota y zorra más de una vez.

No tengo motivos para mentir bajo juramento por este hombre. Aun así, me lo planteo, luchando contra mis propios demonios y mi culpa. Y la mirada suplicante y llena de lágrimas de Tristan.

—¿Señora Davis? —insiste la fiscal, alzando un poco la voz—. ¿Expresó su marido alguna vez arrepentimiento o remordimientos por haber matado a Esperanza Sosa?

—No —susurro al fin, con un suspiro largo y atormentado. No vale la pena mentir por él—. No lo hizo.

—No hay más preguntas, señorita.

PAUL DAVIS

—Señoras y señores del jurado, ¿han llegado a un veredicto?

La pregunta del juez me revuelve el estómago y me pone los nervios de punta. Llevo casi todo el día esperando en los pasillos del juzgado a que terminen de deliberar. Naomi cree que es una buena señal, aunque se apresura a añadir que con los jurados nunca se sabe. Menudo consuelo.

Debería haber elegido a uno de los viejos tiburones, no a esta mujer. Podría haber sido más dura con mi mujer. Debería haberla crucificado en el estrado. Haberla hecho pedazos. Un abogado de la Ivy League lo habría hecho. En cambio, fue escrupulosa con los procedimientos y solemne, y casi elegante en la forma en que presentó el caso y su alegato final. Una forma excelente de perder un juicio.

Joder.

Pero estoy seguro de que el jurado no se habrá dejado engañar por nada de eso y emitirá un veredicto de inocencia. Si alguien decide ponerse delante de tu vehículo, no deberías ir a la cárcel por ello.

Qué puto desastre.

Contengo la respiración mientras el alguacil lleva un papel doblado de la presidenta del jurado al juez. No me gusta lo que veo en las caras de los miembros del jurado. Desprecio, curiosidad, incluso burla. Esperaba empatía o camaradería, o incluso que se sintieran un poco deslumbrados, lo suficiente como para absolverme.

La presidenta del jurado, una mujer con obesidad mórbida, se levanta con dificultad, sujetándose a la barandilla para mantener el equilibrio.

—Sí, señoría.

El juez despliega el papel y lo lee rápidamente, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—¿Cuál es su veredicto respecto del acusado, Paul Davis?

Ella mira su cuaderno, entrecerrando un poco los ojos. Probablemente sea demasiado vanidosa para llevar gafas. Debe pensar que, por lo demás, es un buen partido.

—En el caso del pueblo del estado de California contra Paul Davis, nosotros, el jurado, dictaminamos lo siguiente. —Hace una pausa y mira al público—. Por el cargo de homicidio involuntario con vehículo, declaramos al acusado inocente.

Exhalo con fuerza. Es una buena señal, pero aún no estoy libre de culpa.

—Por el cargo de conducir bajo los efectos del alcohol, declaramos al acusado inocente.

Otro suspiro rápido y liberador, pero tengo las manos frías y pegajosas, y siento cómo el sudor me corre por la espalda. En cierto modo, ya me esperaba esa parte. Naomi dijo que no podrían demostrar el nivel de embriaguez basándose solo en los testimonios. Le lanzo una rápida mirada y decido que, si me libra del castigo, la llevaré a las Bahamas un fin de semana y la follaré hasta que no pueda andar. Sé que lo desea.

La presidenta me lanza una mirada rápida que me hiela.

—Por el cargo de obstrucción a la justicia por ocultar pruebas y manipular el vehículo para impedir la investigación, declaramos al acusado culpable.

Ahogo un grito.

—¿Cómo? —pregunto, incapaz de entenderlo.

Mi abogada me pone la mano en el antebrazo.

—Cállese, señor Davis.

La presidenta continúa después de lanzarme otra mirada escalofriante:

—Por el delito grave de atropello causante de muerte y el abandono del lugar del accidente, declaramos al acusado culpable.

—Gracias, miembros del jurado, por su servicio y su cuidadosa consideración de las pruebas de este caso —dice el juez—. Señor Davis, el jurado ha emitido su veredicto. La vista de sentencia en la presente causa queda señalada para el día 14 de octubre, momento en el que el tribunal determinará las penas que correspondan conforme a la ley. Mientras tanto, permanecerá bajo custodia.

El mazo golpea la mesa con fuerza. La cabeza me da vueltas. Esto no puede estar pasando. Jadeando en busca de aire, me giro para mirar a mi abogada.

—¿Qué va a ocurrir?

—Presentaremos un recurso de apelación —contesta, dándome una palmada en el hombro para animarme—. No se preocupe, señor Davis, lo arreglaremos. Hemos evitado el homicidio involuntario con vehículo y la conducción bajo los efectos del alcohol. Ya es algo. Solicitaremos clemencia en la fase de imposición de la pena y presentaremos un recurso de apelación.

La miro, todavía aturdido. No puedo creerlo. Dos agentes judiciales se acercan a mí y siento un impulso repentino de salir corriendo. Al otro lado de la sala, el inspector Jazinski me mira fijamente, con una sonrisa en los labios.

Joder... Me cago en todo... No puedo ir a la cárcel. No puedo.

Uno de los agentes judiciales me agarra con firmeza por el codo.

—Vamos.

No tengo otra opción. De camino a la salida, los *flashes* de las cámaras me ciegan. Seré la noticia principal de mañana.

—Un momento, por favor —dice Amanda, corriendo hacia mí. Mira a los agentes judiciales con los ojos secos y firmes—. ¿Me dan unos segundos para despedirme?

¿Qué narices quiere de mí? ¿No ha hecho ya suficiente?

Los dos hombres se miran y uno de ellos dice:

—Que sea rápido.

Ella tiene el coraje de rodearme el cuello con los brazos y susurrarme al oído unas palabras que apenas puedo oír.

—Lo siento mucho, Paul...

AMANDA DAVIS

—Lo siento mucho, Paul...

Hay tantas cosas que me gustaría decirte en este momento, cuando estamos a punto de separarnos durante una temporada. Ojalá nos dieran el tiempo que necesito para contarte la historia de aquel día.

El día en que murió Marisol Sosa.

No querías saber nada de ella cuando llegué a casa esa noche, abrumada por el dolor, la impotencia y la culpa. Seguías enfadado y callado después de nuestra discusión.

Esa misma mañana, antes de ir al trabajo, te había pedido una vez más el divorcio y tú, como de costumbre, me habías respondido con amenazas rápidas y brutales.

—Nadie va a quitarme a mi hijo —me habías dicho, aunque yo no tenía ninguna intención de alejarte de Tristan. Quiero demasiado a mi hijo como para verlo crecer sin su padre.

Esa noche, me dijiste que me aguantara y me tomara un copazo, como hace todo el mundo cuando tiene un día de mierda. Esas fueron tus palabras. Me dijiste que estabas harto de mis dramas, de que me llevara a casa todas las tragedias del hospital. Todavía recuerdo las lágrimas amargas que lloré, hasta que gritaste:

—¡Deja de contarme todas estas mierdas!

Y así lo hice. Nunca más te volví a mencionar a Marisol Sosa.

Pero ahora siento que debo hacerlo.

Tenía diecisiete años, una chica que eligió el día equivocado para reunirse con sus amigos en el centro comercial y pasar por debajo de un andamio al salir. Una chica guapa con hoyuelos en las mejillas cuando sonreía y pelo largo y ondulado de color castaño. Una bailarina de ballet ambiciosa y una estudiante excelente. Su madre me enseñó cómo era Marisol, quién era.

Cuando la vi llegar en la camilla, no se parecía en nada a eso.

Fue momentos después de que el tono estridente de la ambulancia sonara en mis oídos e interrumpiese mi reposición de los carros de paradas, mi rutina matutina. Estaba junto al doctor Grant cuando la camilla irrumpió por las puertas de urgencias. Los técnicos de emergencias sanitarias se movían deprisa, gritando unos sobre otros con tonos tensos y urgentes.

—Marisol Sosa, diecisiete años, derrumbe de un andamio en una obra cuando salía del centro comercial. Traumatismo cervical, sospecha de lesión medular, parálisis en todas las extremidades. Quemaduras en más del cuarenta por ciento del cuerpo, de segundo y tercer grado.

El doctor Grant asintió con brusquedad, evaluándola.

—¿Tensión arterial?

—70/40. Apenas se mantiene —respondió el técnico de emergencias—. Pulso filiforme a ciento treinta. Saturando al ochenta y cuatro por ciento. Le cuesta respirar. La hemos ventilado con ambú brevemente durante el traslado, pero oxigenaba un poco mejor sola.

Ya me estaba moviendo, colocándome los guantes mientras me posicionaba junto al doctor Grant, empujando la camilla hacia el box de traumatología tres.

—¿Mecanismo lesional? —preguntó él.

—Derrame de disolvente —respondió el técnico—. Se incendió por el cableado eléctrico expuesto del andamio caído. Quedó atrapada bajo una sección de metal mientras el fuego se propagaba.

—Marisol —dijo el doctor Grant, inclinándose sobre ella—, ¿me oyes?

Abrió los párpados, pero el terror en sus ojos era inconfundible. Separó los labios como para hablar, pero no salió ningún sonido, solo un leve silbido. Su respiración era superficial, rápida y entrecortada.

—Estamos contigo —le dije con suavidad, inclinándome hacia su oído—. Ahora estás a salvo. Te vamos a ayudar.

La transferimos de la camilla a la cama de traumatología. Su cuerpo estaba sorprendentemente inmóvil, excepto por sus ojos desesperados y su boca abierta. Su piel estaba manchada y en carne viva, con zonas de tejido carbonizado en el cuello, los brazos y

el torso. El olor a carne quemada flotaba en el aire, acre y metálico, penetrando en mi nariz y negándose a desaparecer.

—Collarín colocado —gritó alguien.

—Vamos a girarla —ordenó el doctor Grant—. Precauciones espinales: uno, dos, tres.

La giramos con cuidado, revelando el alcance total de las quemaduras. El equipo se detuvo durante medio segundo, atónito. Luego, volvimos a movernos.

—Quiero una vía central —dijo el doctor Grant, extendiendo la mano hacia el equipo de intravenosos. Su voz vaciló por un momento, pero siguió adelante—. Necesitamos líquidos ya, Ringer a chorro.

—Las constantes vitales están cayendo —advirtió una enfermera con tono urgente—. La tensión arterial está bajando. Sesenta por palpación.

—Administrad dos de epinefrina —ordenó el doctor Grant—. Y quiero radiografías ya: columna cervical y tórax. Pedid un TAC, pero dudo que esté lo bastante estable como para llegar hasta allí.

Los monitores pitaban sin cesar mientras la sala se convertía en una sinfonía de caos controlado. Me concentré en mis manos, trabajando en la vía intravenosa mientras el sudor perlaba mi frente.

En cuanto introduje la aguja, di un paso atrás, tratando de alejar un pensamiento inquietante.

«Es la hija de alguien. Y no hay forma de que...».

—Sunny, pide a alguien que localice a su madre, rápido. No sé cuánto tiempo... —Me atraganté con mis propias palabras, mientras el doctor Grant me lanzaba una rápida mirada seguida de un gesto de asentimiento.

—El equipo de quemados está en camino —dijo alguien, pero apenas lo registré.

—Está tetraplégica —murmuró el doctor Grant con voz tensa—. Con este nivel de lesión medular, no hay posibilidad de que recupere ninguna función. Tendremos que intubarla.

—Apenas tiene perfusión —advirtió otra enfermera—. Tiene las extremidades frías.

Se me hizo un nudo en la garganta al contemplar su rostro. Ahora tenía los ojos cerrados, con las pestañas pegadas por el hollín y el sudor. Era joven, demasiado joven. Sus rasgos, aunque

hinchados y magullados, eran delicados, casi como los de una muñeca. No podía dejar de preguntarme cómo sería antes de todo esto. Qué tipo de vida habría tenido. Qué tipo de sueños habría perseguido.

—Hemos localizado a la madre —dijo una de las enfermeras en voz baja—. Viene para acá. Llegará en cualquier momento.

«Vaya, qué rápido. Demasiado».

—¿De dónde viene?

—Del tercer piso. De la sala de oncología —respondió la enfermera con mirada seria.

«Dios mío».

Miré al doctor Grant y él asintió.

—Estabilicémosla lo mejor que podamos. Amanda, vamos a hacer otra gasometría, ya.

—Sí, doctor. —Mi voz sonaba más firme de lo que me sentía, luchando por contener las lágrimas. Mis manos se movían automáticamente, extrayendo sangre, comprobando las vías, ajustando los parámetros. Pero mi mente daba vueltas.

Los minutos pasaban como horas. A pesar de todas las intervenciones, las constantes vitales de Marisol seguían bajando. La radiografía confirmó la fractura cervical de C5-C6, con una compresión significativa de la médula y una posible sección parcial. No iba a sobrevivir.

Estaba de pie junto a la cama cuando llegó su madre. El rostro de la mujer se descompuso en cuanto vio a Marisol. Sus rodillas se doblaron y se desplomó en una silla, agarrándose el pecho. Era delgada y pálida, con la cabeza calva envuelta en un turbante improvisado.

—No —susurró con voz quebrada—. No, no, no. Mi niña... Dios mío...

—Señora Sosa —dijo el doctor Grant con delicadeza, pero ella negó con la cabeza, con las lágrimas corriendo por su rostro.

Me acerqué y me agaché a su altura.

—Señora Sosa —le dije en voz baja—, estamos haciendo todo lo posible, pero sus lesiones son muy graves.

Me miró con ojos vacíos.

—¿Está sufriendo? —preguntó con voz temblorosa.

—No —le aseguré—. Está sedada y le hemos administrado analgésicos. No siente nada. Pero...

Las palabras me parecieron una mentira, aunque no lo eran. Pensé en las quemaduras en el cuello y las mejillas de Marisol, en las zonas situadas por encima de la lesión medular. Debía haberlas sentido, al menos durante unos agonizantes minutos. Pero no podía decírselo a su madre.

Apenas estaba presente mientras el doctor Grant le explicaba a Esperanza lo que le había sucedido a su hija. Ella escuchó y luego besó la frente de su hija, sus labios delgados y pálidos permanecieron un momento sobre la piel de la muchacha. Le acarició el cabello con una mano temblorosa. Luego, me miró a los ojos.

—Déjenla ir. —Volvió sus ojos llorosos hacia el doctor Grant—. Por favor, déjenla ir. No la hagan sufrir más.

Los ojos del doctor Grant buscaron los de ella.

—¿Retira el consentimiento para tratar a su hija? —preguntó con delicadeza—. ¿Nos está pidiendo que suspendamos las medidas para prolongarle la vida?

—Lo que sea necesario para que mi niña se vaya sin dolor. —Sollozó con fuerza, jadeando en busca de aire, con los hombros delgados y demacrados agitándose—. Esto no es vida.

Yo estaba en la sala cuando apagaron las máquinas, cuando el respirador exhaló su último aliento. Sostuve la mano de la señora Sosa mientras el pecho de Marisol se elevaba y descendía una vez más.

Todo terminó en segundos. Demasiado rápido, pero con una lentitud dolorosa.

Después, conmocionada hasta lo más profundo de mi ser, ayudé a limpiar la sala, borrando los rastros de sangre, cenizas y desesperación. Mis manos temblaban mientras trabajaba, pero no paré. No podía parar.

Esa noche, llegué a casa destrozada, necesítandote, Paul, aunque ya no quisiera admitirlo, ni siquiera ante mí misma. Fuiste despiadado conmigo, inhumano, brutal y cruel. Lloré hasta quedarme dormida, con el olor de la carne quemada de Marisol aún persiguiéndome.

Al día siguiente, Esperanza Sosa vino a verme. Estaba tranquila, con los ojos secos y el rostro impassible... Con ese tipo de impassibilidad que tienen las personas cuando han tomado una decisión.

—¿Me concede un minuto? —me preguntó educadamente.

Pasamos un rato en la cafetería. Me enseñó fotos de su hija de pequeña, lo guapa que era, lo feliz y serena. Bailando El lago de los cisnes a los diez años. Soplando las velas de su tarta de cumpleaños cuando cumplió doce años. De la mano de un chico larguirucho, vestida como una princesa, yendo al baile de graduación de secundaria unos meses antes de su accidente.

En mi mente, todavía la veía jadeando en busca de aire, gritando en silencio, con los ojos muy abiertos por la conmoción, con el pelo pegado por el sudor y la sangre en la almohada del hospital. Como si esa realidad hubiera sustituido todo lo que ella había sido, borrándolo de la realidad.

—Necesito su ayuda —susurró Esperanza, guardando el teléfono en su bolsillo. Se inclinó sobre la mesa y me apretó la mano con sus frágiles y fríos dedos.

Puse la mano sobre la suya.

—Usted dirá.

Permaneció en silencio durante un rato, los ruidos de la cafetería a nuestro alrededor se desvanecieron en la distancia, como si nos hubieran transportado a otro lugar.

—Quiero morir —dijo al fin—. ¿Puede ayudarme a que sea indoloro? —Me miró a los ojos—. He sufrido suficiente dolor en esta vida.

—Señora Sosa, yo...

—Mi lugar está con mi hija —susurró—. ¿Es usted madre?

Se me secó la garganta al intentar responder. Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza.

—Entonces, me entiende. —Hizo una pausa y miró por la ventana el intenso tráfico—. Quiero que me enseñe a morir. ¿A dónde debo ir? Podría tirarme delante de un coche. —Me apretó la mano, suplicándome con su mirada inquietante—. No pasa nada. De todos modos, me estoy muriendo y mi niña ya se ha ido. Me está esperando.

En ese momento recibí un mensaje tuyo que decía: «Si te molestas en salir del fango diario de la miseria humana, tienes que colaborar con los organizadores de la gala benéfica esta noche. Encárgate de que así sea».

Tu mensaje me golpeó como un puñetazo. Despiadado y cruel, como habías sido conmigo últimamente, desde que te pedí el

divorcio. Tu mensaje me recordó la gala benéfica que había aceptado organizar contigo, una vez más. De regreso, tú conducirías por Malibu Canyon Road a ciento diez kilómetros por hora, probablemente ebrio.

Y entonces le pregunté a esa madre afligida y desconsolada, como en un sueño:

—¿Y si le dijera una hora y un lugar en los que un vehículo se le acercaría a gran velocidad? ¿Y donde yo estaría para ayudarla?

Todavía recuerdo las lágrimas de gratitud que brotaron de sus ojos cuando me dio las gracias.

Para que quede claro, mi querido Paul, yo no quería que te condenaran a prisión. No quería que Tristan creciera sin ti. Pensé que eso te haría más humilde. Que te debilitaría lo suficiente como para que me dejaras marchar. Cuando llegué a casa esa noche, estaba a punto de cancelarlo todo, si tan solo me hubieras abrazado. Si tan solo me hubieras escuchado hablar de Marisol y de cómo su muerte me había destrozado.

Pero no me abrazaste.

Luego, la noche de la gala benéfica, te pedí una y otra vez que me dejaras conducir. Si lo hubieras hecho, ahora las cosas serían muy diferentes. Pero fuiste tan terco y temerario como siempre.

Le envié un mensaje a Esperanza desde un teléfono desechable unos momentos después de salir de la fiesta. No tenía ni idea de si ella todavía iba a hacerlo o no. Lo único que había hecho era prometerle que estaría junto a ella en sus últimos momentos, asegurándome de que no sufriera. El resto dependía de ella.

Y de ti.

¿Por qué?

Porque eres muy predecible, Paul. Sabía que esa noche beberías y que te negarías a dejarme conducir. Sabía que siempre acelerabas en ese tramo de carretera del bosque. Y sabía que a esa hora de la noche estaría desierto. Lo único que quería era que aprendieras una lección de humildad y, al mismo tiempo, que Esperanza encontrara por fin la paz, la libertad de su sufrimiento.

Podrías haber hecho lo correcto y haber llamado a la policía. Podrías haber asumido tus errores y haber aprendido una amarga lección sin tener que ir a la cárcel. Esperanza era suicida. Con su hija fallecida un par de días antes y su cáncer matándola poco a poco, tú te habrías librado, incluso con un poco de alcohol en tu

organismo. Esa noche, llevé conmigo algo para darte y reducir la absorción de alcohol, por si acaso hacías esa llamada. Probablemente te habría situado dentro de los límites legales.

En cambio, te volviste contra mí..., tu esposa, la madre de tu hijo. Me amenazaste de muerte, allí mismo, en el bosque empapado por la lluvia, con el cuerpo de Esperanza a nuestros pies. Por eso decidí ayudarte a enterrarte a ti mismo. El violador fue un giro inesperado del destino y me enseñó una lección. Pero tú, mi querido futuro ex, vas a aprender la tuya de la manera más lenta y dura.

Ojalá pudiera contártelo todo, pero solo me dan tiempo para unas pocas palabras. Haré que valgan la pena.

Me acerco a su oído y le susurro:

—Lo siento mucho, Paul... Pero nadie va a quitarme a mi hijo, cariño. Métete eso en la cabeza.

AMANDA DAVIS

Unos tres años más tarde

El trayecto a Pasadena es inusualmente tranquilo y rápido en esta mañana de sábado, a primera hora. Y no tengo prisa. Papá y yo llevamos a Tristan al campamento de verano, donde se quedará una semana. Es un campamento de aventura, de esos en los que aprenden a hacer fuego, construir refugios y purificar agua potable. Aunque me preocupa un poco que le interese más la parte de la aventura en la que se manejan serpientes.

Solía rogarme que lo dejara ir al campamento, pero eso fue antes del juicio de Paul.

Y nuestro divorcio.

Le ha costado mucho superar la marcha de su padre y perdonarme por testificar y divorciarme de él. El primer año fue el peor. No paraba de gritarme e insultarme. Había traicionado a la familia, era una delatora, y no sabía lo que era la lealtad. Era una cabrona, una mentirosa que había herido profundamente a su padre, y él nunca me perdonaría. Nunca volvería a hablarme. Por supuesto, su padre era un santo que había sido acusado de forma injusta.

El silencio duró unos dos meses después del juicio. Resulta que el resfriado es un factor importante para que un niño de diez años afligido vuelva a hablar con su madre. Luego, un proyecto de ciencias para la escuela fue otro factor que rompió el hielo. Sabía que necesitaría tiempo, pero nunca imaginé que tardaría tanto en perdonar.

Unos seis meses después de la sentencia de Paul, Tristan me pidió que lo llevara a ver a su padre. Me daba escalofríos la idea de que mi hijo pisara una prisión, pero lo llevé de todos modos. Sorprendentemente, Paul se mostró bastante frío con él, manteniendo una fachada de fortaleza y normalidad que desconcertó a mi pequeño.

Fue la última vez que fuimos.

La vista de libertad condicional de Paul es dentro de dos meses, y todavía estoy indecisa sobre si debería decírselo a mi hijo y si debería testificar. ¿Quiero que Paul salga en libertad condicional?

Sinceramente, no lo sé. Mejor dicho, no me importa.

La culpa todavía me persigue, me quita el sueño e invade mis pensamientos, al igual que a veces lo hace el rostro atormentado de Marisol. Intento no pensar en ello.

—Ya casi estamos —anuncia papá con voz alegre.

Tristan apenas levanta la vista de su teléfono. Puedo verlo por el espejo retrovisor, con la cabeza siempre gacha, perdiéndose toda la belleza de la naturaleza. A veces, me dan ganas de tirar todos esos dispositivos por la ventana y no mirar atrás.

Aparco en el estacionamiento, al lado de al menos una docena de otros coches, y salgo del Subaru. Abro el maletero y papá saca la mochila de Tristan, luego le da un gran abrazo.

—Cuídate, marinero —le dice papá. Su cabello, casi completamente blanco, se mece con la suave brisa.

—Sí, capitán —responde Tristan, dándole dos palmadas en la espalda a papá en una señal tácita para que lo suelte. Luego, saluda con la mano a otros chicos de su colegio. Reconozco a Dylan, su mejor amigo, pelirrojo y con pecas.

Es mi turno para despedirme y, de repente, me siento tímida, indecisa. ¿Y si me rechaza como lo ha hecho desde aquel día en el juzgado? Estoy deseando abrazar a mi hijo.

Alargo la mano para alisarle el pelo, pero él se echa hacia atrás, no demasiado, solo lo suficiente para hacerme entender el mensaje. Cada vez se parece más a Paul, una versión más joven, inocente y algo más dulce del hombre. Los mismos impresionantes ojos azules. El mismo tono de cabello castaño, suave como la seda.

Abro los brazos y doy un paso hacia él, luego lo abrazo con fuerza, cerrando los ojos y respirando su aroma.

Él se aparta enseguida.

—Vamos, mamá, estás haciéndome pasar vergüenza —dice en voz baja—. La madre de Dylan no lo ha abrazado como si tuviera seis años.

Le acaricio el pelo revuelto.

—Pásalo bien, ¿vale?

Se da la vuelta para marcharse y le digo «te quiero» mientras aún

puede oírme.

Se detiene en seco, se da media vuelta, me saluda con la mano y sonríe.

—Yo también te quiero, mamá.

Table of Contents

Una pareja perfecta

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67

68
69
70